CURSO

DE

ECONOMIA POLITICA.

De M. P. Rossi,

MIEMBRO DEL INSTITUTO,
PROFESOR DE ECONOMIA POLITICA EN EL COLEGIO DE FRANCIA
Y DE DERECHO CONSTITUCIONAL EN LA UNIVERSIDAD DE PARIS,
PAR DE FRANCIA, etc., etc.

TRADUCIDO

POR DON PEDRO DE MADRAZO,

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ESTA CORTE.

AÑO ESCOLAR DE 1836.—1837.



BOIX, EDITOR:
IMPRESOR Y LIBRERO, CALLE DE CARRETAS, NUM.° 8.

1840.

CURSO

DE

ECONOMIA POLITICA.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

DESPUES *de fijar la verdadera significacion de la nomenclatura económica, trata Rossi en esta obra con sumo detenimiento las cuestiones mas vitales relativas á la produccion y distribucion de la riqueza. Estos son los dos grandes hechos que abrazan el vastísimo campo de la economía política, que en la esfera de las ciencias sociales es la primera por ser ella la que regla la vida material y la subsistencia física de las naciones, sín la cual no hay vida ni crecimiento moral posible; al modo que la economía doméstica que provee á la subsistencia de la familia es la condicion primera de la educacion de ésta y de su desarrollo intelectual.*

No basta acumular riquezas para que una nacion pueda llamarse próspera, ni tampoco una racional distribucion de ellas cuando no son suficientes á procurar su bienestar, ó porque los medios mas eficaces de producir son desconocidos, ó porque estos encuentran obs-

táculos en las leyes positivas que limitan demasiadamente su ejercicio.

Por falta de principios claros en ambas teorías de produccion y de repartimiento, y tal vez por no haberlas aplicado conjuntamente en las disposiciones económicas, culpan las naciones á la economia politica de las calamidades que á la moderna Europa afligen en sus mas vigorosos miembros; por no haber hecho una ajustada aplicacion de las producciones á las necesidades, y haber descuidado en la codicia de intereses materiales que las devora, la educacion popular, que es el cimiento de la moral pública, se ven muchas de ellas arrastradas al abismo de espantosas sediciones intestinas y guerras esteriores.

Hace años que el vértigo de la produccion manufacturera se ha apoderado de las naciones cuya prosperidad parecia menos dudosa. Las prodigiosas conquistas del hombre en el mundo material en los cincuenta últimos años han sido llevadas hasta el mas alto punto: los publicistas y los caudillos de la escuela crematística *alzaron en trueno hasta las nubes sus aplausos y triunfos al ver el rápido crecimiento de la riqueza pública, y hubo un instante en que el hombre se creyó omnipotente. Pero antes de desvanecerse aquella febril ilusion apareció un terrible mónstruo llamado* Pauperismo, *que fué ahogando una por una aquellas voces seductoras y derribando todos los principios que con dogmático énfasis habia proclamado aquella escuela. Se formó esta tremenda llaga en la nacion que se creia mas afortunada por ser colectivamente mas rica, y con ella el formidable tropel de proletarios que creciendo de repente hasta inundar los paises mas ricos del continen-*

te europeo deja grabada su gigantesca huella con manchas de miseria sobre las florecientes llanuras de ese mágico Eldorado, que en las grandes y opulentas ciudades ha formado el sensualismo moderno, difundiendo entre los placeres el terror y los crímenes. Al contemplar ese pálido coloso que presume trastornar el universo, no es estraño se haya creido que no era bastante á satisfacer sus necesidades la tierra que el Hacedor dió á los hombres, prometiendo que no les faltaria el rayo del sol y la lluvia que la hiciesen fuente inagotable de riquezas.

Asi lo creyó Malthus, y persuadido como Franklin de que la poblacion escede siempre en aumento á los medios de subsistencia, condenó aquel aumento escesivo y la inmensa reproduccion humana, y pretendió no solo que se exortase á los pueblos á abstenerse del matrimonio cuando no pudiesen proveer á las necesidades de la familia, mas tambien la abolicion de todas las instituciones que fomentan la poblacion, para no contrariar los tremendos decretos de la naturaleza, que con su triple guadaña de enfermedades, miserias y muerte está encargada de restablecer el equilibrio entre la humanidad y la subsistencia. Aun cuando su deseo de recomendar á los pobres la continencia y las buenas costumbres tan conforme á los preceptos del Apóstol no podria producir sino escelentes resultados en el orden moral, es preciso confesar que el siniestro vaticinio fulminado por su labio contra los desgraciados era sobradamente inhumano. «El que viene á un mundo ya ocupado, decia, no tiene derecho á reclamar porcion alguna de alimento si su familia no puede mantenerle y la sociedad no ha menester de su trabajo; por consi-

guiente está demas en la tierra.—*En el gran banquete de la naturaleza no hay para él asiento;* la naturaleza le manda que se retire.»—*La* coaccion moral, *sostenida por Droz y Duchâtel con toda la energía de una dialéctica fascinadora y apasionada, no era ya bastante para los discípulos del economista ingles, los cuales substituyeron á ella la* coaccion física y material, *prohibiendo á los pobres el uso del matrimonio, y despojando al infeliz obrero, condenado á una pobreza involuntaria, de los goces domésticos, único consuelo en sus horas de tristeza y amargura. Idea que la moral no podia autorizar, aunque pareciese justificarlo una utilidad solo aparente.*

Pero las doctrinas de Malthus sobre la poblacion no han prevalecido contra el analisis mas que las de su antagonista Godwín (1). *Sin embargo sus acaloradas controversias no han sido estériles para la sociedad. Malthus manifestó á los gobiernos el grande abuso de las instituciones de beneficencia, y dirigiéndose á cada hombre en el lenguaje severo del fatalismo, le hizo comprender los sagrados deberes de prevision y morigeracion que la sociedad le imponia. Desde entonces comenzó en Inglaterra la reforma de las leyes concernientes al impuesto para los pobres y otras igualmente vicio-*

---

(1) Ni el ejemplo de la América, cuya poblacíon se ha duplicado en el espacio de 25 años, ni el de la Suecia, que toma por base Godwin, en donde para verificarse este fenómeno son necesarios mas de 100 años, merecen ya grande atencion. La inexorable sentencia de Malthus lanzada como un espectro en medio de la civilizacion vanagloriosa ya no infunde graves temores. El problema de la distribucion de las subsistencias reclama con mas fundamento las meditaciones.

sas (1) con el objeto de que la caridad pública dejase de ser funesta al cuerpo social, poniendo en armonía el impulso benéfico de las virtudes cristianas con los dictados de la prudencia. Los escritos del utopista Govvin estaban destinados á servir de correctivo contra las exageraciones de Malthus, y á escitar las atenciones del gobierno en favor de una clase abandonada á los inexorables decretos de la naturaleza, encargada de castigar el crímen de indigencia. *El primero enseñó al pueblo á ser continente; el segundo enseñó al gobierno los medios de poner en ejercicio una caridad noble é ilustrada, reprimiendo al mismo tiempo el abandono y el envilecimiento de la pobreza voluntaria, y tendiendo la mano al desgraciado inspirándole el sentimiento de la propia dignidad que tan fácilmente empaña la miseria.*

Las teorías de la poblacion estan íntimamente ligadas con el gran problema de la distribucion de la rique-

---

(1) El impuesto para los pobres ascendia en 1817 á 13.000,000 de libras esterlinas, suma aproximada al total de la contribucion directa de la Francia. En algunos condados, como en Sussex, el impuesto absorvia la mitad de las rentas del propietario. En Salisbury en 1808 habia 2748 pobres á cargo de 878 ciudadanos!

¡Cuàn fundados no eran los temores que infundia el pauperismo en 1817! El redactor del informe presentado á la cámara de los comunes en aquel año decia lo siguiente: «...este impuesto irá siempre ,,en amento, hasta tanto que llegue á consumir todas las rentas ter- ,,ritoriales y engendrando el desaliento y la ruina subvierta total- ,,mente un estado social que por tanto tiempo ha hecho la felicidad ,,de nuestro imperio.»

El total de mendigos matriculados en las parroquias subia en 1824 á cuatro millones, es decir, á una tercera ó cuarta parte de la poblacion de la Inglaterra. (Véase la obra sobre el *Pauperismo* en Francia por el príncipe de Monaco, págs. 28 y 29.)

za, y es preciso reconocer que una vez fijado este problema las cuestiones sobre la reproduccion humana debian perder gran parte de su importancia. La riqueza pública no cesa de aumentarse en todos los paises de la Europa al mismo tiempo que la poblacion, y este fenómeno se verifica de una manera tan general y constante que el economista americano Mr Everett no ha dudado en considerar el aumento de la poblacion como la causa esencial de los progresos de la especie humana en todo género. «Puesto que los productos del trabajo, dice, estan siempre en razon del trabajo mismo, y por consiguiente en razon de la poblacion, los medios de subsistencia para los individuos no dependen sino de la reparticion mas ó menos equitativa de las ganancias entre los empleados en las diversas industrias.» Pero ¿qué importa que la riqueza de una nacion aumente si no mejora la condicion de la clase trabajadora? si por el contrario los males de esta aumentan, si la constitucion industrial de las sociedades europeas es tal, que llega á justificar las sombrías predicciones de Malthus, sinó como una fatalidad inevitable, al menos como una consecuencia de la rapacidad y del egoismo de los especuladores? No producen el mismo efecto en las clases menesterosas los abusos del crédito por el sistema de bancos de circulacion, la competencia ilimitada y el régimen de prohibiciones y aduanas, que la exuberancia de la poblacion con respecto á los medios de subsistencia? Los productores de la riqueza son los que menos participan de sus dones. La constitucion industrial moderna origina en lo interior de las naciones la competencia, la baja de jornales, los fraudes comerciales, la mala calidad de los productos; y en lo esterior la encarniza-

da lucha de las aduanas, el contrabando, y todos los crímenes que comete el interes disfrazado con los principios del derecho internacional y las exigencias políticas.

El pauperismo es siempre la fantasma de la civilizacion. Las naciones se enriquecen; mas ¡ay á cuánta costa! La llaga de la inmoralidad está siempre abierta y manando sangre: al lado de las gigantescas fábricas, de los suntuosos palacios, se levantan los asilos de la prostitucion, las cárceles y prisiones, las inclusas, esas catacumbas en donde espira la niñez al entrever la aurora de la vida (1).

Al mismo tiempo que la raza humana marcha rápidamente por la senda de la perfectibilidad, las naciones dejan en los espacios del tiempo un negro rastro como para recordar al hombre en su orgullo que su alta esencia primitiva está sujeta por el primer delito al imperio del mal. Los adelantos de las ciencias físicas, químicas y mecánicas, prometen á la criatura el dominio absoluto de la materia. El poder de la asociacion ya no reconoce límites, y parece burlarse de los mayores obstáculos de la naturaleza. La audacia humana ya no respeta ni la magestuosa calma de los montes, ni el aterrador bramido de las aguas, ni las recónditas y tenebrosas espeluncas de las fieras; despues de romper el seno de la tierra ha querido registrar los abismos del mar y los abismos del aire: su mano alcanza á todo lo

---

(1) Segun los cálculos de Mr Benoiston de Châteauneuf la mortandad de los niños espósitos ascendia en 1811 en Viena á 92 por 100, y en la inclusa de Dublin en los años de 1791 á 1797, de 12,785 niños murieron 12,561.

criado, y todos los elementos son su trono. Aqui un puente colgado reune dos altísimas montañas; allí se abre un tunnel *por debajo de un ancho rio; mas allá un canal vuela de cresta en cresta como una línea imaginaria atravesando el espacio* (1). *Tal vez mañana podremos dirigirnos con el globo por las regiones etéreas, y turbando por primera vez el silencio de las altas esferas, disputar al águila el imperio de los aires, y sujetar todo lo visible á la satisfaccion de nuestros antojos. Pero el torrente de la industria en su curso impetuoso y desigual inunda de riqueza unos terrenos y deja otros pobres y enjutos; semejante á un carro deslumbrador y misterioso que en su rápida carrera va precipitando á los mas débiles, y no permite á los afortunados que van en él seguros dolerse de los cadáveres que va dejando detras destrozados bajo sus ruedas.*

Sismondi y el vizconde Alban de Villeneuve han sido los historiadores de esta parte dolorosa del desarrollo de la industria moderna. Nadie ha pintado con colores mas terribles y encendidos que el primero los padecimientos de la clase trabajadora, ni clamado con mas energía y elocuencia contra el insolente orgullo y el egoismo de los poderosos especuladores, y la negra indiferencia de los hombres encargados de vigilar sobre los intereses del mayor número. Desgraciadamente estos males eran y son todavía ciertos: el brillante sistema económico moderno no fascinó al economista Ginebrino; antes bien, solo le pareció una infame mentira destinada á producir mágicas sombras que desfigurasen el tre

---

(1) El canal del lago Erié en los Estados-Unidos.

mendo cáncer que devoraba el seno de la sociedad moderna. Las grandes invenciones mecánicas lejos de ser útiles á los pueblos y aliviar la mísera condicion de los trabajadores, solo servian para aumentar la riqueza de los poderosos; las máquinas portentosas de Watt y de Arkvvright, destinadas en un principio á poner al alcance de la generalidad las comodidades materiales que antes solo disfrutaba un reducido número de hombres, solo contribuian en último resultado á aumentar la penuria de los pobres con la economía de brazos y la baja de salarios consiguiente á la facilidad de la produccion y á la inmensa competencia de los productores. Sismondi era historiador, y acostumbrado á fijar la vista en lo pasado, advirtió que el camino que recorria la industria triunfadora estaba cubierto de víctimas. Al descubrir tan enorme daño, lanza un grito de horror, y al eco de la sorpresa que se une en los talleres á un quejido lúgubre y amenazador que hace presentir un trastorno social inevitable, responden los clamores de una nueva escuela económica, que enarbolando por bandera el precepto de la caridad cristiana, cree encontrar un remedio á las dolencias del pueblo laborioso en la humanidad y en la justicia. Sismondi, despues de haber manifestado el daño, se halló sin fuerzas para dictar el remedio (1). La ley evangélica propuesta por el generoso Villeneuve como panacea económica solo podia ejercer una influencia mínima en el repartimiento de la riqueza; sin embargo estos escritores fueron los que mas contribuyeron á que en lo sucesivo se fijase la

---

(1) Véase la conclusion de sus *Nouveaux principes d' economie politique.*

verdadera importancia del crecimiento de la riqueza de las naciones. En efecto, á ellos debe la Europa el conocimiento de la gran máxima económica, por la cual los progresos de la riqueza solo serán considerados como verdaderamente útiles cuando sus beneficios alcancen á todos los que hayan concurrido á su formacion. *Este principio está ya sancionado: á los legisladores toca deducir sus consecuencias y aplicarlas.*

Preciso es reconocer sin embargo que las generosas declamaciones de aquellos ilustres economistas, á los cuales debe la clase trabajadora el puesto de que quiso privarla Malthus en el banquete de la vida, eran hasta cierto punto exageradas, y participaban del carácter de reaccion á que todo sistema humano está sujeto. Las ventajas de los últimos descubrimintos de la industria, y las grandes mejoras materiales debidas á ellos habian favorablemente influido en la condicion de los menesterosos, aun en los mismos paises en que es mayor el contraste entre la riqueza general y la pobreza individual del mayor número. Los dones de la civilizacion tienden incesantemente á estenderse por todas las gerarquías sociales; es imposible hacer monopolio de toda clase de adelantos. Cuando las luces llegan á cierto grado sucede con la industria lo que con el torrente, que cuanto mas abundante, por irregular que sea su curso, mas fácilmente inunda todos los campos de su contorno.

No hay duda que el egoismo puede endurecer el corazon del poderoso, y que una posicion social elevada, en la cual es mas fácil sustraerse al espectáculo de los sufrimientos y de la miseria, puede limitar las ocasiones de ejercitar los nobles sentimientos de piedad que tanto elevan al hombre. Pero ¿á dónde irá á establecer-

se el inhumano que huye de los lamentos del hambre que no se vea precisado á desperdiciar las migajas de su mesa? ¿á dónde irá el orgulloso magnate que no tenga que valerse del trabajo del pobre? Pues qué, ¿el lujo y las demas necesidades reales ó ficticias que engendra la vanidad y la ostentacion, no son tributarias de la industria del necesitado? ¿Era de temer por ventura que aumentase tanto el número de las víctimas de esa esclavitud de blancos (1), *dependiendo de sus brazos la riqueza de los privilegiados especuladores?*

Obsérvese que la aristocracia de la riqueza es impotente á reducir á la industria á una esclavitud semejante al muerto feudalismo. Los antiguos magnates, que encastillados en las cumbres de las rocas difundian el terror por sus comarcas con sus rapiñas y banderias, eran hombres que conocian muy pocas necesidades. Mientras toda su gala consistió en una sólida armadura y una daga bien templada poco tenian que esperar de sus riquezas territoriales los industriosos pobladores de las ciudades libres; pero al tosco paramento de la barbarie sucedieron los brocados y preciosos productos: la galanteria y la ostentacion penetraron por fin en aquellos pechos altaneros, y el adusto varon, al doblar por la vez primera la rodilla ante una dama, y al fijar la mirada en los preciosos productos de las artes y de la industria, se hizo tributario del talento. Entonces los tesoros de sus vastas posesiones pasaron á los talleres de los fabricantes. En el dia los empresarios han su-

---

(1) Los ingleses han llamado *white Slavery* á la moderna organizacion del trabajo en sus factorías.

cedido á los nobles; las grandes fortunas pertenecen á los banqueros, á los comerciantes, etc. Sus castillos son las inmensas fábricas, bancos y almacenes que se enseñorean sobre las ciudades; en ellas tienen su asiento cubiertos de armadura de oro los poderosos señores de la industria moderna. Pero son ya tan complicadas las necesidades de estos poderosos, que mirarian como una verdadera calamidad que llegase á secarse un dia la mas insignificante de las infinitas ramas que coronan el arbol de la industria.

Las desigualdades sociales de nuestra época no exigen para atenuarse y reducirse á los justos límites demarcados por la diferencia de capacidades, discordias y revoluciones sangrientas, porque todas nacen de un principio homogéneo, que es el trabajo; y como ya hemos indicado, hay entre todas las gerarquias industriales tal dependencia y una relacion mútua tan íntima, que no es posible que la fortuna acuda á la voz del poderoso sin visitar al mismo tiempo el hogar del necesitado. La aplicacion del vapor á las comunicaciones habrá producido enormes ganancias á los primeros empresarios que invirtieron sus capitales en los caminos de hierro; pero al mismo tiempo los viages son menos dispendiosos para toda clase de personas. Lo mismo pudiera decirse del alumbrado de gas, de los telares de Arkwright para los tegidos de algodon (1), y de otras muchas comodidades de que participa la generalidad al

(1) Antes de la invencion de estas màquinas no habia en la Gran Bretaña mas que 5000 hilanderos y 3000 tegedores de telas de algodon, que hacian un total de unos 8000 obreros dedicados á esta industria: en el dia solamente en Inglaterra el número pasa de 800,000.

mismo tiempo de haber ocasionado un gran desnivel en la fortuna de los individuos y haber aumentado la riqueza general. En el estado actual de las ideas económicas no creemos que sea necesario alegar mas prueba que las simples indicaciones del sentido racional para asegurar que en las naciones mas florecientes en la industria de todo género es en donde el bienestar se halla mas difundido entre todas las clases de la poblacion. No se necesita mas prueba que la mera inspeccion ocular para decir que aquellos paises en que las habitaciones son cómodas, sanas y regularmente amuebladas, y los alimentos y vestidos de los labradores y obreros anuncian que aquellos hombres ganan fácilmente la subsistencia, son paises ricos; y que son paises pobres aquellos en que las habitaciones son por de fuera repugnantes y en lo interior sucias é insalubres, sin que el aire y la luz las bañe libremente; en que los hombres que cultivan los campos y los que cruzan por las ciudades andan mal vestidos y revelan en sus semblantes el disgusto y las privaciones. Si no merece ser llamado mas rico el pais en que mas abundan y estan mas repartidos todos los bienes materiales que sirven á la satisfaccion de las humanas necesidades, ignoramos completamente que sea riqueza. Pues por grande que sea la desproporcion de las fortunas, consideramos como absolutamente imposible que puedan lucir en una nacion los hermosos iris de la civilizacion, sin que sus resplandores alteren

---

El valor de los tegidos de algodon en aquel pais se ha calculado en 1836 en una suma de 850 millones de francos. Consúltense sobre esta materia las estadísticas de Mac-Culloch, de Mr. Porter, y los documentos publicados por órden del Parlamento.

el triste color primitivo que presentan las masas en los pueblos incultos apenas separados de la barbarie. La reparticion de la riqueza puede ser viciosa; pero para el gran problema de la economía política, la distribucion equitativa de los dones de la naturaleza interesa aun menos que la subsistencia y el bienestar del mayor número.

Para algunos filántropos exagerados la mendicidad ofrece en nuestro siglo síntomas mas alarmantes que en ninguna otra época. Los que esto aseguran escriben bajo la influencia de los hechos presentes, y con la seguridad de que las calamidades pasadas son como los que murieron, que no han de volver al mundo. ¿O habremos de temer la reaparicion de aquellas hordas de mendigos organizadas, que difundieron el terror en la antigüedad y en la edad media, y que dieron ocasion á las leyes sanguinarias promulgadas en casi todos los siglos contra la miseria? ¿nos creeremos todavía espuestos á los rugidos de una plebe hambrienta como la de Roma (1), á otra irrupcion como la de los bárbaros proletarios del septentrion que destruyó la grande obra moral y material de la civilizacion antigua, y á los horrores cometidos por la milicia de vagamundos de los siglos XIV y XV?

No: la civilizacion no tiene ya que temer que se renueven las sangrientas escenas de la Jacquerie, de la corte de los milagros y de los maugrabins *de los tiempos de Eurique VI, con todos los demas desórdenes de la mendicidad armada de los pasados siglos. Los tumultos de la plebe moderna, de los Luddistas de Man-*

---

(1) Misera ac jejuna plebecula. Cic. á Atico. ep. 16.

chester, y de los obreros de Lyon, tienen caracteres muy diversos.

A pesar de las violentas declamaciones de algunos economistas mas dialécticos que razonadores, es indudable que si el Pauperismo se manifiesta en nuestros dias en varias naciones en una actitud imponente, no es á la economía política á quien incumbe solamente, por medio de la buena distribucion de la riqueza, calmar los terrores que infunde esta llaga. La guerra entre los capitalistas y los trabajadores comenzó verdaderamente el dia en que una revolucion política y moral que trastornó la europa entera, hizo al pueblo incrédulo y ateo, y proclamando la igualdad, le hizo mirar con enojo la desigual reparticion de fortunas. Las continuas turbulencias de los jornaleros en Francia y en Bélgica, de los cartistas é irlandeses en la Gran-Bretaña, no tienen otro principio; el materialismo que en la décimaoctava centuria invadió las regiones mas altas de la gerarquía social, ha ido filtrando con el tiempo hasta llegar á su base, que es el pueblo. Los hombres ilustrados abjuran hoy los horrores del filosofismo; pero las clases inferiores viven empapadas en ellos, y las doctrinas del interés, de la igualdad y de los derechos del hombre fermentan en las reuniones del bajo pueblo, á la sombra de los talleres, y parece que las frenéticas ideas adquieren un temple rígido é indestructible al fuego de los Etnas de las ciudades fabriles.

La civilizacion sufre una crísis eminente; es una nave que corre una gran tormenta. Pero el puerto está á la vista; la luz de los fanales ha atravesado por entre las tinieblas. Las declamaciones son ya estériles; la escuela de Sismondi y de Villeneuve cumplió ya su mision

avisando el riesgo; ¿á qué nuevas alarmas cuando los que dirigen la nave han acudido al socorro? ¿á que esforzar los temores de una oficiosa filantropía cuando los gobiernos hacen todos los esfuerzos posibles para mejorar la condicion de los estados? Los mas importantes problemas industriales y comerciales se han sometido ya á la libre discusion parlamentaria, y la ciencia crematística marcha unida á las ciencias morales y políticas. Se ha reconocido que la riqueza sola es estéril en donde no hay órden, moralidad, y justicia, porque el hombre no vive solo de pan, *y la economía política ha cedido el puesto á la* economia social. *Se ha comprendido la necesidad de difundir la educacion popular sobre las bases de la religion; de proporcionar á las clases inferiores de la sociedad el pasto intelectual al mismo tiempo que el alimento físico. La caridad pública bien entendida se propaga de una manera prodigiosa, y cuenta en las grandes capitales un sinnúmero de asociaciones cuyos miembros consagran generosamente sus trabajos á esparcir sobre la miseria el bálsamo de la solicitud mas amorosa, distribuyendo la limosna para aplacar el hambre, y la instruccion para curar la lepra de la ignorancia. Las ideas humanitarias del último siglo han recibido la sancion de los gobernantes, al mismo tiempo que su escepticismo herido de muerte exhala el postrer rugido en las barricadas de la plebe amotinada. ¿Quién acusará ya á la civilizacion moderna de egoismo en vista de las grandes y generosas cuestiones de moral y conveniencia pública, cuya resolucion adelanta á pasos tan agigantados? ¿Qué nos dice la reforma de las cárceles, de la esclavitud, del trabajo de los párvulos en las manufacturas, y las grandes empresas de utilidad general que vemos lle-*

var á cabo en las naciones mas prósperas en intereses materiales?

Que la civilizacion alcanza á todos (1): *que en el estado actual de las naciones adelantadas la prosperidad y la decadencia afectan igualmente á todas las gerarquías, y finalmente, que de los progresos de las doctrinas económicas y de la propagacion de la educacion popular, moral y religiosa, depende la felicidad de los estados. En efecto, el* trabajo *y la* prevision *son las dos condiciones esenciales de la existencia de la clase menesterosa; el trabajo, porque él le proporciona su jornal; la prevision, porque de ella depende el buen empleo de las ganancias y los ahorros, y porque sin ella la frecuencia de los matrimonios, aumentando escesivamente la poblacion trabajadora, destruye el equilibrio entre el número de obreros y los capitales, y producen la baja de los jornales. El trabajo y la economía ciegan infaliblemente una de las fuentes de la criminalidad, que es la miseria. La educacion puede contribuir á calmar los sentimientos de enojo y de envidia que hacen al proletario enemigo del órden y de la propiedad, y cuando esta concurre con el trabajo no es difícil reconciliar á la clase menesterosa*

---

(1) El benéfico influjo del progreso social se estiende sobre todas las clases. La condicion del mismo mendigo participa de las mejoras capitales de una nacion. ¿No son por ventura alivios materiales para el pordiosero que pasa la vida de ciudad en ciudad, de puerta en puerta, los buenos caminos, la frecuencia de las poblaciones, la seguridad personal, las calles bien empedradas, el alumbrado &c.? Finalmente, las prisiones que la moderna filantropía (excesiva tal vez por ser reaccionaria) convierte en casas de educacion, los depósitos de mendicidad, las salas de asilo, los hospitales, las escuelas públicas ¿no son bienes considerables para los mismos miembros parásitos de la sociedad?

con el órden moral y social, que hace la felicidad de las masas y asegura la tranquilidad de los gobiernos.

Sin duda, antes que lleguemos á un estado de cosas tan próspero, muchos trastornos hemos de presenciar todavía. El desconcierto viene de muy atrás; no reneguemos de la civilizacion por los abusos debidos en parte á las antiguas prácticas y doctrinas. No hagamos á la época presente responsable de las máximas erróneas que aún prevalecen por el justo temor de precipitar demasiado las reformas, como la balanza de comercio, las aduanas, el industrialismo preconizado por la Inglaterra, los abusos del crédito, y la circulacion violenta de los capitales, el impuesto para los pobres, etc., etc. Todos estos abusos aguardan su resolucion de un dia para otro, y esta resolucion puede exigir gran número de víctimas. La máxima de que el consumo crece con la produccion queda solemnemente desmentida por los hechos presentes (1); en el sistema actual de comercio la competencia ilimitada produce la superabundancia, y de esta nace la bancarrota que siempre lleva en pos de sí el fúnebre cortejo del hambre y la desesperacion. Merced á la competencia, sostenida por el absurdo régimen de aduanas, merced á la circulacion de los capitales ficticios que abortan los bancos, y que introducen el vértigo en las empresas industriales, las crísis se renuevan rápidamente, y cada vez que se declara una quiebra, el estenuado tropel que arrastra su inexorable carro solo sirve para aumentar el número de los cadáveres que cayeron en la última lucha. Los adelantos de la industria en todas las partes del mundo ponen un término fatal á

(1) Véase la citada obra del príncipe de Mónaco.

la estension ilimitada del sistema industrial europeo, que es la Babel moderna, y este término se acerca á grandes pasos. Cada pais se dedica á producir su consumo; todos los pueblos quieren rivalizar entre sí, sin distinguir la clase de trabajo que á cada cual asignó la Providencia. Parece que la gran familia humana se disputa la herencia de su padre en la tierra, y que aún no se han hecho las divisiones que de la riqueza comun corresponden á los diferentes pueblos. El Egipto empieza á trabajar el algodon; la América, que pretende bastarse á sí misma, y no contenta ya con la independencia política quiere aislarse en medio de los mares, ni duerme ni sosiega un punto. Ese Titan del nuevo mundo no conoce ni el sueño, ni las artes, ni los placeres: el hacha, el yunque, el arado, el telar y la pluma no descansan un momento en sus incansables manos. La Rusia ha inoculado el espíritu industrial en sus boyardos, y el trabajo de los esclavos crece en ella rápidamente. ¿Qué hará la Francia si pierde sus colonias de los sesenta millones de mercancías que les envia anualmente, fabricadas en la metrópoli?... El comercio de esportacion debe padecer grandes trastornos.

La guerra entre las naciones industriales excitada por el interés de los grandes capitalistas es mucho mas temible que los disturbios interiores ocasionados por el pauperismo. En este peligro debieran fijar especialmente su atencion los verdaderos amantes de la humanidad, y conjurarle con sus declamaciones, y no en los tan exagerados inconvenientes de la industria fabril por su perniciosa influencia en la moralidad de las naciones. No diremos con el doctor Ure en su Filosofia de las manufacturas, *verdadero panegírico de la constitucion in-*

dustrial de la Inglaterra, que semejantes declamaciones esten enteramente destituidas de fundamento; *pero sí creemos con M. Baines* (1) *que el sistema manufacturero, generalmente hablando, no es mas pernicioso que el que sujeta á los hombres á ganar su sustento en los campos con el sudor de su rostro. Mientras no se abuse del trabajo de los párvulos en las manufacturas, ésto, lejos de ser pernicioso, puede ser muy recomendable: en los talleres bien organizados en que reina el órden y se destinan algunas horas á la educacion, á las lecciones morales y á las prácticas religiosas, como sucede en algunas factorías* (factories) *de Manchester, Glasgow, Leeds y otras grandes ciudades, los niños ganan indudablemente mucho mas para sí y para la sociedad que abandonados en medio de las calles observando los ejemplos de inmoralidad del populacho. La preocupacion de que el trabajo fabril es dañoso para la salud y el desarrollo del físico, ha sido victoriosamente rebatida por un ilustrado inspector del distrito de Lancashire (M. Richards) é igualmente han sido reducidas á su verdadero punto las cuestiones relativas á la moralidad de los trabajadores empleados en las fábricas, talleres y factorías, como puede verse en las declaraciones hechas por los rectores de S. Juan y S. Pablo de Manchester, y el capellan de la prision de este último punto, publicadas por Mr. Tanell en su reciente informe presentado al gobierno.*

La competencia entre las naciones es la causa principal de las crísis comerciales que alimentan el paupe-

---

(1) History of the Cotton manufactures in Great Britain.--London 1835.

rismo. Las demas causas secundarias van desapareciendo lentamente, sin que el órden social se turbe, y sin necesidad de recurrir á las doctrinas de los reformadores visionarios de nuestro siglo. Los infructuosos ensayos de Roberto Owen en los establecimientos de New-Lanark y New-Harmony, las utopias de los Fourrieristas y de los Sansimonianos han desacreditado ya para siempre los sistemas de la sociedad cooperativa, *de la* phalanstera, *de la* muger libre, *del* nuevo cristianísmo, *y todas las ideas exageradas de reforma económica interior. La agricultura va reconquistando la importancia que habia perdido* (1)*; las brillantes ilusiones de los especuladores van disipándose, y las lastimosas quiebras que ellas han originado son una dura leccion que templa los ánimos mas aventureros y arrojados. La esperiencia ha probado que todo sistema que tiene por resultado acrecentar ó destruir repentinamente las fortunas, acarrea una gran perturbacion en los estados. Hé aqui la verdadera fuente de la inmoralidad; de aquí provienen tantas esperanzas frustradas, tanto orgullo comprometido, tantos fraudes, tantos crímenes!*

Algun moderno filósofo ha dicho que Napoleon agotó *la guerra continental con la batalla de Waterloo, y que en adelante ha de ser el seno de los mares el teatro de*

---

(1) Resulta del informe leido por Mr. Lucas en el Instituto de Francia sobre los felices resultados obtenidos por el príncipe de Mónaco en la estincion de la mendicidad por medio de los adelantos de la agricultura, que en el espacio de 1300 años la relacion entre la poblacion agrícola y la manufacturera ha sufrido tal alteracion, que siendo en 1700 como 2: 1, en 1830 era como 1 : 2. Segun las estadísticas de Dupin y Moreau de Jones la desproporcion es aun mayor en la Gran Bretaña y en Irlanda.

los trastornos europeos. Nada mas fácil si las grandes naciones industriales no sacrifican á la paz todo el esceso de sus inmensos productos que el régimen de aduanas tiene estancado en las embarcaciones y en los almacenes; porque entonces comenzará tomando por bandera algunos principios políticos la verdadera guerra de intereses entre los productores; el Rhin, el Danubio, el Escalda se convertirán en lineas militares, y los buques mercantes que cubren sus aguas, en armadas navales, y el choque se verificará entre esas poblaciones flotantes cargadas de riquezas repudiadas en las fronteras de las naciones.

¿Será necesario en lo sucesivo declarar á cada tribu de la gran familia humana su parte en la herencia de la naturaleza? Reinará entonces la paz entre las naciones, formando un solo pueblo unius labii, *marchando unidas por la senda de la perfectibilidad?*

¿Llegará el dia en que todos los miembros de aquella gran familia trabajando unidos y acudiendo recíprocamente á la satisfaccion de sus necesidades, bajo el imperio de una sola Religion, *de una sola* Justicia, *de una sola* Libertad *puedan sentarse en el gran banquete de la naturaleza sin que vuelva á cruzar por su mesa la sombra de la miseria* (1)?

---

(1) «Marchamos hacia la época anunciada á los hombres en que los acontecimientos de una nacion lo serán para el género humano entero... Las revoluciones que presenciamos.. las conquistas de la inteligencia en el mundo material, las convulsiones del universo entregado á las discordias, son la senda por donde el progreso social dirige sus pasos rápidos y marcados; lo que nos parece desorden no es mas que la fuerza motriz de este progreso, es el impulso de la palanca de Arquimedes que ha encontrado su punto de apoyo.» Genoude. *Raison du Christianisme.*

El problema social reservado á nuestro siglo abraza todas las ciencias morales y políticas. Tratándose del bienestar del mayor número no puede dudarse que cada ciencia está llamada á tomar parte en la resolucion. Hemos visto que las causas del pauperismo son defectos multiformes. En cuanto á la parte económica pueden determinarse sus principales puntos :

1.° *La miseria no nace principalmente de la desproporcion entre los medios de subsistencia y la poblacion: de manera que la solucion del problema económico incumbe á la parte de la ciencia que trata de la distribucion de la riqueza.*

2.° *Las crísis solo se manifiestan en las naciones ricas y adelantadas cuando llega el momento en que la accion de su industria ha adquirido una estension estraordinaria y se apodera una especie de irritacion febril de los órganos de la produccion. Los paises en los cuales ó el desarrollo del poder humano en lo físico es limitado ó hay escasez de capitales, estan al abrigo de las crísis comerciales, y los paises ricos lo estan igualmente mientras su industria siga una marcha regular y no precipite su movimiento. Las crísis solo tienen lugar cuando hay esceso en las empresas , cuando la manía de las especulaciones penetra en todos los cerebros y los determina á abrazar los proyectos mas gigantescos y exagerados, y á poner en planta los cálculos mas temerarios. Esta desproporcion entre las ofertas y los pedidos se complica con el sistema comercial de las naciones.*

3.° *Consecuencia del anterior. Que el bienestar de los pueblos depende mas de la riqueza relativa de los individuos que de la riqueza absoluta del cuerpo colectivo. La humanidad exige que no se sacrifique al medro de la*

opulencia pública al verdadero productor de ella.

4.° *La cuestion de los salarios ó jornales es una de las capitales en el problema del pauperismo, mas que por la desproporcion entre las retribuciones y las tareas del menestral* (1) *en los grandes focos de la industria, por la inseguridad que caracteriza á todas las especulaciones que tienden á producir violentas oscilaciones en los capitales. La clase necesitada se deja fácilmente alucinar por las brillantes apariencias de todo trabajo que promete grandes resultados, y su imprevision le hace preferir este trabajo á otros que aunque mas modestos ofrecen un porvenir mas seguro y tranquilo; por lo que es muy comun ver á los obreros abandonados ciegamente á sus lisonjeras esperanzas contraer matrimonio antes de tiempo, y disipar sin fruto un jornal que creen ha de ir siempre en aumento. Segun el informe presentado por Mr. Ducpetiaux en el año de* 1838 *á la comision de salubridad pública de Bruselas, estos infelices obreros, víctimas de su ignorancia y de su imprevision, viven en aquella capital en el mas lastimoso estado, pudiendo calcularse el término medio de sus familias en cinco ó seis personas. En esta situacion, es evidente que no viviendo asociadas varias familias los jornales han de ser insuficientes por muy bien retribuidas que esten sus tareas.*

La educacion es el único remedio contra este mal; ella solo puede inspirarles el órden, el arreglo, la pre-

(1) Mr. Cowell «*report of the factory commissioners*» prueba que en las factorías inglesas los adelantos mecánicos producen el aumento de los salarios, y dice terminante: improvements in machinery invariably increase, at one and the same time, the profits of the mill-owner and the wages of the workmen.

vision y el ahorro (1). El que sin contar con el porvenir quiere abandonarse á los placeres de la familia, solo engendra el pauperismo y la miseria.

En la natural tendencia hácia el trabajo hay una gran perturbacion, de la cual dimana la competencia ilimitada de las clases inferiores en las obras fabriles, como sucede entre la clase media en Francia con respecto á las profesiones liberales. De aquí resulta el abandono en que por lo general se encuentra la agricultura. Combatir esta funesta tendencia, que deja desierta la fuente primera de todas las riquezas (2) incumbe especialmente á los gobiernos, dando impulsos y estímulo al desarrollo de la agricultura.

Graves son los problemas señalados á la economía política en la produccion, circulacion y distribucion de la riqueza. En la seguridad de que el trabajo, al cual vivimos todos sujetos, nunca dejará de proporcianar al hombre su sustento, solo se trata de dar á las fuerzas productivas una direccion conveniente moderando los escesos de un nuevo Colbertismo. La ciencia indicará los medios de poner en consonancia los dones del Criador con las necesidades de la criatura, y los progresos de la industria con el sublime precepto de las Escrituras: «qui operatur terram suam satiabitur,» promesa divina que nos asegura que la Providencia no abandonará jamas al hombre.

---

(1) Los obreros juiciosos prefieren en Inglaterra las reducidas habitaciones del campo ó de los arrabales (*cottages*) á las casas fétidas y malsanas que habitan los obreros perezosos ó corrompidos en calles lóbregas y estrechas que por lo general suelen ser el receptáculo del vicio y de los crímenes.

(2) *Labourage et paturage sont les mamelles de l' Etat»* decia Sully.

¿Cuál podrá ser hoy la utilidad de este libro que damos al público? ¿Será acaso la de otras muchas obras que verdadero parto del espíritu mercantil de la época salen al mercado como objetos de mero lujo en fraude de los amantes de las letras? ¿O el mero pasatiempo que procuran las obras de estética que con tan notable abuso de las nobles facultades de la imaginacion hemos visto aparecer en los últimos tiempos y volver á la nada, su centro natural, como los sueños y la espuma? Cuando en nuestros mismos dias tan agitados y turbulentos vemos á tantos jóvenes dedicarse con ardor á la ciencia de la economía, que cuenta en España tan ilustres profesores, la necesidad de estudiar los problemas de la riqueza de las naciones existe, no hay duda, entre nosotros, y las doctrinas de esta ciencia no pueden ser estériles para nuestra sociedad. Si sus principios son ciertos y fecundos no es mas difícil comenzar sobre ellos la obra, que corregir la que ya es antigua y defectuosa.

Réstanos solo hacer una observacion con respecto al método adoptado en la presente obra, en la que el autor se ha limitado á reproducir el orden seguido en sus esplicaciones orales. Acaso hubiera sido preferible refundir estas Lecciones *en un* Tratado*, en el cual á cada doctrina se asignase su centro natural por un método rigurosamente lógico, pasando de lo conocido á lo por conocer, y procediendo sucesivamente de las mas fáciles á las difíciles cuestiones. Las disposiciones del hombre que se ocupa sériamente en una lectura en la soledad y en el silencio no son las mismas que las del que asiste á una enseñanza oral y pública. El primero necesita abarcar con la comprension el conjunto de lo que estudia, porque la vista de este conjunto es la que sostiene su*

atencion en la lectura de los detalles, y se los graba en la memoria. Para el segundo basta que cada fenómeno especial se presente bajo una forma interesante, porque su atencion se traslada fácilmente de unos á otros á voluntad del orador, arrebatada por el movimiento y la vida, dotes peculiares de la improvisacion. Para aquel todo depende de la clasificacion; para éste basta el encadenamiento de las ideas. Este encadenamiento es tan admirable en las lecciones del publicista italiano, es tan sólida la trabazon entre las diversas cuestiones que reune en ellas, que no creyéndonos ni autorizados ni capaces para variar su coordinacion, las hemos dejado todo su carácter original; no teniendo reparo á veces en valernos de las mas comunes y familiares locuciones para traducir fielmente el giro de las ideas.

Los lectores algo familiarizados con estas materias acaso no esperimentarán embarazo en seguir las diversas y variadas sendas por donde les conduzca el hilo de la lectura que les presentamos, y con las nociones generales que posean de la ciencia podrán fácilmente reasumir las ideas que vayan encontrando diseminadas ó esparcidas, y agruparlas, por decirlo asi, en su esfera propia, dando á cada nocion capital el lugar que le pertenece en las divisiones de la ciencia (1).

No insistiremos en la utilidad de la obra que damos á conocer al público español, y á la cual algunos críticos severos han dado el epíteto de admirable. *En es-*

---

(1) A los poco versados en economía nos atrevemos á recomendar el método claro y sencillo que sigue en sus esplicaciones el profesor Cherbouliez, de Ginebra, y que verán desarrollado en el número de la *Revue de Genève* que corresponde al mes de junio último.

presion de un moderno economista (Mr. Cherbouliez) el curso de economía política de Rossi es la única obra que podia sacar á la cienca del letargo en que la dejó postrada la muerte de J. B. Say.

Si la juventud estudiosa la acoge nos daremos el parabien por nuestra eleccion, y por haber acertado, con el escaso conocimiento que del estilo del autor nos ha proporcionado la asistencia á sus esplicaciones en los dos últimos años, á traducir los pensamientos á veces demasiado abstractos del ilustre publicista, con cuyas luces tanto se honra la Francia.

17 de agosto de 1840.

LECCION PRIMERA.

INTRODUCCION.

Señores:

Llamado á estudiar con vds. la ciencia de la economía política, creo supérfluo encarecer la utilidad de este estudio y ponderar su importancia, tal vez su absoluta necesidad, particularmente para los que con justicia aspiran á tomar parte en el manejo de los negocios públicos y llevar el peso de los cargos del estado. Todo nos anuncia en el dia que la ciencia económica está destinada á ocupar un puesto muy elevado en la esfera de las ciencias sociales. El prodigioso desarrollo de la industria, la senda del todo nueva que este desarrollo marca á la sociedad, los intereses por él creados, los padecimientos por él producidos, y las acaloradas cuestiones á que ha dado origen y campo ilimitado; contribuyen á llamar poderosamente la atencion pública hácia una ciencia que se cree ser responsable de tan diversos hechos. Tanto los encomios de sus partidarios como las declamaciones é inculpaciones de sus enemigos, atestiguan la importancia de esta ciencia.

Hubo un tiempo, no aun lejano del nuestro, en que era muy comun en muchos hombres ilustrados negar hasta la existencia de la economía política. Los hechos económicos, decian, carecen de aquellas señales de fijeza y generalidad sin las cuales no hay elaboracion científica que no sea una vana tentativa. Mas hoy, ya no es la ciencia lo que se niega, aunque al paso que unos dedican á ella todos sus esfuerzos y la tributan admiracion y alabanzas, otros solo se acuerdan de ella para acriminarla por sus rigurosas consecuencias, y sofocarla con los ultrajes y el desprecio. Unos y otros saben que el objeto de su amor y de su encono no es una simple quimera.

Sin duda alguna la ciencia de la economía política existe, porque existe un órden de hechos, un órden particular de ideas cuyo origen y desarrollo, cuya trabazon y resultados forman el todo que se propone investigar esta ciencia. La ciencia económica existe porque existe el hombre, el cual con sus inclinaciones, con sus necesidades, con su inteligencia y su fuerza se siente capaz, no solo de esplorar el mundo material en que nace, mas tambien de dominarlo, apropiárselo, y acomodarlo á la satisfaccion de sus necesidades.

Muchas veces oiremos preguntar: ¿Quién fue el descubridor de esta ciencia? Platon, ó Aristoles; los antiguos ó los modernos? ¿Cuál de los modernos fue su inventor, Colbert, Quesnay, ó Adam Smith? ¿Fuë francés, italiano ó inglés el primer economista?

No es de estrañar que mientras el botin para el individuo, la conquista para el estado, la rapiña, las invasiones y el robo, revestidos de nombres mas ó menos pomposos, eran considerados como ordinarios y legíti-

mos medios de adquisicion y desarrollo, no pudiese la inteligencia humana, perdida en estos errores y arrebatada por el curso de los sucesos, penetrar y profundizar las verdaderas bases de la ciencia. Era pues imposible su completa aparicion en el mundo antiguo, en que las sociedades se gobernaban por la fuerza material, y en que el libre trabajo individual era poco menos que nulo. No por eso dejó de haber hombres privilegiados que en medio de los hechos irregulares de la antigüedad entreviesen algunas verdades, algunos resplandores de la ciencia entonces oculta; mas es cierto que no pudieron comprender sus principios ni medir su estension, porque no es dado al mismo genio sobreponerse á los hechos generales de su tiempo. En el mundo antiguo, como en toda agregacion de hombres, hubo hechos económicos; pero la ciencia solo despuntó luego.

Cuando una nueva civilizacion se apoderó del mundo, cuando el trabajo libre llegó á ser la ley general de los pueblos civilizados, cuando el hombre conoció que sola la asociacion podia procurarle conquistas durables y legítimas en el mundo material, entonces se descubrió la economía política. A la civilizacion moderna debemos pues la gloria del descubrimiento; la ciencia no ha podido en su origen demarcar con exactitud sus diversos principios.

No se crea que la economía política apareció desde un principio con todos los elementos que la constituyen; porque no es posible llegar de un solo paso á los fundamentos de las cosas. El hombre empieza siempre dudando: su primer paso es el empirismo. Sometido á la influencia de hechos complicados que por todas par-

tes le rodean y le obligan á obrar, empieza á bosquejar teorías y pasa de una á otra, partiendo siempre de lo compuesto á lo simple. Esta misma ley ha seguido la economía política; los sistemas que ha creado, el mercantil, el de los fisiocratas y el industrial, son una fiel representacion de la marcha que sigue la humana inteligencia.

En la edad media, la propiedad territorial, fundamento del nuevo órden político y principio de una clasificacion social, dividió á los hombres en siervos y señores. Cultivar la tierra era una señal de servidumbre; poseerla era un título de poder. Siendo la agricultura un oficio servil, los labradores, esclavos del terruño, lo sufrian como yugo, y los propietarios lo menospreciaban y lo imponian como gravámen. La libertad no teniendo nada que esperar ni del castillo feudal que la repudiaba enorgullecido con sus privilegios, ni de la cabaña que aun no la comprendia, se redujo á las ciudades y villas, y alli, llamando en su socorro á la industria y al comercio, dió origen al concejo ó municipio. La nueva ciudad, verdadera cuna de las sociedades modernas y de nuestra civilizacion, componíase de artesanos, de mercaderes y de comerciantes. Sus manufacturas, sus bancos, sus naves, sus esportaciones, su oro, constituian su fuerza, formaban su seguridad presente y el cimiento de su porvenir. Pisa, Génova, Venecia, Florencia, Brujas, Gante y tantas otras ciudades de Italia, Flandes y Alemania llegaron, á pesar de la exigüidad y pobreza de su territorio, á un grado de poder, que ni aun podian imaginarse aquellos estados cuyas vastas posesiones hacia de todo punto estériles la ignorancia feudal. Asi pues, cuando la

ciencia intentó tímidamente y por la vez primera analizar estos hechos europeos, ¿qué sistema económico podia deducir sino el mercantil, que no concibe mas riqueza que el oro, ni mas medios para adquirirlo que las manufacturas y el comercio de esportacion?

Este sistema cuyas brillantes apariencias no deslumbraron sin embargo el talento robusto y razonador de Sully (1), fue llevado despues, tanto en práctica

---

(1) Sully, cuyos austeros principios económicos se reprodugeron durante su ministerio en un sinnúmero de leyes y reglamentos suntuarios, todos ellos de carácter hostil, segun la espresion del economista Blanqui, al progreso de las riquezas, quiso mantener en Francia un sistema de límites estrechos esclusivamente agrícola y patriarcal, y se opuso con todo su poder al desarrollo de las manufacturas porque no veia en el comercio sino el peligro de la esportacion de la moneda. Pero es de creer que si Sully hubiese conocido la Francia de Luis XIV, no se hubiera manifestado contrario al sistema mercantil y hubiera pagado tributo á sus deslumbradoras apariencias del mismo modo que todos los grandes talentos de aquella época. El sistema mercantil cuya doctrina se encerraba en dos meras palabras, *vender y no comprar*, que comenzó á desarrollarse en España en el reinado de Carlos V, sistema cuyos resultados fatales para nuestra nacion dilucidó con rara habilidad D. B. de Ulloa, nació de la preponderancia que se atribuia al oro antes que se hubiera reconocido que en último resultado cada nacion paga con sus propios productos las producciones que saca del estrangero, ya envie el estrangero su oro ó ya sus propias mercaderías. Pero antes que todas las naciones hubiesen adoptado el mismo principio, la Francia que fue la primera en ponerlo en planta segun lo concibió el vastísimo genio del gran Colbert, por lo que tomó aquel sistema el nombre de *Colbertismo*, reportó de él tales ventajas que en muy pocos años alcanzó un grado de prosperidad verdaderamente admirable en agricultura, en industria y en comercio. En vista de aquella prosperidad las demas naciones quisieron adoptar los mismos medios y la misma doctrina, sin advertir que cuanto mas se estendiesen sus aplicaciones, tanto mas inútil llegaria á ser el principio. «La riqueza, decian, consiste en el dinero; con el dinero se dispone del trabajo y se proporciona la subsistencia á los trabajadores. El dinero es el nervio de la guerra y del poder; el que lo posee manda al que no lo tiene.

como en teoría, hasta sus últimas consecuencias. Mientras que las estravagancias de Law mostraban al mundo á cuan estrañas y ruinosas deducciones puede prestarse una idea esclusiva é incompleta, el suelo frances tan estenso, tan rico y tan variado, rehusaba sus tesoros á la mano ignorante y codiciosa de sus señores; y el labriego pobre, miserable, oprimido, apenas podia sustraer el mas grosero alimento á la rapacidad de un fisco avaro y necesitado (1). Estos hechos, ofrecién-

---

Por consiguiente todos los esfuerzos de un buen gobierno deben dirigirse á procurarse la mayor suma posible de metálico, y esto solo se consigue trayéndolo del estrangero y enviando en cambio las propias mercancías.» Asi que, cuando la prohibicion de la importacion de productos llegó á ser un axioma universal para las naciones y comenzaron éstas entre sí á valerse de represalias paralizando la esportacion de sus mútuos productos, fue cuando realmente los efectos desastrosos del sistema mercantil empezaron á pesar sobre la Europa. El lenguage de los economistas era en todos los paises el mismo. Lord Davenant y Thomas Mun en Inglaterra, Ustariz en España, Genovesi en Italia, Melon y Forbonnais en Francia, todos en fin proclamaban el mismo principio. El contagio se apoderó de todos los pueblos y entonces comenzó la guerra de las aduanas que todavia dura, siendo el pauperismo y las crisis comerciales los únicos restos que nos ha dejado el sistema mercantil. «*Bella invencion* esclama Mr Huskisson, *cuyo privilegio ha espirado para nosotros.*»

(*N. del Trad.*)

(1) Fueron llevadas á tal esceso las doctrinas del sistema industrial que al paso que todos los capitales estaban aglomerados en las empresas de navegacion y manufacturas, la tierra yacia abandonada como un elemento de todo punto estéril (*V.* Blanqui, Hist. de la Econ. polit., tomo 2.º) Todas las naciones buscaban su prosperidad en la decadencia de sus vecinos, todas se iban abandonando al uso de las leyes repulsivas mas absurdas para conseguirlo, estableciendo en el seno de la paz una lucha encarnizada de intereses que ya en los últimos años del reinado de Luis el Grande estalló en una verdadera guerra europea. Toda aquella antigua prosperidad y grandeza acabó en el mas lastimoso desconcierto y llegó á ser tal el estado de

dose en toda su repugnante desnudez al genio filosófico del siglo XVIII, debian por una reaccion natural y saludable, cambiar el giro de las ideas económicas de la época. La práctica habia producido el sistema mercantil: la filosofía del siglo XVIII, alzándose contra las instituciones existentes, creó el de los fisiocratas. Los prácticos solo encontraban la riqueza en el oro (1):

---

la Francia al despuntar el siglo XVIII, que segun la espresion de Vauban y Boisguilbert *ya no le quedaban sino ojos para llorar*.

Entonces apareció el escocés Law, el cual exagerándo la influencia de los bancos de circulacion que habia visto florecer en Inglaterra y en Holanda, é imaginándose, error propio de su siglo, que solo el numerario era la causa del desarrollo de la industria y prosperidad de las naciones, creyó que bastaba asegurar á la Francia una gran masa de moneda en circulacion que activase el trabajo, para que la riqueza pública quedase al abrigo de toda calamidad. Con los billetes de banco, introdujo el *crédito* en aquella nacion y sustituyó el crédito público al privado; mas la liga que contrajo con el gobierno, precipitó la emision del papel hasta el punto de poner en circulacion un capital diez veces mayor que el capital existente en metálico. La bancarrota no se hizo esperar mucho tiempo; el abuso del crédito ha sido causa de iguales trastornos en nuestros tiempos.

El error de Law estuvo realmente en haber creido que la riqueza pública es un resultado del crédito, cuando el crédito es precisamente un resultado de la riqueza de los paises. Los partidarios del sistema del papel moneda sostienen hoy la misma doctrina, que envuelve una peticion de principio harto evidente para que sea necesario rebatirla. Vea el que guste convencerse plenamente de esta verdad el opúsculo reciente del economista italiano Chitti, *des crises financiéres ou de la réforme du sistème monétaire*. *Bruxelles* 1839.

(*N. del Trad.*)

(1) Se pensó por algun tiempo, dice Blanqui, que el dinero era la riqueza por escelencia, y que multiplicando el papel que la representaba se multiplicaba la riqueza misma. Asi que, cuando vieron subir de una manera exorbitante el precio de las cosas y caer el papel repentinamente, cayó la venda de los ojos á los mas acérrimos partidarios del *sistema* y, lo que siempre sucede en semejantes circunstancias, se pasó de la ciega parcialidad á la completa aversion,

los fisiocratas solo en los productos de la tierra. Los primeros no pedian sino prohibiciones, privilegios, reglamentos: los segundos una amplia libertad de industria y de comercio. En fin, como para no dejar duda alguna de que su sistema era producto de las circunstancias y de la reaccion, apareció la fisiocracia exagerada y amenazadora, parto de la cabeza de Quesnay, hijo de un labrador, que en su infancia habia sido testigo de la miseria del campesino, y de los efectos tan absurdos como irritantes de los reglamentos vigentes.

El tercer sistema, debido á Smith, fue una especie de eclectismo. Tanto el comercio como la agricultura son segun su doctrina fuentes de riqueza, porque entrambos son con el trabajo medios de produccion. El trabajo libre es el principio esencial de toda riqueza; y tomando esta máxima por bandera, proclamaba la economía política el poder y la dignidad del trabajo por el órgano de Smith en medio de las convulsiones de la independencia americana, y en la víspera de la revolucion de Francia. Inspirado el economista, sin pensarlo quizá, por la nueva era social que despuntaba cual nueva aurora en el horizonte de la Europa, establecia este principio fundamental de la ciencia dando al trabajo sus derechos de ciudadanía y títulos de nobleza. El sistema industrial no podia desarrollarse donde el trabajo

---

y del fanatismo á la incredulidad. Desde entonces ya no hubo mas riqueza que la tierra ni mas renta segura que la emanada de su seno. Esta reaccion fue la que produjo el sistema agrícola ó de los fisiócratas, principalmente conocido por el nombre de Quesnay y de los *economistas*.

(*N. del Trad.*)

no fuese bien mirado, porque es una planta que solo puede florecer al sol de la libertad.

De esta manera los hechos sociales en su desarrollo providencial, llevando la ciencia de sistema en sistema, la acercaban cada vez mas á la verdad. No es nuestro intento menguar la gloria de aquellos hombres guiados sucesivamente por los hechos sociales en sus nobles tentativas. El lenguage de los hechos generales solo está al alcance de las inteligencias privilegiadas, y es muy propio de la condicion de nuestra débil naturaleza, que los primeros autores de la ciencia sean invenciblemente arrastrados por los sucesos que dominan su época. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el mismo sistema mercantil, y mas especialmente el de los propiamente llamados economistas, habian ya demostrado aun á aquellos que ningun conocimiento tenian de la *Política* de Aristóteles ni del catálogo de sus obras que habia una ciencia nueva *sui generis* que añadir al catálogo de las ciencias sociales: y que esta ciencia era la economía política.

Hoy, cuando la prosperidad material de los estados absorve la atencion general, cuando la libertad de industria y sus estraordinarios productos fijan todas las miradas, no debemos temer que pueda abandonarse una ciencia que se apoya en este hecho como en una de sus bases fundamentales. Su puesto entre el número de las ciencias sociales está ya marcado; y quizás pudiera suceder que, admitida en la república de las letras y de las ciencias, aspirase á una monarquía absoluta y universal. En el vértigo de los intereses materiales y de la pugna que ellos originan, es de temer no olvide el hombre su noble naturaleza y el porvenir que le está

destinado: y que esclusivamente entregado al culto de lo útil, no se cuide ya de lo bueno, de lo justo y de lo bello.

Lejos de nosotros la idea de disculpar esa tendencia funesta que hace de la riqueza un ídolo y mira su culto como el deber supremo; pero ese mismo triunfo de los intereses materiales, y la necesidad que se esperimenta de conocer los manantiales de la prosperidad pública y privada, nos dispensan de encarecer la importancia cada vez mayor de la ciencia que nos proponemos estudiar.

Réstame solo espresar el vivo placer que esperimento al comenzar de nuevo con vds. los estudios económicos: digo con vds. porque entre las personas que en los años precedentes me han honrado con su benévola atencion, y yo, me parece existir una especie de simpatía moral, una comunicacion tan íntima, que no puedo menos de persuadirme somos siempre los mismos, y que despues de una breve parada continuamos unidos nuestro camino. Y esta idea ha influido quizá en la eleccion de la senda que vamos á recorrer.

En los años anteriores he procurado esponer el conjunto de la ciencia: la hemos estudiado en sus dos grandes divisiones, la produccion y la distribucion de la riqueza: y si no nos hemos ocupado en otra tercera que los autores llaman *consumo*, ha sido porque la hemos considerado incluida en las otras dos. Lo que se llama consumo productivo no es otra cosa que la inversion del capital; y el que han querido llamar improductivo, esto es, la contribucion ó impuesto, está comprendido en la distribucion de la riqueza: lo demas pertenece á la higiene y á la moral.

Hemos pues procurado estudiar estos dos grandes fenómenos; la produccion y la distribucion de la riqueza, ya en su desarrollo natural y directo, ya en la accion de las causas secundarias que pueden modificarla. Recorriendo este estenso campo, hemos encontrado muchas y difíciles cuestiones: hemos procurado profundizar algunas de ellas; en otras apenas nos hemos detenido, y algunas ni aun las hemos nombrado.

Imposible es recorrer en un solo año tan dilatado horizonte y profundizar al mismo tiempo las complicadas y graves cuestiones que contiene. Fue preciso limitarse á los principios fundamentales, á las partes esenciales de ella, y dejar el exámen de las cuestiones para una investigacion particular en un curso *ad hoc:* y este es el partido que he creido deber elegir. Tambien es cierto que este curso es mas propio del método de enseñanza adoptado para esta institucion á que tengo el honor de pertenecer.

Sin embargo, al anunciar para este año un curso reducido á tratar muchas de las cuestiones mas importantes de la economia política, no he olvidado que entre las personas que me escuchan puede haber jóvenes que de todo punto desconozcan este estudio. He buscado, pues, un medio de conciliar el trabajo que nos proponemos con la presencia simultánea de personas entendidas en la ciencia, ó por lo menos en sus principios, y de otros que solo tengan de ella aquellas nociones superficiales que se adquieren en la conversacion y trato social. Desde luego, haré cuanto esté de mi parte por esponer cada una de estas cuestiones en términos claros y sencillos, de modo que las nociones mas elementales sean bastantes á comprenderlas: y ademas,

en su eleccion seguiré el orden natural de las materias. No trataremos hoy una cuestion de produccion y mañana otra relativa á la distribucion, para volver despues á la produccion de la riqueza, sino que las uniremos conforme se nos vayan presentando en el cuadro general de la ciencia.

Intercalaré finalmente, si me es lícito hablar asi, entre una cuestion y otra las doctrinas mas controvertidas, cuyo conocimiento doy por supuesto, resumiéndolas en pocas frases, como en un índice razonado de materias.

Espero que de este modo podremos tratar algunas de las cuestiones mas importantes, sin hacernos oscuros á los que aun no están versados en estas materias.

Tratarémoslas con todo el esmero de que seamos capaces; mas no me atrevo á prometer la solucion completa y definitiva de todas las que presentemos. Acúsese en buen hora, segun costumbre, á la economía política de no saberlo aun todo, que no desdeña la acusacion; pues siempre es preferible la duda filosófica á la jactancia. Si la ciencia es aun imperfecta, la única consecuencia que de ello se deduce, es la mayor necesidad de estudiarla con detenimiento.

Por lo demas, sus imperfecciones no nacen solo de la juventud de la ciencia, si puede decirse asi; débense en gran parte á las dificultades que encuentra, á los obstáculos que se la oponen, á los temores que inspira, á los intereses que compromete.

Es ciertamente una obstinacion no ver en la economía política mas que una ciencia de aplicacion, un medio, un instrumento. Colocándose en este punto de vista esclusivo y limitado, se traba en su campo y en

su nombre un combate encarnizado del cual se elevan continuamente nubes que oscurecen la ciencia misma, y que la ahogan en la oscuridad, mientras su luz debiera esclarecer estas contiendas.

No es estraño que en aquella época en que Galileo esclamaba á pesar de las violencias de la persecucion *E pur si muove*, hubiese hombres que persuadidos de que la historia de Josué era un tratado de astronomía, y de que los suplicios debian ser los auxiliares de las verdades religiosas, hiciesen torturar los músculos del filósofo: este hecho es deplorable. Mas no es menos cierto que poco tiempo despues la tierra giraba aun en la misma Roma; porque en el fondo no habia persona alguna interesada en arrancar al sol de su asiento, é impedir que la tierra completase su revolucion anual.

Cuando un médico anuncia un descubrimiento, la envidia y la rutina pueden oponer algunos obstáculos á la propagacion rápida de su método curativo; pero los enfermos estarán de su parte; y ordinariamente, cuanto mayor es el padecimiento, tanto mayor es la fé con que se abraza cualquier sistema nuevo, sea falso ó verdadero. De aqui los homenages que de ordinario se tributan al error y á la impostura, y la necesidad de ciertos reglamentos. Del mismo modo, si un químico hace algun descubrimiento importante aplicable á la industria, puede sin duda perjudicar á algunos intereses, pero ofrece al mismo tiempo una gran fuente de riqueza, y crea en su favor intereses nuevos y poderosos. Cuando descubre el modo de estraer el azucar de la remolacha, alarma á los colonos, pero inflama de un ardiente celo á los propietarios territoriales del continente.

La economía política, al contrario, por medio de sus aplicaciones ha querido hacer un pequeño bien á todos, causando mucho mal á algunos. Ataca los hechos sancionados, las leyes existentes, grandes intereses individuales; y estos intereses son los que casi siempre levantan mas la voz, los que se agitan y oponen resistencia; los intereses generales, inmensos para el pais, débiles para cada uno de los individuos en particular, y frecuentemente ignorados, son casi siempre pasivos y mudos. Si los intereses alarmados se contentan con sus declamaciones, la ciencia, tapándose los oidos á la manera de aquel antiguo rey de Itaca por huir el hechizo de la sirena, podria seguir su marcha sin detenerse: mas no sucede asi, sino que ponen en juego toda su actividad de muy distinto modo.

Mientras les ha sido posible, han negado la ciencia: cuando ha dejado de serlo, cada uno ha querido valerse de ella en provecho propio. Todos le han pedido para sí principios y consecuencias; y á fin de obtener este principio, á fin de arrancarle estas consecuencias, han querido imponerle sus propios hechos particulares, y trasformarlos en hechos generales. Cada uno le ha dicho: «Vé aquí los hechos únicos de que debes hacer deducciones; dame pues un principio para mí; dame para mí consecuencias.» ¿Debemos pues sorprendernos de que en medio del tumulto de tan opuestas exigencias, de confusion tan inesplicable de verdades y de errores, haya la ciencia titubeado, y su marcha haya sido tímida é incierta?

Por lo tanto, séame lícito repetirlo, de ningun modo puedo prometer la solucion completa de todas las cuestiones que toquemos. Pero en cambio puedo ofre-

cer una esposicion detenida, franca, concienzuda, y una locucion sencilla, cual conviene á las investigaciones científicas. Procuraré no añadir lobreguez á las tinieblas.

Hé aquí mis promesas: en cuanto á vds. me parece inútil pedírselas: la atencion benévola que constantemente me han prestado, es para mí una prenda segura de que no me faltará para este año.

LECCION SEGUNDA.

Objeto y límites de la ciencia económica.—Necesidad de distinguir la ciencia racional de la ciencia aplicada.—La economía, la moral, y la política, marchan unidas, mas no se confunden.—Cómo y con qué orden concurren los diversos principios á la solucion de los problemas sociales.

Preciso es decir, á despecho de la vanidad científica, que aun no se ha resuelto la primera y mas natural de las cuestiones económicas, á saber: qué cosa es economía política, cuál es su objeto, cuál su estension, cuáles sus límites. Seria por un lado difícil escoger como objeto de nuestras tareas los problemas mas importantes de la economia política, si no estuviésemos conformes antes de todo en el objeto y estension de la ciencia misma; y por otro lado, es demasiado sabido, que tal conformidad no existe entre los economistas. Su definicion sola es todavia una de las cuestiones mas controvertidas; los unos demasiado tímidos, en las apariencias al menos, la han querido ceñir á limites, ó angostos ó muy determinados, siendo para ellos la formacion y la distribucion de la riqueza el solo campo de la ciencia. Otros por el contrario, á quienes pudiéramos tachar de temerarios, han querido darle tal ensanche, que para ellos la economia política abraza la sociedad entera, siendo su organizacion, sus tendencias y sus progresos asunto natural de sus problemas.

Tanto unos como otros han sido objeto de acaloradas inculpaciones. Acúsase á los que pretenden encerrar á la ciencia dentro de la valla asignada por la escuela de Smith, de no ocuparse mas que en la riqueza, cosa vulgar y mezquina, de no considerar el hombre, la sociedad y la organizacion social en todas sus fases. Repróchase á los otros de querer hacer, por decirlo asi, una miscelánea de todas las ciencias morales y políticas, y aspirar á una síntesis arrogante y ambiciosa.

Siempre que una ciencia nueva se presenta á desconcertar las clasificaciones establecidas, reclamando su puesto en la familia científica, se reproducen estos inconvenientes. Asi, cuando la química se llamó á la parte entre las ciencias físicas, no fué ciertamente fácil concedérsela, sin que sus límites respectivos se alterasen y quedasen mas ó menos confusos ó inciertos. La misma dificultad esperimentó la geologia, esa ciencia bella, grandiosa, y casi diremos poética, antes de obtener su asiento propio en la esfera de las ciencias naturales.

Lo mismo ha sucedido con la economia política. Su lugar en el órden de las ciencias sociales es aun para los economistas asunto de dudas y contestaciones, y nada puede prometernos una resolucion próxima y unánimemente adoptada.

No nos detendremos en la antigüedad, pues por mas que se diga, solo heredaron de ella los modernos en la ciencia de que tratamos algunas nociones vagas y generales envueltas en muchos errores. Difícil sería saber, por lo poco que de ello vislumbramos en Aristóteles y Platon, cuales eran los límites que aquellos hombres daban á una ciencia que apenas les ocupó someramente. Puede sin embargo en mi concepto deducirse de dos

ó tres capitulos de la famosa *Política* del primero, que aquel genio altamente clasificador y metódico consideraba la economía política, como ciencia *sui generis*, siendo su único y particular objeto la riqueza y la adquisicion de los bienes (ó crematística), de manera que no debia de ningun modo confundirse ni con la moral, ni con la política propiamente dicha. Trató tambien Aristóteles de la *Riqueza*, en una obra separada; y quizás en ella desenvolvió la teoría indicada solamente en el libro 1.° de su *Política*. Mas por lo que hace á su *Económica*, cuyo segundo libro es apócrifo, este escrito es un mero tratado de economía doméstica (1).

En los tiempos modernos, no es ciertamente la escuela mercantil la que puede darnos la solucion del problema. Esta escuela apenas se curó de clasificar y metodizar un cierto número de hechos particulares que desfiguró queriéndolos generalizar; por lo que, ceñida meramente al arte sin atreverse á la esfera de la ciencia, confundiendo la especulacion con la accion, y creyendo que la intervencion directa y constante del gobierno en el desarrollo económico de las sociedades debia ser la base de su sistema, llegó á confundir la eco-

---

(1) El que desée enterarse á fondo de las nociones económicas de la antigüedad, puede consultar ademas de las obras de Platon, Aristóteles y Jenofonte, los escritos modernos de *Bœckh* sobre la economía política de los atenienses, de *Bishon* sobre el gobierno de los romanos, de *Reitemeier* sobre las minas de los antiguos, y por último de *Heeren* cuya escelente obra sobre el comercio y navegacion de los pueblos antiguos, ha eclipsado á la que escribió *Huet* sobre el mismo asunto. Mr Blanquí, ya citado en una nota precedente, acaba de reunir las mas importantes noticias publicadas por todos estos en el primer tomo de su obra.

(*N. del Trad.*)

nomía social con la política. Cierto es que la escuela mercantil solo se ocupó en la riqueza; mas lo hizo de un modo mas propio del hacendista y del hombre de estado que del economista.

Me es grato decir que los fisiócratas franceses fueron los primeros que dieron forma científica á los principios económicos. Sus teorías pueden ser desechadas, pueden ser repudiados sus axiomas sobradamente esclusivos; mas no por eso deja de ser evidente que estos economistas supieron perfectamente comprender que en el desarrollo económico de las sociedades, existia un órden de hechos y de ideas que debian ser para el pensamiento humano los elementos primarios de una grande obra científica. Como hombres del siglo XVIII los fisiócratas vivian en una época de agitacion para toda la Europa, y particularmente para la Francia; se hallaron en el seno de una sociedad que anhelaba romper con sus sacudimientos la corteza envejecida que la encerraba, y reconstituirse bajo una nueva forma. Trabajados por estas ideas que tenian en contínuo movimiento todos los ánimos, érales imposible reducirse y aislarse en el círculo de las nociones económicas, sin pensar antes de todo en la reforma de las instituciones políticas, y en la reorganizacion de un poder, cuya intervencion era á sus ojos una causa fecunda de perturbaciones en el sistema económico de las sociedades civiles. Asi solo se esplica que la *Fisiocracia* de Quesnay, publicada por Dupont de Nemours, tratáse de la constitucion natural del gobierno, y que Mercier de la Riviére intitulase su obra: *Orden natural y esencial de las sociedades políticas*. Segun su idea, toda la felicidad de que el hombre puede disfrutar sobre la tierra, debia

necesariamente emanar de este órden. Para él, pues, la economía política era un mero capítulo de la organizacion política y social. No era únicamente la riqueza la idea que dominaba á este y á los demas miembros de aquella especie de secta; mas tambien la cuestion de su época, de su nacion, esto es, la organizacion de la sociedad. Todo estaba subordinado á esta idea, todo se dirigia á ella, todo emanaba de ella; síntesis vastísima que el deseo de reformas sugeria en un siglo de observacion y de análisis á aquellas inteligencias mas osadas que profundas, precursoras de la gran revolucion. Preciso es rendirles este homenage, aun cuando sus teorias sociales no condujesen á la libertad política (1).

La escuela á que doy el nombre de industrial, se ha distinguido de todas las otras proclamando el gran principio de que *el trabajo es el primer manantial de la riqueza*. Este era en efecto el modo de poner en evi-

(1) Es físicamente imposible, escribia Mercier de la Rivière en el tomo primero de su obra, que pueda subsistir ningun gobierno siendo regido por mas de uno solo. ¿Quién no vé, quién no conoce que el hombre fué creado para ser gobernado por una autoridad despótica?» Pero al mismo tiempo nadie manifestaba con mas valentía que él los escandalosos abusos del régimen de aduanas, corporaciones y leyes fiscales, por lo que dice un escritor moderno, que los mismos errores de los fisiócratas eran útiles, y sus mas vagos presentimientos parecian tener algo de profético. En efecto, hé aqui las espresiones del mismo Mercier en su segundo tomo. «Moderad vuestro entusiasmo, ciegos admiradores de los falsos productos de la industria. Antes de proclamar el milagro, abrid los ojos y ved cuán desgraciados son, cuán miserables esos mismos trabajadores cuyas manos por una sola moneda os vuelven un valor de mil escudos. ¿Quiénes son los que se aprovechan de esa enorme multiplicacion de valores?»

(*N. del Trad.*)

dencia, no solo un principio económico, sino tambien el de aquellos hechos sociales que, manejados por un historiador hábil, son la guia mas segura para conocer la marcha de la especie humana, y estudiar sus huellas en toda la superficie del globo. Smith ha conseguido seguramente reducir la ciencia á los límites indicados, mas bien que trazados, por Aristóteles; el título de su obra: *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, son una prueba bien clara de ello. No pretende Smith reconstruir la sociedad y los gobiernos; lo que esencialmente le ocupa es la investigacion de los principios de nuestra naturaleza, y los hechos humanos que mas eficazmente conduzcan al objeto especial de la formacion de la riqueza nacional.

Mas estos límites parecieron demasiado reducidos, y sus discípulos mas celosos fueron los primeros en destruir la obra del maestro.

Solo citaré como prueba tres nombres justamente célebres, de los cuales uno, aunque contemporáneo, merece por su gloria ser considerado entre los nombres históricos; hablo de mi ilustre predecesor Mr. Say. Hé aquì como se espresa este en su *Curso completo de economía política*, á pesar de que en su *Tratado* mas parece acercarse á la idea de que la economía política no es propiamente hablando, sino la ciencia de la riqueza: dice asi: «La economía política no es otra cosa que la economía de la sociedad. El estudio que se ha hecho de la naturaleza y de las funciones de las diferentes partes del cuerpo social, ha formado un conjunto de nociones, una ciencia que se ha llamado economía política, y que quizás debiera mejor llamarse economía social.»

Y añade despues: «El objeto de la economía poli-

tica parece haberse limitado hasta el dia á la investigacion de las leyes que rigen la formacion, la distribucion y el consumo de las riquezas.» Reconoce haber sido este el punto de vista bajo el cual él la consideró en su *Tratado* y termina diciendo: «Es sin embargo evidente que en esta misma obra la economía política es el alma de la sociedad, y que ella abraza el sistema social entero.» En esta parte, pues, nos hallamos otra vez trasportados al sistema de los fisiócratas.

Mr. de Sismondi nos dice en sus *Nuevos principios de economía política*, que: «El objeto de la economía política es el bienestar físico del hombre, en cuanto puede ser obra del gobierno que le rige.» De aqui nacen dos observaciones: en primer lugar, que este autor ya no habla solamente de riqueza, sino de bienestar, idea mucho mas vasta que la primera: en segundo lugar, que ya no se trata de los resultados de la libre accion del hombre sobre la materia, en cuanto esta accion puede ser fuente de la riqueza y del bienestar, sino que su idea se fija esencialmente en la intervencion del gobierno, lo que someteria del todo la ciencia á la política (1).

---

(1) Es evidente que entre la ciencia de gobierno y la economía política hay notable diferencia, mas no por eso debe creerse, en nuestra opinion, que haya entre ellas una absoluta independencia. La economía es en realidad una rama del arbol de la ciencia política, cuyo objeto es *la mayor felicidad posible de todos en general*, máxima tan saludable en su principio, como perniciosa en las exageradas consecuencias que de ella han presumido deducir los discípulos de Mill y de la escuela inglesa de los *utilitarios*. La doctrina de Sismondi merece, pues, parar algun tanto la atencion de los lectores. Espondremos ligeramente este sistema económico que tiene mucha analogía con el de Say.

Mr. Storch asigna á la economia política un campo mas estenso aun, diciendo terminantemente que: «la economia política es la ciencia de las leyes naturales que determinan la prosperidad de las naciones, es decir:

La mayor felicidad general es el polo de las ciencias humanas, porque de ella depende el perfeccionamiento *físico* y moral del hombre sobre la tierra. La condicion primera para llegar á este objeto, es la soberanía de la inteligencia para que por su órgano pueda saberse cuáles son los medios que han de ponerse en accion para lograr el bienestar. Hé aqui costituido el cuerpo político, la verdadera representacion nacional nacida de un sabio liberalismo, y no de la fuerza material ó de la *votacion universal* que es el medio mas seguro de entronizar las pasiones y la ignorancia, pues harto sabido es que la soberanía popular como el vulgo la concibe, es *la incapacidad multiplicada un sin número de veces por sí misma.* El sistema representativo de Sismondi es el imperio de la voluntad *ilustrada* nacional, que es la única constante, único remedio para mejorar la condicion de la humanidad, separándola de las revoluciones que casi siempre la hacen mas desgraciada, y trazándola el camino que debe seguir gradualmente para llegar á un estado de mas luces, de mas virtudes, mas verdadera libertad y menos padecimientos.

De la misma idea fundamental de todas las ciencias sociales, esto es el *mayor bien de todos*, se deduce que la primera atencion de la sociedad representada por un cuerpo político de la índole que hemos manifestado, debe dirigirse á asegurar sus bienes materiales, su subsistencia, y por consiguiente á examinar, teniendo siempre presentes las leyes morales y religiosas, qué marcha deberá seguir para que los bienes materiales producidos por el trabajo comun, procuren el mayor *bienestar físico de todos.* Y hé aqui la economía política, la cual segun la etimología de su nombre, no es mas que la economía de la ciudad, de la comunidad ó del pais, asi como por economía doméstica se entiende la economía de la casa y de la familia.

No es envilecer al hombre, como algunos han pretendido proponerle como primer objeto de sus esfuerzos una direccion racional del trabajo que le asegure su subsistencia, llamando antes de todo la atencion de la sociedad hácia lo puramente material. Porque de la subsistencia depende la vida; y con ella todo el desarrollo moral é intelectual de que la especie humana es susceptible.

su riqueza y su civilizacion (4). Y no es esta una idea aventurada á la casualidad, puesto que la desenvolvió

La sociedad, lo mismo que el individuo, debe en primer lugar, cuidar de la salud del cuerpo, porque sin el vigor y la energia que ella mantiene, la robustez y salud del alma es de todo punto imposible.

Resulta, pues, que de la nocion fundamental de la *utilidad* bien entendida se deriba como principio político, la soberanía de la inteligencia, y como consecuencia precisa de este principio la ciencia de la economía política ó social considerada como medio de producir y distribuir mas acertadamente la riqueza, para lograr el *mayor bien de todos*. Como ciencia social, y por consiguiente ciencia de aplicacion, la economía política en rigorísmo lógico es parte de la ciencia de gobierno, y bajo este aspecto el sistema de Sismondi parece verdadero: mas por no haber hecho distincion entre la economía política abstracta y la economía política aplicada, lo ha dejado manco. Diremos, pues, que esta doctrina es incompleta, mas no que es defectuosa.

(*N. del Trad.*)

(4) Despues del ligero resúmen que damos del sistema económico de Sismondí, pudiera parecer á algunos que entre este modo de considerar la ciencia, y el de Storch, hay una completa semejanza; porque á primera vista solo ocurre al pensamiento que tanto el uno como el otro miran la ciencia económica (entiéndase *aplicada*) como base de la felicidad de las naciones. Obsérvese sin embargo la diferencia. Para Sismondí los resultados económicos son una causa primordial de la felicidad, en cuanto son un *medio* para *poder conseguir* la causa inmediata de la civilizacion de las naciones que es el imperio de la moral y de las buenas costumbres; es decir que la civilacion y perfeccionamiento del hombre, único bienestar moral, solo puede obtenerse despues de satisfechas las necesidades físicas. El economista Ruso por el contrario, parece pretender que la civilizacion es resultado necesario de la prosperidad material, ó que civilizacion ó progreso intelectual y moral, y bienestar material son para él una cosa misma. En suma, la ciencia económica es para el primero la posibilidad de alcanzar el destino de la humanidad en la tierra; de ningun modo la *causa necesaria* de ella, en lo que concuerda muy bien con el mismo Rossi. Para el segundo la civilizacion es necesaria, dada una buena economía.

(*N. del Trad.*)

ámpliamente en su discurso preliminar, habiendo despues influido mucho la misma idea en la division que hizo de su obra en dos partes enteramente distintas. Ocúrreseme ahora, que encargado Mr. Storch de enseñar la economia politica á dos príncipes jóvenes, que con el tiempo podian ejercer grande influjo en los destinos de su nacion, quiso tal vez, penetrado de la importancia de este delicado encargo, dirigirse á sus discípulos en un lenguage general, que lo comprendiese todo. Mas no por esto se salva su definicion de la economía política, que no puede resistir el mas ligero examen. Porque imaginar que pueda sériamente comprenderse en la esfera de la economía política, todo aquello que es capaz de contribuir no solo á la riqueza, mas tambien á la civilizacion, no es poner límites á la ciencia, sino quitárselos absolutamente.

Es indudable que esta idea general y vaga de Mr. Storch, ha fascinado á muchos hombres; lo que no es de estrañar si se considera cuán fácil es querer pasar por economista solo por haber visitado una escuela primaria, ó recorrido la estadística de una prision.

Examinadas asi las obras de los hombres mas eminentes en esta ciencia, es dificil encontrar dos que concuerden en sus límites y naturaleza. Hay pues que resolver una verdadera cuestion preliminar, tanto mas importante, cuanto que de su resolucion depende la de otra no menos fundamental, á saber: por qué principios deben resolverse los problemas de la economía política.

Es absolutamente cierto que el hombre, ahora aislado, ahora en estado de sociedad, puede ser considerado bajo tres puntos de vista diferentes; el de su riqueza, el de su bienestar material, y por último, el

de su desarrollo moral mucho mas lato que los dos primeros.

La riqueza no es causa necesaria de la felicidad, dado que se puede concebir una gran felicidad material con muy poca riqueza, y por el contrario una inmensa fortuna unida á la mayor desgracia. Esto es igualmente cierto, ya se hable de uno, de muchos, ó de la sociedad entera. Finalmente, la riqueza y la felicidad material, pueden muy bien ser causas indirectas, auxiliares, secundarias; mas de ningun modo causas necesarias del desarrollo moral. Asi como hay individuos, hay tambien naciones cuyo bienestar no es proporcionado á su riqueza; y naciones cuya riqueza y bienestar material progresan mientras su desarrollo moral está muy atrasado. Podrán ciertamente citarse en la Europa moderna paises cuyos habitantes sean mas sanos y robustos que los de ningun otro, cuyo gobierno sea mas patriarcal, paises de vida mas tranquila, y de estremada tolerancia con respecto á los goces materiales; mas esto no basta, porque es preciso saber cuál es el desarrollo moral de esos mismos paises, cuáles las ideas que alli circulan, qué clase de necesidades alli se esperimentan. Sepamos si en vez de abandonarse con indolente resignacion á la vida material, á la manera de un sabueso bien nutrido y poco castigado, no anhelan aquellos hombres elevarse á una esfera superior, y no sienten el aguijon de las necesidades intelectuales y morales. Y si la respuesta fuese negativa, si estas necesidades morales les fuesen de todo punto desconocidas, y si se pudiese asegurar, que no sobreviniendo circunstancias estraordinarias aquel pueblo habia de durar por espacio de ciento ó mas años en el mismo quietismo; no nos

resolveriamos á decir que nada les queda que desear.

Las naciones, pues, del mismo modo que los individuos, pueden ser consideradas bajo los tres puntos de vista de la riqueza, del bienestar material, y del desarrollo moral. Cada una de estas tres condiciones supone medios determinados; cada uno de estos objetos exige un uso particular de nuestras facultades, una accion especial del hombre sobre el mundo esterior, y de unos hombres sobre otros. Para producir la riqueza es necesario el empleo de las facultades humanas mas favorables á la produccion, el uso del trabajo propiamente dicho, un uso determinado de nuestros conocimientos físicos, químicos, y mecánicos, la accion del hombre sobre el mundo externo que diariamente observamos en los trabajos industriales y agrícolas, y por último la cooperacion de un número determinado de hombres repartidos en diferentes tareas; los unos ocupados en producir, los otros en capitalizar, y asi sucesivamente. Estos son los diferentes medios; la produccion de la riqueza es el objeto comun á que ellos se dirigen; y la riqueza producida de esta manera se distribuye naturalmente entre todos los productores, siguiendo ciertas leyes universales, que sin ser obra de ninguno, son el resultado necesario de los hechos generales de la produccion.

Ni esto basta para alcanzar la felicidad material. Es necesario que en la organizacion social y en las leyes positivas, nada se oponga á la libre circulacion de esta riqueza en beneficio de todos los miembros del Estado; es menester que su consumo se haga con arreglo á la sana razon y á la moral, pues lo contrario seria una falta, un mal verdadero. Es necesario aconsejarse

de la jurisprudencia, de la medicina, de la higiene. Todos los dias oimos repetirlo: el hombre cuerdo y prudente será mas feliz con una mediana fortuna, aun en medio de los placeres, que el imprevisor en el cúmulo de una inmensa riqueza. Debe pues concurrir la aplicacion de las facultades humanas, y cierta accion de unos hombres sobre otros.

Finalmente, ¿quién ignora que el desarrollo moral exige la actividad de ciertas facultades de mas alta especie? ¿Quién no siente que este desarrollo necesita el abrigo de nuestros mas nobles sentimientos: todo cuanto hay íntimo é indestructible en el fondo de nuestra conciencia, y cuanto puede haber de poderoso y digno en nuestra inteligencia? No se trata ya solamente de acumular riquezas, de aumentar y ordenar los goces de la vida animal: trátase empero de ennoblecer nuestra naturaleza, de sublimar nuestro pensamiento, dilatando el horizonte de las ideas, de hacer resaltar toda la dignidad que la criatura encierra en sí misma. Para esto, repito, es indispensable el uso de nuestras mas nobles facultades, cierta aplicacion de los conocimientos adquiridos en la esfera de los estudios mas elevados, cierta correspondencia de acciones entre el individuo y la sociedad dirigida al desarrollo general de todos.

Los medios, pues, deben variar á medida que varía el objeto. El que se contenta con adquirir solamente, no obra del mismo modo que el que quiere adquirir y disfrutar á un mismo tiempo; y menos aun como el que principalmente se propone su desarrollo moral. Estos tres objetos no son por cierto incompatibles; mas el que no contento con el primero quiere alcanzar el segundo, y del segundo levantarse hasta el tercero, no puede ce-

ñir su accion á los mismos límites que aquel que solo se propone el primer objeto.

Asi pues, aun cuando consintiésemos en no tomar en cuenta mas que el objeto práctico, y los medios necesarios para lograrlo, no habria jamas razon para confundir la economía política con la higiene, la medicina, la arquitectura, la política y la moral.

Aun hay mas, ¿puede, propiamente hablando, esta aplicacion de los conocimientos humanos á un objeto determinado y práctico, puede este empleo de fuerzas individuales y sociales dirigidas á tal ó cual resultado particular, constituir por sí solo una ciencia? Por ventura, á esto se le podria llamar ciencia? Del mismo modo; deberíamos clasificar una ciencia segun el uso que de ella podamos hacer, segun el partido que de ella podamos sacar, ó bien segun la naturaleza y objeto de sus investigaciones?

La respuesta no ofrece la menor duda. No es el objeto práctico á que pueda aplicarse, el que ha de determinar la naturaleza de una ciencia y clasificarla; propiamente hablando, la ciencia no tiene objeto. Desde que tratamos del empleo que de ella se puede hacer, de la utilidad que ella nos puede reportar, salimos de la ciencia para entrar en el arte. Porque la ciencia en todas las cosas no es mas que el descubrimiento de la verdad, el conocimiento reflexivo de las relaciones que emanan de la naturaleza misma de las cosas; conocimiento que nos permite remontarnos á los principios, y encadenar entre sí las consecuencias. El conocimiento de la verdad es el fin, el solo objeto de la ciencia; su medio es la investigacion de la verdad con el método. No es la ciencia la que hace las cosas: que aun cuan-

do en el mundo solo hubiese miseria, ignorancia é infortunio, aun entonces existiria la ciencia de la economía política. Nunca dejaría de ser cierto, que aplicando las fuerzas de la inteligencia y las fuerzas orgánicas del hombre á la materia, de esta ó de la otra manera, se produciriau cosas capaces de satisfacer nuestras necesidades, y que estos productos se distribuirian de cierta manera entre los productores. El hombre hace lo que debe, cuando enterado de las deducciones de la ciencia, saca de ellas partido para aumentar su riqueza, su bienestar y el progreso social; mas la ciencia permanece siempre la misma. Aun cuando solo hubiese un barquichuelo en toda la superficie del Océano, habria astronomía; y la astronomía seria siempre igualmente verdadera. Sáquese de ella en buen hora todo el partido que se quiera para la navegacion; la astronomía considerada como ciencia en sí misma, no será nunca mas que el conocimiento de la verdad relativamente á un órden determinado de hechos.

Ahora pues, partiendo de este principio, y clasificando las ciencias segun sus diversos objetos, ¿cuál de los sistemas indicados será el mas satisfactorio? Daremos á la economía polìtica el campo universal que algunos autores le atribuyen, ó bien la limitaremos al objeto especial de la riqueza?

Reducida á estos términos, basta anunciar la cuestion para que quede resuelta, puesto que la proposicion queda reducida á lo siguiente: ¿es ó no cierto que hay una cosa especial enteramente diversa de las ya clasificadas, y de suficiente importancia para formar el objeto de una ciencia *sui generis* y de todo punto indepen-

diente? Claro es que esta cosa existe; nadie negará que el estudio de la lucha que las fuerzas humanas, ahora físicas, ahora intelectuales, sostienen perpétuamente contra la materia, con el objeto de dominarla, transformarla y adaptarla á las humanas necesidades, constituye un orden de hechos y de ideas particular que no puede confundirse con otro alguno.

Todo lo que puede satisfacer las necesidades del hombre es verdadera riqueza. La riqueza, hablando escolásticamente, es esencialmente *subjetiva*. No hay duda que la materia está dotada de propiedades determinadas; pero no es menos cierto que los objetos solo llegan á ser riqueza, puestos en relacion con las necesidades del hombre por medio del trabajo ó de la apropiacion. La calidad de la riqueza es siempre contingente; mas el órden de hechos que la producen no puede confundirse con otro alguno. Esto supuesto, la ciencia *sui generis* existe: y esta ciencia tiene esfera, hechos generales y lìmites enteramente peculiares.

Añadiré que algunos de estos hechos generales son igualmente comunes á ella y á otras ciencias. Hé aqui los datos de que parte la economía política: poder del hombre sobre las cosas, ayudado de su trabajo; inclinacion al ahorro y á la economía, habiendo un interés que nos determine, inclinacion á reunir y juntar nuestra actividad y nuestras fuerzas; instinto de propiedad y de cambio.

Estos hechos pertenecen á todos los tiempos y lugares; y son los hechos generales de la economía polìtica. De estos datos resulta la ciencia de la riqueza, como ciencia racional, general é invariable. Por un lado las cosas y sus propiedades; por el otro el hombre, su inteli-

gencia y su fuerza física; y por último, la reunion de estos dos elementos por medio de las inclinaciones y necesidades de nuestra naturaleza; de esas inclinaciones y necesidades cuya fuerza y estension pueden variar, pero que siempre son comunes á la humanidad entera. Esta ciencia asi considerada, tiene por teatro todo el universo.

Tal es la ciencia tomada en globo. ¿Cuáles son sus procedimientos? Oigamos sus principios: «el trabajo del hombre aplicado á las cosas, las modifica de modo que puedan satisfacer sus necesidades. Mas no consumiéndose todo el trabajo, resulta un ahorro, y este ahorro aplicado como fuerza productiva aumenta la produccion. Porque el amor al placer, y el deseo de multiplicar sus goces enseñan al hombre que su riqueza se aumenta con el ahorro, aplicando este ahorro á la produccion. Asi es como el trabajo y los capitales multiplican la riqueza.»

Y si partiendo de estos datos generales, deducimos estas consecuencias, si vemos demostradas hoy estas verdades, que pareciéndonos ahora triviales, permanecieron tanto tiempo ocultas, ¿no podremos con razon decir que en esta ciencia hay verdades *sui generis*, solo peculiares á la produccion de la riqueza, é igualmente aplicables á todos tiempos y lugares? Podemos sacar en consecuencia, sin temor de errar, que la ciencia de la economía política, considerada en su parte general é invariable, es mas bien una ciencia de raciocinio, que una ciencia de observacion. Otros que, como luego veremos, han confundido la economía política abstracta con la economía política aplicada, es decir, la ciencia con el arte, han enunciado precisamen-

te lo contrario. La ciencia propiamente dicha, parte de un corto número de hechos generales; todas sus consecuencias pertenecen á la deduccion.

¿Son empero, siempre legítimas estas deducciones? ¿Son estas consecuencias siempre verdaderas? Es incontestable que un proyectil lanzado bajo un ángulo determinado describe una curva determinada: hé aqui un axioma matemático. Es igualmente cierto que la resistencia que opone al proyectil el fluido que atraviesa, modifica en la práctica mas ó menos la deduccion especulativa; y esta es una verdad de observacion. ¿Será falsa la deduccion matemática? de ningun modo; pero supone el vacìo. Reconozcamos del mismo modo que la economía especulativa deja tambien á un lado ciertos fenómenos y ciertas resistencias. Tres hechos importantes nos bastarán para señalar toda la diferencia que puede existir entre la ciencia pura y la ciencia aplicada; entre la ciencia y el arte.

La nacionalidad, el tiempo y el espacio modifican con harta frecuencia los resultados de la ciencia pura. Enséñanos la ciencia que para aumentar la riqueza, es necesario producir con el menor coste posible. Si en un punto son los productos mas baratos que en otro, la ciencia nos aconsejará que los compremos en el mercado mas barato. No se curará de saber el nombre del lugar en que la produccion es mas barata, ni el gobierno que rige en el otro, en donde la fabricacion es cara. La ciencia en globo no desciende á estos pormenores. Del mismo modo nos dirá: «si el salario es mayor en un punto que en otro, los trabajadores acudirán al punto en que sean mejor pagados:» y esto será cierto, sin investigar por eso la distancia que separa los dos lugares, qué clase de dificultades prácticas se oponen á la

emigracion de los jornaleros, qué tiempo sea necesario para que ambas poblaciones lleguen á equilibrarse, y cuáles hasta entonces sean los padecimientos de una parte de los artesanos. Asi tambien procede la balística pura que no aprecia la resistencia que debe esperimentar el proyectil al describir su curva. Aquel que solo ignorase la fórmula puramente científica, seria un mal artillero; pero no seria mas entendido, el que haciendo la puntería por la fórmula abstracta, no tuviese presentes las modificaciones de la esperiencia. Asimismo incurriria en un absurdo económico el que no se hiciese cargo de las modificaciones que las circunstancias pueden hacer en los resultados de la ciencia pura. Mas, ¿dejará por eso la economía política de ser una ciencia? Serán sus fórmulas menos ciertas? No: de ninguna manera. Mucho se ha reprochado á la escuela de Quesney su tan repetido *laissez faire*, *laissez passer* (5). Sin embargo aquel era el lenguage de la ciencia pura; porque como despues veremos es, exactamente cierto que la libertad de industria y de comercio serian el medio mas seguro de producir la mayor riqueza posible, si circunstancias particulares no modificasen la cuestion. Mas suelen presentarse circunstan-

---

(5) No fué precisamente Quesney el autor de este famoso adagio, sino su compañero Gournay, el cual se diferenció algo en ideas del médico de Luis XV. Este adagio fué el estandarte adoptado por los fisiócratas para hacer la guerra al monopolio y al privilegio en sus dos fuertes torreones, las corporaciones y las aduanas, proclamando la libertad absoluta de industria y de comercio para asegurar la baratura por medio de la competencia. Quesney era hijo de un labrador, y Gournay era comerciante; esto solo esplica, por qué proclamando un principio mismo, se diferenciaron en las aplicaciones que de él hicieron.

(*N. del Trad.*)

cias de tiempo y de lugar, y necesidades particulares emanadas de la ìndole y genio de las naciones que modifican en la práctica la aplicacion de la regla. ¿Y bastará esto para poner en duda las deducciones de la ciencia, como deducciones científicas? no; de ninguna manera.

Resulta de estas observaciones que el modo de cortar estas dificultades es distinguir tres especies de hechos y de ideas.

Llamaremos economía política racional á la ciencia que se propone por objeto la naturaleza, las causas y el movimiento de la riqueza, fundándose en hechos generales y constantes de la naturaleza humana y del mundo esterior. No porque menosprecie y rechace las demas ciencias sociales, puesto que estas, del mismo modo que las físicas y matemáticas, le ofrecen medios y resultados de que ella se aprovecha; mas importa al progreso de cada una que no se las confunda entre sí. Todas las líneas que parten de la base del cono concluyen reuniéndose en el vértice; pero el hombre que se halla colocado en el centro, no tiene una inteligencia tan perspicaz que pueda distinguirlas reunidas, sin haberlas examinado una por una. La ciencia, dice Platon, es una sola en cierto modo; mas cada una de sus partes, aplicada á un objeto cualquiera, forma una seccion aparte, y recibe su nombre particular. De aquí proviene el sin número de artes y ciencias designadas con diversos nombres. Dudamos que haya llegado el momento de reunir en una sola síntesis todas las ciencias morales y políticas, formando una gran ciencia social, á la manera que pudiera formarse una ciencia general de la naturaleza, haciendo una fusion de las diver-

sas ciencias naturales existentes Mas aun cuando eso fuese posible, siempre seria tan contrario á la razon el confundir esta ciencia social con una ciencia particular como la de la riqueza, como confundir la ciencia universal de la naturaleza con la mineralogía. Tomen en buen hora algunos autores ocupados en hacer ensayos prematuros de síntesis social, para aplicarlo á sus lucubraciones económico-político-morales, el nombre de economía política, solo propio de la ciencia de la riqueza. No es un mero nombre tan importante que los economistas vayan á disputarse su posesion *unguibus et rostro;* se apellidarán estos si se quiere, *crisólogos, crematísticos, diviciarios*, ó cualquiera otra cosa aun mas estravagante: pero deducir de la usurpacion de un nombre, que la economía política no es la ciencia que trata de la riqueza, es sustituir á una cuestion formal un juego de palabras, una mera logomáquia.

Pasemos á la economía política aplicada, que considera la ciencia como un medio. Al pasar de la ciencia al arte es preciso considerar las circunstancias particulares que pueden modificar los principios en sus aplicaciones. Veremos, al tratar algunas de las grandes cuestiones de aplicacion, que las tres circunstancias capitales mencionadas, á saber: el tiempo, el espacio, y la nacionalidad son de grande importancia para las causas que modifican los resultados puramente científicos. El objeto de la economía pura, y de la economía aplicada es en el fondo uno mismo: aquella lo considera de una manera general y, hablando al uso, humanitaria: esta de un modo mas especial, mas nacional y circunscrito; mas el objeto es en ambas uno mismo.

Tambien la moral y la política intervienen en las

cuestiones sociales. El objeto de la sociedad, del mismo modo que el del individuo, no es solamente la riqueza; que en ciertos casos puede este objeto estar subordinado á otro mucho mas noble. Suponiendo que el hacer trabajar á los niños quince horas al dia fuese un verdadero medio de riqueza nacional, la moral diría que este trabajo no era permitido; y la política, que aquella tarea tan enorme era perjudicial al Estado, por que paralizaba las fuerzas de la poblacion. Los obreros de doce años serian despues, á los veinte, soldados débiles y enfermizos. La moral defendería sus preceptos, y la política sus exigencias: y aun cuando se probase que semejante medida sería una fuente inmensa de riqueza, no podría jamas verse establecida. ¿Y debería por eso culparse á la economìa política? De ningun modo: la economía política no es mas que una ciencia que examina las relaciones de las cosas y deduce sus consecuencias. A ella toca examinar los efectos del trabajo: á nosotros aplicar el trabajo segun la importancia del objeto. Cuando la aplicacion del trabajo es pues contraria á un objeto mas elevado que la produccion de la riqueza, la aplicacion es altamente viciosa. Y esto no probará que la economìa polìtica sea falsa, sino que se confunden en la práctica cosas que deben ir siempre separadas.

Si pudiese demostrarse que los refugios para las desgraciadas víctimas de la corrupcion y miseria de sus padres, y que los hospicios para los infelices espósitos, eran instituciones contrarias á las deducciones de la economía política, se diría que los economistas querian que se cerrasen al punto esos refugios, y se aboliesen esas instituciones; se añadiría que los economistas

eran hombres sin sentimientos, sin corazon, sin piedad. No hay nada de eso, la economìa política no hace mas que indicar un hecho y un resultado. A ellos no les toca examinar si en el órden de circunstancias existente hay ó deja de haber otros hechos y consecuencias que se oponen á la supresion de tales establecimientos. Dado que en una provincia determinada semejante supresion no pudiese menos de alarmar y amotinar á sus pobladores, ¿quién sería el que se determinase á hacerlo? Porque, por mas que dijese la economía, la política nos dictaría que la tranquilidad publica era preferible al ahorro que pudiese originar la supresion de los hospicios é inclusas.

Nuestro fin en este mundo, séame lícito repetirlo, no se dirige á un solo objeto. Puede la economìa política servirnos de guía al encaminarnos hácia uno de ellos, mas no es responsable de que hagamos ó dejemos de hacer las cosas, porque, como ya hemos indicado, el objeto de la ciencia no es mas que la investigacion de la verdad. Al aplicarla es cuando debemos tomar en cuenta todos los principios que entran en la resolucion de un problema social. El error nace de imaginarse que toda cuestion social puede resolverse por la aplicacion de un solo principio; de donde resulta que siempre que el principio económico se halla comprendido en una cuestion, nos empeñamos en que su resolucion práctica pese sobre la economía polìtica; y esto es injusto. La economía política presenta resultados económicos, consecuencias legìtimas del principio puramente económico; los que hacen las aplicaciones son los que han de cuidar de todos los demas principios que deben obrar para que la resolucion de la

cuestion se acomode á los intereses mas vitales de la nacion y de los individuos.

Digo á los intereses mas vitales porque cuando en una cuestion el objeto dominante, el interés mas vivo de la nacion es la riqueza, la economía política es la que debe dominar y figurar en primera línea. Cuando sucede lo contrario, esto es, cuando haya intereses de poder y dignidad nacional puestos en juego, las consideraciones económicas no son sino motivos de segundo órden que deben ceder á consideraciones políticas mas importantes y elevadas. Creo por consiguiente que es necesario distinguir en primer lugar la economía política racional de la economìa polìtica aplicada, y que finalmente, en toda cuestion es preciso no confundir las consideraciones de la economía política, aunque sea de la aplicada, con las demas consideraciones morales y políticas que pueden influir en la resolucion del problema.

LECCION TERCERA.

Dificultades que se han opuesto al desarrollo de la ciencia.— Defectos de su nomenclatura.—Necesidad de recurrir á principios elementales.—Valor; naturaleza; causa; formas elementales del valor.

Al investigar el objeto de la economía política y sus verdaderos límites, hemos reconocido la necesidad de distinguir dos órdenes de conocimientos y de fenómenos con harta frecuencia confundidos por los que se ocupan en estas materias. La economía política, que hemos llamado pura ó racional, es una ciencia *sui generis*, que se funda en un corto número de hechos generales, de los cuales deduce sus consecuencias: y esta ciencia pertenece mas á la razon que á los esperimentos. La ciencia aplicada, por el contrario, hace aprecio de ciertos hechos particulares que no considera la ciencia pura. No siendo el mismo su objeto, pues la una solo se propone la *sola verdad* de sus teoremas, y la otra se propone *esencialmente* la accion en una esfera determinada, claro es que sus métodos no pueden ser idénticos. La ciencia práctica ó aplicada se vale, ademas de los principios, de la observacion de los hechos particulares, y de la esperiencia.

Mas la economía política, de cualquier modo que se la considere, ya sea práctica, ya puramente abstracta, siempre tiene por objeto la riqueza. Como ciencia

pura, la riqueza general, la riqueza para el mundo entero, para el hombre en el inmenso teatro del universo; como ciencia aplicada, la riqueza de una localidad determinada, de la agregacion de individuos á que se aplica; la riqueza de tal ó cual estado, de tal ó cual sociedad particular.

Hemos indicado por último, que es necesario no confundir los resultados de la ciencia de la riqueza con las exigencias, ya de la moral por no coincidir siempre lo justo y lo bueno con lo útil, ya de la política que representa un orden de utilidades, acaso superior al de las simples utilidades económicas. De esta triple distincion nace una observacion muy esencial, porque mientras que la distincion entre la economía política y la moral permanece tan invariable como la diferencia eterna entre lo bueno y lo útil (1), la distincion entre la economía política racional y la economía política

(1) A pesar de cuanto digan los discipulos de Kant y de la escuela espiritualista alemana, y á pesar de todos los esfuerzos dialécticos de los modernos eclectistas, lo *bueno* y lo *útil* como nociones del entendimiento son una cosa misma; lo *útil* por mejor decir es la unica manifestacion posible de la bondad moral en el mundo. La moral es la que ajusta las acciones á lo verdaderamente útil; ni sin utilidad ó conveniencia puede comprenderse el código de los preceptos morales ó religiosos. Si por *ùtil* se quiere significar lo inmediatamente útil al hombre, y por bueno lo útil en último resultado, la disputa quedará reducida á una mera logomáquia. Solo asi puede hablarse de diferencia eterna entre lo *bueno* y lo *útil* y aplicarla á la diferencia entre la moral y la economía, pues en efecto ésta como ciencia de la produccion de la riqueza podria aconsejar al legislador una ley que conviniese á la totalidad inmediata y material de la nacion, y que sin embargo fuese con el tiempo verdaderamente perjudicial para sus intereses morales.

(*N. del Trad.*)

aplicada va cada vez mas desapareciendo. La civilizacion con sus progresos va desfigurando incesantemente los hechos en que principalmente se fundaba aquella distincion. Las distancias se acortan de una manera prodigiosa; las comunicaciones van haciéndose gradualmente menos difíciles y costosas; las relaciones entre los diversos pueblos se estienden y se multiplican; aquellos numerosos obstáculos que oponian á la industria general, al comercio, al giro de los capitales y á las emigraciones de los productores los antiguos rencores nacionales, las preocupaciones, la diversidad de religion y las antipatías, van atenuándose de dia en dia hasta el punto de dejarnos entrever que llegará una época en que ninguna ley estorbará que todos los paises civilizados formen en cierto modo un inmenso y único mercado. La economía abstracta y la economía aplicada no podrán jamás confundirse; y creer lo contrario seria una engañosa utopía; porque ni el tiempo, ni el espacio, ni la nacionalidad podrán jamás perder toda su influencia sobre las relaciones económicas. Contentémonos con ver que estos obstáculos y estas resistencias van desapareciendo cada dia, y alentémonos al contemplar una civilizacion, cuyos prodigios van haciendo mas y mas aplicables á la práctica los axiomas de la economía política racional.

Establecidas estas distinciones fundamentales, concretémonos ya al campo de la economía política, que es el que debe suministrarnos los materiales para nuestra tarea.

El hombre guiado por su instinto y escitado por la necesidad, segun ya hemos manifestado, no tarda en reconocer la existencia de una relacion que le une á los

objetos esteriores, y de una relacion entre sus necesidades y las propiedades de las cosas que le rodean. Echando mano de los bienes naturales que encuentra á su alcance, y aplicándolos á sus necesidades, se los apropia y hace suyos, y su obra económica comienza con la aplicacion que hace de las cosas esteriores á su uso, y por el mero hecho de hacerse dueño de ellas.

El hombre aplica, por decirlo asi, su personalidad á las cosas de que saca partido; mas este mero trabajo de apropiacion llega á serle en breve insuficiente. Entonces su accion se estiende y se dilata, y modifica los objetos esteriores, que en su estado natural no hubieran podido servirle, haciéndolos capaces de satisfacer sus deseos. Un terreno mas vasto preséntase entonces al ejercicio de su actividad, y modificando una á una las fuerzas de la naturaleza á la luz de su inteligencia, consigue, por medio de un trabajo profundo y meditado, satisfacer ciertas necesidades ya mas complicadas y de índole mas delicada.

A medida que sus fuerzas intelectuales prestan ayuda á su instinto, reconoce que el poder de sus órganos puede aumentarse en sumo grado, y que no consumiendo inmediatamente todas las cosas útiles, puede convertirlas en medios que suministren nueva fuerza á la actividad de sus órganos y á la de los agentes naturales puestos á su disposicion. Asi se estienden y multiplican las trasformaciones, y el hombre vive y prospera, y se propaga, cubriendo en breve la superficie de la tierra, multiplicando sus fuerzas por medio de un socorro mútuo y del espíritu de asociacion, asignando á cada individuo su categoría, y distribuyéndolas de modo que todos trabajen y que todos aprovechen,

pasando gradualmente á una existencia menos descuidada y grosera.

Este socorro mutuo y este trabajo comun hallan su recompensa donde quiera que la justicia asista á las relaciones sociales por medio de una proporcionada retribucion. De este modo, dueños todos de mayor ó menor fortuna, que por lo general es mayor que la que sus necesidades reclaman, ó diversa de la que pide su deseo, la retribucion dá orígen al cambio, abre un vasto horizonte á nuevas relaciones entre los hombres y el mundo se convierte, por decirlo asi, en inmenso taller y vastísimo mercado, siendo la especie humana una gran familia comerciante y trabajadora. Auméntanse cada año sus provisiones, y su bienestar adquiere bases mas duraderas, y aunque la familia humana se multiplica, merced á las fuerzas del hombre aplicadas á la naturaleza, puede sin embargo con mucha prevision y sabiduría poner esta multiplicacion en armonía con los medios de subsistencia. Y entonces la tierra se hermosea, las artes florecen, las necesidades se desarrollan ennobleciéndose, y el hombre progresa, no solo en el órden físico, mas tambien en el órden intelectual y moral; y en este grado de altura, dueño legítimo ya, por sus propios esfuerzos, del mundo entero, solo le queda dar gracias á aquel que nos impuso como leyes el trabajo y la asociacion (1).

---

(1) En este hermoso cuadro de la humanidad que vive con su trabajo bajo el imperio de la justicia, hubiera podido resumir el autor el sistema entero de Sismondi que en una nota anterior esplicamos ligeramente.

(*N. del Trad.*)

Tal es la série de los fenómenos económicos considerados en sus principios y resultados. Todos se hallan comprendidos en la accion continua del hombre sobre el mundo material: todos se hallan encerrados en esa rotacion incesante de trabajos, de consumo, de reproducciones y de cambios. Estos hechos y sus nociones, tan multiplicados, y cuya minuciosa descripcion ha llenado tantos volúmenes, se resumen y generalizan en las siguientes palabras: valor, riqueza, trabajo, tierra, capital, produccion directa é indirecta, poblacion, cambio, mercados, esportaciones, distribucion, jornal ó estipendio, renta, beneficio, impuesto y contribuciones.

La ciencia ha adoptado estas palabras, mas aun no hay gran conformidad acerca de su sentido y estension. Por mejor decir, la ciencia no tiene aun fijeza ni solidez en sus principios fundamentales; porque la primera señal de que una ciencia ha llegado á cierto grado de perfeccion, es una nomenclatura admitida, reconocida, y libre de ambages, contestaciones y disputas.

La economía política ha tenido que luchar con graves dificultades: la transicion de los hechos comunes y someramente observados al verdadero estado científico ha sido para ella mas difícil que para otra ciencia alguna. Hay ciertos hechos ya físicos, ya químicos, ya astronómicos, que el vulgo mismo habia observado bien ó mal á su manera sin parar mucho la atencion en ellos: y cuando despues los sabios los analizaron, no hallaron graves dificultades en clasificarlos segun sus luces, y en darles el nombre que les pareció mas oportuno. Los economistas, por el contrario, tienen que

partir de aquellos hechos que constituyen la ocupacion diaria y directa de todo el mundo; y asi han encontrado en este lenguage usual y corriente un diccionario económico ya formado. Han tenido que admitir este lenguage, encargándose únicamente de pulirlo y de ajustarlo al rigor y exactitud científica que no podia tener entre el vulgo. Y esta era la obra mas difícil, porque el lenguage comun, mucho antes que los economistas, empleaba ya las voces, valor, trabajo, capital, salario, jornal, renta; y estas espresiones llegaron al dominio de la ciencia con todas esas varias significaciones mal definidas, vagas y viciosas de la lengua comun, que aunque en la vida ordinaria no causen embarazo, por la razon de que á cada hecho particular dá cada uno la espresion que mas le conviene, en el desenvolvimiento científico de una teoría, no pueden menos de producir complicaciones é inconvenientes.

Sírvanos de ejemplo la palabra capital: nadie ignora de cuantas significaciones es susceptible en el comun lenguage. Cualquiera persona poco versada en la ciencia de la economía dirá tal vez: «en las máquinas de mi fábrica y en el mismo edificio que ocupa consiste todo mi capital.» Otro dirá que ha entregado un capital entero á su procurador: otro, hablando de una persona rica, diria: «Apenas posee un palmo de tierra; pero en cambio es dueño de un gran capital:» El curial contrapone á la palabra *capital* la de *interes*, y llama *capital* á la cantidad principal de un débito, de una renta. Por último, se dice de una dama, que posee un capital considerable en diamantes. Y observemos de paso, que así el código de la lengua como el diciona-

rio de la academia, omiten de intento la verdadera significacion científica de la palabra capital. Sin embargo, siendo de tanta importancia en la ciencia, la menor duda ó incertidumbre sobre su significado es causa de graves errores y equivocaciones.

Ademas, los sábios mismos se ven, por decirlo así, sometidos al imperio de los hechos esternos; atmósfera que rodea á todos los hombres é insensiblemente modifica su modo de ver. De aquí se ha originado un nuevo peligro para la ciencia; pues muchas veces los economistas la han desfigurado y mutilado, para acomodarla á los usos de sus respectivos paises.

Ofrécenos un ejemplo de ello la Inglaterra, que puede llamarse por escelencia el pais de las manufacturas, porque por todas partes se ven allí máquinas, talleres y operarios. La importancia social del trabajo es en él inmensa; de tal suerte, que si hay alguna nacion á la que pueda aplicarse el nombre de taller, no puede ser otra que la Inglaterra. Así, pues, ¿cuáles son los hechos que mas han influido en el ánimo de los economistas ingleses? El trabajo propiamente dicho y el cambio. No es por lo tanto de admirar que la idea de que la mayor riqueza consiste en los productos del trabajo propiamente dicho, y que el principal valor que debe considerar la ciencia es el valor en cambio haya radicado entre ellos mas que en ningun otro pais. He aquí ciertamente dos restricciones, dos mutilaciones de la ciencia, originadas por la influencia de los hechos que mas prevalecen en Inglaterra. Jamás podria ocurrírsele semejante idea á un napolitano.

Estos ejemplos nos prueban suficientemente que las cuestiones mas graves vienen á encontrarse en el um-

bral mismo de la ciencia. Preséntanse en el campo de la ciencia pura, cuando se trata de determinar los hechos generales que son su fundamento; y aun mas particularmente cuando se pasa de estos hechos generales á las deducciones y corolarios que de ellos provienen. Ofrécense tambien, y aun en mayor número, en la esfera de la economía política aplicada, aumentadas con todas las divergencias que tan fácilmente se advierten, cuando se observan los hechos particulares, sin tener en cuenta, como ya lo indiqué en otra ocasion, todo aquello que traen consigo las influencias morales y políticas, legítimas en sí mismas, aunque estrañas sin embargo á la ciencia económica.

Deseosos de desentrañar cuanto antes la ciencia, y de llegar á las cuestiones prácticas, de buen grado hubiéramos pasado por alto ciertas cuestiones fundamentales demasiado abstractas sin detenernos en ellas, puesto que no pueden persuadirse inmediatamente de su utilidad los que comienzan esta clase de estudios. Sin embargo, no hemos podido menos de tocarlas, aunque ligeramente, porque la menor inexactitud en las nociones fundamentales oscurece toda la ciencia, y el entendimiento toma una direccion falsa, cuyos efectos se hacen notables en las cuestiones de aplicacion.

Ya dije que los hechos generales de la ciencia se hallan resumidos en un número determinado de palabras, de las cuales la primera es la de *valor*, que por cierto no ha sido la que menos controversias ha suscitado entre los economistas.

El hombre, distinguiendo por su propio instinto y discernimiento las cosas capaces de satisfacer sus necesidades de las que no lo son, se aprovecha de las pri-

meras para sacar de ellas todo el partido posible, y descuida y desprecia absolutamente las segundas.

He aquí la primera accion del hombre: si se le pregunta por qué desprecia unas cosas y se aprovecha de otras, nos dirá que porque aquellas le son útiles y estas para nada le sirven: y si traducimos esta respuesta al lenguage científico, diremos que en unas halla valor y en otras nó. Por consiguiente el *valor* no es otra cosa que lo útil en cuanto dice relacion con la satisfaccion de nuestras necesidades: idea menos lata que la de la utilidad absoluta. Lo útil puede concebirse de una manera abstracta y general, aplicada á las cosas que no escitan en nosotros ni deseo ni temor. Así pues, en el sistema del mundo, por ejemplo, concebimos muy bien como útil al mecanismo universal que haya cierto número de sistemas solares; pero esto es un puro acto de nuestra inteligencia, que no tiene relacion alguna con la satisfaccion de nuestras necesidades (1).

La utilidad, en cuanto proviene del valor, puede

---

(1) Empléase aquí, en nuestra opinion, la palabra *útil* en una significacion impropia. Lo útil absoluto es lo propio á llenar un objeto cualquiera, mas esta nocion se espresaria v. gr. de este modo: *Conviene* que haya cierto número de sistemas solares &c. La palabra útil se emplea cuando se trata de un objeto dirigido precisamente á satisfacer las necesidades del hombre, por lo que llámase generalmente útil todo lo que trae ó produce provecho, comodidad, fruto ó interes en lo físico ó en lo moral. No vemos por lo demas qué inconveniente resulte de emplear esta palabra en economía política, es decir, en la ciencia que trata de la riqueza con el solo objeto de investigar las relaciones entre ella y el bienestar del hombre y de las sociedades humanas. Cuando un economista habla de la utilidad de las cosas no hay porque equivocarse, puesto que solo puede tratarse de su utilidad para el hombre.

(*N. del Trad.*)

ser directa ó indirecta. La llamo directa si se funda en la posibilidad de una inmediata aplicacion de las cosas á la satisfaccion de nuestras necesidades: tal es el valor del pan para el que tiene hambre. Y la llamo indirecta en aquellas cosas por las cuales nos procuramos el medio de satisfacer necesidades que ellas de por sí no pueden satisfacer. Por ejemplo, un hombre posee dos pedazos de pan; con el uno sácia su hambre, y el otro lo cambia, acosado del frio, por unos sarmientos para encender lumbre. Y nótese cuán rápidamente se desarrolla la idea instintiva de la propiedad: porque dueño este hombre del segundo pedazo de pan, reconoció instantáneamente su derecho de disponer de él y transferir su propiedad á otro: y asi, por medio del cambio satisface indirectamente sus necesidades.

Descendamos todavía mas al fondo de las cosas. Me valí del ejemplo del pedazo de pan, porque es un objeto trasmisible, y no son tales todas las cosas útiles. Pero es preciso que la cosa que se haya de trasmitir al dominio de otro, no sea de tal naturaleza que cualquiera pueda fácilmente procurársela sin necesidad de tomar la nuestra. Asi que aquellas cosas que existen en cantidad indefinida y á disposicion de todo el mundo, no pueden ser jamás objeto de cambio, á causa de su escesiva abundancia. Por el contrario, si las cosas que deseamos adquirir son sumamente raras, el cambio es casi imposible. Por ejemplo, en una plaza sitiada, cuando acosa el peligro de morir de hambre, el que es dueño de algunos comestibles, á nadie los cederá seguramente, aun cuando le ofrezcan un gran precio. ¿Hubiera cedido por todo el oro del mundo uno solo de sus tizones encendidos entre la nieve, aquel soldado que mu-

riendo de frio despues de la derrota de Moscou, quebrantando las severas leyes de la disciplina, rehusó su lumbre con una espresion amenazadora á su gefe que se le aproximó para calentarse á la miserable hoguera?

Asi es que deben necesariamente concurrir ciertas circunstancias para que el cambio tenga lugar. Porque hay que suponer posesion por una y otra parte, voluntad de deshacerse de una cosa, y deseo y medios de adquirir lo que otro posee. Suprímase cualquiera de estos datos, y el cambio es imposible. Porque todo lo podemos aplicar á la satisfaccion de nuestras necesidades ó directa ó indirectamente. A la primera especie de utilidad ó á la directa, la llamo con Smith *valor en uso*, es decir, posibilidad de satisfacer inmediatamente nuestras necesidades; y á la segunda ó indirecta, *valor en cambio*, esto es, posibilidad de procurarnos por medio del trueque aquellas cosas con las cuales podemos satisfacer inmediatamente nuestras necesidades.

De estas nociones que no son mas que la traduccion al lenguage científico de los hechos generales mas irrecusables, resulta:

1.° Que el valor no es otra cosa que la espresion de una relacion esencialmente variable: á saber, la relacion de nuestras necesidades con las cosas; porque nadie ignora que nuestras necesidades son diversas é instables á un mismo tiempo; pues hasta aquellas mismas que son comunes á todos los hombres, como que derivan de nuestra constitucion orgánica, son variables al menos por su intermitencia y por los grados de su intensidad. Se deduce pues, que el valor, ni es una cosa constante, ni una cualidad inherente á los obje-

tos, como que nada se encuentra en él que sea esclusivamente objetivo. El pedazo de pan de que hablamos antes, tiene un valor considerable en el momento en que el hombre se vé atormentado por el hambre; más despues que la ha saciado completamente ya no tiene ninguno.

2.° El valor en uso es la espresion de una relacion que domina toda la economía política, á saber: la relacion de las necesidades del hombre con los objetos esteriores (1). El valor en cambio es solo una forma de

---

(1) Nada hemos dicho hasta aquí de la division que hace el ilustre autor de *valor en uso* y *valor en cambio*, siguiendo el método de Smith y de otros economistas, entre ellos J. B. Say su predecesor, por evitar toda confusion en la esposicion que hace el autor de los fundamentos de esta division; pero ahora no será acaso de todo punto inútil analizar la exactitnd de estos términos. Manifestaremos en primer lugar que la espresion *valor en uso* es absolutamente sinónima de *utilidad*. Asi lo cree Malthus, y aun cuando no bastarán á probarlo sus observaciones, sería suficiente que se pudiera emplear la voz utilidad en todos los pasages en que Rossi emplea la de *valor en uso* para que en obsequio de la claridad en la nomenclatura científica se omítiesen en ella términos técnicos inútiles, sobre todo pudiéndolos tachar de falta de exactitud.

Observa con razon un distinguido economista de Ginebra que la palabra valor segun su etimología tiene un sentido comparativo, é indica siempre la equivalencia del objeto á que se aplica á uno ó mas objetos diferentes. Asi, cuando decimos esto vale poco, estotro vale mucho, significamos que vale mas ó menos que otras cosas; de manera que siempre se sobreentiende un segundo término oculto en la espresion. En suma, el valor es una nocion objetivamente relativa y por lo tanto solo aplicable al valor en cambio ó permutable.

Ahora bien, el *valor en uso* segun la definicion del autor, es una nocion objetivamente absoluta que no supone equivalencia entre uno y otro ó mas objetos, aun cuando pueda ser relativa en cuanto á las personas ó subjetivamente. «El valor en uso, dice, es la espresion de la relacion entre las necesidades del hombre y los objetos esteriores.» Luego todo objeto esterior capaz de satisfacer las necesidades humanas tiene valor en uso, y este valor es una cualidad inherente al ob-

aquel otro, y se deriva del mismo principio. Quítese á una cosa la propiedad de satisfacer nuestras necesidades, y ya no tendrá valor en cambio, porque no servirá para nada, ni será útil á nadie. Por ejemplo, si un aldeano de las cercanías de Roma encuentra un fragmento antiguo, claro es que para él no tendrá ningun valor directo, porque carece de inteligencia en bellas artes, y mucho mas en inscripciones antiguas: pero al mismo tiempo no ignora que hay en el mundo arqueólogos, anticuarios, y artistas que codician poseer estos restos: sabe por lo tanto que puede cambiar su fragmento antiguo: que si para nadie tuviese valor en uso, el aldeano lo arrojaría seguramente. Véase, pues, como el valor en cambio es una forma de valor en uso; se deriva del mismo principio; existe, no por sí mismo, sino porque existe el otro, de suerte que no habiendo valor en uso no puede haber valor en cambio: mientras el valor en uso puede existir sin este (1).

---

jeto que no supone la comparacion de este objeto con otro ninguno y que solo nace de su naturaleza y de sus propiedades esenciales. Asi pues, el trigo por su propiedad nutritiva tiene un valor en uso independiente de toda comparacion; porque, haya un costal de trigo, haya mil, nada varía el valor en uso, pues el número en nada altera la relacion que existe entre la materia llamada trigo y las necesidades del ente llamado hombre. Supóngase que en el mundo solo hubiera hombres y trigo; el valor en uso del trigo sería siempre el mismo. Mas si al hombre se sustituyese un ser que no se alimentase de trigo, este género perderia su valor en uso por ser la nocion de que se trata subjetivamente relativa. Diciendo pues valor en uso, se toma la palabra valor en una acepcion que repugna á su significacion gramatical; pues, como ya hemos dicho, *valor* implica ó envuelve comparacion.

(*N. del Trad.*)

(1) Sustitúyase á la espresion valor en uso la voz *utilidad* y será mas evidente esta diferencia. El valor, económicamente hablando, es

3.º Por último, el valor en uso dura tanto como la relacion entre los objetos y las necesidades del hombre; y el valor en cambio no existe en realidad, sino en el mismo momento del cambio. Así, cuando se trueca un pedazo de pan por un pedazo de leña, este último es el valor en cambio del pedazo de pan, y vice-versa. Un instante despues de verificarse el trueque ya nadie dirá cual es el valor en cambio del pedazo de pan. Supongamos que voy al mercado y compro un hectolitro de trigo por 15 francos: he aquí su valor en cambio en el momento del trueque: el hectolitro de trigo vale los 15 francos, y los 15 francos valen el hectolitro de trigo: y sin embargo, no sabré qué valor en cambio tendrá el trigo una hora despues: y si lo guardo dias y meses, mi incertidumbre será cada vez mayor; porque el trigo no tiene un valor en cambio determinado, conocido, real, sino en el mismo mercado. Así, cuando se dice que hay ecuacion entre los dos términos del cambio, no hay que dar á esta asercion un sentido demasiado lato. Hay ecuacion en el

---

la propiedad que tienen unos productos de cambiarse por otros, y esta propiedad es el valor en cambio, valor que se determina por la fórmula de la *oferta y el pedido.* Con trigo se compra paño, máquinas, servicios &c. &c.: esta propiedad de valor permutable la adquieren las cosas con la utilidad que se les dá y la cantidad que limita su número; y ambos requisitos, *utilidad y cantidad*, son indispensables al efecto, pues la luz tiene sin duda una utilidad eminente y sin embargo no tiene valor por ser su cantidad ilimitada. Si en este ejemplo empleamos la espresion valor en uso por la palabra utilidad, vendría á decirse: la luz tiene valor en uso y sin embargo no tiene valor. ¿Cuál es el lenguage mas claro? ¿No es esta en el fondo una verdadera logomáquia?

(*N. del Trad.*)

momento del cambio, pero no despues. Porque, asi antes como despues del trueque, el valor en cambio es una cosa de mera congetura. Un hombre que esté diestro en estas cosas podrá decirme: «Yo creo que V. venderá su trigo á tanto:» De manera que se equivocará mas ó menos, segun sean mayores ó menores sus conocimientos mercantiles, mas ó menos exacto su golpe de vista; pero su asercion nunca pasará de ser una congetura.

Tales son los hechos incontestables de todos los dias. ¿Quién hablará, pues, del valor en uso como de un hecho duradero y constante? Semejante cosa, ni existe ni puede existir. Precisamente por ser el valor en cambio de índole vària y mudable á cada instante, se publican periódicamente los estados del precio de los granos en el mercado. No se encontrará un mercader que, al hacer su inventario, no sepa que el valor que dá á sus mercancías es puramente congetural. Porque, lo repito, no hay valor en cambio real, conocido, y que pueda formularse en ecuacion, sino en el mismo momento del cambio. Y así, desde que una cosa tiene valor en uso, es decir, desde que puede satisfacer una necesidad cualquiera del hombre, el valor en cambio es *posible*. Y si esta misma cosa se halla en poder de alguno que esté dispuesto á deshacerse de ella, en este caso el valor ya es *probable*, *congetural*; pero nunca *real*, *conocido*, *determinado*, sino en el momento mismo del cambio (1).

---

(1) Aunque no sea *determinado* ni *conocido*, el valor en cambio existe, es *real* antes del cambio é independientemente de él, pues no

Por lo tanto, las cosas consideradas bajo su relacion económica se dividen en tres clases.

Cosas hay que solo tienen valor en uso; de las cuales todos tenemos. ¿A quién sinó se le ocurre vender sus vestidos, su sombrero, el retrato de su madre ó el recuerdo de un amigo (1)?

---

hay valor permutable que no suponga, como asegura el mismo autor, valor en uso ó utilidad, y la utilidad es cosa real, é inherente á los objetos.

(*N. del Trad.*)

(1) Parece que solo debieran citarse como objetos de valor en uso (utilidad) destituidos de valor en cambio (valor permutable), los objetos de mera afeccion ó aquellos que existen en cantidad ilimitada como el aire y la luz; porque en el mero hecho de ser limitados como los objetos que cita como ejemplo el autor y tener valor en uso, ya reunen los dos requisitos de todo valor permutable. Valor permutable tienen en efecto mi sombrero, mi vestido, por ser posible cambiarlos, sea cual fuere su estado, con algun otro objeto ó por un precio cualquiera por ínfimo que sea. El valor de afeccion es el que á primera vista parece anómalo por existir ciertos objetos, como el retrato de una madre (con tal que no tenga mérito alguno como obra de arte), que cita el autor, los cuales á pesar de reunir en eminente grado *utilidad y cantidad limitada*, ó no tienen valor alguno, ó lo tienen insignificante. Pero la anomalía de este fenómeno tan solo es aparente, y dimana de que estos objetos esperimentan al cambiarse una verdadera trasformacion. Asi el retrato de mi madre no será para otro mas que un mero retrato, ni útil ni raro; será solo una pintura mas ó menos buena, sin mas utilidad que la comun de todo retrato desconocido ó de persona indiferente, que formará parte de una inmensa coleccion de obras del mismo género. No sucedería así ni sufriría trasformacion ninguna si fuera un retrato mágico en que cada cual viese el retrato de su madre, pues entonces tendria todo el valor permutable y pasaría al nuevo dueño con todo el valor de afeccion, y sería para él *único y precioso.* Estiéndase pues como ejemplo de objetos útiles destituidos de valor permutable, el recuerdo de un amigo, de una amada, si se reduce v. gr. á una carta, una firma puesta en un albun, y otros objetos cuya sola utilidad está en el afecto que alimentan, siendo indiferentes para todo el que no sea su dueño y por tanto no codicie la posesion de ellos. En una palabra,

Los monumentos públicos no son por cierto cosas con que puede comerciarse; pero ¿se ha de decir por esto que no tienen valor en uso? Craso error sería el creerlo. Supongamos que hubiera de venderse Roma: ¿se la estimaria por ventura en el precio mismo que otra cualquier ciudad de ciento cincuenta mil habitantes, formada toda de fábricas sencillas y desnudas como nuestros cuarteles, prisiones y cárceles? Pues qué, ¿en nada se estimaría el panteon, el coliseo, el teatro Marcelo, la iglesia de S. Pedro, y todos aquellos monumentos á cuya vista el hombre inclinará su frente, mientras no se borre de su corazon, ni la admiracion hácia la belleza, ni el respeto á los recuerdos de la an-

---

para que una cosa cualquiera tenga lo que el autor llama valor en uso sin tener valor en cambio basta que, ó todos puedan poseerla como la luz, ò que nadie la desee como la carta de mi amigo, el cabello de mi madre &c. &c., por ser objeto de pura afeccion.

Esto mismo esplica porque en algunos casos la luz y el aire pueden tener valor permutable. ¿Què no hubiera dado por un rayo de sol y un soplo de brisa un infeliz prisionero de los pozos de Venecia, sumergido en aquella tumba de vivientes en donde el tribunal de los tres hacia espiar entre las tinieblas de una atmósfera fétida y corrompida el delito de restituir á la razon la luz de la libertad y el aire para desplegarse á las alas del pensamiento? En estos casos escepcionales, la relacion entre los objetos esteriores varía, como varia la relacion entre la propiedad del trigo y el hombre que en un párrafo anterior cita Rossi, para el cual el pedazo de pan no tiene valor ninguno despues de haber saciado el hambre. En semejantes situaciones los objetos mas insignificantes pueden adquirir una grande utilidad para el hombre: bien sabido es en cuanto estimaban sus moscas y su alelí los dos prisioneros de Fenestrelle inmortalizados por Saintine. Pero fuera de que estos objetos eran de mera afeccion, obsérvese que en el primer ejemplo, el aire y la luz que ordinariamente no tienen valor permutable, lo adquieren en alto grado por razon de la cantidad, pues estos fluidos no existen en porcion ilimitada para el hombre privado de la cantidad necesaria de ellos.

(*N. del Trad.*)

tigüedad? Aquellos monumentos sirven para satisfacer necesidades morales: porque hay hombres que emprenden un costoso viaje solo por verlos y admirarlos, inspirarse de aquellos grandes pensamientos, y disfrutar los gloriosos recuerdos que traen á la imaginacion. Tienen pues aquellas fábricas y construcciones valor en uso, mas no en cambio, porque no sirven para venderse.

Pero adelantemos aun mas: imaginémonos el inventario de una rica y antigua casa de Roma, y el de una fortuna moderna. En el primero incluiremos á los esclavos, muchos de ellos sumamente hábiles por la esmerada educacion que habia desarrollado sus facultades intelectuales y orgánicas: así que unos eran escelentes carpinteros, otros hábiles plateros, otros eruditos bibliotecarios. Todos ellos entraban en el inventario, como los caballos y los ganados; y tenian por lo tanto valor en cambio.

Pero en el inventario de una fortuna moderna ya no se incluyen los hombres, porque no son género de mercancia. Pero ¿quiere decir esto que nuestras facultades intelectuales, que los talentos adquiridos no constituyan ni riqueza ni valor? No por cierto: pues hasta aquellos mismos economistas que no admiten todas estas nociones, reconocen sin embargo que los talentos naturales son semejantes á un fondo, y que los talentos adquiridos son verdaderos capitales; que unos y otros son instrumentos productores. Que el hombre que los posee vale mucho mas que aquel á quien la naturaleza privó de tan preciosos dones, ó que no los ha desarrollado y cultivado por medio de la educacion. Ahora bien; ¿porque entre nosotros se haya abolido afortuna-

damente el comercio de esclavos, no se han de tener en cuenta ni se han de estimar como verdadero valor las capacidades intelectuales que cuenta en su seno una familia, ó abraza en su recinto una ciudad, un Estado? Estas capacidades constituyen un valor positivo, un valor en uso.

Pero me dirá alguno que estas capacidades tienen valor en cambio, puesto que los hombres venden las producciones de sus talentos. Mas este es un error. Pues qué ¿si yo compro á un artista un cuadro por cierto precio, me transfiere acaso su talento? Por ventura, vendiéndome su trabajo, disminuye su capacidad? ¿Y yo por mi parte adquiero el menor talento para la pintura? Me vendió, sí, un producto de su capital, pero de ningun modo el capital mismo. Si compro una pieza de paño, no compro por cierto la máquina en que se ha hecho que es el capital. Mas entre este y el otro ejemplo existe la diferencia de que la máquina que ha hecho el paño tiene un valor en cambio, pero la máquina intelectual (permítaseme la espresion) que hizo el cuadro, ni puede venderse, ni es en manera alguna trasmisible. Y al mismo tiempo, ¿quién podrá dudar un solo momento que ella tiene su valor en uso? ¿No es ella la que constituye la riqueza, el patrimonio de quien la posee? ¿No es la fuente de sus rentas, al modo que las máquinas de vapor ó las tierras son la fuente de las rentas del labrador ó del fabricante?

El artista, el literato, el sábio pueden es cierto comunicar los conocimientos y métodos particulares que poseen, contribuyendo, por medio de sus consejos y enseñanza á formar otros sábios, otros literatos, otros artis-

tas. Ellos prestan entonces servicios que tienen un valor en cambio proporcionado á la utilidad que el comprador espera le han de reportar, esto es, proporcionado á su valor en uso. Asi es que cuando se aumenta el número de hombres dotados de las mismas facultades y de la misma capacidad, el literato, el artista &c., pueden indudablemente producir una baja en el precio de sus servicios ó de los productos de sus talentos; pero nunca se dirá que propagando la ciencia, y enseñando el arte, trasfieren, venden, ó cambian ellos el talento que poseen. Bien pudiera decirse aqui con los juristas: dar y no dar no puede ser.

Hay pues que distinguir tres especies de cosas: unas que tienen valor en uso; otras que tienen á la vez valor en uso y valor en cambio; y otras por último que habiendo tenido uno y otro valor, pierden de nuevo la cualidad de permutables, para conservar esclusivamente su valor en uso. Tales son las cosas que compramos para nuestro consumo.

Con estos preliminares ya podemos proponer las siguientes cuestiones: ¿debe examinar la ciencia el valor en uso, ó contraerse únicamente á estudiar el valor en cambio? ¿Cuál es el fundamento del valor en cambio? ¿Cuál es la ley á que se ajustan sus variaciones? En estas cuestiones se hallan empeñados los nombres de los mas eminentes economistas. En suma, trataremos de resolver un problema que, á decir verdad, no debiera ya arredrar á los que profesan esta ciencia, á saber; si existe una medida para el valor, del mismo modo que para la gravedad y la estension.

LECCION CUARTA.

La nocion del valor en uso, es una idea fundamental; supriméndola, se mutila la ciencia y se la espone á graves errores. ¿Cuál es el principio regulador del valor en cambio?

Para muchos autores que, mirando el valor en cambio como un hecho económico, no consideran la nocion del valor en uso sino como una pura generalidad que solo merece, cuando mas, mencionarse al principio como de paso, para no volver á nombrarla en lo sucesivo, la económica política es mas bien la ciencia de los cambios que la ciencia de la riqueza.

Pero es preciso confesar que este es un error que ataca á la ciencia por sus cimientos, que la mutila y la desnaturaliza.

Porque, si es cierto que el valor en uso es la espresion de la relacion que existe entre nuestras necesidades y los objetos esternos, cosa maravillosa será por cierto poder cercenar impunemente este hecho fundamental de la ciencia. Si existe el valor en cambio es porque existe el valor en uso; y faltando este, aquel no puede menos de desaparecer. ¿Cómo se podrá apre-

ciar el efecto si se desprecia la causa? cómo desenvolver las consecuencias, dando completamente al olvido los principios de que dimanan?

El valor en uso es la espresion de una relacion que pertenece á todos tiempos y lugares (1): mas el valor en cambio es eventual por su naturaleza. No solamente puede no existir sin que dejen de ser satisfechas las principales necesidades del hombre, sino que desapareceria completamente el dia en que encontrase cada uno medios ilimitados y directos de satisfacer sus necesidades; pues entonces nadie recurriria á los cambios.

Repito que el sistema de los que solo reconocen el valor en cambio, mutila una gran parte de la ciencia haciendo imposible la esplicacion de un sinnúmero de hechos económicos. ¿Por qué vemos tantos mercados atestados de géneros que nunca tendrán salida? Porque los productores no reflexionaron lo bastante, cual podia ser en un pais dado el valor en uso de tales ó cuales mercancias. ¿Quién mandará al Brasil una carga-

(1) Si el valor en uso es la espresion de una relacion propia de todos tiempos y lugares, insistimos en que es mas natural y cómodo para la ciencia sustituir á esta palabra la de *utilidad* que es absolutamente objetiva y solo relativa con respecto á las personas; pues la nocion de valor, segun ya hemos manifestado, es relativa con respecto á las cosas, y por consiguiente tan solo aplicable cuando se trata de unas cosas con respecto á otras, lo que es lo mismo que valor permutable. Hágase en efecto esta sustitucion en el siguiente párrafo, y se verá palpable esta verdad, sin haber lugar á ambages y equivocaciones.

(*N. del Trad.*)

zon de patines sabiendo que su valor en uso, que proviene únicamente del placer de deslizarse sobre una superficie de hielo, no puede menos de ser nulo en un pais en donde nunca hiela? Del mismo modo, cuando los libreros remesaron grandes fardos de libros á la América del Sur, debieron haber reflexionado que solo los que saben leer pueden esperimentar la necesidad de tener libros. Asi es que estos hechos económicos no se esplican sino por el valor en uso.

No solo importa saber cual puede ser el valor en uso de todas las cosas, sino que es necesario tambien reconocer el valor en uso de diferentes géneros, los unos relativamente á los otros. Cada pais consume cierta cantidad de objetos de lujo. Una porcion de su fortuna ó, para hablar mas correctamente, de la renta del pais, se aplica al consumo de estos objetos. En circunstancias ordinarias esta proporcion apenas varìa, á menos que haya un aumento ó disminucion de riqueza en el pais. Mas ¿qué sucerá, supongamos, en un año de carestía, en que la falta de objetos necesarios hace aumentar su precio? Sucederá que no se consumirá la misma cantidad de objetos de lujo, ó al menos no se ofrecerá por ellos el mismo precio. Ahora pues, ¿en qué está la razon verdadera, íntima, de este hecho económico? En que dos necesidades se hallan en competencia, y el valor en uso de los objetos de lujo disminuye, mientras sube el de los objetos de primera necesidad. En esta lucha las primeras necesidades que mas íntima conexion tienen con la conservacion del hombre, son siempre superiores á las necesidades de capricho, á las cosas de mero goce. La esplicacion definitiva del hecho está en la graduacion de nuestras

necesidades, y por consecuencia de los diferentes valores en uso que son su espresion (1).

---

(1) No concebimos por qué motivo una alteracion en las cantidades relativas de las cosas nesesarias y de los objetos de lujo, ó por mejor decir, en la relacion entre la cantidad de aquellos y la cantidad de éstas, pueda ejercer influencia alguna en el valor en uso (utilidad) de unas y otras cosas; lo que sí comprenderíamos en cuanto á su valor permutable. Haya carestía ó abundancia en los artículos de primera necesidad, estos serán siempre buscados los primeros, pues siempre está uno dispuesto á cambiar por ellos una parte de su renta. Así pues la causa única del aumento en el valor permutable de las cosas necesarias es la escasez de ellas; y este aumento no puede menos de corresponder con una diminucion de valor en los objetos de lujo, si la cantidad de estas no esperimenta alguna alteracion. Supongamos (tomando cantidades á la aventura) que en el estado ordinario de una nacion hay en circulacion una suma de metálico de 200 millones; 130 destinados á las transacciones de primera necesidad; 50 á las de objetos de lujo. Si llega á haber carestía por cualesquiera causas, el valor permutable ó la relacion entre la cantidad de artículos de uso comun, y la cantidad de metálico destinada á adquirirlos, le altera visiblemente; y para satisfacer las primeras necesidades del pais, habrá que invertir no ya 150 millones, sino 170 ó 175. Resultado: en la suma circulante solo quedan 25 millones para la satisfaccion de las necesidades secundarias: por consiguiente el valor del metálico crece con respecto á los artículos de lujo, sin que la utilidad de ellos aumente ó disminuya.

Si por disminuir la cantidad de un objeto necesario hubiera de decirse que aumentaba su valor en uso, cuando aumentare la cantidad, el valor en uso disminuiria, y si fuera posible que el aumento llegára á ser ilimitado, ilimitada seria tambien la disminucion del valor en uso: por consiguiente, dado el caso que el trigo se diese por todas partes, y que cada hombre pudiese satisfacer su hambre sin mas trabajo que el de respirar el aire y disfrutar de la luz, la utilidad del trigo seria nu-

Se dirá que este es el estudio de la oferta y del pedido. No hay economista que no afirme que la oferta y el pedido son los dos elementos reguladores de la venta en el mercado; no hay pues vacío en su sistema. Y entonces preguntaremos á nuestra vez, ¿qué quiere decir pedido y oferta? ¿qué significan estas dos palabras en cierto modo mágicas, con las cuales se pretende responder á todas las cuestiones y resolver todos los problemas? El pedido es la espresion de las necesidades de los que piden; conocer pues el pedido no es otra cosa que estudiar el valor en uso de los objetos de que se trata. Y como toda oferta supone un pedido, y todo pedido trae necesariamente consigo una oferta, en la teoría fundamental de estos dos hechos se encuentra la prueba mas evidente de que la ciencia tiene su base esencial en el estudio del valor en uso, del cual, repito, el valor en cambio no es mas que una forma y espresion particular.

---

la, lo que es evidentemente un absurdo y una notable contradiccion de ideas, pues lo que satisface la necesidad llamada *hambre*, no puede menos de ser *útil*.

El valor en uso ó utilidad no depende de la cantidad de las cosas, y sea una prueba de esta verdad el ejemplo del aire y de la luz, que segun el mismo Rossi tiene valor en uso ó *utilidad directa*, existiendo en cantidad ilimitada; lo que está sujeto á las variaciones de la cantidad es el valor en cambio, y por eso solo sube el precio del trigo cuando el grano escasea, pues entonces para restablecerse la ecuacion entre el género y la moneda en circulacion en el mercado, es menester que esta baje de valor con respecto á aquel, es decir que por igual cantidad de trigo se dé una cantidad mayor de especies metálicas; y cuando por el contrario el trigo abunda, la moneda adquiere mayor valor, y por igual cantidad de esta se dá una cantidad mayor de género.

(*N. del Trad.*)

Hay ciertos objetos cuya produccion no podria tener lugar si su precio en el mercado no escediese de su coste propiamente dicho: tales son los objetos de moda y de capricho. Si los que los venden se contentasen con sacar en cada uno de ellos el valor de la primera materia, el precio de los jornales y demas gastos directos de produccion, las quiebras de estos mercaderes serian aun mucho mas frecuentes de lo que son ahora. El porqué, el buen sentido nos lo indica; porque los objetos de capricho satisfacen una necesidad esencialmente móvil y variable. Desear con ardor, cansarse prontamente, cambiar á cada paso, y decidirse á preferir ó despreciar por matices imperceptibles á la generalidad, segun que el propio gusto corresponda con el de un reducido número de seres privilegiados, ó se estienda y se haga comun á un gran número de personas; son los caractéres de esa necesidad que nos arrastra hácia los objetos de mero capricho. Determinamos la veleidad y la ostentacion, porque la moda es una de las formas de la aristocracia de nacimiento y de riqueza. El adorno mas elegante cae en desprecio de una dama, el dia en que una atrevida imitacion hace que la muger de un simple mercader se permita usarlo para adquirir un nuevo atractivo.

En medio de estos cambios tan rápidos, numerosos é imprevistos, los productores no pueden nunca de una manera exacta ajustar los productos á las necesidades del consumo. Preveen sì que al cabo de cierto tiempo una parte de los objetos producidos habrá perdido su valor, y quedará destinada ó á llenarse de polvo, ó á venderse á vil precio en los almacenes de provincia. Asì pues, durante la corta existencia de este va-

lor en uso no pueden menos de hacérselos pagar á los consumidores á un precio que les ponga á cubierto de las pérdidas que despues han de esperimentar, lo que fácilmente consiguen, porque la necesidad de los objetos de moda es mas urgente y menos exactamente apreciable que la de los objetos de primera necesidad. ¿No es ese uno de los efectos del valor en uso? En la naturaleza de la necesidad, y en el modo de satisfacerla se encuentra precisamente la esplicacion de este pequeño hecho económico.

Hay otros hechos que presenciamos diariamente cuya esplicacion está asimismo en el estudio del valor en uso que tanto se ha descuidado. El paño de que está hecho mi vestido, podia cuando estaba en pieza satisfacer necesidades muy diversas, y acomodar á un gran número de personas. En virtud de esta propiedad tenía cierto valor en cambio; pero el sastre le añade nuevo valor haciéndole vestido, y por este aumento de trabajo y de primera materia, se encuentra el paño trasformado en una ropa hecha á mi medida. ¿Podrá en este caso satisfacer las mismas necesidades que antes? no por cierto. Podrá, sì, servir á cualquiera otro de mis mismas proporciones, mas no será ya útil á tantas personas como cuando estaba en pieza. Tiene pues un nuevo valor, y sin embargo su valor en cambio probablemente habrá disminuido. El vestido podrá venderse, mas quizá no darán por él el precio que hubieran ofrecido antes de la hechura. Quiere decir que su valor en uso ha dejado de existir para muchas personas, mientras para mí ha aumentado. El vestido tiene para mì un valor en uso muy diferente del de un simple pedazo de paño.

El estudio del valor en uso, preciso es repetirlo, es el estudio de las necesidades del hombre en su relacion con los hechos económicos. Por olvidar este estudio, y perder de vista la distincion fundamental entre ambos valores, algunos economistas solo han contribuido á hacer de la ciencia una deplorable logomáquia.

¿Qué es valor? qué es riqueza? Si el simple sentido racional encuentra fácil respuesta á estas cuestiones, los libros en cambio responden de maneras tan diversas, que no sin bastante razon ha podido la crìtica afirmar que no dan respuesta alguna. El valor, repito, es la espresion de la relacion que existe entre las cosas y las necesidades del hombre (1). La riqueza es una palabra genérica que abraza todos los objetos en que esta relacion puede verificarse. Si un objeto

---

(1) Esta relacion no es propiamente el *valor*, sino la *utilidad*: pues ni el agua ni el aire tienen valor aun cuando estos fluidos sean indispensables al hombre. Si en todo tiempo se hubiese distinguido debidamente la utilidad del valor, y por valor se hubiera entendido solamente aquella propiedad que hace á las cosas susceptibles de poderse cambiar unas por otras, no hubiera pretendido sostener Condillac que el agua siempre tiene valor. «Estando á la orilla del rio, dice aquel filósofo, el agua me cuesta la accion de bajarme á cogerla: convengo en que esta accion es un trabajo muy pequeño: por lo mismo el agua no tiene entonces sino un valor ínfimo. Pero no se dirá que no tiene valor alguno.» *Du Commerce, et du Gouvernement, chap. I.*

A esta observacion responde Mr. Droz en una nota diciendo: «el pequeño trabajo que me cuesta coger el agua probará que este líquido tiene utilidad; mas si nadie quiere darme por ella cosa alguna es evidente que no tiene valor.»

(*N. del Trad.*)

cualquiera puede satisfacer nuestras necesidades, el valor existe. La riqueza es el objeto mismo.

Asi pues, valor y riqueza, sin ser sinónimos, son dos espresiones necesariamente correlativas. El valor solo no es riqueza, asi como la impenetrabilidad sola no es cuerpo, ni el peso solo constituye una piedra. El valor es la relacion; la riqueza es el conjunto de todos los objetos en que esta relacion tiene lugar. Asi nos lo dice el comun seso del cual la ciencia no tiene derecho para separarse. Pregúntese á todo hombre sensato, si en tales ó cuales circunstancias, tal ó cual hombre, este ó aquel pais es ó no rico, si es mas ó menos rico que otro; pregúntese si el suelo de Nápoles es inferior ó aventaja al de la Laponia. Todos responderán de un mismo modo. Los mismos economistas, cuando no afectan el lenguage de su sistema particular, llaman rico al pais en que los bienes naturales abundan y los agentes naturales son mas activos. Entonces la palabra riqueza es para ellos cosa muy diversa de lo que quieren significar al presentarnos sus definiciones sistemáticas.

Despues de haber asi determinado la naturaleza del valor y de la riqueza, téngase cuidado en distinguir con todo el escrúpulo que nos ha guiado, el valor en uso del valor en cambio. Distíngase á la riqueza misma en muchas especies, cada cual con sus propias y palpables cualidades: este será un verdadero trabajo cientìfico. Dígase tambien que hay riquezas naturales y riquezas producidas, materiales é inmateriales, limitadas y sin lìmites, riquezas que pueden ó no pueden ser objeto de cambio, porque estas distinciones son legítimas é importantes. Es igualmente cierto que el

hecho del valor en cambio, el estudio de las riquezas limitadas y trasmisibles, ocupan en la ciencia mucho mayor campo que el hecho del valor en uso y el estudio de las riquezas ilimitadas. Mas porque el estudio del cìrculo y de la esfera ocupan en la geometría mayor lugar que el del paralelógramo y del prisma, ¿se podrá en buena lógica deducir que este último no forma parte de la ciencia?

¿Porqué, en vez de adoptar estas ideas verdaderas y sencillas, se ha de dar á la ciencia económica una disposicion y un lenguage igualmente arbitrarios? Cuidemos pues de ponernos á cubierto de los errores á que la lectura de muchas obras pudiera inducirnos. Si se nos habla de valor, casi siempre es necesario añadir *en cambio*. Alguno nos dirá: *no hay mas valor que el que se cambia*, despues de haber reconocido tal vez que el valor en uso tiene su significado. Tambien se nos dirá: *no hay mas riqueza social que la que se cambia*; confesando sin embargo, que es mucho mejor tener posesiones en paises fértiles y climas templados que en climas y paises desheredados de los dones de la naturaleza.

Se ha ido aun mas lejos; porque, preciso es confesarlo, el hombre nunca anda mas de prisa que en el camino del error. Se ha dicho; cada vez que se hace un cambio hay valor creado. No seria mal milagro por cierto, que bastase cambiar dos ó tres mil veces seguidas los mismos objetos para tener un valor indefinido. Lo único que hay de cierto es, que cada vez que se hace un cambio se manifiesta una relacion. No hay duda que el cambio está en el interés de los que lo verifican, puesto que nadie les obliga á hacerlo; pero el cambio ¿qué manifiesta? Tan solo que en un momento

dado, los objetos que se cambian valen tanto el uno como el otro al parecer de los que lo hacen. Ni mas ni menos, esto es cuanto hay en el cambio.

Lo que debe sorprendernos, y lo que prueba con cuánta atencion deban examinarse estas materias, es que el mismo Smith, despues de haber indicado señaladamente la diferencia entre estos dos valores, ha falseado en la aplicacion del principio. Ha dicho que el diamante tenia un valor en cambio desproporcionado á su valor en uso. Señores, no: el valor del diamante está en perfecta proporcion con su utilidad, tomando esta palabra en el sentido que los economistas deben atribuirle. La utilidad es la propiedad de satisfacer una necesidad: no importa que sea real ó ficticia, permanente ó pasagera, física ó intelectual. ¿De qué proviene el valor del diamante? Precisamente de la intensidad y de la urgencia de la necesidad que con él se satisface: porque el diamante puede ser una señal de distincion ó de riqueza, ó un medio de galantería. El diamante tiene un valor en cambio proporcionado á la satisfaccion que procura á la persona que lo posée, es decir, á su valor en uso. Si se encontrase un modo de fabricarlo por medio de la cristalizacion del carbono, de manera que las tiendas de los lapidarios pudiesen estar cubiertas de diamantes, su valor caeria hasta el punto de igualarse quizá al de cualquier pedazo de vidrio; y entonces habria que recurrir á otro objeto que por su singularidad y belleza pudiese satisfacer las exigencias de la ostentacion y del lujo. La rareza de una cosa es un medio directo de satisfaccion, porque llena aquella necesidad de nuestra naturaleza que consiste en apetecer lo que los demas no tienen.

Puede en verdad el moralista condenar esta necesidad, y la razon debe enfrenarla para que no salga de sus justos límites; mas en la práctica vemos á los hombres dispuestos á hacer los mayores sacrificios para satisfacerla.

En cuanto á la idea de riqueza, unos la colocan en lo material de los objetos; otros en su duracion, y otros en la facultad de trasmitirlos: tambien algunos la encuentran en la abundancia de las cosas, y otros por el contrario en su escasez. Se ha dicho finalmente que solo hay riqueza donde hay valor permutable; y un economista ha dicho que por poco valor que se poseyese, el colmo de la riqueza seria poderse procurar por nada todos los objetos que se desean consumir. Asi pues, *si con muy poco valor se puede alcanzar el colmo de la riqueza*, riqueza y valor no son una cosa misma. Se puede por consiguiente tener mucha riqueza y poco valor, es decir, que estas palabras no son para el citado economista ni siquiera correlativas. Mas dice sin embargo en otra parte que la riqueza no es mas que un valor permutable; y añade: «aunque la riqueza sea un valor permutable, la riqueza general se aumenta cuando disminuye el precio de las mercancías, y de toda especie de productos.» Si esta proposicion es cierta, sus consecuencias deberán serlo tambien. Examinémoslo. *La riqueza general se aumenta cuando disminuye el precio de las mercancías y de toda clase de productos*. Luego si el precio baja hasta llegar á cero evidentemente la riqueza general será, por decirlo asi, infinita. Pero siendo la riqueza general infinita no podrán hacerse mas cambios, porque teniendo cada uno todo cuanto puede desear, no hay cambio que sea posi-

ble. ¿Cómo pues podria ser la riqueza un valor permutable, siendo infinita, cuando ya no hubiera valor en cambio? Hé aquí un ejemplo de las muchas confusiones que originan algunos sistemas incompletos y arbitrarios. Por lo demas, los economistas que afectan olvidarse del valor en uso, no han sido, y lo digo en su elogio, fieles á su modo de pensar. Hablan de uno y de otro valor, porque no han podido menos de hacerse cargo de los hechos que han ido descubriendo. Por eso hablan tan á menudo de riquezas naturales, de agentes naturales de la produccion, de las necesidades del hombre, y de la utilidad de las cosas que crece con sus deseos; y ellos tambien se remontan entonces á los hechos primitivos y á los elementos constitutivos de la economía. ¿A qué pues forjarse una ciencia arbitraria, cuando no se puede ser consecuente con ella?

Dejemos á la ciencia sobre sus bases naturales, pues solo en ellas se encuentra la verdadera resolucion de los problemas económicos. Hagamos desde luego la prueba, buscando la solucion del segundo problema que nos propusimos acerca del valor. ¿Cuál es el fundamento, cuál la causa determinante del valor en cambio? Problema capital, porque á demas de ocupar el hecho del valor en cambio un lugar considerable en la ciencia, en la resolucion completa de esta cuestion se encierra gran parte de la ciencia misma. Procuremos fijarla con exactitud y precision.

Supongamos dos objetos: una pieza de paño y una porcion de trigo, cambiados el uno por el otro. ¿Cuál es su valor?

Si decimos que el trigo es el valor del paño, y recíprocamente, solo declaramos una verdad estéril,

pues aunque es exactamente cierto que ambas cosas valen la una como la otra en el momento del cambio, solo habremos conseguido esponer la misma cuestion en términos diferentes.

Es asimismo cierto que el valor en cambio resulta de la relacion entre la oferta y el pedido, y que está en razon directa del pedido y en razon inversa de la oferta; mas esta fórmula se limita igualmente á esplicar cómo se verifican los hechos esteriores. Será una fórmula suficiente para las necesidades ordinarias de la ciencia, si es lícito decirlo así, y para sus aplicaciones; asi, cuando se vea que en el mercado hay menos trigo y mas compradores que de ordinario, se dirá con fundamento que va á subir el precio del grano, pues la fórmula esplica bastantemente las vicisitudes materiales de los mercados.

Pero ¿cuál es la razon de que haya sido esa y no otra la oferta, ese y no otro el pedido? En otros términos, ¿cuáles son los hechos que influyen sobre el estado del mercado, cuáles los hechos que son causa de que hoy se cambie un costal de trigo por un carnero, y mañana ya no se quiera dar éste por aquel? Convendrémos en que se verifica un cambio en la relacion entre el ofrecimiento y el pedido; mas ¿porqué este cambio? Cuáles son sus causas? Será posible investigarlas y generalizarlas? Podrá la ciencia hacerse cargo de ellas? Hé aqui en nuestro concepto la cuestion; objeto vasto de meditacion para los mas claros entendimientos, y que ha originado muy acaloradas discusiones entre los hombres mas eminentes dedicados á esta ciencia.

Sin embargo, examinando los términos de la pro-

posicion, no podemos menos de preguntarnos si el cambio que ambos contratantes verifican puede ser otra cosa que la manifestacion y el efecto de una necesidad que se procura satisfacer por la vía indirecta del trueque; si en este caso es posible que haya alguna causa mas directa ni mas íntima de las variaciones del precio que la necesidad misma; y por fin, si la resolucion del problema no debe hallarse en último resultado en el mismo principio fundamental que acabamos de establecer. ¿Son por ventura el fundamento del valor en cambio, y el hecho regulador del mercado otra cosa que las necesidades, y por consiguiente el valor en uso?

Pongámonos en el punto de vista mas natural, y hallaremos mas fácilmente el nudo de la cuestion. Supongamos dos hombres en una ciudad sitiada por hambre: uno de ellos posee dos panes, el otro dos botellas de agua. Ambos están íntimamente convencidos de que si el dueño del agua no come, debe infaliblemente morir; y que si el dueño del pan no bebe, debe morir tambien. Quiero suponer ademas, que ambos saben de positivo que el sitio se ha de levantar, y que por consecuencia, una vez satisfecha su urgente necesidad no tienen por qué pensar en el dia de mañana, con respecto á los objetos en cuestion. ¿Cuál es la verdadera posicion de estos dos hombres? el uno necesita un pan, y su urgencia es la mayor que puede esperimentar hombre alguno, pues que en ella le va la vida. El otro se encuentra en el mismo caso con respecto á la botella de agua: asi pues, el uno pide el pan con una instancia infinita; y el otro pide la botella de agua con una instancia infinita tambien.

Mas en el cambio siempre concurren dos elementos

de cada parte: lo que se quiere obtener, la instancia con que se pretende, y la necesidad que á ello obliga; y además lo que se quiere dar en trueque; hay pues deseo y medio de adquirir. En el supuesto ejemplo la necesidad de adquirir el pan es infinita. Cuál es la oferta? El que quiere el pan ofrece la botella de agua. ¿Qué valor tiene esta botella para él teniendo dos y cesando mañana el peligro? Ninguno. No puede por consiguiente estar mas dispuesto á deshacerse de ella. Y ¿qué valor tiene para el otro uno de sus dos panes, cesando tambien para él el peligro? Ninguno.

Tenemos pues por ambos lados deseo infinito de poseer lo que el otro tiene, y desprecio absoluto de lo que cada cual posee. ¿Cuál será entonces el valor del pan, cuál el de la botella de agua? Evidentemente el mismo en el uno y en la otra; y afirmaremos sin temor de errar, que el cambio no podrá menos de verificarse. ¿Por qué? Porque en ambos hay el mismo impulso á dar lo inútil, y la misma atraccion con respecto á lo necesario; con que siendo por ambas partes nula la fuerza que retiene la propiedad actual, é inmensa la que atrae la propiedad futura, el resultado tiene que ser necesario.

Si pudiéramos siempre seguir asi por entre las mil vicisitudes del mercado á las partes contratantes, analizar rigurosamente su posicion, y pesar por decirlo asi, sus necesidades, hallaríamos la solucion verdadera del problema; todas las demas formas son una mera corteza bajo la cual la verdad se trasluce mas ó menos correctamente. Cuando se habla de valor en cambio, cuando se dice que el precio del mercado se regla por el ofrecimiento y el pedido, por el trabajo, por los gas-

tos de produccion, la competencia entre los productores y la carestía de los objetos, no se emplean mas que fórmulas hasta cierto punto verdaderas, y con las cuales se pretende esplicar bien ó mal lo que acabamos de decir.

No sin razon, sin embargo, buscan los economistas una fórmula diversa de la que se deduce de la estension y energía de las necesidades y de los medios recíprocos. Porque aunque verdadera en el fondo, no es esta ni bastante positiva ni bastante práctica : y aunque en sí contiene todos los elementos directos de la resolucion, no es para la ciencia un instrumento de fácil manejo, y que pueda facilitar sus progresos. No deben jamas perderse de vista la teoría de las necesidades, las relaciones entre el valor en uso y el valor en cambio, y las graduaciones del uno con las variaciones del otro; pues de lo contrario se convertiria la ciencia en un mecanismo vano, sustituyendo á la naturaleza de las cosas una combinacion arbitraria y fórmulas ininteligibles. El algebrista profundo sabe siempre la significacion de las cosas que las fórmulas encierran, y puede en cualquier momento dar una esplicacion de aquellos misterios : pero las fórmulas algebráicas son para él un instrumento necesario. No son la verdad, sino una espresion compendiosa de la verdad, y un medio cómodo y eficaz á un mismo tiempo para pasar de una verdad á otra. Lo mismo son para el economista las fórmulas de que se vale para espresar el cambio de valores, el movimiento de los capitales, las oscilaciones que esperimentan las utilidades etc. etc. Mas no se olvide que mientras la fórmula del algebrista puede suponer un órden determinado de verdades de una manera perfectamente

exacta, la del economista no puede ser nunca una espresion fiel y exacta de ella. Porque siempre encuentra hechos rebeldes que se sustraen de su dominio, haciendo que solo sea aproximativamente cierta.

Así nos lo demostrará el examen ulterior de la cuestion que nos hemos propuesto; pues en la necesidad de contentarnos con una solucion indirecta, conviene averiguar cuál de las fórmulas propuestas se acerca mas á la verdad y ofrece al economista un instrumento mas útil para el adelanto de la ciencia.

LECCION QUINTA.

Continuacion. Investigacion de la ley general que regula las variaciones del valor en cambio.—Análisis de la fórmula del ofrecimiento y del pedido.

SEÑORES:

Independientemente del valor en uso existe un valor en cambio. Poco importa que unos coloquen en la utilidad el fundamento de este valor; que otros lo reduzcan á las cosas adecuadas á la satisfaccion de nuestras necesidades, ó á la desproporcion que existe entre la suma de nuestras necesidades y la cantidad de cosas destinadas á nuestro uso. Nadie ignora que lo que para nada sirve nada vale, aun cuando fuera esclusivamente raro; y que la cosa mas útil, cuando está al alcance de todo el mundo, como el aire atmosférico por ejemplo, no tiene valor en cambio.

Los que buscan la causa del valor en cambio en la utilidad no se descuidan en manifestar que cuanto mas escasea un objeto útil, mas aumenta su utilidad (1).

---

(1) Véase la nota segunda de la leccion cuarta.
(*N. del Trad.*)

Los que sostienen que el valor en cambio es un efecto de la rareza de las cosas, se ven igualmente precisados á esplicarnos por la idea de la utilidad, de qué manera un género pueda hoy no tener precio alguno, aunque abunde menos que ayer. Todo lo que dejó de ser útil, dicen ellos, por mucho que escasée, lejos de ser raro es abundante, pues sobra para las necesidades, cuando nadie lo busca.

En resúmen, á nadie se le ha ocurrido jamas pretender que una cosa pueda tener un valor en cambio por el mero hecho de ser útil. El valor en cambio dimana sin disputa de estas dos fuentes: la propiedad que tienen las cosas de satisfacer nuestros deseos, y su desproporcion con nuestras necesidades.

La ciencia ha debido seguir adelante y ahondar mas la cuestion; y despues de examinar la causa, apreciar convenientemente sus efectos. Del hecho generador ha tenido que pasar al hecho regulador. El valor permutable no es en manera alguna propiedad inherente á la materia; es cosa de suyo móvil y variable. Pero estas variaciones ¿están sujetas á leyes generales? Y siendo asi ¿cuáles son estas leyes? Hé aqui la cuestion, conviene recordarlo.

Ya dijimos que para la ciencia racional el universo entero no es mas que un grande y único mercado. Trasladémonos á él con el pensamiento, y veamos los productos que alli concurren de todos los puntos del globo. La China envía su té, las Antillas su café y su azúcar, la India sus tejidos y sus especias, la América sus algodones, sus maderas y sus metales, la Europa los varios productos de sus manufacturas, las obras del arte y las creaciones del talento. El té de la Chi-

na, desde el dia en que fué cojido de la planta hasta que sea vendido y se consuma, podrá cambiar cien veces de valor. Una sola semana, acaso un solo dia puede alterar de mil maneras las relaciones de cambio que antes existían entre el té y el azúcar, el oro, la plata ó el cacao. El té, que hoy se cambia por cierta cantidad de cada uno de los otros géneros, acaso mañana se cambiará por una cantidad mayor de azúcar, y otra mucho menor de oro ó de café: pudiendo variar estos términos hasta el infinito. La imaginacion se pierde entre todas estas vicisitudes del mercado, entre tantos hechos tan diversos y variables que en todas direcciones se enredan y confunden con un movimiento irresistible, y cuyas causas y direcciones parece imposible discernir.

Todos estos hechos esteriores materiales y variables son sin embargo la espresion de un solo hecho moral, de un hecho interno del hombre; y en esto pudiera decirse que no hay nada de objetivo. El móvil está en el hombre, no en las cosas. En él, y no en las circunstancias materiales del mercado que, aisladamente consideradas, solo pudieran suministrarnos indicios inciertos, está solo el por qué de los ofrecimientos, de los pedidos, de las pretensiones, de las resistencias y de las transacciones en fin. En sus sentimientos, en el amor de sí mismo, en las determinaciones de su voluntad está la verdadera respuesta definitiva. Que por mas móvil y variable que nos parezca el hombre individual, por singular, estraña, y aun contraria á sus propios intereses que pueda manifestarse en un caso dado la conducta del individuo, siempre será cierto que considerando los hombres en masa nada hay mas constan-

te que sus acciones en la esfera de lo útil, y las determinaciones de su voluntad en aquellos negocios en que sin estorbo ni remordimiento pueden obedecer al móvil del interés. Puede suceder que lo desconozcan y se engañen, mas conocido el yerro no podrán resistir al mismo impulso. La razon y la pasion tienen entonces una misma voz, y no hay lugar á decir con el poeta: *Video bona proboque, deteriora sequor.*

Es por consiguiente posible encontrar en medio de esta gran variedad de hechos esteriores los hechos internos que los esplican y resumen; pasar de las cosas á los hombres, y de las manifestaciones esteriores á sus ocultos resortes: en una palabra, de los efectos á las causas. Aplicando asi los hechos esternos, cada cual á su fuente, es posible clasificarlos y obtener fórmulas generales que sin hacernos perder de vista la union de los hechos materiales con la humana voluntad, sirvan á la ciencia de instrumento de fácil uso, y de leyes cuya aplicacion esté poco sujeta al error.

No mencionaremos sino de paso la opinion de aquellos que han creido que el valor permutable se determina por la cantidad de trabajo comprado con el objeto que se trueca. No hay duda que puede ser útil conocer esta relacion; que entre otras cosas puede servir de elemento para comparar los valores, aproximadamente al menos, en lugares y tiempos diversos. Podrá decirse, por ejemplo, con un costal de trigo se compran y pagan hoy diez jornales en Paris, cuando con otro del mismo peso se compraban hace diez años solamente nueve, y en Esmirna se compran hasta doce: luego el trigo en París era hace diez años mas caro que hoy y en Esmirna es aun mas barato que en París. Pero

seguir este mismo raciocinio hasta pretender que el valor del trigo en Esmirna y en París está exactamente en la relacion de diez á doce, no seria mas que hacer una tentativa para fijar la escala del valor. Y es esto posible? Mas adelante lo veremos.

Entretanto, fácil es reconocer que la comparacion entre las cantidades de trabajo que varias cosas permutables pueden comprar ó ahorrarnos, no es de ninguna utilidad en la cuestion que nos ocupa. No tratamos de buscar con ella una medida del valor, sino las causas que lo determinan. Al presentarnos una estofa cualquiera, es sin duda alguna muy útil que con la vara en la mano se nos pueda decir con exactitud su longitud y su anchura. Mas no basta la vara ni ninguna otra medida para esplicarnos la razon porqué se ha dado á la estofa las dimensiones que tiene.

No hay en el fondo sino dos fórmulas que, bien comprendidas, nos pueden guiar á este objeto, porque asi la una como la otra, la primera de una manera directa y filosófica, y la segunda bajo una forma indirecta y mas bien práctica, incluyen los verdaderos elementos de la solucion; esto es, las necesidades, los medios, y los intereses de los que verifican los cambios. La una es la fórmula de la oferta y del pedido; la otra es la que resume en un mismo y único hecho todos los hechos reguladores del mercado, el coste de los géneros y los gastos de produccion.

Hemos ya hablado de la primera de estas dos fórmulas y hemos hecho observar que entendida á la manera de los economistas adocenados solo es buena para encubrir los escollos y dificultades de la cuestion.

Si la fórmula espresa solamente los hechos objeti-

vos, las cantidades que concurren al mercado, y hace abstraccion de los deseos, temores y previsiones del hombre, limitándose á decir: ayer hubo diez mil quintales de azucar y solo mil de café, hoy no hay mas que cien mil de azucar y dos mil de café; luego es casi evidente que un quintal de azucar equivale hoy á una cantidad de café mayor que ayer; esta fórmula podrá satisfacer al mercader, pero para el economista nada significa.

Mas no todos toman las palabras *oferta* y *pedido* en este sentido, enteramente esterior y material.

El *pedido* no espresa solo la cantidad aisladamente considerada, sino tambien sus relaciones con la naturaleza y la intensidad del deseo que la reclama, y con la fuerza de los obstáculos que este quiere y puede superar para satisfacerse.

Todo el mundo puede apetecer coche, caballos, palacio; y por cierto que si la compra y conservacion de estas cosas costára tan solo algunos pesos, no habria una sola persona que no quisiera procurárselas. Pero si en vez de un ligero sacrificio exigiesen la inversion de sumas considerables, el número de los que quisieran realizar este pedido se reduciría en proporcion á la magnitud del gasto. Entonces aun cuando todos apetecieran todavía tener coche este pedido no figuraría en el mercado, porque los unos no querrian y los otros no podrian hacer tamaño sacrificio, ni vencer el obstáculo que la realizacion de su deseo les presentare.

Sucede lo mismo con la *oferta*: porque esta no espresa solo la cantidad ofrecida, sino la cantidad combinada con la dificultad ó la facilidad de la produccion. Con efecto, si hoy hay en el mercado diez mil pares

de medias ó un millon de agujas, ¿se podrá afirmar que á este número solamente se reduce la oferta entera? Nadie ignora que si el pedido es urgente, concurrirá muy pronto al mercado una cantidad enorme de medias y agujas, como cosas de fácil produccion. Por lo tanto no sería exacto afirmar que el precio se determina únicamente por la cantidad de estos géneros que se encuentran en el mercado; sino que se determina asímismo por la facilidad de aumentar el caudal ó número de cosas ofrecidas. Asi es que el comprador sabe muy bien que con géneros de esta especie, como medias y agujas, no se le puede imponer la ley.

Pero cambiemos la hipótesi, y supongamos que se trata de trigo, por el que solo se ofrece en el mercado las dos terceras partes ó las cuatro quintas partes de lo que realmente se pide, y veremos variar inmediatamente el aspecto del mercado de una manera sorprendente. Por un lado el pedido es de tal naturaleza que justifica todos los sacrificios posibles para satisfacerle; y por el otro, poco importa que la oferta no sea muy inferior al pedido: porque cualquiera teme fácilmente una carestía, y el terror pánico que exalta su imaginacion aumenta sus angustias y temores. Todos podemos proveernos de agujas y medias para el dia de mañana, pero no así del alimento, y como ademas sabemos que el trigo no se improvisa, que los recursos de importacion son siempre inciertos y escasos, y que por consiguiente si ahora no lo compramos, tendremos que esperar á la recoleccion del año que viene, el pedido resulta mas y mas urgente, la necesidad mas ciega é imperiosa, y el valor permutable del trigo escede á toda prevision. Tal es la influencia que puede ejercer en el

mercado la rareza de aquellas cosas cuya cantidad no puede aumentarse á capricho, permaneciendo la misma su utilidad.

Las palabras oferta y pedido, preciso es repetirlo, no significan solamente las cantidades materiales que existen en el mercado. En cuanto al pedido es necesario tomar en consideracion la intensidad y estension de la necesidad, asi como los medios de cambio de que puede disponer el que pide; y en cuanto á la oferta es necesario no perder de vista la mayor ó menor facilidad con que pueden los productores modificar las condiciones del mercado á causa de la competencia, escitando de este modo las esperanzas y temores de los compradores y vendedores del género.

Hechas estas esplicaciones, fácilmente convendrémos en que la solucion del problema está sustancialmente en la fórmula de la oferta y del pedido. El único defecto de esta fórmula es que su significacion íntima no se comprende á primera vista, haciendo indispensable un largo comentario; fuera de que la fórmula no es para la ciencia un instrumento cómodo y manejable. Al primer golpe de vista no es posible hacerse cargo de todas las relaciones que ella encierra, y su utilidad no se manifiesta inmediatamente. Nos esplicarémos.

Al concluir la última leccion nos valimos de un ejemplo para fijar convenientemente la cuestion. Nos representamos á dos hombres en una circunstancia dada, dueño el uno de dos panes, y el otro de dos botellas de agua; esperimentando ambos una necesidad irresistible, el uno de procurarse pan, y el otro de procurarse agua, y ambos igualmente convencidos de que perece-

rán si no pueden satisfacer la necesidad que les atormenta, mientras están persuadidos de que su necesidad ha de desaparecer al siguiente dia. Tratamos de averiguar cual era el valor en cambio de aquellos panes y de aquellas botellas de agua, y vimos que el pan representaba el valor del agua y vice versa, puesto que segun nuestra hipótesi, teníamos por una parte necesidad infinita, en cuanto esta palabra puede aplicarse al hombre, de adquirir el pan, y conviccion plena de la inutilidad de una de las dos botellas de agua, y por el otro necesidad infinita de esta botella de agua, y conviccion infinita de la inutilidad de uno de los dos panes. ¿No es pues evidente que siendo igual la fuerza por ambas partes, el uno obligará al otro á que le ceda su botella de agua, y éste obligará á aquel á que le ceda su pan? La fuerza impulsiva es igual en ambos; luego el cambio debe verificarse.

Ahora bien, variemos en cierto modo una de estas situaciones: supongamos que por un lado la necesidad del agua no es ya tan urgente, ó que haya mayor número de panes, ó que la conviccion de la inutilidad de estos objetos para el dia siguiente no tenga la misma intensidad; en una palabra, hagamos con el pensamiento algun ligero cambio de circunstancias, y veremos que los resultados no son ya los mismos. Dirán los economistas que han cambiado las condiciones de la oferta y del pedido; mas ¿qué es lo que ha cambiado en el fondo, sino el elemento capital del valor, esto es, la necesidad, ahora haya dejado de ser la misma, por ser la utilidad menor, ahora hayan aumentado los medios de proporcionarse las cosas, ó bien se haya alterado la cantidad de éstas, no siendo

ya tan abundantes ó escasas como antes eran?

Las necesidades obran segun su energía y su estension, y aun debe añadirse, segun su graduacion. Una elegante dama, á quien se presente un hermoso collar, esperimentará un vivísimo deseo de poseerle; poco importa que la energía de este deseo parezca inesplicable. Hay ademas deseos que son sumamente latos. Llevar zapatos, ó por lo menes abarcas, y no andar con los pies descalzos, es una necesidad general para toda gente, por poco civilizada que sea. Comer y beber es una necesidad aun mas general, mas absoluta. Nótese ahora la graduacion; preséntese á la dama de quien hablábamos cualquier sano alimento, y acaso no se servirá de él: tal vez preferirá un adorno de baile á una cómoda habitacion; pero téngasela cuarenta y ocho horas sin beber, y désela entonces á escoger entre el collar y un vaso de agua; no será dudosa la eleccion.

Todos esperimentamos gran diversidad en nuestras necesidades. Pasando por una librería veo una obra que me agrada, y si solo cuesta un par de duros la compro; pero si cuesta diez, veinte ó cien duros, si es uno de aquellos magníficos volúmenes en que brilla el gusto y el capricho mercantil del editor, paso adelante; y no porque mi deseo se haya desvanecido, sino porque si doy los cien duros, no podré ya emplearlos en otra cosa que me sea mas necesaria ó mas agradable que aquel libro. Por consiguiente, si me abstengo de comprarlo es solo porque en vez de dos duros me habia de costar ciento, y para hacer un gasto de esa naturaleza tendria que privar de alguna cosa á mi familia, ó perjudicar tal vez á la educacion de

mis hijos. Porque habiendo en mí varias necesidades, debo sacrificar á las mas importantes las menores.

En las necesidades hay pues tres elementos que considerar: su estension, su energía, y por último su graduacion ó energía relativa, como quiera llamarse: y éstos se combinan con un cuarto elemento, esto es, con los medios que posee cada solicitador para hacer el cambio. Cada uno de estos elementos modifica asi el pedido como la oferta; paso pues por la tienda del librero, y no le compro su libro porque no tengo que ofrecerle.

El oro y la plata están hoy dia en la relacion de uno á diez y seis con corta diferencia. Supongamos que de resultas de un acontecimiento cualquiera se dejen de beneficiar repentinamente las minas de oro de la América y del Asia. Añádase á esta hipótesi que se declare una gran guerra continental, para la cual se acumule todo el oro existente en monedas y en barras; y supongamos en fin que todos los gobiernos á imitacion de la Inglaterra, establezcan que la moneda obligatoria de los pagos sea el oro en vez de la plata. Sucederá que para adquirir una onza de oro habrá que dar, no ya diez y seis onzas, sino diez y seis y media, ó acaso diez y siete. Cambiando pues la relacion entre el oro y la plata; ¿cambiará igualmente entre el oro y los otros géneros; ó permanecerá la misma? Se verificará el mismo cambio; y ya no bastará dar por una onza de oro la misma cantidad en mercancías que antes se daba, sino que habrá de darse una sétima ú octava parte de mas. Y la verdadera causa de este cambio consiste en que por esta aglomeracion de circunstancias, la

necesidad que tienen de oro ageno los que de él carecen ha llegado á ser mas intensa, mas general, y relativamente mas enérgica que otras necesidades que antes la superaban ó la igualaban por lo menos.

Segun la hipótesi que acabamos de establecer en nada se ha alterado la relacion entre la plata y todas las demas mercancías: porque si ya se necesita mas plata para adquirir la misma cantidad de oro, tambien es necesario mas azucar, mas paño y mas tela.

Solo ha habido cambio directo relativamente al oro; que en cuanto á las demas mercaderias no hay mas cambio que el efecto que esperimentan al compararlas con el oro.

Inútil sería llevar mas adelante este análisis; bástenos por ahora establecer estas dos consecuencias perfectamente legítimas:

1.ª La fórmula de la oferta y del pedido como resúmen de la teoría de las necesidades, contiene la esplicacion verdadera y completa, *subjective*, de todas las alteraciones del valor permutable.

2.ª Esta fórmula, entendida de esta manera, no se presta como instrumeuto de fácil manejo y fructuosa aplicacion para la ciencia; por lo cual ha sido necesario recurrir á otra de mas fácil aplicacion, pero del mismo significado que la primera.

De aquí nace el haber dicho: *el hecho* regulador del valor permutable de las cosas está en la cantidad de trabajo necesaria para producirlas; y generalizando mas la idea, la causa que determina el valor en cambio está en el coste de los objetos, en los gastos de produccion. ¿Es esta fórmula cierta, completamente exac-

ta? ¿Puede sustituírsela útilmente á la fórmula de la oferta y del pedido? ¿No será necesario sujetarla á algunas correcciones? Y en su aplicacion, ¿no deberá ceñírsela á escepciones y restricciones muy considerables? Esto examinaremos en nuestra próxima leccion.

LECCION SESTA.

Análisis de la fórmula que determina el precio de las cosas por los gastos de produccion.

SEÑORES:

El valor relativo de las cosas es como la cantidad de trabajo que ha sido necesario emplear para producirlas. Así pues, si para producir una cosa ha sido necesario un trabajo de cuatro, y para producir otra se ha necesitado el trabajo de ocho, diré que la primera solo tiene la mitad de valor que la segunda.

Este es el teorema que hoy vamos á sujetar á nuestro exámen.

Importa antes de todo fijar la verdadera significacion de los términos.

No nos imaginemos que al hablar de cantidad de trabajo se quiera significar solamente el trabajo propiamente dicho, ó los jornales pagados para obtener el uno ó el otro producto; la palabra trabajo debe tomarse en un sentido general que abrace al mismo tiempo el trabajo propiamente dicho y el trabajo acumulado, es decir, el capital. En otros términos, por can-

tidad de trabajo es necesario entender los gastos de produccion.

Séame permitido esplicar aun mas el sentido de la fórmula para los pocos versados en este estudio.

Tres son los instrumentos, tres son los medios empleados para la produccion de la riqueza: el trabajo del hombre, el capital, y la tierra. El trabajo del hombre comprende el trabajo de la inteligencia y el de los órganos. A este trabajo pertenece lo que llamamos retribucion, y mas vulgarmente jornal.

El hombre no trabaja solamente con sus brazos y sus manos, sino que se sirve de diversas máquinas é instrumentos, y aplica su trabajo y la fuerza de éstos á las materias que quiere trasformar, llamadas ordinariamente primeras materias. Estas primeras materias, estos útiles ó instrumentos, estas máquinas, estas fuerzas, y en una palabra, estas riquezas producidas antes y aplicadas despues á la produccion de riquezas nuevas en vez de consumirlas en la satisfaccion de los placeres, constituyen el capital. Fácil es comprender ahora porqué se llama tambien trabajo acumulado. Correlativo del capital es el beneficio: porque del mismo modo y por la razon misma que el que trabaja tiene derecho á una retribucion, el que dá su capital tiene derecho á sus ganancias.

Bajo la palabra tierra se deben comprender no solo los campos, los prados, las viñas y los bosques, mas tambien las minas, las canteras, las aguas, y en general todas las fuerzas y riquezas naturales comprendidas en la propiedad particular. Lo que le queda al propietario del terreno despues de sacar su utilidad el

trabajador y el capitalista se llama renta, ó si se quiere, arriendo.

En los gastos de produccion entran: 1.° la retribucion dada á los jornaleros: 2.° el beneficio de los capitalistas; y 3.° los valores necesarios, ya para el reembolso de los anticipos hechos por éste, ya para la amortizacion de su capital. Nos esplicarémos mas claramente.

Alquila un capitalista su máquina y recibe por su arriendo un precio determinado. ¿Qué elementos entran en el pago de este arriendo? ¿Comprende acaso solamente los beneficios del valor capital de la máquina valuados por el término medio de la jornada? Si así fuera, el propietario de la máquina haría un cálculo disparatado, pues deteriorándose su máquina con el uso vería desaparecer su capital sin compensacion alguna. Por eso, independientemente del beneficio propiamente dicho, se le retribuye con una suma anual destinada á conservar intacto el capital por medio de su acumulacion continua.

Lo mismo sucede con las primeras materias cuyo valor debe ser el producto de su trasformacion. Así que, cuando pagamos el precio de un pan, este precio debe representar todo el trabajo necesario para producir este género, empezando por el del cultivador, la utilidad de los diversos capitalistas que concurrieron á las operaciones sucesivas de esta produccion complexa, y ademas el valor de la siembra, del grano, de las máquinas y de los medios de transporte, como instrumentos y fuerzas consumidas ó deterioradas en la produccion del pan que hemos comprado.

Tales son los elementos que entran en los gastos

de produccion. No nos ocuparemos aquí de la *renta*, pues esta no entra, al menos de una manera sensible, y bajo del punto de vista que nos ocupa, en los gastos de la produccion. No es posible intercalar aquí, á modo de resumen, la teoría de la renta territorial; baste decir por ahora que la renta territorial ó el arrendamiento es un efecto y una consecuencia del precio á que pueden subir los productos agrícolas, pero en manera alguna su causa. Así el trigo no cuesta á veinte francos el hectolitro porque haya que pagar un arriendo, sino que el arriendo se paga precisamente, porque siendo veinte francos el precio del trigo, queda un sobrante despues de haber deducido los salarios, los beneficios y el reembolso del capital (1).

Fácilmente podra comprenderse ahora todo el alcance de la fórmula que nos hemos propuesto esplicar, y no nos maravillarémos al ver las acaloradas reclamaciones á que há dado lugar. Parecia en efecto que los hechos de todos los dias y de todos los mercados del mundo la desmentian y acusaban de errónea. ¿Cómo, se decia, se puede sostener que el valor relativo de los objetos no sea mas que la suma de los gastos de produccion, cuando vemos á cada paso á tantos infelices productores obligados á vender sus géneros á un precio

---

(1) Observa con razon Ricardo, que si el precio del trigo fuese el efecto y no la causa de la renta de la tierra, la baja y la subida del arriendo no podria menos de influir en el precio del grano. Lejos de suceder así, sábese que el precio del grano en el mercado se regula por el coste del producido con menor ventaja.

(*N del Trad.*)

menor del que á ellos les cuestan, al paso que otros productores hacen un lucro escandaloso con los productos que llevan al mercado? Semejante doctrina está en contradiccion manifiesta con los hechos que todo el mundo observa.

Ciertamente, señores, el que conozca el gran talento del inventor de esta fórmula, y sepa que Ricardo no era solo un economista de gabinete y un genio especulador, mas tambien un hombre que pasó la mayor parte de su vida en los negocios y operaciones comerciales; que con estos negocios llegó á hacer una gran fortuna, dando á esta palabra todo el sentido lato en que la entiende la Inglaterra, fortuna al mismo tiempo de las mas honrosas por ser el resultado de un trabajo constante y bien dirigido, dificilmente podrá imaginarse que Ricardo ignorase que diariamente llegan al mercado géneros que se venden á un precio inferior á los gastos de produccion, como tambien otros que se venden á precios muy superiores.

Ricardo, del mismo modo que Smith, distinguia el precio corriente del precio natural. Daba este segundo nombre al precio representado por la suma de los gastos de produccion; y el de precio corriente á aquel sujeto á las oscilaciones del mercado, superior unas veces, y otras inferior al precio natural.

Se ha dicho con este motivo, que en economía política no hay precio natural, sino que todos son precios corrientes, siendo todo lo demas hipotético, y saliendo, por decirlo así, de los límites de la ciencia (1).

---

(1) Véase la nota de Say á la conclusion dol capitulo sobre el precio natural y al precio corriente de los *Principios* de D.

No somos nosotros los que supliendo la falta cometida por los economistas en general, hemos hecho la escrupulosa distincion entre el valor posible y el valor de conjetura, y entre éste y el valor determinado, conocido y actual, ni los que principalmente hemos insistido en la idea de que el valor es por su naturaleza cosa móvil, variable, contingente y en manera alguna inherente á las cosas; no tratamos tampoco de oponer-

---

Ricardo. Esta distincion es á los ojos del economista francés enteramente inútil y quimérica: en su opinion, en economía política no hay mas que *precios corrientes*, y por consiguiente ningun caso debe hacerse de un precio que nunca se realiza. «No puede llamarse precio de una cosa, dice, la cantidad que no se dá por ella en venta;» la observacion es exacta, mas de ella no se deduce que la referida distincion sea inútil aun en la práctica, ¿de qué nace la renta territorial sino de la diferencia entre el precio natural y el precio corriente? ¿Cómo evalúa él comerciante los resultados de sus especulaciones sino por esta diferencia? En nuestro concepto, no solo es importante esta distincion, sino que aun preferimos á esta la que establece Mr. Droz de *precio de fábrica*, *precio real* (ó natural), y *precio corriente.* Y esta es la que en la práctica se observa: en efecto, de poco le serviría al que quisiera invertir un capital en una industria cualquiera, saber el precio corriente de los diversos productos fabriles que se venden en el mercado, si no supiera los gastos de elaboracion ó *precio de fábrica* de cada uno de ellos, ó el beneficio que produce á sus fabricantes. Es evidente que ambos precios *natural* ó *real* y *corriente* tienden á nivelarse como lo prueba muy bien Ricardo en su citado capítulo; pero ¿cómo se verifica esta nivelacion? Precisamente en vista del *precio natural*, pues deseando todos el mayor beneficio posible, cuando una industria produzca un beneficio superior al ordinario, muchos trasladarán á ella sus capitales hasta que al último capitalista le sea indiferente cambiar de especulacion ó permanecer en su antigua industria.

(*N. del Trad.*)

nos á la observacion de que, rigurosamente hablando, no hay mas valor en cambio ni mas precio que el corriente. Nos admiramos sin embargo de que estas observaciones, acerca de la distincion establecida por Smith y Ricardo, vengan de ciertos economistas que parecen inclinados á creer que el valor en cambio constituye con las cosas una especie de ecuacion permanente. Detenernos mas en estas discusiones puramente crìticas sobre tal ó cual tratado de economía política no ofrecería para la juventud interés alguno. Examinemos la fórmula de Ricardo, y procuremos apreciar todo su valor.

Tres son los datos principales que sirven de fundamento á esta fórmula: 1.° nadie produce por el solo placer de producir: 2.° todos los productores, estimulados por el interés individual, aspiran á grandes beneficios: 3.° nadie compra no teniendo medios para hacerlo, ni mas de lo que sus medios le permiten.

De estos datos irrecusables resulta: 1.° que siempre que el precio de un género no es suficiente á cubrir los gastos de produccion, la produccion de este género disminuye, ó cesa de todo punto. Es evidente que si los sombrereros no pudiesen con la venta de su mercancía cubrir todos los gastos de produccion que dejamos enumerados, tendríamos que imaginar otro medio de cubrirnos la cabeza, porque no encontraríamos sombreros en el mercado; y en efecto ¿á quién se le había de ocurrir hacer sombreros únicamente para proporcionarnos el placer de llevarlos?

Es asimismo cierto que si el precio actual de los sombreros sobrepujase notablemente á los gastos de produccion, procurando lo que se llama un beneficio

pingüe, se vería pronto aumentar el número de los sombrereros, ó lo que es lo mismo, se establecería en este ramo una competencia, hasta que la utilidad de los fabricantes fuese reduciéndose con la baja del precio á la utilidad ordinaria de todos los géneros de industria de la época y del mismo pais.

Estas observaciones, señores, nacen de la naturaleza misma de los hombres y de las cosas, y son por lo tanto irrecusables. ¿Cuál es el punto de parada de las oscilaciones que acabamos de indicar? Precisamente la coincidencia del precio corriente con el precio natural, es decir, la coincidencia de los gastos de produccion con el valor en cambio. Cuando el valor en cambio cubre los gastos, la produccion continúa, y permanece esta en sus mismos límites, mientras aquel no escede de estos gastos. En efecto, en la hipótesis establecida, la subida del precio cesa por un lado con la competencia de los productores, y por el otro con el menor número de consumidores. Supongamos que digan acordemente todos los sombreros: hoy queremos vender los sombreros á mayor precio que ayer: ¿qué sucederá? Una de estas dos cosas sin duda alguna, ó venderán menos, porque en vez de consumir el comprador dos sombreros al año tan solo consumirá uno, y entonces, disminuyendo el beneficio de los empresarios, su unánime resolucion quedará rota y el equilibrio restablecido; ó en efecto, conseguirán con esta tentativa de monopolio beneficios considerables, y aumentará el número de los fabricantes hasta que las utilidades de esta clase de industria queden reducidas á su límite ordinario.

Esto sucede todos los dias. Y estos dos hechos, á

saber: el menor número de consumidores, y la competencia entre los productores esplican y justifican hasta cierto punto la fórmula de Ricardo. Hasta qué punto esto sea, ahora lo indicarémos con brevedad.

Puede decirse sin duda alguna, y esta objecion la ha presentado ya un economista inglés muy célebre, aun cuando no siempre ha sabido comprender al autor que se propuso refutar, puede decirse que esta nueva fórmula no es otra en el fondo que la de la oferta y el pedido, porque decir que los gastos suben solo significa que los obstáculos aumentan, y que la demanda ó pedido disminuyen; y decir que los gastos bajan, solo significa que los obstáculos disminuyen y que la oferta se ha aumentado.

Fácil es retorcer el argumento. Decir que la oferta aumenta, responderán los discípulos de Ricardo, quiere decir que los gastos bajan ó son menores; y recìprocamente, decir que la demanda ó pedido disminuye quiere decir que los gastos aumentan; lo que en muchas cosas es completamente cierto.

De todos modos, si la fórmula de Ricardo fuese absolutamente exacta, el ánimo quedaría mas satisfecho que con la fórmula de la oferta y del pedido. La fórmula de Ricardo basa sobre hechos materiales apreciables y fáciles de comparar entre sí. Repitámoslo; diciendo en razon de la oferta y de la demanda, no se sabe cuales son la oferta y la demanda de un objeto, ni la oferta y la demanda de otro; mas si se dice, en razon de los gastos de produccion, ya podemos mas fácilmente formarnos una idea del precio relativo de estos géneros. He aquí la ventaja de la fórmula de Ricardo; veamos ahora sus inconvenientes.

Uno de los mas capitales es el ser incompleta, y no poderse adaptar á todos los fenómenos económicos á que semejante fórmula debiera ser aplicable.

1.° Suponiendo gastos de produccion, solo es aplicable á las riquezas producidas; ahora bien, siempre hemos hecho distincion entre las riquezas naturales y las riquezas producidas. Las riquezas naturales no son todas ilimitadas, y la fórmula no se aplica á las que, limitadas y apropiadas, tienen un valor en cambio, aun cuando no hayan ocasionado gastos de produccion.

Hasta aquì no habría grande inconveniente, porque esta clase de riquezas es poco importante en el movimiento económico de una nacion.

2.° Hay aun mas, esta fórmula supone en los consumidores una facultad indefinida de abstenerse, y una libertad de competencia tambien indefinida de parte de los productores. Si estas dos condiciones fuesen siempre realizables, la fórmula no tendría límites ni escepciones. Mas estos dos hechos no son ni tan generales ni tan constantes como ella los supone, y este es el verdadero escollo del sistema: escollo que el mismo Ricardo llegó á entrever. El mismo reconoce que hay ciertas cosas que no pueden sugetarse á su regla; mas se engaña al menospreciar estas escepciones, creyéndolas infinitamente menos importantes de lo que son en realidad. (1)

Procuremos abarcar de un golpe de vista toda la dificultad conocida y poco apreciada por aquel hombre ilustre.

---

(1) V. el cap. 1.° de los principios de Econ. polít. de este autor.

(*N. del Trad.*)

Todos sabemos que hay géneros cuyo consumo nunca se abandona, aun cuando su precio suba estraordinariamente. Los géneros de primera necesidad pertenecen á esta clase. Nada importa que el trigo se venda á 20, 30, ó 40 fr. el hectolitro, porque si la necesidad realmente existe su despacho no puede faltar. El consumo de los cereales podrá disminuir algo, pero no de una manera indefinida. ¿Qué sucede por consiguiente cuando llega á temerse una gran sequía ó un cambio cualquiera en las proporciones de la oferta y la demanda? Que el precio del trigo sube de una manera sorprendente.

Lo mismo que decimos de los géneros de primera necesidad decimos de algunos otros, aunque no sean de necesidad absoluta. El hombre casi siempre obedece á ciegas á los hábitos contraidos; por lo que vemos en el dia tantos objetos de consumo que, enteramente desconocidos á nuestros mayores, nosotros no podriamos ó al menos nos sería muy dificil abandonar. La privacion de estos objetos nos es tan penosa, que por lo comun solemos encontrarnos dispuestos á hacer los mayores sacrificios pecuniarios para conseguirlos.

¿No hemos visto el precio exorbitante á que subieron los frutos coloniales en tiempo del imperio? Y sin embargo se vendian, y ni tenian entonces los consumidores libertad plena para abstenerse de ellos por la fuerza de la costumbre, ni había libre competencia entre los productores, puesto que existia el monopolio. Asi se formaron inmensas fortunas en medio de grandes sufrimientos. Hay pues objetos cuyo pedido puede disminuir pero sin cesar completamente; puede ser mayor ó menor, pero siempre habrá un pedido; mientras

que para otros objetos puede acabar de todo punto.

Lo mismo que decimos del hecho de abstenerse los consumidores se aplica con mas fuerte razon á la competencia de los productores y á la indefinida produccion de los objetos que se consumen. Sin duda alguna Ricardo se ofuscó con la industria propiamente dicha; pues solo fijó su atencion en las manufacturas, cuyos productos parecen poder aumentar de una manera indefinida; y efectivamente, al pensar cual era el producto de las telas de algodon hace 30 ó 40 años, y cual es en el dia, fácilmente se concibe que en un momento de propia satisfaccion pueda decir el pensamiento humano: no hay límites para la produccion. Lo mismo que decimos de las telas de algodon, puede enunciarse de la fabricacion de ciertos objetos de hierro ó de acero.

Es cierto que en estas cosas los precios corrientes llegan pronto á confundirse con los gastos de produccion; que los precios corrientes de estos objetos *podrán tal vez* fácilmente igualarse al precio natural, á los gastos de produccion, no habiendo monopolio que impida la baja del precio. Ricardo no ha calculado bastantemente la influencia de los monopolios. De estos hay dos especies: monopolio natural y monopolio artificial.

Hay monopolio natural cuando, por la naturaleza misma de las cosas, la produccion solo es posible para ciertas personas y en una medida determinada. La posesion de la tierra, de las minas y de las canteras, constituye evidentemente un monopolio. Y la posesion de la tierra no dejaría de serlo, aun cuando el globo entero estuviera perfectamente cultivado; porque podria aumentarse la necesidad de los alimentos, sin que fuese posible producir un sextario mas de trigo. En lo

que no hay competencia posible mas allá de ciertos límites fácilmente apreciables.

Una mina de oro ó una viña en parage favorable, constituyen un monopolio natural cada vez mas esclusivo, una produccion cada vez mas privilegiada. El trigo se da en la mayor parte de la Europa; la viña da ricos productos en Francia, en España, en Italia, en Portugal y en algunos parages de la Suiza y de la Alemania; mas solo en algunos terrenos particularmente favorecidos por la naturaleza, se obtiene un vino como el Laffitte, el Lacrima-cristi, y el Tokai.

Hay una segunda especie de monopolios naturales que el mismo Ricardo dejó indicada. Y en efecto: ¿quién podrá multiplicar los cuadros de Rafael y las estátuas de Miguel-Angel? Los libreros de París del tiempo de Montesquieu, cuando pedian á los escritores de su época *Cartas persianas*, por ejemplo, no pensaban seguramente en que Montesquieu tenia un verdadero monopolio en su genio. Por razon de este monopolio llega á ser la muerte del artista una fuente de riqueza para los poseedores privilegiados de sus bellas obras. Si no produce los mismos resultados la muerte de los grandes escritores, es porque las copias y sobre todo el arte de la imprenta, pueden multiplicar de una manera indefinida las producciones científicas y literarias. ¿Cuán pingüe renta no disfrutarian los herederos de Molière, aun en estos tiempos de desconcierto intelectual, si para oir el *Avaro* ó el *Misántropo* no hubiera mas medio que el de asistir á la lectura que ellos solamente tendrian derecho para hacer?

La facilidad de los trasportes es tambien un monopolio natural y útil á los productores que se hallan

mas próximos á los centros principales del consumo. Asi que los jardineros de las cercanías de París al ofrecer al lujo de la capital las bellas primicias de su felicísimo cultivo, no tienen que temer la competencia de los productos precoces y espontáneos de Pisa, Roma, Nápoles, Cádiz ó Málaga.

Los monopolios artificiales son aun mas vários y numerosos.

Redúcense los unos á simples medidas de equidad y utilidad general, como son los privilegios de invencion, y los de los autores y sus herederos. Sería notable yerro creer que podría convenir á los intereses generales el entregar al capricho de la multitud las producciones intelectuales, privando de la justa recompensa y de todo noble estímulo á las obras del talento. Triste es, no hay duda, ver á la ciencia y al genio, sujetarse tan frecuentemente á las mas viles maniobras de la usura en un oscuro mostrador, y abandonar por la idolatría de la riqueza el culto austero y sublime de la gloria. Mas ¿se dirá que el mundo progresaba mas rápidamente y que las naciones eran mas ilustradas, mas libres y mas felices, en la época en que el sabio y el literato descendiendo tímidamente de su guardilla, se iban á mendigar en las antesalas de los grandes una mirada, una sonrisa, un miserable socorro? El trabajo intelectual ha roto tambien sus antiguos lazos y conquistado su libertad; que si en el primer alborozo de su emancipacion ha llegado á cometer algun desvío, efecto es de la ley general de reaccion á que todo lo humano está sujeto. Humillemos la frente al contemplar las debilidades de nuestra naturaleza, pero no reneguemos de la libertad que es nuestra fuer-

za, nuestro apoyo y nuestro estímulo; el hombre libre, si cae se levanta: el esclavo yace siempre tendido en el fango.

El monopolio de los privilegios de invencion y de los de autor consiste en el derecho esclusivo concedido por la ley á ciertas personas, de producir ciertas y determinadas cosas; y es de igual naturaleza que este, al menos en sus resultados económicos, cuando no en el orígen del derecho, el privilegio que se reserva el gobierno de vender ciertos géneros, como el tabaco, la sal, la pólvora, los naipes y el papel sellado. En realidad la venta de estos objetos es un impuesto disfrazado. Pues los consumidores de ellos ademas de los gastos de produccion, contribuyen á las cajas del tesoro con una suma proporcionada á las necesidades del Estado.

Las leyes prohibitivas constituyen un monopolio de igual naturaleza á favor de los productores del pais, y á cargo de los consumidores.

La propiedad urbana es igualmente un monopolio de naturaleza análoga, en las ciudades de un circuito determinado; sobre todo, lo que sucede en las plazas de armas, cuando se prohibe hacer construcciones permanentes en cierto radio fuera de la poblacion.

Hay monopolios que resultan de la posesion esclusiva de ciertos instrumentos particulares de produccion mas eficaces que los ordinarios. Inútil sería citar ejemplos que á cualquiera pueden ocurrírsele. Todo inventor de una máquina útil se halla en este caso, ahora se aplique personalmente al trabajo de la produccion, ahora ceda su descubrimiento y su privilegio á los productores que se hallen en posicion de comprárselo.

El ser obstáculo para el libre concurso ó compe-

tencia, es el carácter comun de todos los monopolios; solo que no todos participan de él en igual grado.

Algunos monopolios permiten á los productores privilegiados multiplicar, en toda la estension de sus facultades, los instrumentos de produccion, y dar creces indefinidas á la cantidad de los productos. Los hay, y asi sucede con algunos monopolios naturales, que no dejan á los productores esta facultad ilimitada. Asi, el propietario de una corriente de agua ó de una viña afamada, no está en las mismas condiciones y circunstancias que el mecánico inventor de una nueva máquina ó de una nueva combinacion química.

Del mismo modo, entre los monopolios que permiten al productor aumentar la cantidad de sus productos con el empleo de una nueva porcion de capital y de trabajo, los hay que dan el mismo resultado en cada porcion invertida. Dos fábricas de medias, en iguales circunstancias, y puestas en movimiento por igual cantidad de capital y de trabajo, no pueden menos de producir la misma cantidad de mercancía. Y si fuera posible aplicar á una misma fábrica una segunda porcion de capital y de trabajo igual á la primera, el producto sería doble. Pero ¿podría prometerse igual resultado, y obtener un producto doble ó tríple solo con emplear una doble ó tríple porcion de capital y de trabajo, el dueño de una posesion territorial? No: de ningun modo. La esperiencia nos enseña que los productos agrícolas proporcionales van disminuyendo cada vez mas. La tercera porcion de capital dará un resultado inferior al de la segunda, y el de ésta inferior al de la primera. Emplear en un terreno de primera calidad, ya trabajado, una segunda ó t ercera porcion de

capital, equivale con corta diferencia á cultivar un terreno nuevo de segunda ó tercera clase. El capital es siempre el mismo: los productos van siempre decreciendo.

¿Cuál será pues la influencia de todos estos hechos tan varios y tan importantes en el precio de los géneros? Hasta qué punto y de qué manera, estos hechos, que se reducen todos á un obstáculo mas ó menos considerable para el libre concurso ó competencia, modifican la ley del mercado, ley que esplica las alteraciones de los precios por medio de la suma de los gastos de produccion? Hé aqui el fondo de la cuestion y una parte muy esencial de la ciencia económica. Limitarse á indicar el efecto general de los monopolios como obstáculos para la libre competencia, seria reducirse á la superficie de las cosas, esponiéndose á deducir consecuencias incompletas y arriesgadas.

LECCION SEPTIMA.

Influencia de los diversos monopolios en los precios de los géneros. De la produccion agrícola, de sus fases y efectos económicos.

SEÑORES :

Dijimos que hay monopolios tan limitados por la naturaleza misma de las cosas, que sus mismos poseedores, sean los que fueren sus capitales, no pueden aumentar la cantidad de las cosas producidas. El precio en este caso no reconoce otra regla que la de la oferta y el pedido: determínanlo por un lado las necesidades de los consumidores y sus facultades, y por el otro la cantidad de los productos ofrecidos, y las necesidades de los productores. La fórmula de los gastos de produccion no es evidentemente aplicable á estos cambios. Asi, una botella de vino de Tokai no cuesta probablemente mas parte de capital y de trabajo que otra del vino mas ágrio de la Suiza; sin embargo, este se paga tres sueldos y aquella veinte francos (1).

(1) Nada importa, se dirá el precio de la botella de vino. Ambos propietarios reportarán probablemente el mismo

El precio del Tokai no tiene mas límite que el de los sacrificios que las ricas y caprichosas personas que lo consumen, quieren hacer por un objeto de lujo, por un placer fugitivo: la competencia de otros vinos raros, ya naturales, ya falsificados, y la imposibilidad de conservar mucho tiempo un género como este que puede deteriorarse, que exige grandes precauciones, y que anualmente se reproduce. Probablemente el vino mas esquisito no hallaria un número suficiente de compradores, costando á doscientos francos la botella. El mas poderoso magnate se avergonzaría en cierto modo de tan loco dispendio. Por el contrario, un cuadro de Rafael puede cambiarse por una suma enorme, porque los objetos de este género no se reproducen, porque la necesidad que con ellos se satisface es de una naturaleza mas noble y elevada, y porque ellos procuran goces artísticos y de ostentacion que se prolongan y renuevan indefinidamente. Esceptuando algunos hombres prodigos y gastadores, ¿qué padre de familia invertirá mas de una módica parte de su renta, en la compra de vinos y licores raros? El amor á las artes por el contrario, el sentimiento de lo bello unido á un noble orgu-

---

interés por el capital invertido en la compra de la viña. Puede esto ser; mas adviértase, que si el comprador de uno de aquellos terrenos dió por él un precio mucho mayor que el comprador del otro, es precisamente porque el precio de sus productos escede con mucho á los gastos de produccion. Es menester no confundir los gastos de produccion con el interés de las sumas invertidas en la compra de los terrenos. El comprador no hace mas que ponerse en lugar del propietario, y comprar su *rédito*. En breve aclararemos mas este punto.

llo, son causa bastante para que un hombre rico consagre una parte considerable de su renta, y aun de su mismo capital, á la adquisicion de buenas obras de pintura y escultura, cuya posesion dá lustre á una familia entera, y la asocia en cierto modo á las glorias nacionales.

No pueden aplicarse estas consideraciones á los monopolios que permiten á los productores aumentar la masa de objetos producidos en razon de sus facultades, y con un resultado igual en cada porcion de capital.

Pide un librero ocho ó diez francos por un volúmen en 8.° que acaso no contiene un escrito de seis pliegos de impresion. El precio es subido, y la exigencia parece algo dura, sea por otro lado el que fuere el mérito de la obra; pero es imposible hallar quien lo venda por cinco francos no teniendo mas que uno el derecho de imprimirlo, y no arriesgándose ningun otro librero á hacer una reimpresion fraudulenta. Por consiguiente no hay medio entre pagar los ocho francos ó quedarse sin el libro. Probablemente bajará el precio á poco tiempo de haberse publicado, porque aun cuando el privilegio siempre subsista, el interés mismo del editor, especialmente si la obra está al alcance de un número considerable de lectores, hará que se determine á venderlo mas barato. Y creerá preferible ganar de pronto diez sueldos en cada volúmen, sobre diez mil egemplares, á ganar cincuenta sobre mil egemplares solamente. Hay ciertas necesidades imperiosas y perentorias que van unidas á los medios de satisfacerlas; y estas siempre ceden á las exigencias de los productores. Hay tambien necesidades menos impacientes unidas á facultades menos latas; estas solo pueden satisfa-

cerse con la baja de los precios. Cuanto mas disminuyen estos, mas aumenta el número de consumidores; y el productor á pesar de ganar menos en cada artículo, saca una ganancia total mas aventajada. Mas de una vez sucede que el propio interés le obliga á reducir el precio hasta el nivel de los gastos de produccion.

Hay en Francia hombres habituados á tomar tabaco, y esta costumbre, como lo acredita la esperiencia, es á veces de una tenacidad estremada. Ahora bien: si fundándose en este dato subiese el gobierno el precio del tabaco hasta 90 francos el quilógramo ¿es creible que se enriqueciera el tesoro con este monopolio? No por cierto. Algunos compradores habría ciertamente; pero la generalidad de los consumidores no tendrian mas remedio que renunciar á su costumbre.

Fuera de que un precio tan subido fomentaría indirectamente el contrabando, y este se propagaria con una fuerza increible; con lo que las rentas del tesoro lejos de aumentarse, disminuirian de una manera sorprendente.

Asi pues, los productores en estos monopolios están interesados en buscar los medios de mejorar los productos ó de disminuir su precio: y este interés desaparece siempre que ni el número de los consumidores aumenta, ni aumenta la suma total de sus compras, á pesar de las mejoras hechas para atraer la concurrencia, y el mercado está, por decirlo asi, saturado de aquel producto.

Resultados muy análogos á estos encontramos al estudiar el monopolio de los medios de produccion mas activos, esto es, el privilegio de las máquinas. Tambien en este caso debe el productor bajar su precio

para estender su fabricacion. Nadie ignora que los gastos generales son con escasa diferencia los mismos en las pequeñas que en las grandes producciones. El productor pues, debe desde luego emprender su trabajo empleando un crecido capital para producir por ejemplo cien mil pares de medias con preferencia á diez mil. Por consiguiente debe procurar que aumente el número de consumidores bajando el precio de su género.

El *máximum* del precio á que puede aspirar el fabricante, poseedor privilegiado de una nueva máquina, es igual al coste del mismo objeto producido sin máquina.

Mas los consumidores no tendrán que temer que aquel precio se conserve siempre á la misma altura. Al cabo de cierto tiempo ha de bajar sin remedio, á pesar del privilegio, ya sea por la razon que acabamos de manifestar, ya por el aumento de la cantidad ofrecida en el mercado; solo que esta diminucion no habrá de ser ni tan rápida ni tan considerable como lo sería no habiendo monopolio.

Pero entre todos los monopolios, el de estudio mas importante es, el que resulta del dominio ó *apropiacion* de la tierra. Los demás, por la mayor parte, ó son por su naturaleza temporales ó de muy escasa importancia. Los hay, en fin, y entre ellos los que el gobierno ejerce, que pueden existir ó dejar de existir. Mas tarde examinaremos las ventajas é inconvenientes de estos.

El monopolio de la tierra es general y permanente, y resulta de la naturaleza misma de las cosas. Porque aunque quiera suponerse la existencia de una

igualdad de repartimiento absoluta, y la comunidad de todas las propiedades territoriales: aun cuando se destruya la propiedad particular para no reconocer sino una sola propiedad y una general asociacion, ¿podrán quitarse á la tierra sus producciones económicas; ó convertirla en un instrumento de produccion diverso de como le plugo dárnosle á la naturaleza? Podrá ser nunca ilimitada su estension; y su substancia, homogénea, igualmente productiva, igualmente fácil de trabajar?

Se ha dicho que la tierra es una máquina, y esta comparacion ha servido de base á muchos raciocinios. Admitamos, si se quiere, la metáfora: pues entre una máquina y la tierra hay bastante semejanza para que la comparacion no sea absurda; pero no será sin la condicion de no perder de vista sus diferencias. La tierra es una máquina, pero dotada de ciertas propiedades particulares que no permiten se la confunda con otra máquina cualquiera.

Si todos los monopolios influyen en los fenómenos económicos de un modo mas ó menos directo, ninguno produce efectos mas notables, casi diriamos mas singulares, que la posesion esclusiva del tercer instrumento de la produccion, ó sea de la tierra. La tacha de no haber estudiado bastantemente estos hechos, recae sobre muchos economistas. Sus teorías llevan el sello de una negligencia que no es facil disculpar en ninguno que haya podida leer los escritos de Malthus y de Ricardo.

En vez de decir que la tierra es *una máquina*, se hubiera dicho con mas acierto que es una coleccion ó conjunto de máquinas de fuerzas sumamente desigua-

les. Ninguno de nosotros ignora la diferencia que hay ó puede haber entre un terreno y otro. Esta variedad nace en primer lugar de las calidades naturales de la tierra. Nadie creerá que un campo de diez fanegas en la fértil Lombardía, pueda equivaler á otras diez entre las rocas de los Alpes ó de la Suiza.

Pueden clasificarse las posesiones territoriales, y dividirlas en primera, segunda, tercera y cuarta calidad. Estas clasificaciones son utilísimas para ciertas operaciones, y particularmente para fijar el impuesto territorial. Y la clasificacion será mas ó menos rigurosa segun el grado de exactitud necesario para el objeto que se elija.

Aun hay mas: diez fanegas de tierra en el distrito de París, y otras diez situadas en lo interior de la Auvernia, á una distancia considerable de todos los medios de fácil transporte, y de los grandes focos de consumo, aunque dotadas de la misma fertilidad natural: no son máquinas de igual fuerza; y tan semejantes son la una á la otra como diez fanegas de tierra feraz y labrantía á otras diez de incultos matorrales.

Asi pues, debe considerarse la tierra como una coleccion de máquinas de fuerzas diversas y desiguales: este es su primero y sencial carácter.

Mas tiene un segundo carácter cuyo estudio no es menos importante. Traspasado cierto límite, cuanto mas se multiplican las sumas de capital y de trabajo empleados en la misma tierra, menor es su producto proporcional. Cien fanegas de la tierra mas feraz, no pueden dejar de producir alguna cosecha aun cuando solo se la remueva con un palo; si al palo se sustituye la azada la cosecha será mas abundante; finalmente, si

á la azada se substituye el arado y todos los demas procedimientos de una sabia agricultura, su producto neto adquirirá un considerable crecimiento. Mas una vez obtenido este, y llegando á cierto límite, si con la inversion de un capital y de un trabajo como diez resultó un producto de veinte, aplicando á la misma tierra aún diez mas de capital y de trabajo, el segundo producto ya no resultará doble del primero. Esta segunda porcion de capital acaso no produzca mas que una suma de quince; una tercera porcion solo produciría lo estrictamente necesario para cubrir los anticipos. En este estado, el resultado de la inversion de un nuevo suplemento de capital y de trabajo sería ver perdido y malogrado el desembolso.

Hé aquí el carácter fundamental de esta especie de produccion. Una máquina propiamente dicha, mientras pueda trabajar dará siempre un resultado proporcional. Si fuera posible aplicar la fuerza del vapor á veinte telares en vez de diez, cada telar daría el mismo resultado, y los veinte telares darìan un producto doble del que daban siendo solamente diez. No sucede asi con la tierra: y muchos agricultores parecen ignorarlo; asi se arruinan tantos aficionados á este ramo de la ciencia, por no conocer las bases de toda buena contabilidad agrícola. Para llevar una contabilidad de esta especie que pueda dar razon exacta de todo lo verificado, é ilustrar al cultivador, no solo sobre las operaciones consumadas, mas tambien en las venideras y por hacer, es menester distinguir en toda posesion, con diligencia y detenimiento, las diferentes calidades del terreno; considerarlas como máquinas de propiedades diversas, y no confundir el producto de la buena tierra con el

de la mala. Si el que cultiva una hacienda de cierta estension sin distinguir las diversas calidades de su terreno, y llevando una contabilidad única, en la cual se confunden los gastos y los resultados de todas las partes de su hacienda, se imagina que cada una de estas porciones le reporta un producto neto, se equivoca probablemente. Tal cultivador hay que de sus cien fanegas de tierra no saca mas producto que el que con menos gastos sacaría de cincuenta fanegas; y acaso le producirían estas una renta mayor. Para llevar una contabilidad racional no basta distinguir las varias especies de la tierra; es necesario tambien tomar en cuenta cada renovacion de capital. Si, habiendo empleado en una tierra un capital de diez, estimulado por el precio del mercado ó del deseo de emplear un nuevo capital, invierto una suma de diez en el terreno que estoy esplotando, deberé formar cuenta separada de esta segunda inversion; de lo contrario sucederá con mi hacienda lo que con dos porciones de terreno de calidad diversa. Los beneficios de la primera inversion se confundirán con los resultados de la segunda; y creeré haberme proporcionado igual ganancia con ambos capitales mientras el segundo solo me habrá producido una pérdida que se compensó con la ganancia ó beneficio del primero.

Analizados ya bastantemente los dos caractéres particulares del tercer instrumento de produccion que es la tierra, podremos investigar en la leccion próxima la influencia de estos hechos sobre el precio de los géneros; que es una de las cuestiones mas importantes de la economía política.

LECCION OCTAVA.

De la produccion agrícola considerada en sus relaciones con el precio de los productos.—Continuacion.

Supongamos, señores, que solo ocupasen nuestro globo algunas poblaciones poco numerosas y sin residencia fija que solamente algunas tribus errantes trabajasen la tierra, cultivando sucesivamente los terrenos en que establecieran sus tiendas. En este caso ¿qué influencia ejercería sobre el precio de los géneros la tierra considerada como instrumento de produccion? Ninguna. Sería el suelo lo que el aire y el sol, del cual todos se aprovechan sin que á nadie se le ocurra pagarlo ó exigir por él precio alguno. Si el cultivador encontrase algun obstáculo en el terreno que empezó á trabajar, se trasladaria al terreno cercano sin que nadie se lo estorbara; y cuando quisiera vender sus géneros á un precio superior á los gastos de produccion, diria el consumidor: yo tambien voy á cultivar un terreno.

Las sociedades se establecen y se desarrollan; las poblaciones aumentan, y con ellas la necesidad de subsistencias. Conviértense las tierras en propiedades par-

ticulares, quedando al mismo tiempo clasificadas segun la regla que hemos espuesto.

¿Qué sucede al comenzar este nuevo órden de cosas? La historia nos lo dice. La historia de América nos indica en nuestra época lo que ha debido suceder en los tiempos mas remotos.

Fíjanse las poblaciones y se forman los focos del consumo. Cuídase de colocar el asiento principal de cada asociacion en un suelo feraz y floreciente, á veces á la orilla del mar, ó en las riberas de un ancho rio. Ocúpase en torno de este centro un terreno mas ó menos dilatado, y comienza el cultivo. ¿Cuál es entonces el precio de los géneros que sirven de alimentos? Con corta diferencia los gastos de produccion, porque en esos primeros tiempos la cantidad de terrenos fértiles, próximos al centro del consumo, supera aun con mucho á las necesidades. Si entonces se hiciese subir el precio de los géneros y esceder á los gastos de produccion, tal vez el consumidor solo pagaría este precio exagerado hasta tanto que se cultivasen otras tierras. Ni dejaría esto de suceder, porque, segun la hipótesis, los buenos terrenos abundan y el capital halla en desmontarlos un beneficio seguro. La posesion de la tierra, pues, aun entonces no forma un verdadero monopolio, aun cuando esté ya establecido el principio de la propiedad individual.

Mas este estado de cosas no es mas que temporal, porque la poblacion crece con una rapidez estraordinaria. Mas de una vez hemos visto duplicarse la de los Estados-Unidos en el espacio de sesenta años. El crecimiento de la poblacion hace que los medios de subsistencia sean cada vez mas deseados.

Es preciso prestar ahora toda la atencion posible: supóngase que todas las tierras de primera calidad y cercanas al mercado hayan empezado á cultivarse, sin que basten sus productos á proveér a las necesidades. ¿Qué se hará entonces? Elegir cualquiera de estos tres medios: ó buscar tierras igualmente feraces, pero mas distantes; ó cultivar las tierras vecinas, pero menos fértiles, y hasta entonces abandonadas; ó bien aplicar á las tierras ya cultivadas mayor cantidad de capital y de trabajo, y sacar de ellas mas provecho mediante una esplotacion mas poderosa, pero mas cara.

Equivale á decir en otros términos, que cuando empieza á esperimentarse el aumento de la necesidad de productos agrícolas, y la insuficiencia del cultivo de las primeras tierras, es necesario producir con mayor costo; porque invertir una segunda porcion de capital en una misma tierra, ó cultivar con esta misma porcion ya un terreno inferior, ya otro igualmente feraz pero mas lejano que el primero del centro del consumo, siempre es producir con mayor gasto; lo que es efecto de los dos caractéres particulares de la tierra que dejamos analizados en la última leccion.

Tendremos pues en el mercado productos agrícolas, primeras materias y comestibles, obtenidos con gastos de produccion varios: los unos habrán costado mas caros que los otros. El trigo recogido en un terreno de primera calidad, inmediato al mercado, habrá costado menos que el obtenido, ó en un terreno menos fértil, el cual para producir ecsija mas abono que el primero, un trabajo mas activo, y una cultura mas laboriosa; ó bien en un terreno muy distante del mercado, lo que haría necesarios los gastos de un dificultoso trasporte.

Siendo esto asi, ¿habrá en el mercado uno solo, ó muchos precios para estos productos? Y si no hubiera mas que un solo precio, ¿seria este proporcionado á los gastos de produccion del trigo obtenido con mayor gasto, ó á los del trigo que costó menos? No habrá en el mercado mas que un solo precio, que se regulará por la produccion mas cara.

Digo que no habrá mas que un solo precio, porque aun cuando baste ojear someramente las mercuriales para ver cuánto varía el trigo en los diferentes departamentos de la Francia, ó en un mismo parage en épocas diferentes: cuando se dice que no hay mas que un solo precio, se entiende que se habla de un mismo mercado, de una misma época, y del trigo de la misma calidad.

Trasladémonos al mercado de los cereales, y veamos si hay un precio para el trigo producido en una tierra, y otro diferente para el producido en otra. Habrá diferencia, sí el trigo que está á un lado es mejor ó peor, de mas ó menos peso que otro; pero entre dos costales de trigo del mismo peso y de la misma cantidad, ¿podrá haber diferencia de precio en el mismo mercado y á la misma hora, únicamente por haber el uno costado diez á su productor, y haber costado el otro veinte? Quién será el que trate de indagarlo? En los precios no puede haber diferencia, y de hecho, no la hay, porque es constante que en todas las cosas los precios tienden á nivelarse.

¿Cuál será por consiguiente el precio que rija? No hay abastecedor que lo ignore: el del trigo producido con mas gasto. Y la razon es evidente, porque si el que lo produjo no lograse el reembolso de sus antici-

pos, y juntamente un beneficio equitativo, se abstendría en adelante de producir.

¿Y por qué no ha de aprovecharse de las circunstancias del mercado el que hizo su cosecha en el terreno mas feraz? Este no tiene que temer como el fabricante de medias ó de sombreros que otra persona vaya á establecerse á su lado con máquinas para multiplicar aquellos productos. Sabe que disfruta un monopolio, porque las tierras no se improvisan; que aquella clase de productos solo se obtienen en ciertas épocas del año; que su género es necesario, y que si el abastecimiento de París hubiese disminuido, no digo en una mitad ni en el tercio, sino solamente en quinientosmil hectólitros, este déficit haría inmediatamente subir el precio. Esto tiene de particular el trigo: por poco que escasée, su precio sube rápidamente; mas tambien puede bajar de una manera notable por poco que superabunde. Porque en la venta de otras mercancías se puede contar con la vanidad, el fasto y el amor á los placeres, bajando algun tanto el precio de ellas, y poniéndolas al alcance de un gran número de consumidores; al paso que nadie compra dos panes cuando le basta uno solo.

El comercio de los géneros de primera necesidad tiene caractéres muy particulares. El productor del trigo no encuentra razon alguna para dar su género mas barato que su vecino, solo por costarle menos. Si este vecino se aplica á la produccion del trigo es porque el trigo es necesario; y si es necesario no dejará de venderlo. Acaso tardará uno, dos ó tres meses en conseguirlo, mas en el fondo nada tiene que temer; y mas le convendrá disminuir algun tanto su cosecha

futura, que vender hoy su género á un precio demasiado bajo. No es por consiguiente el trigo obtenido con menos gastos de produccion el que regula y fija el precio. Porque si asi fuera, los demas productores no habrían querido producir. El regulador es el coste del trigo obtenido con mas gastos, y el precio de todo género homogéneo tiende á igualarse con este.

Decimos que *tiende á igualársele*, y es necesario espresarse siempre de este modo en economía política, porque todos estos resultados están muy distantes del rigor matemático. Veremos propietarios que, obligados por la necesidad, venden á mas bajo precio del que podrían conseguir algunos dias despues; vemos á otros que, ignorantes de las circunstancias del mercado, no sacan de su género todo el precio que deberían esperar; y otros tambien que imprudentemente producen mas de lo necesario para las necesidades reales del consumo. Esto no obsta para que la tendencia constante y general del precio de estos géneros sea la de ajustarse á los gastos de produccion de los que mas han costado; de donde resulta necesariamente que cuanto mas preciso sea con el crecimiento de la poblacion recurrir á uno de los tres medios que arriba hemos indicado, esto es, ó á la cultura de los terrenos inferiores, ó á la de terrenos mas lejanos, ó á la aplicacion de una nueva cantidad de capital y de trabajo sobre el mismo terreno, tanto mas cierto será que para una porcion determinada de la mercancía habrá una diferencia notable entre los gastos de produccion y el precio del mercado. Conviene fijar bien la atencion en esta consecuencia sobre la cual tengo que insistir todavía.

Acabamos de probar: 1.° que en el mercado hay

necesariamente una porcion de trigo producida con mas gastos que las demas. Y la observacion que hacemos con respecto al trigo , tomándolo por tipo, se aplica á todos los productos de igual naturaleza; 2.° que hay una tendencia hácia un precio único, y que este precio se halla determinado por el coste de la produccion mas cara. Por consiguiente, cuanto mas crecido sea este coste , mayor será en una porcion de trigo llevado al mercado, la diferencia entre su coste y el precio que darán por él. Supóngase que tenemos varias especies de trigo: el uno ha costado diez, el otro doce, el otro quince, y otro finalmente veinte; digo que hay cierta tendencia á que todo este trigo se venda á veinte. No se venderá todo el trigo á este precio; pero hácia él tenderán todos los cambios.

En este caso, el vendedor del trigo producido á menos coste, además de sus gastos de produccion sacará diez de beneficio; el siguiente sacará ocho, el tercero tan solo cinco, el último, en fin, solo se reembolsará sus gastos de produccion. Notemos, sin embargo, que esta marcha de la produccion agrícola, este desarrollo progresivo de los hechos económicos que acabamos de indicar, puede retardarse, modificarse é interrumpirse por efecto de ciertas circunstancias.

Puede suceder que la poblacion y los pedidos de materias alimenticias aumenten , sin que sea necesario, al menos por cierto tiempo, producir con mas coste. Asi sucede cuando un descubrimiento, un nuevo procedimiento permite á los agricultores, ó producir mas con el mismo gasto, ó aumentar la produccion, disminuyendo al mismo tiempo su coste. Supongamos que con la misma poblacion de ahora, con nuestros

treinta y tres millones de habitantes estuviésemos todavía cultivando los campos con el azadon, ¿cuál sería entonces el precio del trigo en Francia? Mas si de pronto se estendiese el uso del arado, en vez del azadon, y al antiguo modo de labranza se sustituyera el método de dividir la tierra en partes para lo sembrado y el barbecho, veríamos cuántas creces tomaban los productos sin aumentar los gastos de produccion, solo con el poder de la ciencia.

Asimismo, si nuestros caminos estuviesen perfeccionados, nuestros canales concluidos, y mejorados todos los medios de trasporte, se podría, sin aumento de gastos de produccion, vender trigo de las cosechas mas distantes de los mercados. Aplíquese el arado á un campo trabajado con el azadon, ó búsquese un medio económico para el trasporte de los productos de cualquier campo situado á cien leguas de todo foco de consumo; en ambos casos aumentará la cantidad de trigo en el mercado, sin que por eso aumenten los gastos de produccion.

Mas cualquiera que sea la influencia de los hechos que acabamos de indicar, siempre sucederá por la naturaleza misma de las cosas, que los productos agrícolas de la misma especie, obtenidos con gastos de produccion muy diversos, tendrán salida en el mercado, segun las condiciones determinadas por el producto mas costoso.

Hay otra diferencia, que importa señalar, entre los productos agrícolas y los productos manufacturados, ó artefactos. Supongamos dos productos: en el uno la primera materia es el elemento principal de su valor; el otro, por el contrario, marca en su precio el traba-

jo, el poder industrial aplicado á una primera materia cuyo valor es una pequeñísima parte del valor total del producto. Podrémos afirmar que siempre que el aumento de la poblacion y de la riqueza nacional haga aumentarse la demanda ó pedido, el precio del primer producto tenderá á elevarse, bajando al mismo tiempo el del segundo.

Supongamos que habiéndose aumentado la riqueza pública y la poblacion, pide el consumo una cantidad mayor de pan, y al mismo tiempo mayor número de piezas de algodon bordado; el precio del pan subirá, y los bordados, por el contrario, tenderán á bajar de precio. Estando ya esplotadas las buenas tierras, para nivelar la oferta del trigo con el pedido será necesario cultivar tierras inferiores, ó bien aplicar á aquellas mismas tierras una nueva porcion de capital. La materia primera para la fabricacion del pan será cada vez mas cara, y aun cuando se encontrase un nuevo modo de hacerlo por un procedimiento menos costoso, esta economía de trabajo no evitaría la subida de precio del trigo.

Lo contrario sucedería con las estofas bordadas. Si su pedido aumentase hasta el punto de estimular la accion de los capitales, el genio industrial no tardaría en inventar máquinas y medios de trabajo, cada vez mas económicos y rápidos: y esta economía de gastos produciría una baja sensible en el precio de un genero, de cuyo valor la mano de obra es el principal elemento.

Estas consideraciones son importantes. Por ellas puede entreverse de qué manera la cuestion del precio va unida á las cuestiones de la poblacion, y de qué ma-

nera las vicisitudes del mercado se ligan con íntimas relaciones á las fases de la civilizacion.

Volvamos al hecho capital. Es irrecusable que no todos los productos de la tierra se obtienen con los mismos gastos de produccion, no siendo esta mas que una coleccion de máquinas de fuerza desigual. Es asimismo cierto que estos productos, obtenidos bajo diferentes condiciones, esperimentan en el mercado una tendencia constante hácia un solo precio, y que este precio está representado por los gastos de produccion del producto obtenido á mayor costa. Hay pues notable diferencia entre los resultados económicos deducidos por los poseedores de tierras distintas.

Esta diferencia entre los gastos de produccion y el precio del mercado, entre los gastos ocasionados por el producto menos costoso y el precio del mercado regulado por los gastos de produccion hechos por los que produjeron á mayor costa, constituye lo que se llama *arriendo* (1), *renta* de los propietarios territoriales, y renta territorial. Tal es la base de esta nueva teoría, tan capital, que pudiera llamarse el triunfo de la economía política moderna, pues con ella se esplican los hechos económicos mas importantes y complicados.

La *renta* no es mas que la diferencia entre el precio del mercado y los gastos de produccion: entre el precio corriente y el precio natural de los productos de la tierra. La renta aumenta ó disminuye en razon de

---

(1) Esta palabra es impropia. Se dice que hay *renta* siempre que despues de deducidos los gastos de produccion queda alguna ganancia; sin que obste que la tierra esté ó no arrendada.

esta diferencia; es solo un resultado, un efecto, y de ningun modo la causa del precio.

Esta teoría fué dada á luz por Ricardo, y varios otros; á él no obstante puede pedirse cuenta de la repugnancia con que la han acogido muchos economistas, especialmente en Francia.

Este economista, el primero despues de Smith, aunque dotado de una fuerza intelectual privilegiada, no siempre espuso sus ideas con toda la claridad que fuera de desear. Abusó algunas veces del lenguaje y sacrificó la claridad á ciertas fórmulas concisas y abstractas, cuya exactitud y rigor, sin embargo, tan solo es aparente. Por eso á veces no ha sido comprendido. En cuanto á la teoría de que hablamos, se ha creído con bastante generalidad que Ricardo deducía la renta, nó de los hechos económicos que hemos procurado analizar, mas únicamente de la diversa fertilidad de las tierras. Y la diversidad de calidades puede, no hay duda, conducir á este resultado; mas no es necesaria para esplicarlo.

Aun cuando todas las tierras fuesen de la misma calidad, y estuviesen sujetas á iguales circunstancias, no por eso dejarían de verificarse los hechos económicos que son la causa de la renta; ni sería menos cierta la teoría de la renta territorial en todas sus partes.

Y aun cuando en toda la superficie del globo no hubiera un solo pedazo de tierra tan estéril, que imposibilitase al productor de pagar una renta al propietario, no sería menos cierto que la renta no es mas que el resultado de la diferencia entre el precio corriente y el precio natural de los productos, y que no puede eger-

cer influencia alguna sobre el precio, del cual ella es un efecto.

Estas leyes económicas, estos hechos generales, están sin duda ocultos generalmente á los ojos del vulgo, y se disfrazan con apariencias engañosas. Asi que, en un arrendamiento ordinario, estipulado en dinero y por un número determinado de años, puede muy bien suceder que el arrendatario llegue á verse, por efecto de la baja de los precios, en la necesidad de abandonar al propietario parte de sus beneficios. Será si se quiere una desgracia para el arrendatario; mas este hecho lejos de ser un argumento en contra de los principios que dejamos asentados, es por el contrario una verdadera confirmacion de ellos. Fácil es probarlo.

¿Qué sucedería en una produccion cualquiera, si el menestral hiciese su trabajo sin exigirle al empresario un jornal en dinero, determinado? Entonces, una vez concluida la operacion, el producto ó precio que de ella resultase se distribuiría entre el empresario y el obrero segun ciertas leyes que á su tiempo investigaremos. Mas sea cual fuere la ley que reglase el repartimiento, sea cual fuere la relacion proporcional entre los beneficios ó utilidades del empresario y la retribucion del menestral, nunca éste, como tampoco aquel, dejaba de sujetarse á las probabilidades del mercado disfrutando del beneficio de subida de precio, y esponiéndose á perder en caso de baja. El empresario y su menestral serían dos verdaderos asociados, igualmente sujetos á todas las probabilidades, é igualmente partícipes de todas las utilidades de la operacion verificada por ambos en conjunto, con proporcion á su parte de interés respectivo. Este giro llevarían las cosas,

natural y ordinariamente, si pudiese el obrero á la manera del capitalista, esperar al fin de la empresa comun y esponerse á todas la posibilidades. Pero no pudiendo hacerlo, es necesario que renuncie á su carácter de asociado. En el hecho fundamental del concurso del capital y del trabajo en toda operacion ordinaria, se injerta, por decirlo asi, un segundo hecho, que viene á ser una especie de contrato aleatorio; el menestral cede al empresario por un jornal fijo, actual, determinado, la parte que habia de corresponderle del producto futuro. Asimismo, cuando un arrendatario acude á un propietario territorial, y en vez de decirle: «Yo cultivaré su terreno de vd. bajo tales ó cuales condiciones: yo invertiré en él tal cantidad de capital y de trabajo, y despues de deducir del precio de los géneros la cantidad necesaria para cubrir los gastos de produccion, incluso el beneficio, le entregaré á vd. lo sobrante;» cuando en vez de espresarse de este modo, repito, se concierta con él en pagarle una suma determinada cada año, celebra un contrato con el propietario, semejante al que hace el menestral con el empresario. Porque conjetura que el precio de los géneros, durante cierto número de años contados uno con otro, como suele decirse, ascenderá á una cantidad media bastante crecida para garantirle de toda pérdida: y por consiguiente se aventura á ofrecer un arriendo en dinero, determinado. Y hé aqui una segunda operacion injerta en el hecho ú operacion natural y fundamental. Unas veces el arrendatario se enriquece; otras se arruína; mas estos hechos particulares en nada alteran la naturaleza y el orígen de la renta. Si el arrendatario no logra un

beneficio cumplido no debe achacarlo á la renta; cúlpese á sí mismo. Pues con su imprudente contrato hizo donacion de una parte de su mismo beneficio.

Si sus cálculos son exactos, nunca podrá el propietario percibir mayor cantidad que el escedente del precio despues de deducidos los gastos de produccion. El dia en que quisiera mayor renta, vería su terreno abandonado, y aplícado el capital á otro terreno ú á otro cualquiera ramo de industria.

Cierto es que, prácticamente hablando, el capital destinado á la labor y demas operaciones agrícolas, solo dificilmente puede trasladarse á empresas de otra naturaleza diversa. La economía política aplicada debe sin duda alguna tomar en cuenta estos obstáculos, sin olvidar jamás que las fórmulas de la ciencia abstracta significan mas bien *tendencias* que hechos generales y constantes. Mas sea cual fuere la importancia de estos casos de escepcion, siempre será cierto que el empresario de un trabajo agrícola, como cualquiera otro capitalista, se dispondrá á abandonar la tierra que esté labrando desde el momento en que el propietario exija de él un arriendo que solo le dejaría un beneficio inferior al término medio de sus ganancias.

Por dos terrenos de los cuales, invertida en ambos igual suma de capital, el uno produjese 1000 hectolitros de trigo, y el otro 500, ¿qué renta podría exigir el propietario, si los gastos de produccion consumiesen en cada uno de ellos sin diferencia alguna, 500 hectolitros de grano? Al paso que por el primero podría pedir un arriendo equivalente á 500 hectolitros de trigo, nada habría de exijir por el segundo.

Lo que decimos de las dos tierras es igualmente

aplicable á las dos porciones de capital invertidas en una tierra misma. Si el arrendatario solo puede obtener de la segunda porcion de capital el producto necesario para cubrir los gastos de produccion, ¿dará renta esta última porcion de producto puesto en el mercado? No la dará. El empresario, visto el estado del mercado, se propone trabajar una tierra mediante veinte mil francos de capital y un trabajo proporcionado, y comparando los gastos de produccion con los precios corrientes cree poder pagar diez mil francos de arrendamiento. Mas aumentándose el pedido del trigo, el arrendatario forma un nuevo cálculo. Siendo los precios mas subidos, en vez de emplear veinte mil francos de capital, cree que podrá emplear cuarenta mil, y que aun cuando la cantidad de producto obtenida con la segunda porcion de capital sea inferior á la que daba la primera, podrá sin embergo cubrir sus gastos con la subida de los precios. Si tiene suficientes medios, invertirá pues en la tierra esta segunda porcion de capital. Y ¿podrá el propietario, que hasta entonces solo percibía diez mil francos de arrendamiento, exigir en adelante veinte mil? Podrá al menos prometerse un aumento cualquiera de su renta? Distingamos:

Puede ser tal la subida de los precios, que el valor del producto obtenido con la segunda porcion de capital baste por sí solo á cubrir los gastos de esta nueva produccion: y en tal caso el propietario se aprovechará de esta subida. Vendiéndose á mas alto precio todo el trigo producido, de la cantidad obtenida con la primera esplotacion quedará un escedente mas considerable, reembolsados todos los gastos de produccion;

esto es, quedará una renta mayor. Mas, nótese bien, ¿podrá decirse con exactitud que en este caso el propietario percibe una renta de la nueva especulacion hecha con la *segunda* porcion de capital? De ningun modo. La subida de los precios hizo posible esta segunda esplotacion, y mejoró los resultados de la primera; mas no hay renta que nazca de la inversion del nuevo capital.

Podrá tambien ser tal la subida de los precios, que al empresario solo le será posible cubrir los gastos de la segunda produccion, aprovechándose del mayor valor de todo el trigo proveniente, ya de la primera ya de la segunda esplotacion: y en este caso podría el propietario ciertamente decir al empresario: vd. no debe emplear una segunda porcion de capital en una empresa que no dá productos suficientes para resarcirle de todos los gastos de produccion. Mas si consintiera en esta segunda inversion, no podría exigir aumento en el arriendo. En tal caso desaparece la distincion entre ambas esplotaciones, y sucede como si desde un principio se hubiera invertido en la tierra una sola porcion de capital.

Sin detenernos mas en hipótesis escepcionales y detalles que hallarán mejor cabida al tratar las cuestiones relativas á la distribucion de la riqueza, bástenos por ahora haber demostrado que la esplotacion de la riqueza territorial puede dar por la naturaleza misma de las cosas una porcion de producto solo suficiente á cubrir los gastos de produccion, sin dejar nada para el arriendo. Este resultado irrecusable es el hecho fundamental, la base de la teoria de la renta. ¿De dónde dimana, pues, la grande oposicion que ha encon-

trado esta teorìa? Unicamente de un abuso de método. Para establecer la doctrina de la renta se supuso la cultura sucesiva de tierras diversas y de calidad cada vez mas inferior. Demostrábase por este medio que cuanto peor era la tierra nuevamente trabajada mas se aumentaba el rédito de las tierras de calidad superior, sin que á pesar de eso fuese posible el arriendo en cuanto á la tierra trabajada en último lugar.

Mas, hé aqui lo que resultó. Algunos autores cuyo talento, sin disputa eminente, cede con tanta mayor dificultad al imperio de nuevas verdades cuanto, por los grandes servicios que prestaron á la ciencia, pueden hallarse mas inclinados á creer que las doctrinas salieron de ellos completas y acabadas: algunos economistas eminentes, repito, han desechado la consecuencia solo por haberse valido en la demostracion de una suposicion forzada. Tierras que no paguen arriendo, han dicho, no las hay en Europa; no hay campo tan desfavorecido por la naturaleza que no pueda arrendarse, al menos por algunos sueldos la fanega. Asi han pretendido que la teoría de la renta falseaba por su misma base.

Pero admitamos el hecho como cierto; ¿qué importa que todas las tierras paguen un arriendo? no se trata de saber si todas las tierras producen renta, si hay un arriendo para cada porcion de capital invertido en la especulacion territorial, ó para cada porcion del producto de estas tierras. Trátase de investigar si cada una de las porciones del producto agrìcola puesta en el mercado, arroja de sí un jornal para el labrador, un beneficio para el capitalista, y ademas, sin escepcion en nin-

gun caso, una renta para el propietario territorial.

Hé aqui lo que evidentemente no sucede. Segun hemos esplicado, la labranza de un terreno puede producir una renta pingüe mientras la de otro no produzca renta ninguna. Llévese la contabilidad en masa, sin hacer distincion de los gastos y productos de las diversas partes de la hacienda, y entonces llegará el caso de atribuir á la mala tierra los resultados obtenidos de la buena. Y lo mismo que decimos de las diversas porciones de una hacienda debe entenderse de las diversas porciones de capital sucesivamente invertidas en las mismas partes del terreno. Cultiva un arrendatario una hacienda de 100 fanegas con 10,000 francos por ejemplo, y visto el estado del mercado paga, supongamos, 1500 francos de arriendo. Subiendo el precio del trigo, determina añadir á aquellos 10.000 francos otra cantidad igual; este nuevo capital, en vez de procurarle v. g. 100 hectolitros de trigo solo le producirá 80: pero vende estos 80 hectolitros á un precio mas subido, y por la misma razon de haber aumentado su precio puede reembolsar con ellos los gastos que antes solo podía cubrir con los 100. Ahora bien, si el precio sube aun, el capitalista podrá en rigor añadir otros 10.000 francos á los 20.000 ya invertidos, y cubrir, con los 60 hectolitros que le producirá solamente este nuevo capital los gastos de produccion.

Pero lo que importa ahora saber es, si el dueño del terreno cobrará una renta territorial, no solo por las dos porciones de capital invertidas en su finca, mas tambien por la porcion última.

De la primera especulacion recibia 1.500 francos:

de la segunda acaso recibirá algunos cientos; mas llega el punto en que el arrendatario no saca del precio del mercado sino lo necesario para cubrir los gastos de produccion. Entonces cesa la renta; pues por la misma razon que deja de fabricar el sombrerero que no obtiene la suficiente utilidad de sus sombreros, dejaria de producir el arrendatario de quien se exigiese una renta que no le permitiera pagar el precio del trigo.

Hay pues un pnnto en que acaba el precio del arriendo. Asi pues, sea lícito repetirlo ¿qué importa que todas las tierras produzcan una renta? No es esa la cuestion. Ademas, si es cierto que Ricardo en el capítulo 2.° de sus *principios* ha podido abusar de la suposicion de que hay tierras que no producen renta, tambien lo es que su idea se halla perfectamente desenvuelta en el capítulo 24 dedicado al examen de la doctrina de Smith sobre el arrendamiento. Creo pues, que de ningun modo podremos terminar mejor nuestra reunion de hoy que leyendo á vds. algunos párrafos de este capítulo. Hé aqui desde luego como reproduce Ricardo la opinion de Smith. Me valgo de la traduccion de M. Constancio.

«Ordinariamente no pueden ponerse en el mer-«cado, dice Adan Smith, mas que aquellas partes del «producto de la tierra, cuyo precio usual baste á re-«sarcir el capital necesario para ponerlas en el mer-«cado y los beneficios ordinarios de este capital. Si «el precio ordinario es mas que suficiente, la cantidad «sobrante se empleará naturalmente en el arriendo. «*Mas siendo lo estrictamente suficiente, y nada mas,* «*aunque podrá ponerse el género en el mercado, no bas-*«*tará á pagar el arriendo al propietario.* Pero ¿será

«ó nó mas que suficiente el precio? Esto depende de «la demanda ó pedido.»

Ya lo ven vds., señores: los que han combatido la teoría de la renta se han valido de la autoridad de Adan Smith para atribuirle lo que nunca dijo. El párrafo citado por Ricardo encierra en toda su pureza el principio de la teorìa de la renta. Es cierto que Smith no supo deducir todas las consecuencias de este principio; pero ese mismo párrafo prueba que llegó á entrever una parte de la verdad, y que esta parte la espresó con toda la precision que le distingue.

Continúa Ricardo de esta manera:

«Segun este pasage pudiera creer el lector que «no puede haberse engañado Smith en cuanto á la «naturaleza del arriendo, y que debió conocer que «la calidad de los terrenos, que las necesidades «de la sociedad obligaron á cultivar, depende en- «teramente de *que el precio ordinario de sus produc-* «*tos sea suficiente á resarcir el capital empleado en la* «*cultura dejando ademas los beneficios ordinarios.*»

Smith se equivocó sin embargo y creyó, entre otras cosas igualmente falsas, que el precio de los alimentos siempre excede á los gastos de produccion. «Mas ¿de qué manera lo prueba? (prosigue Ricar- «do.) De ningun modo: solo con asegurar que en los «mas desiertos pantanos de la Escocia y de la No- «ruega se encuentra algun pasto para los ganados, y «que estos con su leche y su aumento bastan siempre, «no solo para proveer á la subsistencia de los pastores «que los cuidan, mas tambien para procurar al arren- «dador ó dueño del ganado los beneficios ordinarios de «su capital. Séame lícito dudarlo.»

Esto en verdad es muy indiferente para la ciencia: Ricardo anduvo ligero en creerse obligado á negar este hecho. « Yo creo, añade, que en todos los « paises, desde el mas salvage hasta el mas civilizado, hay « tierras de tal calidad que solo producen lo suficiente « para resarcir el capital invertido en ellas con los be« neficios ordinarios de éste en cada pais. Sabido es que « asi sucede en América, y nadie sin embargo pretende « que los principios que allí reglan los arriendos « sean diversos de los que rigen en Europa. Mas aun « cuando fuera cierto (hé aqui por fin el pasage en que Ricardo espresa claramente su idea) que la Inglater« ra estuviese tan medrada en civilizacion que ya no « hubiese en ella tierras que no pagasen un arriendo « cualquiera, no por eso habrá dejado de haber ta« les tierras. Que las haya ó nó, nada importa para « la cuestion, pues basta con admitir que en la Gran « Bretaña hay capitales invertidos en terrenos que so« lo producen el capital desembolsado y los bene« ficios ordinarios, ora estas tierras esten cultivadas « desde largo tiempo, ora esten recientemente traba« jadas. »

Hé aqui, en efecto, la cuestion entera. ¿Qué significa pues la nota que en la traduccion francesa puso J. B. Say al pasage que acabamos de citar? qué quiere decir la siguiente frase? « Esto es precisamen« te lo que Smith no admite, diciendo que no hay en « Escocia un pedazo de tierra tan infeliz que no produz« ca á su propietario una renta territorial cualquiera. » Preciso es convenir en que el digno economista no se penetró de la cuestion, porque, repitámoslo, ¿qué importa que toda tierra pague ó nó arriendo? Admitamos

este hecho: pero no será menos cierto que llegará á hacerse en estas mismas tierras una inversion de capital, cuyo resultado no consienta el pago del arriendo.

Podemos ya reasumir esta parte de nuestro trabajo. La ley económica que regula el precio hace que ordinariamente se halle este en proporcion con los gastos de produccion. Mas, por una parte, este hecho no es mas que una tendencia; el centro por decirlo asi al cual se dirigen todos los hechos particulares sin llegar nunca á confundirse en él de una manera completa y constante. Por otra parte, esta ley económica, esta tendencia solo puede manifestarse distíntamente bajo el influjo de la libre competencia. Todo monopolio destruye esta libre competencia. Hemos dividido los monopolios en cuatro especies. La influencia de ellos, especialmente de los de la segunda especie obra, mas ó menos, en casi todas las producciones posibles. Asi que, no sería fácil imaginarse un producto que solo fuese el resultado del capital y del trabajo, sin ninguna intervencion de parte de un tercer instrumento de produccion. Por lo demas, por insignificante que sea el valor de la primera materia, esta no puede menos de ser elaborada. Es necesario que haya talleres; para construirlos es indispensable un solar que cuesta su arriendo. Si ocurre que en la produccion de la mercancía entre tambien la navegacion, esta navegacion solo puede hacerse por medios que abracen en conjunto tres instrumentos de la produccion. Asi, el fabricante de alfileres al comprar el metal necesario para hacerlos tiene que pagar el valor de una porcion de operaciones complexas, indispensables para que el metal pueda llegar á sus manos; y el mismo fabricante necesita te-

ner talleres, hacer envíos, y añadir á su mercadería gastos de trasporte.

Resulta pues, que rara es la produccion en la cual no se ingiere algun monopolio. Y que apenas hay producto que pueda considerarse como resultado puro y sencillo del capital y del trabajo.

Por consiguiente, casi nunca llega á realizarse la hipótesi que sirve de base á la ley económica, y que pone el precio en proporcion con los gastos de produccion. Si hay algunas producciones en las cuales estos dos hechos coinciden y se confunden, hay tambien otras en las cuales los separa una gran distancia. Esta ley económica, en su sentido riguroso, pertenece pues á la economía política abstracta: no puede ser una ley de aplicacion constante y directa. Es una fórmula modificada en sumo grado con la intervencion de cualquiera de los monopolios á que están sometidos los instrumentos de produccion.

Asi pues, solo con esta esencial enmienda, y no perdiendo nunca de vista éstas modificaciones importantes y profundas, se puede hacer un buen uso de la fórmula sustituida por Ricardo á la de la oferta y del pedido.

LECCION NOVENA.

El valor no tiene medida cierta y estable.

SEÑORES:

Réstanos tratar de la última de las tres cuestiones que nos propusimos relativas al valor. Y esta cuestion es la siguiente: ¿tiene el valor una medida constante é invariable, una medida, á la cual puedan ajustarse todos los valores? En otros términos: ¿hay una medida, un típo para regular por él el valor, así como lo hay para medir la estension?

Preciso es decirlo, señores: esta es una de aquellas cuestiones que basta solo fijar para resolverlas. Basta recordar los principios de esta materia, y examinar qué clase de elementos se encierran en los términos de esta cuestion, para entrever al momento una solucion tan clara como irrecusable.

Sabido es que el valor no es mas que una idea de relacion. Las propiedades de los cuerpos puede sin duda ser su causa primera y lejana, mas de ningun modo

depende de estas propiedades mismas; otras circunstancias son las que lo determinan. Hemos visto que por la naturaleza misma de las cosas todo valor es variable y esencialmente móvil; que el valor de todos los objetos puede ser hoy lo que no era ayer: lo que probablemente no será mañana. Hemos procurado formarnos una idea tan exacta cuanto hemos podido, en una materia tan complicada, de las causas que determinan estas variaciones.

Añadamos una última consideracion preliminar; veamos por qué medio, con qué medida podemos regular el valor. Señores, es evidente que un valor solo puede medirse con otro valor: porque es una relacion que solo puede calcularse por medio de un elemento de igual naturaleza, tomado como término de comparacion. Estos son principios evidentes, irrecusables, que de hecho nadie contesta, y que á ningun hombre de cultivado entendimiento puede ocurrírsele poner en duda.

Volvamos ahora á la cuestion. ¿Puede hallarse una medida para el valor, un regulador invariable de que podamos echar mano en todos tiempos y lugares? ¿Pueden desde luego medirse los valores? Sí por cierto, todos lo sabemos: no hay muger que vaya al mercado que lo ignore. Los valores se miden todos los dias, á cada momento: mídense los unos por los otros. Hoy, en el mercado de París, supongo, por una moneda de plata que se llama *cien sueldos* puedo obtener igualmente una liebre que un pollo, que un pañuelo de seda, que dos quilógramos de café. De donde deduzco que hoy el valor de una liebre es igual, en París, al valor de una moneda de cinco francos, al de dos quilógramos

de café, al de un pollo, al de un pañuelo de seda. Puedo alternar estos términos á mi antojo: si el ave vale tanto como la liebre, la liebre por su parte equivale al ave: ambas cantidades son iguales entre sí, y pueden medirse la una por la otra.

Diré aun mas. Introduje en el mercado una pieza de cinco francos; esta pieza, ó en otros términos, esta moneda, en las supuestas condiciones, es en efecto un escelente instrumento para la medida. Claro está que en el mercado de París no irá á hacerse una comparacion ni una confrontacion directa entre la liebre, el ave y el pañuelo; pero se sabrá al menos que por cinco francos se tiene una liebre, y un pollo y un pañuelo por la misma cantidad: y con esta moneda, que será el instrumento de cambio que circule por el mercado, se harán todas las demás comparaciones. Si al concluirse el mercado viene uno á decirme cuanta moneda dió por tal cosa, cuánta por tal otra, y cuánta en fin por un tercer objeto, al punto conoceré el valor comparativo de todos ellos. El uno vale el doble que el primero, el otro vale el tríple: porque el primero costó cinco francos, el segundo diez, y el tercero quince. La moneda pues, repito, me servirá hoy de medida en el mercado de París.

Hasta aquí no encontramos dificultad alguna. En vez de la moneda metálica pudiera igualmente emplearse cualquier otro instrumento de cambio. Pero la moneda metálica es mas cómoda, y es inútil decir ahora el porqué; en otro punto lo veremos.

Cuéntase que hay una tribu de negros que no conoce la moneda, y que sin embargo mide el valor de las cosas del mismo modo que nosotros con nuestro me-

tálico (1). Válense de una medida ideal que segun creo llaman *macutta*: y dice v. gr. uno de ellos: esto vale tres macuttas; y otro responde: esto vale cuatro macuttas, diez macuttas. Y aprecian todos los objetos por esta medida puramente imaginaria, que como medio comparativo les hace exactamente el mismo servicio que á nosotros el franco ó cualquiera otra pieza metálica.

Mas no es esta la cuestion que nos hemos propuesto: no es este el problema que pretenden haber resuelto los que se imaginan hallar la medida del valor. Vuelve un viagero del Egipto y nos dice: he medido la gran pirámide: tiene tantos metros de altura. Otro nos dice que ha medido el obelisco de Luxor, y que tiene tantos metros. Un tercero, por fin, nos dá la altura de las torres de Estrasburgo y de Colonia. Comparando estos tres hechos deducimos la relacion que existe, en cuanto á la altura, entre el obelisco de Luxor y la torre de Estrasburgo. Si lo que se nos asegura es cierto, nadie pondrá en duda nuestra consecuencia. Y por qué? Porque la unidad de que nos hemos servido, ó el métro, es exactamente el mismo ora se aplique á la gran pirámide, ora al obelisco, ora á la torre de Estrasburgo: es una cantidad conocida é invariable al mismo tiempo. Vds. saben de qué manera se ha determinado el metro en nuestro sistema de pesos y medidas. Mientras subsistan las leyes del mundo físico, el metro será invariable.

---

(1) Estos son los habitantes de la costa de Angola. Véase la economía política de Stevart, tomo III, página 16.

(*N. del Trad.*)

Pasemos á una segunda hipótesis. Me dice un erudito: he investigado que en tiempo de Ciceron el valor legal de mil libras de trigo equivalía al de una libra de plata. Y lo mismo me dicen un mercader, con respecto al valor actual del trigo en Parìs, y un viagero fidedigno, con respecto al trigo de Persia: de modo que, tanto en Roma antiguamente, como hoy en Persia y en Parìs, mil libras legales de trigo valían una libra de plata. Luego en Roma valía el trigo lo que vale en París y en Persia. Por consiguieute, siendo la consecuencia legítima, está resuelto el problema: y el dinero es la medida del valor.

Podríamos asimismo decir: una libra de plata valia en Roma en tiempo de Ciceron mil libras de trigo; igual cantidad de dinero vale, en Persia y en París, igual cantidad de trigo: luego el dinero vale ahora lo que valìa en Roma: luego el trigo será la medida del valor.

Pero ¿pueden autorizarnos las nociones que hemos espuesto relativamente al valor para decir que en tiempo de Ciceron era el valor del trigo de Roma el mismo que es actualmente en París y en Persia, por la sola razon de valer entonces y valer ahora mil libras de este género una libra de plata? Sería menester probar antes que el dinero valía en Roma lo mismo que vale hoy en Persia y en París, y que en París vale lo mismo que en la Persia. ¿Y quién probará ésto? ¿De qué manera? ¿Es por ventura el valor del trigo tan invariable como la magnitud del metro? Para que el dinero tuviese en Roma, en tiempo de Ciceron, el valor que tiene ahora en París, sería menester que la relacion entre la plata y las necesidades del mercado fuese entonces en Roma la misma que es en París ac-

tualmente. Así pues, cuando se diga que mil libras de trigo valían en Roma una libra de plata, y que lo mismo sucede hoy en París, responderemos que esto puede verificarse de dos maneras: teniendo efectivamente el trigo y la plata el mismo valor que tiene en Parìs, ó siendo entonces la plata mas cara, siendo tambien mas subido el valor del trigo. La proporcion sería siempre la misma. Quiere decir que, en este último caso, tanto el trigo como la plata equivaldrían á un número de cosas mayor que hoy dia.

Supongamos ahora que se nos asegura que en tiempo de Neron mil libras de trigo valían en Roma no ya una sola libra de plata, sino dos libras, ¿qué deduciremos de eso? Que el valor del trigo se había duplicado? No. Porque puede venir otro, y decirnos que no aumentó el valor del trigo, sino que disminuyó en una mitad el de la plata. ¿A cuál de estos dos hechos deberá atribuirse el cambio, pudiendo depender de cualquiera de los dos, ó de ambos términos de la ecuacion á la vez? No puede uno de aquellos géneros haberse hecho mas abundante, y el otro mas escaso: el uno de fácil produccion, y el otro de produccion trabajosa? Ambos términos son susceptibles de igual variacion, por consiguiente es imposible hallar el regulador que se busca. Tendría que ser este una cosa inalterable y variable á un tiempo mismo: inalterable por ser regulador, y variable porque la medida del valor solo puede hallarse en otro valor. Hay contradiccion en los mismos términos del problema; no debe pues tenerse por hiperbólico el dicho de que la medida del valor es la cuadratura del círculo de la economía política.

La mente humana, sin embargo, estimulada por una noble ambicion, ha manifestado algunas veces, aunque sus esfuerzos hayan sido inútiles, los caractéres de nuestra alta procedencia. El genio del hombre no se somete fácilmente al yugo de lo imposible; contínuos son sus esfuerzos para traspasar el estrecho límite que le encierra. Estas nobles tentativas no son de todo punto inútiles, cuando no se desgasta en ellas todo el poder intelectual necesario para un trabajo de mas probable y fundada utilidad.

Si la medida del valor, se dirá, no existe en tiempos y lugares diferentes, ¿cómo es que sin embargo los valores se miden todos los dias? No vemos diariamente á los traficantes y especuladores informarse del precio de tal ó cual mercadería en uno y otro lugar, en uno y otro año, y servirse de estos datos como de base para sus operaciones?

Cierto es el hecho; pero esto qué prueba? No es necesario ser gran matemático para saber que la cuadratura del círculo es un problema irresoluble; y sin embargo en la práctica todos los dias se hace uso de la cuadratura del círculo. Sabido es que este problema ha llegado al fin á reducirse á la investigacion de la relacion del diámetro á la circunferencia, y que se ha hallado que esta relacion era aproximativamente de 1 á 3 1|7, ó por mejor decir, de 1 á 3,141: y para mayor exactitud se ha seguido el cálculo hasta la decimal ciento cuarenta. Podemos pues acercarnos á la verdad hasta una distancia imperceptible. Pero ¿podrá decir ningun matemático que ha encontrado la cuadratura del círculo? Todos convienen, por el contrario, en que semejante problema ni

se ha resuelto, ni es en manera alguna soluble.

Y si los matemáticos, á pesar de suministrarnos una fórmula apróximativa mas que suficiente, no pretenden haber resuelto el problema de la cuadratura del círculo, los economistas, que han quedado á mil leguas de distancia de la exactitud matemática aun en sus operaciones prácticas, pretenderán haber descubierto la medida del valor?

Veamos en efecto qué medios han propuesto para conseguirlo los economistas que han procurado resolver este problema. Estos medios pueden reducirse á tres: el trabajo humano, la moneda de oro y plata, y finalmente el trigo.

Aun mas que el mismo Smith, fué su ilustre traductor M. Garnier el que creyó encontrar en el trabajo humano la medida cierta, el regulador de los valores. Su proposicion fundamental se reduce á esto: «el trabajo humano, considerado en sí mismo, es invariable.» Ciertamente, señores, con solo que semejante axioma fuese cierto, ya estaba resuelto el problema. Aquel docto escritor era sobradamente ilustrado para no conocer que la clave de la cuestion habia de ser una cantidad *invariable*, un valor fijo. Mas ¿puede serlo nunca el trabajo humano? Hé aquí sus mismas espresiones: «Lo que el obrero dá con su trabajo, esto es, el sacrificio que hace de una parte de su tiempo, de sus fuerzas, de su libertad, es siempre el mismo en todos tiempos y lugares. Esa cantidad es cierta y constante, y está determinada por sus leyes naturales, del mismo modo que el curso de los astros y la sucesion de las estaciones..... En este sentido, el trabajo puede ser la medida del valor. Sabiendo pues

cuanta cantidad de trabajo ha habido que pagar para obtener un objeto en dos épocas determinadas, puede saberse cuál sea el valor relativo de aquella cosa en épocas diversas.»

Tómase pues el trabajo humano como cantidad *invariable* pretendiendo que represente siempre el mismo sacrificio de una parte de tiempo, de fuerzas, y de libertad de un hombre. Asi pues, segun esta doctrina que queremos esplanar lo mas claramente posible, nada importa que el obrero sea un romano de los tiempos de Mario, un francés, un inglés ó un chino de nuestros dias. Los cuatro son igualmente hombres, los cuatro emplean en el trabajo una fraccion igual de las veinticuatro horas del dia, ¿y durante este tiempo no se privarán todos igualmente de la libertad de hacer cualquiera otra cosa: no harán todos ellos el mismo esfuerzo muscular?

Admitamos la hipótesis, y procuremos simplificar la cuestion. Semejante identidad entre todos los trabajos humanos no es posible. Dejo aparte la instruccion primaria del obrero, pues esta consideracion nos originaría nuevas dificultades. Examinemos al hombre tal como sale de las manos de la naturaleza: calculemos sus fuerzas dinámicas de los diversos climas, y veremos que están muy lejos de ser iguales. El gasto de tiempo podrá ser el mismo, pero no el de fuerza. Pero admitamos ademas que el trabajo sea realmente igual en todas partes, é igual el sacrificio de tiempo, de fuerzas y de libertad; ¿será por esto mas fácil la resolucion del problema? Creérlo así es evidentemente un error fundado en la confusion de dos ideas muy distintas: la naturaleza de un objeto, y su valor.

Demos por supuesta la igualdad de trabajo. Esto solo significa que, relativamente á los sacrificios hechos por el hombre, el trabajo del obrero romano contemporáneo de Mario es el mismo que el del inglés, del francés, y del chino. El objeto, no hay duda, es idéntico; pero resulta de esto que el valor sea el mismo? ¿que el precio del trabajo de un hombre fuese en la antigua Roma el mismo que es hoy en París, en Lóndres y en Pequin? De ninguna manera: porque el valor del trabajo, valiéndonos de la fórmula mas comun, depende de la oferta y del pedido. Porque cuando solo hay un reducido número de obreros comparativamente al pedido del trabajo, el valor del trabajo sube; y baja cuando el pedido disminuye, y entonces el obrero no obtiene la misma retribucion. Pero ¿qué relacion, repito, hay entre un objeto y su valor? ¿Puede medirse el valor por la materia, ó por la forma del objeto valuable? El valor solo se mide por sí mismo; y éste convendría que fuese invariable, no el objeto. Una columna de pórfido del tiempo de Perícles, otra del tiempo de Augusto, y otra hecha en nuestros dias, siendo de un mismo tamaño, de una misma calidad, y de igual trabajo, no presentarán entre sí diferencia perceptible, en cuanto al objeto considerado en sí mismo. Mas ¿era el mismo su valor en tiempo de Pericles que en tiempo de Augusto, y que en nuestros dias? Que aquellas columnas fuesen iguales en magnitud y en belleza, probaría que lo eran tambien en valor?

Para resolver el problema planteado sería pues necesario probar, nó que el trabajo es siempre el mismo, sino que siempre representa el mismo valor; demostracion absolutamente imposible.

El mismo autor, considerando despues que el trabajo solo debe considerarse como valor, mientras que hasta entonces sólo lo había considerado como objeto, conviene en que solo el valor puede servir de medida. Dice sin embargo, en otra parte, que si el valor no es otra cosa que el precio, el hecho del cambio podría determinar el valor de los objetos. «Mas, ¿qué es lo que determina el valor de los objetos sino el cambio? Si esto es así, un solo cambio podrá manifestar dos valores.» Sin duda alguna, es perfectamente cierto que cuando se trueca un objeto por otro, ambas cosas deben tener igual valor. Las circunstancias que han ocasionado el convenio son las que determinan de una manera recíproca el valor de ambos. «Por consiguiente, prosigue, cuando el trigo esté caro de resultas de una mala cosecha, se dirá que hay alteracion en el valor del trigo, y al mismo tiempo en el valor del dinero, de manera que una granizada en la Picardía producirá el efecto de disminuir el valor de los pesos duros de Méjico.»

La observacion es especiosa, pero sin fuerza. Examinemos la hipótesi. De resultas de la mala cosecha de la Picardía el trigo ha cambiado de valor, y ha subido de precio. Es decir: que para comprarlo se necesita mayor cantidad de dinero, y no solamente de dinero, mas tambien de cualquier otra cosa que pueda darse en cambio. Para adquirir pues un hectolitro de trigo habrá que dar mas vino que ántes de la mala cosecha. La carestía del trigo por consiguiente tiene igual influencia sobre la plata de Méjico que sobre el vino de Burdeos.

Los mismos pesos de Méjico, comparados con otros

objetos, pueden no haber esperimentado en su valor cambio alguno; puede ser que la carne, por ejemplo, no cueste mas de lo que antes costaba, y que los mismos duros mejicanos que relativamente al trigo sufrieron alteracion, permanezcan de igual valor con respecto á la carne. Estas son aplicaciones puramente elementales de la teoría de los valores. No perdamos de vista que el valor solo puede medirse por sí mismo, y que por consiguiente, ó es menester encontrar un valor invariable, ó convenir con nosotros en que el problema es irresoluble.

Los economistas de quienes hemos hecho mencion se han dejado arrastrar al error por haber hecho abstraccion de la calidad del objeto, esto es, de su valor, que es la única medida posible.

Los que toman por regla la moneda siguen la práctica mas corriente. Al oir que un personage en Inglaterra tiene una renta de 60,000 libras esterlinas, al punto nos representamos esta cantidad en nuestra moneda, y nos admiramos de que pueda haber un hombre cinco veces mas rico que tal ó cual francés cuya renta asciende á 300,000 francos.

Y sin embargo, en la conversacion familiar somos á veces mas exactos y discurrimos con mayor acierto. Dícennos v. gr. que un juez inglés tiene un sueldo de 6,000 libras esterlinas, y despues de alegar las razones políticas que militan en favor del sistema judicial de los ingleses, solemos añadir: no es estraño, ciento cincuenta mil francos en Lóndres equivalen, todo lo mas, á 60 ú 80,000 en Paris; con una libra esterlina no se compra en Lóndres lo que con 25 francos en Paris. Mas si se pregunta cuál es, exactamente, la can-

tidad de francos equivalente en París á las 6,000 libras esterlinas que tiene de sueldo el juez inglés, nadie hay que pueda responderlo con toda la exactitud que se pide.

¿Será tal vez porque no se sepa hacer uso de este instrumento, ó bien porque la moneda, del mismo modo que los demas reguladores que se han presentado, sea una medida sobradamente imperfecta y que, en muchos casos, se aparta de la verdad aunque pueda acercársele en otros? En la próxima leccion lo examinaremos.

LECCION DECIMA.

La moneda no puede ser un regulador, una medida cierta del valor.

SEÑORES:

Despues de haber examinado la opinion de los que proponen el trabajo como regulador de los valores, y de haber manifestado, que esta idea trae su origen de no haber distinguido entre el trabajo y su valor, y que sus autores han confundido el esfuerzo del hombre, que suponen constante, con la retribucion, por desgracia harto variable, que por él obtiene: tratamos de averiguar si los que proponen se considere al dinero (plata ú oro) como regla del valor, bien entendido que esta regla pueda servir para los valores de épocas y localidades diversas, andan en su sistema mas acertados que los que han recurrido al hecho del trabajo.

Y entramos en este examen precisamente en un tiempo en que apenas hay hombre, por poco que oiga hablar de negocios mercantiles, á quien no se le ocurra esta observacion: por rápidas que sean en el dia las comunicaciones entre los paises dados al comercio, por grande que sea la facilidad de restablecer el equilibrio en los diversos mercados, el valor del dinero es tan

variable como el de cualquiera otra mercadería. En este mismo momento, una vasta nacion, por falta de equilibrio entre las necesidades de la circulacion y la masa de numerario se vé afligida por una crísis comercial tan grande, que ya el descuento ha subido en ella al dos y tres por ciento mensual, y al treinta y treinta y seis al año. Este hecho no ha durado solamente una hora, un dia, una semana; se esperimenta en la América del Norte hace ya muchos meses, y aun se ignora el dia en que dejará de oprimirla.

Durante esta crísis, muchas embarcaciones han navegado sin duda desde Europa hasta América, porque esta travesía es hoy tan fácil como espedita. Y sin embargo el roto equilibrio en la masa de numerario, entre los Estados-Unidos y la Europa, no se ha restablecido todavía.

En América todo comerciante acaudalado (en la acepcion comun de este adjetivo) se habrá hecho esta cuenta: mientras continúe esta crísis, que podrá durar algunos meses ó un año, cierro mi almacen y me guardo mis mercancías; por el contrario, el que se haya visto precisado á realizar su haber y no haya podido, como suele decirse en espresion vulgar, tirar con él adelante, habrá tenido que deshacerse de ellas á vil precio. Luego el valor del dinero ha variado en América: pues que ahora con la misma cantidad de plata ú oro se compra una cantidad de géneros mucho mayor que antes.

La Europa se ha resentido de la crísis americana. El descuento ha subido en Inglaterra á mas de seis por ciento al año, cuando ordinariamente suele estar al cuatro, y aun al tres en algunos casos.

En Francia el efecto ha sido mucho menor. La prudencia y juiciosa conducta de su comercio ha sabido evitar en ella grandes contratiempos.

Asi pues, el precio del metálico ha subido estraordinariamente en América: en Inglaterra ha salido de lo ordinario; y en Francia solo ha esperimentado algunas leves oscilaciones.

Luego el valor de la moneda es tan variable como el de cualquier otro objeto.

Siendo esta una verdad de que conviene penetrarse completamente, séanos lícito entrar aun mas de lleno en el fondo de la cuestion.

Sirva de recuerdo á los ya entendidos en estas materias, y de enseñanza á los que comienzan su estudio, que el uso esencial de la moneda es el cambio que suele llamarse indirecto. Si cada uno de nosotros poseyese lo que desea el dueño del objeto que deseamos, no habrìa ninguna necesidad de moneda, porque los cambios se verificarían de un modo directo y natural. Mas no siendo esto asi, se ha buscado una mercadería que, entre sus cualidades esenciales, tiene la de agradar á todo el mundo y de satisfacer una necesidad universal, cual es la de hacer cambios. Esta necesidad, en mayor ó menor grado, es comun á todos los hombres. El que no tiene mas riqueza que el trabajo de sus manos cambia este trabajo por unas cuantas monedas, y consigue de este modo procurarse lo necesario para la vida.

El uso de los metales preciosos en forma de moneda es un resultado del asentimiento universal. Y esto fácilmente se concibe, porque estas materias son las que mas duran sin alteracion sensible, sin que su po-

sesion exija gastos y cuidados particulares. Y ademas, su trasmision es tanto mas fácil por cuanto en un reducido volúmen encierran un considerable valor relativo, y sirven para toda clase de cambios. La metalurgía nos suministra el oro y la plata en masas que por su homogeneidad pueden fácilmente dividirse, sin pérdida de valor, en partes perfectamente proporcionales: y nos ofrece asímismo medios económicos y sencillos para reunir las porciones separadas y reducirlas á una sola masa. Un diamante, por el contrario, no tiene el mismo valor entero que dividido en cuatro partes, pues el precio de cuatro diamantes pequeños no llega al de un solo diamante regular é íntegro; pero una libra de oro ningun valor pierde por mas que se la divida y subdivida en pequeñas porciones.

Son pues la plata y el oro una mercadería que, destinada á servir de moneda (lo que hace su valor algo menos variable) no tiene mas uso que los cambios Y en efecto, ¿para qué más puede servir una pieza de cinco francos ó una de cuarenta, mientras conservan la forma de moneda? Algunos seres degradados hay en efecto que esperimentan un gran placer en estar horas enteras contemplando con ávidos ojos los tesoros de sus arcas; mas por fortuna esta necesidad no es general. Las monedas de oro y plata solo sirven para los cambios. El pródigo que en medio de sus desperdicios esclama que *el dinero solo sirve para gastarlo*, dice al mismo tiempo una verdad y una mentira; una mentira en el sentido en que él lo dice; una verdad en el sentido económico de que la moneda, como tal, no puede servir para ningun otro uso.

Finalmente, el oro y la plata convertidos en mo-

neda tienen la rara é importantísima propiedad de pasar, con la mayor facilidad, del estado de mercadería al de moneda, y recíprocamente.

Tal es su naturaleza. Recordemos ahora que el valor en cambio de todas las cosas resulta de dos elementos: de la necesidad de ellas, y de su cantidad. Siempre que cualquiera de estos dos elementos, la utilidad ó la cantidad, sufre alteracion, el valor tambien se altera necesariamente.

Esto asentado, ¿es cierto que la necesidad de dinero que se esperimenta es siempre la misma: que su cantidad es, con corta diferencia, constante? No: la necesidad es muy variable, porque los metales preciosos pueden ser deseados como moneda y como materia metálica á un mismo tiempo; y siendo sumamente fácil el paso de un estado al otro, es evidente que las causas que influyan directamente en cualquiera de ellos se harán sentir en entrambos.

Supongamos que, siendo la necesidad de numerario igual á diez, aumente de repente el pedido de las alhajas, adornos, vagillas &c., en términos que siendo esta segunda necesidad igual á dos, se haga en un momento igual á cuatro ó seis ¿No es evidente que la necesidad creciente de materia metálica influirá sobre el valor de la moneda por causa de la fácil y rápida trasformacion de ésta en metal puro? Se fundirá una cantidad de moneda para hacer con ella alhajas, vagillas y adornos. Si por el contrario, se esperimenta una necesidad urgente, imprevista y repentina de dinero ó moneda, lo que á veces sucede en tiempos de guerra, el resultado será de todo punto opuesto. El oro y la plata de las alhajas y adornos pasará al estado de moneda.

La necesidad de oro y plata en moneda varía segun el número, la importancia y la estension de las transaciones comerciales, á medida que hay ó nó medios de cambio supletorios, tales como los billetes de banco, las letras de cambio, el papel moneda y el juego de bolsa. Digo juego de bolsa porque en todo pais en donde hay una bolsa se hacen diariamente por medio del giro de una mano en otra, de compensaciones y otras varias operaciones, negocios muy considerables con poca ó ninguna moneda. Donde no se conocen estos medios se necesita, proporcionalmente á la masa de negocios, mayor cantidad de numerario.

Los pedidos de moneda efectiva se aumentan con el temor y la inquietud. En tiempos de guerra, el precio de la moneda sube, especialmente si es moneda de oro. Lo mismo sucede donde quiera no haya la suficiente seguridad. En los pueblos del Asia se entierra el oro y la plata. Asi pues, la necesidad varía segun las condiciones sociales y políticas del pais. Supóngase una nacion compuesta toda de hombres verdaderamente honrados, con un gobierno correspondiente á las virtudes de los ciudadanos, y no habrá necesidad de moneda metálica. Con unos simples billetes, con una señal cualquiera que indicase el estado de las deudas y créditos recíprocos, habría bastante para toda especie de transaciones comerciales. Solo los pequeños gastos ordinarios exigirían quizá para mayor comodidad cierta cantidad de monedas.

La necesidad de ellas consideradas como simple materia es igualmente variable. Hoy dia se consume en alhajas, vagillas, labores, dorados &c., mas cantidad de oro y plata que en los pasados tiempos. En Europa,

acaso llega este consumo á ciento cincuenta millones. Solamente la Inglaterra emplea mas de sesenta millones: la Francia, segun el cálculo de Mr Chaptal, empleaba treinta, poco mas ó menos, en 1819; en el dia tal vez lleguen á cuarenta millones. Se ha calculado que la Suiza consume ahora nueve ó diez, cuando antes solo gastaba ocho ó nueve. El lujo se ha aumentado: en nuestra época se emplea en un solo año mas oro y plata que en quince años en los siglos XIII y XIV.

Pasemos ahora á considerar las variaciones que alteran la cantidad de la materia metálica. La cantidad, de una época á otra, no ha esperimentado menos diferencias y variaciones que la necesidad.

El oro y la plata son en verdad géneros de monopolio: no todos pueden encontrar una mina y hacer plata. La masa monetaria no puede aumentarse de una manera indefinida; puede variar sin embargo con el descubrimiento de nuevas minas. En nuestros dias se ha intentado abrir en América quizá mas de doscientas minas; la Rusia, á principios de este siglo, ha producido una gran cantidad de metales preciosos. Pueden tambien descubrirse, ademas de nuevas minas, máquinas de laboreo que faciliten la estraccion del mineral, y medios mas económicos para reducirlo al estado de metal puro; todo lo cual hace variar la relacion de la cantidad.

Pueden el oro y la plata emplearse de dos maneras: ya en objetos de poco uso, ó ya en otros en los cuales se destruyen prontamente desgastándose con el uso y el roce. En Inglaterra, se emplea anualmente en esta clase de objetos una suma enorme que apenas circula en el comercio. Asi que la cantidad y el valor del me-

tal existente pueden variar, de una á otra época, de un lugar á otro, segun el consumo en una ó en otra forma que determinen las modas, el lujo, y los usos y costumbres.

Pueden igualmente variar segun la mayor ó menor facilidad de la circulacion. Esta, en las especies metálicas no es tan rápida como pudiera creerse, sobre todo tratándose de distancias considerables. En los tiempos antiguos, ya que se pretende por medio de la plata y el oro medir el valor mismo en los remotos tiempos, ¿era posible una circulacion rápida de monedas? Las mas superficiales nociones históricas bastan para convencer de lo contrario. En aquellos tiempos de violencias y rapiñas, el oro y la plata, en vez de repartirse entre las diversas partes del mundo civilizado, se amontonaban entre las manos de los conquistadores, y faltando repentinamente en algunos parages al paso que en otros se acumulaban súbitamente, se originaban en el valor de los metales oscilaciones tan violentas que apenas son concebibles en nuestros dias. En tiempo de Demóstenes, de resultas de las conquistas de Alejandro, el oro, comparativamente á la época de Solon, perdió las cuatro quintas partes de su valor. En suma, viviendo Julio Cesar, la relacion entre el oro y la plata, que cuando la toma de Siracusa estaba de 1 : 17 con corta diferencia, bajó de repente á la proporcion de 1 : 8. Estas singulares fluctuaciones son tanto mas fáciles cuanto mayor sea la masa circulante. Una avenida puede alterar el nivel de un estanque sin producir un efecto sensible en un lago de grande estension. En la edad media en que los judíos eran casi los únicos poseedores del metálico, mientras estaban continuamente

espuestos á toda vejacion imaginable, no podía ser fácil establecer el equilibrio de la moneda entre los diversos mercados; y cuando no existe el equilibrio, el valor de la moneda está sujeto á las oscilaciones y alteraciones mas sensibles y repentinas.

Los dos elementos del valor, necesidad y cantidad, son pues, por la naturaleza de las cosas, variables hasta cierto punto, aun en la moneda. Asi lo indica la razon: y los hechos históricos concuerdan perfectamente con sus deducciones.

No nos detendremos en los hechos que la antigüedad puede presentarnos. Los que gusten de esta clase de investigaciones pueden consultar los escritos de Heeren, Garnier, Boeck, Letronne, Reitemeier, Humboldt y Jacob. Pasemos á los tiempos modernos, á este periodo histórico cuyo comienzo mira la economía en el descubrimiento de la América y del Cabo de Buena Esperanza. Mas antes de detenernos á contemplar la influencia de aquellos grandes acontecimientos, veamos cual era, antes de aquello, la circulacion de las especies metálicas en Europa.

Segun la suposicion mas fundada, adoptada entre otros muchos por el ilustre estadista que acabamos de citar, Mr. Jacob, antes del descubrimiento de la América, la circulacion de metálico en la Europa entera no subia de ochocientos ú ochocientos cincuenta millones de francos. No nos estrañará segun esto ver en las memorias de aquellos tiempos cuán bajo era el precio de los géneros relativamente al dinero. ¿En cuantas transaciones no era suficiente la moneda de cobre: y cuán frecuente no era entonces el uso de pagar á los trabajadores su jornal en géneros y en frutos? Ya hemos in-

dicado que la moneda en aquellos tiempos era en cierto modo un monopolio en manos de los judíos y de aquellos á quienes apellidaban Lombardos; tan solo abundaba en Flandes, en Italia, únicos paises florecientes en el comercio y en las manufacturas. Los ornamentos de oro y plata eran igualmente raros; solo lucian en las soberbias cuadras de los magnates, y en los retablos y paramentos brocalados de las iglesias; esceptuando siempre Flandes y la Italia. En todo el resto solo veíanse groseras vestiduras y toscos mueblajes cuya rara sencillez sería para nosotros insoportable. A estas causas de oscilacion para el valor monetario juntábase la falta de seguridad individual, carácter distintivo de aquellos tiempos en que el feudalismo ostentaba su pujanza salteando los caminos, robando á los viajeros, y prodigando toda clase de insultos y vejaciones á los industriosos pobladores de las ciudades que osaban separarse de sus muros protectores y acercar la planta al sombrío castillo feudal.

La América se descubrió en el año 1492. Algunos años despues se conquistó Méjico (1521); mas tarde se descubrieron las famosas minas del Potosí, y los europeos, arrastrados en su codicia sin límites hasta los crímenes mas espantosos, despues de haber arrebatado á los indígenas todo el oro y la plata que poseian, que ascendía á sumas enormes, les obligaron á penetrar en las entrañas de la tierra para arrancar á su seno con penoso y mortífero trabajo los tesoros que ansiaba la Europa. La abundancia del oro escitaba la avaricia de aquellos primeros invasores. En los primeros tiempos, antes que se hubiese restablecido el equilibrio entre la cantidad de moneda y el estado de los mercados, con

una moneda de plata aún se compraba una cantidad de géneros seis veces superior al valor real de la moneda. No podía menos de trascurrir cierto número de años antes que el crecimiento del numerario apareciese sensible, y los precios se proporcionasen á la masa de monedas puesta en circulacion en el mercado.

Mr. de Humboldt y Mr. Jacob están casi enteramente acordes en la evaluacion de las sumas importadas en Europa desde 1492 á 1600. No podemos entrar ahora en los detalles de sus cálculos; pero fiados en la autoridad de ambos escritores podemos dar por cierto que desde el 1492 al 1600, la masa general de metal importado en plata y oro ascendía á cerca de tres millares (1) y medio. Añádanse á esta suma los ochocientos cincuenta millones que estaban ya en circulacion: hágase la deduccion de las sumas esportadas al Asia, pues sabido es que durante largo tiempo la Europa solo ha comerciado con aquella region enviando pesos duros y recibiendo mercancías: dedúzcase tambien la cantidad de oro y plata invertida en alhajas y ornamentos, y la consumida y perdida de cualquier otro modo, y sacaremos, con los citados autores, que en el año 1600 había en Europa tres millares y doscientos cincuenta millones de numerario.

Mas la apropiacion del metal americano, y la influencia de él en la circulacion monetaria de la Europa, no puede considerarse como un acontecimiento instantáneo, como un hecho que pudiera decirse acaecido

(1) Entiéndase siempre *millares de cuento.*
(*N. del Trad.*)

en un solo dia; este fenómeno económico, para desarrollarse, ha necesitado un siglo entero: todo el tiempo trascurrido desde 1492 hasta el 1600. En un principio solo se trajo á Europa el oro arrebatado á los indígenas; despues se empezaron á beneficiar algunas minas, y se descubrieron las riquísimas del Potosí; de manera que la Europa se vió enriquecida en el espacio de un siglo, primero con ochocientos cincuenta millones, despues con mil doscientos millones, y en seguida con dos millares; y al fin de aquel periodo ya era dueña de tres millares y doscientos cincuenta millones. Asi que, durante aquel siglo, la cantidad de moneda puesta en el mercado varió constantemente; jamás era lo que fué el dia anterior, ni lo que habia de ser al dia siguiente. Había pues una fluctuacion constante, y no es posible calcular los precios de un dia comparados con los del siguiente mes, ni deducir consecuencia formal ninguna acerca del valor comparativo de las cosas entonces. Cuando se conozca el precio de la carne en París en 1520, en 1530 y 1550, ¿conocerémos su valor comparativo en estas tres épocas? Suponiendo que una libra de carne se vendiese por cinco sueldos en 1520, y por siete y medio en 1550, ¿podríamos deducir que en 1550 el valor de la carne era la mitad mas que el de 1520? De ningun modo: para eso sería necesario conocer exactamente la relacion del numerario existente en los mercados de que se trata. Lo que es imposible habiendo variado tanto la masa metálica en un siglo.

Aun hay mas: aun cuando conociésemos la suma exacta con que se ha aumentado el numerario, aun no tendríamos todos los elementos de la cuestion. Aun

cuando probásemos que en 1490, en 1540, y en 1620 estaba el numerario en la relacion de uno á tres ó á seis, ¿qué deduciríamos de esto para el valor comparativo de la carne en las referidas épocas? Para obtener una consecuencia rigurosa sería menester poder afirmar que solo cambió la cantidad de moneda, y que los pedidos de carne y de moneda permanecieron los mismos. Si la poblacion aumentó, las necesidades y pedidos se modificaron; y habrá que hacer deducciones. Si el comercio y la industria cobraron actividad habrán aumentado las operaciones comerciales y cada vez habrá sido mas buscado el instrumento de los cambios. Si la cantidad de oro y plata aumentó, aumentando tambien la riqueza general y la civilizacion, el lujo y la ostentacion han debido proporcionarse con aquel nuevo estado de cosas. Un escritor de aquella época nos cuenta lleno de indignacion que algunos ricos propietarios de Flandes osaban servirse de vagillas de plata. Para calcular la influencia de la nueva moneda, sería indispensable saber la cantidad de monedas de plata y oro convertida diariamente en barras para el uso de los plateros y orfebreros.

No se ha estudiado con bastante detenimiento aquella época. Mientras se verificaba aquel grande acontecimiento sucedieron cosas que los mismos contemporáneos no acertaban á esplicarse. Era costumbre entonces hacer arrendamientos por mucho tiempo; paises habia en que se hacian por treinta años, y en Inglaterra muy á menudo por noventa y nueve ó por un siglo entero. El arrendatario pues, que recogiese siempre en su hacienda la misma cantidad de trigo, podía satisfacer la suma en que la había arrendado con la cuar-

ta ó quinta parte de los géneros que antes tenía que vender; al paso que el dueño territorial no adquiría con el precio de la hacienda mas que la cuarta ó quinta parte de lo que antes compraba. Lo mismo sucedía con ciertas manufacturas, con las cuales se acumulaban grandes fortunas.

¿Sobre quiénes gravitaba este cambio? Primeramente sobre los propietarios, como acabamos de manifestar; y en segundo lugar sobre los obreros, porque si los mismos hombres ilustrados no sabian esplicarse aquellos sucesos, menos podrían los ignorantes jornaleros. Dábaseles pues la misma cantidad de moneda que antes del aumento, y ellos se creían igualmente pagados, cuando ya no podian adquirir con sus jornales la mitad de lo que antes compraban. Asi que, aquel grande acontecimiento, entonces inesplicado, solo oprimia á la clase elevada, á la nobleza, y á la clase ínfima del pueblo, al infeliz obrero. Este último sin embargo esperimentaba menor daño, pues como hemos dicho, solia recibir el pago en frutos. Eran por la mayor parte labradores mantenidos en la misma hacienda que trabajaban.

Existe sobre esto un documento bastante notable que me permitiré leer á vds.

En el 1548, en medio de la mayor crísis, el obispo inglés Latimer predicaba delante del rey Eduardo IV exhortándole á la caridad. He aquí el lastimoso cuadro que presentaba aquel prelado al monarca de Inglaterra, de las calamidades de su tiempo: «Mi padre (decia) era »un labrador que no poseia tierra alguna; cultivaba una »pequeña hacienda que tenia arrendada en tres ó cua»tro libras á lo mas, y con su trabajo podia mantener

»una media docena de jornaleros; tenia pastos para »unos cien carneros, y mi madre cuidaba de unas trein- »ta vacas de leche.» Ya vemos aquí un arrendatario con un capital de treinta vacas y cien carneros. «No le »faltaba su arnés y paramento para su caballo para »servir al Rey. Recuerdo que yo le vestí la armadura »cuando partió para el campo de batalla de Blackheath. »Mandóme á la escuela, sin lo cual no tendria ahora »el honor de predicar delante de V. M. Casó á mis her- »manas dándolas una dote de cinco libras, y nos crió »á todos en el santo temor de Dios. Abierta estaba su »casa á todo vecino necesitado, y daba limosna á los »pobres; todo con el producto de su hacienda. Pero el »que ahora la cultiva paga de arriendo anual diez y »seis libras, y de nada puede servir ni á su Rey, ni á »su familia, ni dar un vaso de agua á un pobre se- »diento.» Vemos pues que cuando tenia la hacienda el padre del obispo, como pagaba segun el antiguo arriendo tres ó cuatro libras solamente, podia triplicar y cuadruplicar sus beneficios. Cuando aquel contrato espiró, el propietario cuadruplicó el precio; con lo que el nuevo arrendatario, segun las exageradas espresiones del obispo, de nada podia ya servir ni para su Rey, ni para sí mismo, ni para sus hijos.

En el año 1581 salió á pública luz un libro sumamente curioso que los que no quieren tomarse el trabajo de confrontar las fechas atribuyen á Shakespeare solo porque lleva las iniciales W y S, sin pensar que siendo obra de aquel poeta debia haberlo escrito á los diez y seis años de edad, y que aquella obra no es parto de ningun muchacho. Parece mas probable que sea de William Stafford. Trátase en esta obra de la cuestion

del dia para aquellos tiempos; y supónese un diálogo, muy interesante por cierto, entre varias personas de todas las clases de la sociedad, cuyo resultado se reduce á que nadie acierta con el problema. Tan difícil es, viviendo en medio de un trastorno social, poder investigar sus causas.

Grande fué por cierto el trastorno que ocasionó la entrada del metal americano en los mercados de Europa. Las clases alta y baja de la sociedad lo padecieron por largo tiempo mientras la clase media se aprovechaba de él. El descubrimiento de la América ha contribuido pues al cumplimiento del grande hecho social que apareció en 1789, llenando de asombro á los mas incrédulos y apoderándose de la Europa entera. La clase media armada con el doble poder de la riqueza y del desarrollo intelectual y material osó mirar á la decrépita aristocracia frente á frente, y decirle con voz robusta y enojada: Hoy me toca á mí.

Este hecho, repito, débese en parte al descubrimiento del nuevo mundo, á la grande perturbacion causada en los valores, á los esfuerzos de Fernando, de Carlos V, de Felipe II y de la inquisicion española. Asi dispone la Providencia de nuestras escasas luces, y se vale de nuestra soberbia, de nuestras pasiones, y aun de los buenos sentimientos que nos ha concedido para que sirvan de instrumento á sus decretos.

En el siglo XVII las minas de América produgeron ocho millares y medio. Hechas las deducciones del metal invertido en objetos de lujo y en el comercio con el Asia, tendremos hácia fines del siglo un total de moneda circulante de siete millares y cuatrocientos veinte y cinco millones. Es decir que con respecto al

siglo precedente había un aumento de un 128 por 100. De aquí nuevas oscilaciones, nuevas y profundas perturbaciones en el mercado. Tampoco esto se verificó en un solo dia; sino que fué obra de un siglo entero.

Durante un espacio de doscientos años la influencia de la América no cesó de agitar los mercados de la Europa, porque la cantidad de dinero variaba continuamente. Ni se concibe que con tales aumentos de 128 por 100 en la masa de numerario pudiese permanecer estable y constante el valor de la moneda. ¿Aumentaba igualmente en 128 por 100 el precio de las mercaderías en aquel siglo? De ninguna manera. El precio medio de las mercaderías, lejos de seguir al aumento del numerario, ofrecia segun los documentos reunidos por los señores Garnier, Jacob, Quetelet y Alfonso de Candolle las mas violentas y singulares oscilaciones.

Resulta que la moneda no es, ni aproximativamente, medida exacta del valor. Vemos las mercaderías aumentar en un lado en un 30 por 100; en otro en un 400 por 100, mientras el precio del trigo en París permanece poco menos que estacionario. Por consiguiente, no considerando mas que estos datos, no puede deducirse ninguna consecuencia cierta.

Al espirar el siglo XVIII se prepara un nuevo acontecimiento de gran consideracion en la cuestion que tratamos. Hablo de la insurreccion de la América del Sur que estalló en 1809. Desde el 1700 hasta este tiempo la América envió á la Europa la enorme cantidad de veinte y dos millares, debidos en gran parte á la fecunda mina de Valenciana en el reino de Méjico. Y haciendo las deducciones y adiciones necesarias, sin olvidar que estas deducciones deben ser mas considera-

bles que en las épocas anteriores por el escesivo aumento de objetos preciosos y alhajas ocasionado por el lujo, se obtiene para el año 1809 una suma de numerario circulante de nueve millares y medio. De donde resulta un 28 por 100 sobre la cantidad existente en 1700.

¿Habrá aumentado en proporcion el precio de las mercaderías? La respuesta pudiera ser afirmativa pues si el precio de las mercaderías no subió en rigurosa proporcion con el crecimiento del numerario, llegó á acercársele al menos. Sin embargo, ningun fundamento ofrece este hecho á los que buscan la medida del valor en el dinero.

¿Quién ignora el gran aumento de la poblacion de la Europa durante el siglo XVIII, la grande latitud que adquirieron en él los negocios comerciales, y cuanto ascendió entonces el número de las manufacturas, de los consumos de todo género, y la necesidad de moneda? El aumento de 28 por 100 en la masa de especies metálicas, hubiera debido consumirse casi totalmente con la nueva dilatacion de las necesidades y el crecimiento proporcional de los pedidos. De modo que los precios hubieran permanecido estacionarios. ¿En qué consiste pues que subieron hasta una altura casi proporcional al aumento de numerario?

Es necesario esplicar esta anomalía. Demos primeramente el caso: el precio de un hectolitro de trigo en 1700 es seis. La masa de numerario aumenta en un 28 por 100, y al mismo tiempo aumenta tambien la necesidad de moneda; sin embargo el precio del hectolitro de trigo sube, en vez de permanecer estacionario. La esplicacion está en la revolucion francesa: porque

los precios que han servido de base al raciocinio se refieren justamente á aquella época. La revolucion en efecto, no solo paralizó la fabricacion y elaboracion de una gran cantidad de objetos de lujo, ornamentos, alhajas, utensilios preciosos de oro y plata, mas tambien obligó á fundir y volver al estado de moneda una suma considerable de objetos elaborados pertenecientes ya á los particulares, ya á las iglesias, á los establecimientos públicos, al estado &c., tanto en Francia, como fuera de ella. Hizo ademas entonces un uso escesivo del papel moneda, en lo que varios estados la imitaron en defensa propia. Al mismo tiempo en el comercio se ha ido introduciendo el uso de compensaciones, el giro de la deuda activa y otras operaciones de bolsa, lo que constituye una verdadera adicion á la moneda suministrada por las minas, como si el aumento ocasionado por la América en vez de ser de 28 por 100 fuera de 50. El precio de las demas mercancías habrá subido probablemente un 20 por 100.

Igual demostracion pudiera hacerse para la época actual: desde el 1809 hasta el dia la importacion de metales preciosos ha disminuido notablemente. ¿Qué cantidad nos ha enviado la América con todos los esfuerzos y tentativas hechas por los capitalistas ingleses en las minas de aquella region? Comprendidos los quinientos millones de las minas de Rusia, hemos recibido una suma de dos millares y seiscientos millones; de modo que la América solo nos ha suministrado poco mas de dos millares. Al mismo tiempo el consumo del oro ha crecido; la industria se ha desarrollado. ¿Cuál es hoy el hecho culminante? indudablemente el de una oscilacion contraria. Las oscilaciones del mercado, des-

pues de 1492 fueron producidas por el aumento de numerario; hoy dia son el resultado de su diminucion. No es esta á mi modo de ver tan grande como generalmente se pretende; no creo que haya llegado á una sesta, ni aun á una octava parte. Mas sea cual fuere la opinion que se tenga del hecho, este es irrecusable. Por consiguiente resulta que el precio de los géneros debe tender á bajar mas cada dia.

Mas, aun cuando pudiera calcularse esta baja con exactitud, ¿qué pudiera decirse acerca del valor de las mercaderías? Nada; por la misma consideracion de ser un hecho constantemente móvil, en el cual influyen otra porcion de causas, y que por consiguiente solo admite generales é indeterminadas esplicaciones. Es un hecho que deben tener en cuenta, tanto el economista como el hombre de gobierno, porque si continuase en aumento, si las minas de América dejasen de suministrarnos todos los años una cantidad señalada de metales preciosos con que acudir á las pérdidas causadas por el uso y las esportaciones al Asia (1), y si los productos metálicos de la parte septentrional de esta region no cubriesen este *déficit*, cada vez sería mayor la baja de los géneros con respecto al numerario;

(1) Estas esportaciones son ya poco considerables, por el cambio que hacemos de opio con el té de la China. La rara pasion de los chinos por el opio, verdadero azote para su salud y para sus facultades intelectuales, hace que con este género se pague la mayor parte del valor del té. El Asia en el dia solo absorve á la masa de metálico circulante de Europa unos cincuenta millones cada año.

(*N. del Trad.*)

cosa de grave trascendencia para las relaciones entre los arrendatarios y los propietarios, entre los capitalistas y los menestrales ó jornaleros. Lo que igualmente prueba que el reconocimiento de los diversos estados de la América meridional, y las garantías que pueden dárseles para que se consoliden y depongan el temor de ver amagada repentinamente su independencia, que mantiene sus continuas agitaciones y las fomenta, es una cuestion económica al mismo tiempo que política.

Basta por hoy con habernos convencido de que la moneda no puede ser una medida para el valor.

LECCION UNDECIMA.

Error de los que han creido encontrar en el trigo la medida del valor.—Nocion de la riqueza.—Hay riquezas producidas, y riquezas naturales.—Observaciones generales.

SEÑORES:

Dejamos ya demostrado que la opinion de los que han creido hallar una regla del valor, ya en el trabajo, ya en la moneda de plata y oro, carece en realidad de sólido fundamento. La moneda, en ciertos casos y límites, ó del tiempo ó del espacio, puede ofrecer un dato suficiente para las prácticas económicas y comerciales; mas nunca deberá confundirse un dato que pueda servir de base á conjeturas mas ó menos ajustadas, con una medida invariable que dé resultados rigurosos y matemáticos.

Lo que llevamos dicho sobre el trabajo y la moneda, puede igualmente aplicarse al trigo. Pudiendo por consiguiente vds., en cuanto lo permita la naturaleza de ambas materias, aplicar al trigo las mismas observaciones que hicimos relativamente á la moneda y al

trabajo, y deducir las mismas consecuencias, me limitaré á hacer sobre este punto algunas indicaciones generales.

Se ha propuesto el trigo como medida del valor, primeramente porque siendo tan acomodado á la satisfaccion de las necesidades mas imperiosas de nuestra naturaleza, este género es de un uso general; y en segundo lugar porque, precisamente por causa de esta misma propiedad, dicen que el trigo es igualmente necesario, y con corta diferencia en una misma cantidad, á todos los hombres. Ricos ó pobres, todos satisfacemos nuestra hambre con una cantidad de sustancia alimenticia aproximadamente igual. Este aserto es ya menos riguroso y exacto que el primero. Se ha dicho finalmente que la cantidad de trigo se proporciona, en lo posible, á la poblacion. A medida que esta aumenta, la produccion del trigo aumenta tambien con el cultivo de las tierras eriales, ó si por el contrario es imposible aumentar de una manera proporcional los alimentos, la poblacion es la que se destruye hasta ponerse al nivel de la cantidad de sustancia alimenticia. De donde pretenden inferir que entre la oferta y el pedido del trigo existe una relacion al parecer invariable, puesto que si la cantidad de trigo crece la poblacion se aumenta, y si aquella disminuye, disminuye tambien la poblacion con las emigraciones, los padecimientos, y la muerte.

Estas observaciones no carecen por cierto de verdad; sin embargo, la consecuencia absoluta que de ellas se ha pretendido sacar no nos parece muy ajustada. Y adviértase desde luego que con el trigo sucede lo que con cualquier otro género. Por lo demas, es muy

difícil saber, y hé aquí todo el problema, cual de los dos términos del cambio fué el que produjo la alteracion. Suponiendo que en Atenas, en una época dada, valiese el trigo á tantos dracmas la medimna (1), y que en otra época diferente no valiese en el mismo mercado mas que dos tercios de aquella cantidad de moneda, ¿sería el trigo, ó bien el otro término del cambio el que hubiese variado? Aun hay mas; no solo pueden haber variado ambos, sino que los términos aparentes del cambio pueden ser los mismos: el trigo puede cambiarse siempre por la misma cantidad de aceite, de plata ú oro, aun cuando la oferta del grano haya aumentado ó disminuido. Y para esto basta que la oferta del otro género haya aumentado ó disminuido en la misma proporcion.

Repito pues que siempre hay una incertidumbre. Cuando los términos aparentes del cambio no sufren alteracion, esta incertidumbre es de muy poca importancia en la cuestion que nos ocupa; mas cuando el trigo se cambia por una cantidad mayor ó menor de otros objetos, ¿cómo será posible resolver á cuál de los dos valores debe atribuirse la alteracion en épocas y lugares diferentes? Evidentemente, la ciencia no posée ningun medio directo de solucion; solo puede valerse de medios indirectos, debiendo contentarse con conjeturas y resultados aproximativos.

Por lo demas, cuanto hemos dicho respecto á la moneda es igualmente cierto con respecto al trigo en

---

(1) Nombre de cierta medida de áridos usada en Grecia, que equivale á poco menos de seis fanegas.

(*N. del Trad.*)

un límite mas ó menos estenso. Los dos elementos que constituyen el valor en cambio de todo objeto son variables aun para el trigo. La utilidad de este no es la misma en todos tiempos y lugares. En nuestra misma época varía segun las diversas naciones. En el medio dia se hace gran consumo de trigo; en el norte se consume mucho menos. Las habitudes de los pueblos varían tambien en este punto. Un francés, un italiano, ó un español, consumen mas pan que carne; un inglés por el contrario hace mas consumo de carne que de pan. Hoy dia poseemos un género que hasta cierto punto puede suplir al trigo: casi toda la Irlanda se alimenta de patatas mientras los habitantes del mediodia miran este producto con desprecio.

Por otra parte ¿quién ignora que el crecimiento de la poblacion y la produccion del trigo no dependen de las mismas causas : y que comparativamente entre sí ofrecen muy frecuentes y trascendentes oscilaciones? Procúrase salvar esta objecion diciendo: «la poblacion se pone siempre al nivel de los medios de subsistencia.» Hé aquí un nuevo ejemplo de aquellas proposiciones absolutas que dejamos calificadas en una de nuestras primeras reuniones.

Segun los teoremas de la ciencia, pura y abstracta, esta proposicion es cierta, rigurosamente cierta , porque la ciencia pura no toma en cuenta ni el tiempo ni el espacio. *La poblacion se pone al nivel de los medios de subsistencia.* Si el trigo superabunda , tarde ó temprano acudirá al mercado un número mayor de consumidores. Pero ¿cuándo se verificará esto? Por ventura mañana, el año próximo, dentro de dos ó tres años? Mucho mas tiempo se necesita para que la po-

blacion se estienda hasta aumentar sensiblemente el pedido del trigo.

Lo mismo sucede en la proposicion inversa. Si no hay absolutamente medio de aumentar la produccion del trigo, ó por mejor decir, de poner al alcance de los nuevos consumidores una masa suficiente de alimentos, la emigracion ó la muerte pondrán á la poblacion al nivel de las subsistencias. Pero el hombre que carece de una parte de su alimento no muere en el instante mismo; lucha empero con el dolor: ántes de morir sufre, y sufre por largo tiempo: no muere sino pausadamente; su misma energía le es contraria porque prolonga sus congojas, haciéndole capaz de resistir hasta cierto punto á la urgencia de sus necesidades. Solo poco á poco y gradualmente desaparece la multitud de consumidores de trigo que la ligereza y la imprudencia hicieron agolparse en el mercado.

Así que la proposicion solo es verdadera en cuanto se suprime el elemento del tiempo; pero cuando se toma el trigo como medida del valor en un pais y en una época dada ¿quién nos asegura que el hecho que adoptamos como regla no sea la espresion fugaz de una de estas funestas transiciones? (1)

---

(1) Si Say hubiera reflexionado en este inconveniente no hubiera aconsejado tomar el término medio del valor del trigo como base de cálculo para medir los valores en épocas diferentes. Say, adoptando los principios de Malthus sobre la poblacion, creyó que la relacion entre la oferta y el pedido con respecto al trigo debía ser en todos tiempos la misma. Los gastos de produccion son en su concepto los mismos en nuestros dias que en la antigüedad y en la edad media. La con-

Esto en cuanto á la necesidad: el otro elemento del valor no es por cierto menos variable. La cantidad de trigo varía segun las cosechas. Puédese ciertamente evitar hasta un punto esta dificultad con el empleo de términos medios. El término medio de un cierto número de años es bastante igual al de otro período semejante; mas cuando se trata de emplear el trigo como medida del valor, ¿es siempre fácil recurrir á este espediente? Cuando se quiere emplearle como medida de valor para los tiempos antiguos, ¿dónde están los datos para deducir el término medio? Rara pretension! Hoy mismo, á esta misma hora, no hay cosa mas difícil que saber con exactitud la cantidad de trigo recolectada en Francia. Los esfuerzos del gobierno son impotentes para obtener noticias perfectamente exactas y fidedignas; y esto sucede en un pais civilizado en que la centralizacion es un hecho ya reconocido, y en que los medios de investigacion son proporcionados al poder de la administracion. Las estadísticas no suelen ofrecernos por lo regular sino cálculos puramente arbitrarios, mas bien que hechos observados con conciencia. ¿Sábese, con corta diferencia al menos, cual ha sido la cosecha de tal ó cual departamento, de tal ó cual partido? Suele tomarse el número de fanegas labran-

---

secuencia parecía pues rigurosa: «como la abundancia de las cosechas, decia, ha variado tan prodigiosamente de un año para otro: como en algunos tiempos ha habido hambres, y en otros se han vendido los cereales á vil precio, solo debe evaluarse el grano por el término medio de su valor, cuando haya de servir de base para un cálculo cualquiera.» Pero ¿qué datos indicó para descubrir este término medio?

(N. del Trad.)

tías de todos los partidos cercanos, y por medio de la regla de tres se llenan de supuestas observaciones aquellas largas columnas cuyos números pasan despues como autoridades irrefragables.

Además, ¿conocemos acaso todas las leyes y todos los reglamentos publicados en los diversos paises en todo tiempo sobre los cereales y su importacion y esportacion? No alteran estos hechos profundamente las leyes del mercado, para destruir toda certeza en nuestras deducciones relativas al valor del trigo comparado con el de los demas objetos?

Finalmente, el cultivo de los ceriales, el descubrimiento de nuevos instrumentos y máquinas poderosas pueden asimismo modificar la produccion del trigo. La diminucion de gastos de produccion influye sobre el valor de este de una manera harto difícil de apreciar, hallándose á grandes distancias de lugar y de tiempo.

Asi pues, el trigo, del mismo modo que el trabajo y la moneda, no suministra medio de resolver un problema que en su sola enunciacion aparece irresoluble. Cuando las cuestiones de estadística, ó los trabajos históricos nos hacen esperimentar la necesidad de determinar el valor comparativo de un mismo género en épocas y lugares muy separados entre sí, es preciso aplicarse ante todo al estudio de las condiciones especiales del problema, y proporcionar los medios de resolucion con las dificultades que él encierra. Si se trata de hechos acaecidos en una misma época en lugares diferentes, pero comprendidos sin embargo en la misma esfera comercial, podrémos emplear con bastante éxito, y hasta un grado de exactitud suficiente, la moneda

como medida del valor. Si se trata de tiempos muy separados entre sí, y de pueblos no comprendidos en la misma esfera comercial, el problema será cada vez mas complicado y dificultoso, y la moneda tan solo ofrecerá una ayuda engañosa, y datos muy inciertos. Preciso es reconocer entonces, sin vacilar, que el problema contiene aun mas incógnitas que ecuaciones posibles, y que solo puede resolverse á tientas y de una manera inacabada. Es preciso servirse no solo de los hechos relativos al trabajo, al trigo y á la moneda, sino tambien de todos los fenómenos económicos en general, de todos los hechos históricos propios para esclarecer en cierto modo la cuestion y hacernos vislumbrar la verdad.

Demasiado quizá hemos insistido en estas cuestiones relativas al valor; lo hemos hecho así porque cuanto mas se profundizan los estudios económicos, mayor debe ser en mi concepto el convencimiento de la necesidad de dar por base á esta ciencia, que en su pureza es, segun dejamos indicado, mas bien ciencia de raciocinio que de observacion, datos claros y positivos, y nociones de todo punto exactas. Esta misma consideracion me obliga á terminar esta leccion con un resúmen de ideas acerca de la naturaleza de la riqueza, que adquieren nueva fuerza con lo que acabamos de decir sobre el valor.

Hé hecho notar que los economistas se hallan tan discordes sobre la nocion de la riqueza como sobre la del valor. Sin reproducir aquí las muchas y diversas definiciones que se han dado de aquella, solo me limitaré á observar que para nosotros hay riqueza donde quiera que haya valor; es decir, valor en uso. Es-

te es su carácter distintivo, el cuál nada tiene de arbitrario.

¿Habrá que repetir ahora que el valor en uso espresa la relacion que existe entre nuestra organizacion y las cosas, esto es, la relacion por la cual estas cosas son aptas á satisfacer nuestras necesidades?

Permítasenos preguntar si donde quiera que esta relacion existe, donde quiera que existe esta propiedad, no ha encontrado siempre la humanidad, y no encontrará en lo venidero, la riqueza? El hombre, al considerar todos los objetos que le rodean bajo el solo punto de vista de su utilidad, hace de todos ellos dos secciones: una de las cosas que pueden tener propiedades distintas, pero que no tienen la de poder satisfacer sus necesidades; y otra de las cosas que poseen esta preciosa cualidad.

Esta distincion fundamental está tomada de un hecho general, y nace de la naturaleza misma de las cosas. Si el hombre descubriese que en la luna ó en Júpiter había trigo y vino, no llamaría á aquello riqueza relativamente á los habitantes de la tierra, porque para él no habría posibilidad alguna de aplicarlos á la satisfaccion de sus necesidades.

El valor en uso es la calidad; el objeto que la posee, ó en el cual se encuentra esta calidad, es la riqueza. La riqueza es al valor, lo que la materia es á sus propiedades. Donde quiera que encontremos gravedad, impenetrabilidad é inercia, alli encontramos la materia: donde quiera que descubrimos la propiedad de satisfacer nuestras necesidades, y la posiblidad de aprovecharla, allí descubrimos la riqueza.

El valor en cambio es una cualidad ulterior. No es

el valor en cambio el que constituye la riqueza; sino que la preexistencia de esta hace posible el valor en cambio.

¿Existe solamente el valor en uso en las cosas que el hombre produce? ó tambien en las que el hombre disfruta, aun cuando no las haya producido? Basta plantear este problema para resolverlo. ¿Quién ignora que hay una infinidad de cosas que el hombre no produce, y de las cuales sin embargo disfruta, porque las encuentra capaces de satisfacer sus necesidades, esto es, porque tienen un valor en uso? ¿Qué serán pues sino riquezas?

Divídese pues ésta en riqueza natural y riqueza producida: y la natural se subdivide en limitada é ilimitada: division que no corresponde exactamente con la de riqueza permutable y no permutable. Porque puede haber una riqueza limitada que no sea permutable, lo que ya dejamos probado (1).

---

(1) La riqueza natural ilimitada no forma parte de la economía Política. Todos gozamos gratuitamente de los bienes que la naturaleza nos concede sin tasa, como el aire, la luz, etc. Hablando *económicamente* no puede decirse que todo lo útil es riqueza.

La riqueza natural limitada tiene *valor permutable*: los dátiles, el coco, el ananás etc., se venden á buen precio en todo pais en donde no se produzcan —Téngase presente que de la utilidad y de la cantidad limitada nace el *valor permutable*.

En cuanto á la riqueza que no es natural, ésto es la *producida*, esta casi siempre es permutable. Ya digímos en una nota anterior (lec. 3.ª) examinando los ejemplos propuestos por el ilustre autor sobre el *valor en uso permutable*, que hay ciertos objetos v. g. la carta de un amigo, la firma de una ama-

Estas nociones, á nuestro modo de ver tan sencillas como incontestables, no son sin embargo las de la mayor parte de los economistas. Cada cual ha buscado la definicion de la riqueza, mas aún en las preocupaciones del entendimiento que en la naturaleza de las cosas. En vez de emplear un análisis detenido y maduro de los hechos generales de nuestra naturaleza relativamente á la materia de que se trata, solo se ha empleado la síntesis. Estableciendo una definicion arbitraria de la riqueza, se ha venido á parar, contra las indicaciones del comun seso, en que no hay riqueza sino en las cosas producidas, y en que todo lo no producido, aun cuando pueda ser útil y bueno, no merece figurar en la categoría de las riquezas sociales. Segun esto, el productor que, por ejemplo, nos regula una vara de su estofa, nos dá una cantidad mayor ó menor de su riqueza; mas cuando la providencia nos dispensa la luz y el agua que contribuyen á la produccion de ella, cuando en vez de servirse de caballos ó de un vapor costosamente obtenido, para hacer girar las ruedas de la fábrica, se emplea un golpe de agua natural que no exige gasto alguno, ni esta agua ni aquella luz deberán llamarse riqueza. Hízose uso en verdad de aquellas cosas: satisficiéronse con ellas necesidades, y se satisfacen todos los dias. Entre el que se caliente á los rayos del sol bienhechor, y el que para calentar-

---

da, etc. que solo tienen valor para la persona que los posee por ser para ella verdadera *riqueza*: puesto que con ellos satisface una necesidad moral que se esperimenta en lo íntimo del corazon.

(*N. del Trad.*)

se busca un fuego costoso é insuficiente, no hay en verdad otra diferencia que la miseria del segundo; sin embargo, en la opinion de aquellos el primero es el pobre: y el rico es el segundo, porque en vez de disfrutar de un sol hermoso no tiene mas que algunos pedazos de leña ó de carbon.

Apodéranse dos hombres, cada cual de un árbol, y se hacen propietarios, el uno de un manzano silvestre, y el otro de un cocotero cargado de frutos. Ambos emplearon la misma hacha y descargaron igual número de golpes. Si solo se obtiene la riqueza con la produccion, con el esfuerzo que el hombre hace para alcanzarla, la riqueza solo se reduce á una dificultad vencida. Si esto es así, siendo diez los golpes que descargó el que se hizo dueño del manzano silvestre, y tambien diez los del dueño del cocotero, ambos poseeran igual riqueza.

Este es un absurdo evidente. No tienen riqueza igual el que posee un árbol que todo lo mas puede servir para el fuego, y el que posée frutos capaces de saciar el hambre y la sed. Y ¿se formaron estas dos riquezas al mismo tiempo? ¿Son ellas debidas esclusivamente al esfuerzo del hombre? No: la riqueza existía en los dos árboles: uno de aquellos hombres se halló enriquecido por la mano de la naturaleza; y el otro la encontró para él cerrada. Tuvo el uno la misma suerte que el Esquimal que habita una tierra desolada; y el otro, como el habitante de un pais floreciente, al cual concedió la Providencia suelo feraz y delicioso clima.

Pasemos mas adelante. El uno, de aquellos hombres, arranca un fruto del cocotero; y el otro una bellota de

una encina. Dícese que en esto hay un trabajo, aun cuando no sea mas que el de la apropiacion. Ya hemos hecho notar, que no siendo necesario mas trabajo para apropiarse una bellota que un hermoso fruto, la diversidad del resultado depende de un hecho anterior ageno del poder humano. Pero dejemos á un lado esta observacion. Apodérase el uno de un coco, y el otro de una bellota, y llámase á este hecho produccion; veamos que especie de produccion. Entre el trabajo de un hombre que llegando á un pais vírgen, y viendo en él un cocotero, se apodera de algunos frutos y se los lleva consigo, y el trabajo de un capitan de navío que sale de Guadalupe cargado de cajas de azucar que trasporta al Havre, ¿qué diferencia hay, sino que el uno trafica en grande, y el otro de una manera insignificante? Ambos trasportan de un lugar á otro una cosa útil. El uno arranca un fruto del cocotero y se lo lleva á su casa; el otro carga en Guadalupe cierto número de cajas de azucar y las trasporta al Havre; ambos hechos son evidentemente de igual naturaleza.

Continuemos razonando al modo de los economistas, y preguntémosles: ¿ha sido el mismo capitan de navío que conduce el azúcar desde Guadalupe al Havre, el que ha producido este azucar? No, responderán; y los fisiocratas añadirían que aquel capitan nada absolutamente ha producido; pero los economistas modernos dirán, que aunque no ha producido el azucar, le ha dado una utilidad y un valor nuevo, poniéndole al alcance de un gran número de consumidores, para quienes no hubiera sido cómodo ir á buscarlo hasta Guadalupe. Del mismo modo, el que quiso comer

el fruto del cocotero, se llevó á su casa cierta cantidad de él, por no ser cómodo ir al árbol siempre que quisiese satisfacer su deseo. Ambos ejemplos son iguales.

Dicen que el que lleva el azucar desde Guadalupe al Havre no hace mas que añadirle cierto valor; el que coje el fruto del cocotero, le añade, pues, un valor análogo. ¿A qué se añade este valor? Al valor preexistente. ¿Cuál era el valor preexistente del azucar sino la propiedad de satisfacer ciertas necesidades? y ¿cuál el valor del coco? Exactamente el mismo. Luego el hecho de la apropiacion no crea el valor de los bienes naturales, sino que solamente les añade un valor nuevo, asi como el comercio de trasporte lo añadé á las mercaderías.

Por lo demás, esta doctrina que afecta desconocer el valor de los objetos naturales, de los ríos y de los prados, solo puede ser ocasion de embarazo para los economistas que la profesan, cuando se exija de ellos que sean consecuentes consigo mismos, borrando de sus libros todo lo que diga relacion con las riquezas naturales, y que nos dén al mismo tiempo una esplicacion profunda y satisfactoria de ciertos fenómenos económicos.

Verdad es que muchas veces el hombre, merced á la mas preciosa de sus cualidades, á saber, el sentido racional, huye las consecuencias de todo falso principio. Al descubrir el peligro en su camino, vuelve atrás la vista; sordo á las quejas de la lógica, abandona la línea recta, y tomando un camino tortuoso, llega á consecuencias mas razonables. Así procede muy amenudo nuestro entendimiento; pero amenudo tambien

suele el orgullo de la razon arrastrarle, y el hombre que se creía ya dueño de un principio, convertido en lógico intolerante, se lanza á ciegas en el absurdo.

¿Habrá que alegar pruebas de esto? ¿Quién ignora que solo por haber visto en una miserable moneda de plata la efigie de un soberano, y por saber que el derecho de acuñar moneda es lo que se llama una regalía, ó en otros términos un monopolio legal, se empeñaron los legistas en que hacer moneda falsa era arrogarse los derechos del príncipe, y cometer un crímen de lesa magestad? De esta manera convirtieron el robo en una usurpacion del poder supremo; y partiendo de esta idea, y con conciencia perfectamente tranquila, (porque el orgullo nunca deja lugar al remordimiento) castigaron á los monederos falsos con el último suplicio.

Otra vez, partiendo de no se qué principio falso de humana justicia, reducido á que la confesion del acusado era necesaria para la condena, establecieron el tormento: y desde entonces sometió el hombre á sus semejantes á los mas crueles martirios para asegurarse de si merecian ó nó ser castigados. Finalmente, una nocion arbitraria de la religion cristiana, mantuvo por mas de dos siglos encendidas las hogueras de la inquisicion, y llenos los calabozos de infelices.

Por fortuna no es dado á la economía política engendrar semejantes desórdenes con el abuso de un falso principio. No por eso, sin embargo, ha sabido siempre evitar los descarríos de la hinchazon lógica y de la ambicion de un sistema completo sacado en embrion

de un principio único y esclusivo. ¿Qué son esas famosas teorías de *balanza, producto neto, y libre competencia,* con su intolerancia y su capacidad inmensa, sino una deplorable obstinacion de principios mas ó menos arbitrarios, adoptados con ligereza, y un desprecio poco sensato hácia todos los hechos no comprendidos en el número de los observados con tanta precipitacion y con tan grande audacia generalizados? Estas teorías aventuradas y descomedidas no han dado ocasion, es cierto, á que ardiesen en hogueras las plazas públicas y se prodigasen los tormentos; mas ¿podrá sin embargo afirmarse que no han causado mucho daño? No: sus funestas consecuencias obran todavìa en la sociedad, y pesarán sobre ella por largo tiempo. La *balanza de comercio y la libre competencia* han hecho brotar en el seno de cada Estado una guerra intestina cuyo término no alcanzaremos nosotros.

¡Qué consumo tan estéril de capitales! ¡Cuánta pérdida de trabajo! ¡Qué inversion tan deplorable de la riqueza nacional! Considerándolo atentamente, se asombra la imaginacion de las enormes sumas que han costado á la Francia esos disparatados sistemas y las malas leyes á que han dado lugar: el hierro, la ulla, los azúcares, los premios, las Antillas; y quiera el cielo que algun dia no tengamos que añadir el Africa!

Sin embargo, al ver aumentarse la prosperidad nacional, y al ver la nueva Francia coronada de tan brillante aurora, no podemos menos de pensar con admiracion cuan alto grado de riqueza y de poder hubiera llegado á alcanzar, ayudada por su escelente posicion geográfica y privilegiado territorio, y por la

actividad y el genio de sus pobladores, si no se hubiera dado nunca á sus fuerzas una aplicacion torcida y desplegado su energía en detrimento del interés general.

Pero tambien el mal es cierto: los padecimientos de los trabajadores, las crísis contínuas, casi periódicas, que sufren la industria y el comercio, y la encarnizada lucha en que se ven empeñados los intereses particulares, agrícolas, industriales, marítimos y coloniales, revelan gran desorden y desconcierto en las instituciones económicas de la sociedad, por las cuales puede culparse justamente á la rutina de los funcionarios públicos, mas codiciosos tal vez que desalumbrados, y á las teorías demasiado absolutas de los economistas.

No olvidemos pues, señores, que tambien la economía política puede producir funestos resultados cuando se procede por principios arbitrarios, presentando á los prácticos una síntesis que no sea el resumen de un analìsis detenido y riguroso. A nosotros nos parece muy estraño que toda una escuela entera haya adoptado por base de su doctrina la estravagante idea de que la riqueza de una nacion consiste en el oro y la plata. Sin embargo, el hecho es positivo: esta escuela ha gobernado la Europa por espacio de muchos años, y no solo están llenas nuestras bibliotecas de libros que desenvuelven esa teoría, sino que hoy mismo, en este mismo momento hay hombres que defienden sistemáticamente esta doctrina. Hay en un pais cercano al nuestro hombres que aun sostienen el sistema mercantil. En otra parte, al paso que nadie se atreve á proclamar estos principios, se sigue haciendo aplicacion de ellos

con tanta mayor seguridad, cuanto por ir mas disfrazados no parecen ser los que allí dominan. Sábese muy bien cuan fácil es ahogar la voz del interés general con los aplausos y clamoreo que levantan los intereses particulares, á los cuales se protege.

LECCION DUODECIMA.

Nociones generales sobre la produccion.—Indole y clasificacion de las fuerzas productivas.

Señores:

Al tratar diversas cuestiones relativas á las bases mismas de la economía política, hemos advertido que la riqueza se divide en natural y producida, y que la riqueza producida, aun cuando no sea la única que debe ocupar la atencion del economista, constituye sin embargo el objeto principal de la ciencia. Vamos pues á ocuparnos en el exámen de algunas de las cuestiones capitales relativas á la teoría de la produccion de la riqueza; mas tarde trataremos de los mas graves é importantes aún que ofrece el fenómeno de la distribucion. Segun ya hemos hecho, y segun hemos prometido hacerlo en utilidad de los que comienzan este estudio, á nuestro exámen precederá un ligero resúmen de las nociones fundamentales concernientes á la produccion de la riqueza.

Debemos antes de todo ponernos de acuerdo sobre

la significacion de la palabra produccion, de la cual se hace frecuente uso en la ciencia.

Nadie ignora que el hombre nada crea: que no tiene poder para añadir la mas pequeña molécula al universo. El hombre con su accion combina, modifica y trasforma; hé aquí todo su poder. Asi pues, cuando se habla de produccion, solo se significa trasformacion, ó produccion de una cosa por medio de otra que antes existía, sino en cuanto á la sustancia, al menos en cuanto á la forma, en cuanto al uso, en cuanto al servicio que este producto puede prestar al hombre, y en fin, en cuanto á la relacion existente entre nuestras necesidades y las cosas.

La palabra creacion, esa palabra tan vana y ostentosa, solo pudiera aplicarse tal vez á las producciones de la inteligencia, á las obras del talento y de la imaginacion. Pudiera en cierto modo decirse que Newton creó la teoría de la atraccion, que Corneille creó el Cid; mas nunca podrá decirse que un químico en su laboratorio ha creado una nueva sustancia. Por mas amalgamas y mezclas que haya hecho de cosas diferentes, escitando algunos fenómenos naturales, reuniendo entre sí cuerpos distintos, y produciendo en ellos con esta aproximacion cualidades que no se manifestarían á cierta distancia, nunca habrá hecho mas que combinar, modificar y trasformar lo ya existente. Hablando en rigor, no hicieron otra cosa ni Newton ni Corneille. Ellos igualmente pusieron en conjunto hechos diversos, formando una reunion de ideas y sentimientos preexistentes.

¿Qué es lo que el hombre pone de suyo en la produccion material? En último resultado, sola una cosa,

á saber, el movimiento. Cuando mezclo un álcali con un ácido, no soy yo ciertamente el autor del fenómemeno que resulta. Toda mi accion se reduce á la union de dos sustancias. Cuando reuno dos moléculas de mercurio separadas, y ellas se incorporan formando una sola, toda mi accion se reduce á un mero impulso.

Nada mas hace el que traza un sulco. Dá impulso á un cuerpo, y determina un movimiento, por el cual la tierra se separa, quedando á derecha é izquierda el terreno removido.

Entremos en una manufactura, en el taller mas complicado, fijemos la atencion en todas las operaciones que en él se ejecutan, y veremos que en último resultado, tanto el obrero mas ignorante como el mas hábil mecánico, hacen todos lo mismo en cuanto al hecho material; toda su accion se reduce á producir un movimiento, con la sola diferencia que el uno, habiendo anteriormente previsto y calculado sus efectos, lo ajusta y proporciona á los resultados que quiere obtener, y que el otro lo produce poco mas ó menos como una fuerza cualquiera inanimada.

Es pues la produccion en último analísis una aplicacion de fuerzas que dá por resultado cosas capaces de satisfacer las necesidades del hombre. Digo capaces de satisfacer las necesidades del hombre, y no, como han dicho algunos economistas, *capaces de cambio ó permutables*, porque esto nos conduciría á la doctrina errónea que ya hemos combatido, segun la cual la riqueza no es otra cosa que el valor en cambio, y no hay riqueza sino en donde hay valor permutable.

Al hablar de esta aplicacion de fuerzas destinadas á producir un resultado capaz de satisfacer alguna de las necesidades humanas, pueden vds., si mejor les parece, emplear la palabra creacion, diciendo, sin que repugne al lenguage racional, creacion de valor en uso, como de una relacion que antes no existia. Asi pues, crea un valor en uso el panadero que, tomando trigo en grano, lo convierte en pan, porque, segun nuestras costumbres, no podria el trigo natural satisfacer nuestro apetito sino de una manera imperfecta y desagradable. Nuestra relacion respecto del pan no es la misma que respecto de las espigas.

Júntanse siempre por consiguiente en el fenómeno de la produccion tres elementos, á saber: una fuerza, un modo de aplicacion y un resultado; ó en otros términos, la causa, el efecto y la transicion de aquella á éste por medio de la accion que la causa debió ejercer para producirlo.

Las fuerzas ó medios productivos son diversos. Al tratar de los gastos de produccion pudimos hacer una rápida mencion de tres principales instrumentos, el trabajo, el capital y la tierra; pero el asunto que ahora tratamos requiere una esplicacion mas exacta de todas las fuerzas productivas, determinando sus caracteres, y marcando las desemejanzas y las analogías que ellas presentan. Este análisis podrá esclarecer bastantemente las cuestiones que se nos presentarán en lo sucesivo.

Entre los medios de produccion los hay directos é indirectos; esto es, hay medios que son causa *sine qua non* del efecto de que se trata, de las fuerzas que forman la produccion. Y hay otros que contribuyen á la

produccion, pero que no la forman. Los primeros pueden obrar de por sí solos; los segundos solo pueden ayudar á los primeros en la produccion.

Esta distincion entre la accion directa y el auxilio indirecto, nace de la naturaleza de las cosas, y no es solamente propia de nuestro asunto; hállase tambien en las materias que parecen mas agenas de él. El legislador debiera tenerla presente entre los *fautores* y *los cómplices*, entre los compañeros en la perpetracion de un mismo crímen y los que solo cooperan á él, dirigiendo á los primeros, facilitando su egecucion, y ayudándoles en suma de una manera indirecta. En la legislacion criminal es un grosero abuso de lenguage y de justicia colocar en la misma línea que los dos hombres, de los cuales el uno se apodera de la vìctima y el otro la atraviesa á puñaladas, al que la víspera del crímen les facilitó el puñal, ó les indicó la hora en que debia salir y los pasos que habia de dar la persona cuya muerte preparaban. Aquellos cometen el crímen; este contribuyó á él. Sin aquellos no se hubiera verificado; sin este el delito era aun posible. En economía política sucede del mismo modo: la produccion del cáñamo seria imposible sin tierra, sin lluvia, sin calor, sin simientes y sin mano de obra. Estas son las fuerzas necesarias y los medios directos. Pero el químico que dá al agricultor útiles direcciones, el mecánico que perfecciona una máquina, el gobierno que facilita la importacion de ciertos abonos particularmente útiles al cultivo del cáñamo, contribuyen evidentemente á la produccion de este género, aun cuando sin sus auxilios la produccion fuera todavia posible. Hé aquí los productores indirectos.

Entre los medios de produccion, los unos son físicos, los otros intelectuales. ¿Será por ventura necesario esplicar estos términos y probar la exactitud de esta distincion?

Asimismo, los unos son comunes á todos, los otros apropiados. La lavandera que tiende su ropa al sol, y que por la noche la estiende al rocío para blanquearla, emplea una fuerza productiva. Estos medios son muy comunes.

Cuando esa misma lavandera no puede aprovecharse del sol, y se vé precisada á encender lumbre, se vale de un medio apropiado. Sus hornillos y su lumbre le pertenecen esclusivamente: nadie podrá servirse de ellos sin apropiárselos antes por medio de un cambio.

Finalmente, los medios de produccion se subdividen en naturales y producidos por el hombre.

Tanto el sol que á nadie pertenece privativamente, como un prado ó un bosque, que son verdaderas propiedades, salieron igualmente de las manos del criador. El arroyo que atraviesa mi hacienda, me pertenece, aun cuando no haya tenido que dar un solo golpe de azadon para abrirle una madre que ya le dió la naturaleza. Entre los medios naturales y apropiados existe uno muy poderoso, á saber: la fuerza del hombre; sin que se crea por eso que todos los trabajadores están en igual línea, ni aun en cuanto al empleo de las fuerzas musculares. Oriol ó Ratel hacen de sus músculos y sus nérvios un uso muy diverso del que hace un mozo de esquina. Las fuerzas musculares pueden estar igualmente distribuidas por la naturaleza, ó estar mas ó menos desarrolladas, dirigidas por la educacion como las fuerzas intelectuales. Llamamos medio natural á las

fuerzas del hombre, en el sentido de que no hay hombre alguno que no pueda en cierto modo, aun sin aprendizage, y por un mero impulso instintivo, hacer uso de sus brazos, de sus miembros y de su inteligencia, con el objeto de producir algo útil ó agradable. Las fuerzas productivas ocupan un inmenso lugar en la produccion. Ese poder que en nuestros dias obra tantos y tales prodigios, que arrostra las tempestades, que burla las distancias y une las naciones, sus productos y sus mercados, y prepara los elementos de una economía social mas perfecta: el vapor en fin, es una fuerza apropiada y producida. Todos los útiles, todas las máquinas se hallan en este caso. Todas las fuerzas natutales que salieron de su estado primitivo, y que se desarrollaron aumentadas por el uso ó por el arte, son igualmente, por este aumento y por este desarrollo, fuerzas producidas. La fuerza muscular de un jóven campesino, que por no haber aprendido cosa alguna ni aun sabe servirse de sus brazos sino por instinto, es una fuerza natural. Pero en la fuerza muscular del marinero que aprendió las maniobras de su oficio, hay aprendizage y produccion. Si no hubiera salido de su casa, no podria hacer lo que diariamente ejecuta en su buque. ¿Qué no podríamos decir del que aprendió á bailar, ó á tocar un instrumento cualquiera?

Puede esto igualmente aplicarse á ciertos agentes de que se sirve el hombre. Un caballo de Franconi y el caballo de un carretero no son fuerzas absolutamente semejantes; el del carretero no es mas que una fuerza natural, el de Franconi reune á ésta una fuerza adquirida.

Ahora bien, ¿podrá haber fuerzas producidas que

sin embargo no tengan la cualidad de ser apropiadas? Rigurosamente hablando tales fuerzas no existen. La produccion supone y engendra la propiedad; supone la propiedad de las fuerzas productivas á escepcion de los agentes naturales y comunes, y engendra la propiedad de lo producido. Poco importa que estas dos propiedades pertenezcan al mismo productor ó á otra cualquier persona. Pero, segun el lenguage ordinario, llámanse por lo regular cosas comunes aquellas que pertenecen en propiedad al estado, de las cuales no solo los ciudadanos, mas tambien todos los estrangeros pueden usar, conformándose con las costumbres y leyes del pais. Todas estas cosas, como son los caminos y calzadas, los rios y sus riberas, los puertos, las radas y las ensenadas, y en generel todas las partes del territorio del estado no susceptibles de propiedad particular ó privada, son pues fuerzas productivas, ya sean directas ó indirectas. Pero repetimos que no puede decirse con exactitud que tales fuerzas, sean ó no producidas, no son en realidad fuerzas apropiadas.

Estas fuerzas apropiadas son las que constituyen esencialmente los tres instrumentos que designa el economista con los nombres de tierra, capital y trabajo; denominaciones en verdad poco felices, por no ofrecer la palabra tierra á la imaginacion todo el conjunto de las fuerzas naturales apropiadas, mientras la palabra trabajo indica mas bien el acto que la potencia, ó si se quiere, mas bien el efecto que la causa.

El carácter de fuerzas apropiadas y directas es comun á estos tres instrumentos de la produccion.

Sus desemejanzas son muy notables. El trabajo y la tierra son fuerzas primitivas; el capital nunca es

mas que un resultado, ó por mejor decir, el ahorro aplicado á la reproduccion, cuando el hombre emplea como instrumento de ésta lo que hubiera podido emplear como medio para sus placeres.

El trabajo considerado como potencia, no es trasmisible; solo desnaturalizándolo han podido hacerlo tal los dueños de los esclavos. El capital y la tierra entran regular y legítimamente en el comercio.

La tierra y el capital son fuerzas materiales que solo obedecen á las leyes del mundo físico: el instinto y la sensibilidad orgánica no son suficientes á crear en los irracionales el principio de la libertad, es decir, el derecho y el deber. Son pues un puro medio.

El hombre inteligente, libre é independiente, está sometido al imperio de la ley moral. Las manifestaciones de la humana voluntad no pueden sustraerse al principio de la moralidad; asi como ni la mas imperceptible porcion de un cuerpo, aunque no fuera mas que un átomo, puede sustraerse á las leyes de lo físico. El trabajo, noble emanacion de la voluntad, es pues una potencia sometida á sus leyes particulares: fuerza que no puede confundirse con otra ninguna. Hacer abstraccion, en las leyes del trabajo, de nuestra naturaleza moral, es abusar del análisis y poner al hombre al nivel de las alimañas. En vano el economista pretendería arrogarse este derecho.

La ciencia económica tiene sin disputa alguna su campo propio en esfera distinta de la moral. Un economista podrá, con razon ó sin ella, persuadirse de que, siendo el trabajo del esclavo mas productivo que el del hombre libre, la esclavitud con respecto á la riqueza nacional sea preferible á la libertad; pero su de-

recho acaba en la deduccion. La ciencia médica solo considera en el hombre la vida orgánica: ¿podría por consiguiente el médico aconsejar ciertos esperimentos, abreviar con la muerte muchos males que no tienen remedio, y segundando los deseos criminales de las infelices que quisieran evitar las funestas consecuencias de una pasion ó un abandono, destruir en ellas el gérmen de una existencia aun insensible? No, de ningun modo. Sabe muy bien que la accion que ejerce solo el bruto no es igualmente aplicable al cuerpo humano por grande que pueda ser la analogía entre la constitucion orgánica del hombre y del animal.

La ciencia y el arte no pueden traspasar los límites de una ley superior, cual es la ley moral.

Pero bien podria el economista pretender, en vista de una masa mayor de riquezas producidas, que al trabajo humano y voluntario se sustituyera la accion necesaria y obligada de los animales y de las máquinas; semejante idea, ya fuese errónea ó acertada, no le haría traspasar los límites de la ciencia: porque tanto le pertenecen á ella todos los sistemas y todas las hipótesis económicas, como el idealismo á la filosofía, y la teoría del horror del vacío á la física.

Mas los derechos del economista no pasan del sistema. Imagínese en buen hora que el hombre es el peor de los productores; pero, dados el hombre y el trabajo, deducir por consecuencia que es necesario suprimirlos todo lo posible, que debe humillarse á la criatura hasta dejarla al nivel del bruto, ó al menos no considerar el trabajo humano sino como la accion mecánica de una fuerza puramente material, sería esponerse, no solo á la crítica de los economistas ilustra-

dos, mas tambien á la reprobacion de todo el que se creyere con derecho á defender la moral y la sana política.

El economista debe admitir los hechos como ellos son; y evidentemente no lo hace asi quien confunde el trabajo del hombre con cualquiera otra fuerza productiva.

Las desemejanzas arriba indicadas no son puramente especulativas.

Escrito tenemos en nuestras leyes el principio de la inalienabilidad del hombre y de su libertad. «No es lícito, dice el Código civil en su artículo 1780, empeñar sus servicios sino por tiempo determinado y para determinado negocio.» No confunde la ley civil el trabajo del hombre con la accion de un caballo ó de una bomba.

La accion productiva del capital, asi como la de la tierra, pueden suspenderse sin mas inconveniente directo que una diminucion en los productos. Si un empresario vé que sus caballos de trasporte han llegado á ser inútiles, y si no encuentra modo de venderlos ó emplearlos en otro trabajo, se los entregará á un trapero. Cuando un campo no produce lo bastante para cubrir los gastos del cultivo, se le deja en barbecho. Mas no se puede ni abandonar, ni entregar al trapero á los jornaleros sin trabajo, ó impotentes por causa de enfermedad ó senectud. Todo empresario particular puede en rigor abandonar á la indigencia á sus obreros: del mismo modo que éstos tienen derecho para dejar su taller cuando se les antoje. Mas ¿podrá hacerlo el empresario general, esto es, la sociedad entera? No tratemos ahora de averiguar cuáles son bajo

este aspecto los límites rigurosos del derécho y de las obligaciones recíprocas entre los trabajadores y el estado. Limitémonos al hecho. Los jornaleros sin trabajo consumen desde luego todos sus ahorros, y cuando de la pobreza pasan á la miseria, se encuentran, sea cual fuere la forma de los socorros que reciban, á merced de la caridad pública ó particular. Por mas que se diga, este es un hecho necesario; no hay ni egoismo, ni sistema, ni leyes capaces de cerrar á la indigencia la puerta del socorro. Puede dejárseles morir poco á poco, lentamente trabajados por un alimento insalubre, por las enfermedades, y los padecimientos morales; pero condenarles con un abandono absoluto á una muerte cierta é inmediata, y convertir para ellos espresamente la sociedad en un calabozo como el de Ugolino: ¡Ah! no: nuestras entrañas no han llegado aun á tal grado de estoicismo. Mas ya tendrémos lugar de recordar estas materias tan importantes como delicadas cuando tratemos de la poblacion y de la retribucion del trabajo en la distribucion de la riqueza.

Lo dicho hasta ahora puede ser suficiente para probar que el trabajo humano es una fuerza productiva *sui generis*: fuerza que el economista, tanto como el moralista y el publicista, deben distinguir de todas las demas.

Al tratar de la produccion agrícola y del precio de sus productos dejamos ya indicados los caractéres particulares que distinguen la tierra del capital. Esta, ya quedó demostrado, solo puede ser considerada como una máquina bajo ciertos puntos de vista.

La tierra y el poder del trabajo son dones de la naturaleza. El capital es un hecho del hombre. No sin

razon, pues, le han llamado algunos trabajo acumulado. Sin embargo, al abstenerse de consumir de un modo improductivo una porcion de sus productos, no es solo el trabajo lo que el hombre ahorra y acumula. El producto convertido en instrumento productor es casi siempre el resultado, no solo del trabajo y del capital preexistente, mas tambien de la tierra.

La tierra es lo que el hombre encuentra en el mundo esterior como fuerza productiva y apropiada. La fuerza productiva que encuentra en sí mismo es el trabajo. Toda fuerza productiva que ni es tierra ni es trabajo, es capital. Comprende éste todas las fuerzas producidas, ya completa ya parcialmente, y aplicadas á la reproduccion. Así pues, todos los útiles, todas las máquinas, del mismo modo que los caballos, los ganados, las simientes, los abonos, los graneros, los almacenes y los talleres destinados á la produccion, constituyen capital.

Mas tarde veremos la distincion de capital fijo y capital circulante, la cual, á pesar de su importancia, no tiene quizás toda la exactitud necesaria.

El capital es por consiguiente una fuerza productiva, y tambien producida. Podrá pues decirse que, si los talentos naturales son comparables á la tierra, los talentos adquiridos, ó el trabajo de las fuerzas humanas que desorrolla la educacion, constituyen capital. Un padre de familia que hace aprender á su hijo algun oficio, gasta todos los años cierta cantidad: y crea un capital, cuyo fondo es su hijo mismo; su producto se acumula en el muchacho. Su padre pudo muy bien haber consumido aquellas cantidades, en vez de emplearlas en el aprendizage de su hijo: hubiera podido

dejarle sin educacion, y procurarse á sì propio algunos goces mas. Pero prefirió cumplir con su deber y hacer ahorros que despues se trasformaron en educacion. En lenguage económico diríamos que modificó á su hijo.

No desechemos ciertas espresiones por lo que puedan tener de material. Ahora solo consideramos un instrumento de trabajo; y decir segun esto que el padre modifica á su hijo, solo significa que de un ente inculto ha llegado á hacer una persona inteligente, y que ha trasformado una fuerza poco menos que ciega en otra capaz de producir efectos qua no hubiera producido sin la educacion. Ha creado un capital, porque su objeto ha sido utilizar para la produccion las fuerzas adquiridas por su hijo.

No sucede lo mismo con la madre que sin destinar á su hija al teatro, la hace aprender el arte de danzar con donaire. Podrá decirse que la elegancia y el buen tono reclaman esta enseñanza de puro adorno que contribuyen á realzar las gracias naturales de aquella jóven; mas no que haya en ésta formacion de capital, no habiéndose propuesto un aumento de fuerzas económicas. Esta clase de inversion es análoga á la que hace el que manda bordar su vestido, mientras que el padre, que pone su hijo en aprendizage, capitaliza para éste, para sí mismo y para la sociedad.

Los medios intelectuales se dividen como los físicos, en naturales y adquiridos. Los medios físicos adquiridos por el hombre suponen siempre una adquisicion intelectual. El grumete de navío tiene bajo ciertos aspectos un entendimiento mas desarrollado que el muchacho que pasa el dia entero cuidando de una pia-

ra. Aquel, subiendo al mástil del buque, adquiere conocimientos é ideas que éste no tiene.

Preséntase aquí la cuestion sobre sí, conforme lo han pretendido algunos filósofos, podrian todos los hombres llegar al mismo resultado, siendo las diferencias que se observan entre los diversos entendimientos, mero efecto de la educacion. Esta cuestion tiene para nosotros poca importancia. Segun uno de aquellos sistemas, todos los hombres nacemos dotados de cierta fuerza intelectual que despues desarrolla la educacion desigualmente en unos que en otros. Segun otro que creo verdadero, los hombres no nacen todos con la misma fuerza intelectual, y á esta diferencia primitiva se añade la de la educacion. En ambos hay fuerza natural y fuerza adquirida, con la sola diferencia de que en el primero el poder natural es para todos el mismo.

Cuanto se dice con respecto á las fuerzas físicas adquiridas es igualmente aplicable á las fuerzas intelectuales que debemos á la instruccion. Destinadas éstas á la produccion, dícese que constituyen un capital. Así que, no solo el que destina á su hijo al aprendizage de sastre, zapatero ó constructor de pianos, mas tambien el padre que educa á su hijo para médico, abogado ó literato, capitalizan una fuerza destinada á producir algo capaz de satisfacer ciertas necesidades de la humanidad.

En este modo de capitalizar se aventura mas que en otro alguno; y esta es una de las causas que hacen mas considerable la retribucion dada á esta clase de trabajadores. Segun que los gastos son mayores, son tambien mayores los riesgos. El que despues de haber estudiado hasta la edad de veinte ó veinte y dos años

es incapaz de continuar la carrera á que se dedicaba, destruyó un capital social. Ademas de hacerse impotente y ridículo, devoró una suma de ahorros, que invertidos mas felizmente hubieran podido dar un producto que falló completamente. Es el trigo de la parábola que cayó entre piedras y espinas.

Estas consideraciones son exactas. Esceptuando algunos agentes naturales como el agua y la luz, no hay en el fondo instrumento alguno de produccion en su estado natural y primitivo que, si es lícito decirlo así, no tenga mezcla de capital.

Toda tierra labrantía, toda mina laboreada, toda corriente de agua convenientemente aprovechada y dirigida, encierran en sí un capital: reúnense á ellos ciertos medios de produccion añadidos por el hombre, el cual, absteniéndose prudentemente de ciertos consumos, supo acumular unos productos en otros, y multiplicar las fuerzas de la tierra.

Lo mismo sucede con las fuerzas humanas; por lo que no hemos vacilado en echar mano en este curso de la palabra capital, para designar las fuerzas ó talentos debidos á la educacion (1).

Segun veremos al pasar á las cuestiones complicadas y difíciles á que dá lugar la distribucion de la ri-

---

(1) Mr. Blanqui ha sido el primer economista que ha dado el nombre de capital moral á la suma de capacidades de todo género con que se enriquecen y civilizan las naciones. *Véase* su análisis de la *renta del talento* en el informe redactado por los Sres. Blaise y Garnier, 1837, sobre el curso esplicado por el citado economista en el Conservatorio de artes y oficios de París.

(N. del Trad.)

queza, conviene, para la claridad en la discusion y mayor exactitud en los resultados, saber siempre distinguir en el acto de la produccion las fuerzas iniciales de las fuerzas producidas : el trabajo y la tierra, del capital.

Pero importa tambien no desconocer las asimilaciones que resultan de la fuerza de las cosas, cuando un capital llega á juntarse á un instrumento primitivo. En cuanto á la tierra, me limito á indicar que hay porciones de capital incorporadas con la tierra desde largo tiempo y de una manera tan íntima, que sería una mera abstraccion el pretender discernir en todos los casos la potencia natural de la potencia capitalizada. Los efectos de un dique, de un canal y de cualquiera construccion considerable, son siempre patentes y manifiestos; mas ¿quién podria distinguir con alguna exactitud las modificaciones que á la larga producen sobre el terreno un cultivo entendido y reiterado, y el uso de ciertos abonos y ciertas mezclas de las cualidades naturales del terreno?

El capital que se agrega al poder natural del hombre sufre una asimilacion mas importante. Porque todo lo que al hombre se agrega, se halla necesariamente sometido á los principios soberanos de nuestra naturaleza. En el hombre nada puede sustraerse al principio de la libertad y de la moralidad : y esta ley sujeta así sus fuerzas naturales como sus fuerzas adquiridas, y el trabajo inicial del mismo modo que el trabajo capitalizado, por medio de la educacion y de los ahorros ó economías. El hombre es siempre un agente libre y responsable que nadie, ni aun el economista especulativo tiene derecho de considerar como una máquina. Diga-

mos en buen hora que las fuerzas adquiridas constituyen un capital, mas no olvidemos nunca que este capital vá unido al poder del trabajo con un vínculo indisoluble: y del mismo modo que no pueden ponerse en igual línea la fuerza natural de un golpe de agua y la del ser humano, asi tampoco pueden jamás confundirse las fuerzas producidas por un caballo ó una máquina de vapor, de las cuales podemos usar y abusar á nuestro antojo, con los talentos adquiridos del hombre.

Al tratar del capital, suscítanse varias otras cuestiones importantes: entre otras, la de si los economistas han tenido ó no razon para comprender en la nocion de capital las primeras materias, y las sumas ó productos anticipados por los empresarios á título de jornal ó estipendio. Ya llegará la ocasion de examinarlas con mayor claridad y provecho.

Tales son los medios directos de produccion.

Los indirectos son muy numerosos. Todo lo que favorece la produccion y tiende á destruir un obstáculo y á hacerla mas activa, mas rápida y sencilla, es un medio indirecto. Bajo este punto de vista, el cambio es un medio indirecto de produccion; otro es la circulacion de la riqueza. Igual pudiera decirse de la moneda; imaginémonos que sería la produccion, suprimidos los cambios, la circulacion y la moneda, y presto nos convenceremos de la importancia de estos medios indirectos.

Solo añadiré un ejemplo; todo trabajo gubernativo es un medio indirecto de produccion. Suprímase el gobierno, suprímanse la justicia social y la fuerza pública, y veamos en que queda el trabajo de las sociedades

civiles. El mismo sombrerero sabe que el gendarme que recorre su calle, que el juez que preside en su tribunal, que el carcelero que recibe á un malhechor y le tiene encerrado en un calabozo, y que el ejército que defiende la frontera contra las invasiones del enemigo, contribuyen indirectamente á la produccion. Sabe que si estos medios se suprimiesen no podria fácilmente fabricar sombreros; y si llevase la simplicidad hasta el punto de fabricarlos, no dejaria de dar con bastantes personas dispuestas á quitárselos sin pagarlos. Por consiguiente, todos los que consagran su tiempo, su trabajo y sus estudios al ejercicio del poder público, ó á la administracion de la justicia social, contribuyen á la produccion nacional en mayor ó menor grado.

De donde resulta que la division que algunos escritores han hecho de la sociedad en dos clases, la de productores y no productores, ó productores y ociosos, es una verdadera exageracion. Ciertamente es de sentir que en la sociedad haya vagos y desperdiciados, pero es fácil convencerse de que su número es infinitamente menor del que se pretende, pues estoy muy distante de considerar como únicos productores á los que pasan su vida haciendo zapatos ó tela de algodon. Siempre mirarémos con consideracion el trabajo, sea el que fuere, con tal que sea honroso: respetamos á todo trabajador siempre que su trabajo sea lícito; pero este respeto no debe ser esclusivo privilegio del que trabaja en manufacturas. No llamarémos nunca ocioso al que vigila sobre la seguridad y tranquilidad pública, al que administra justicia, y al que contribuye con sus obras á que el pais tenga leyes cada vez mejores.

Hay aun mas; no llamarémos ocioso al que en vez de invertir todas sus rentas en placeres, las administra prudentemente, destinando parte de ellas á la reproduccion, ó aumentando con sus ahorros el capital de la nacion. ¿Ha de ser indispensablemente necesario trabajar de manos para no ser ocioso? ¿No se podrá contribuir á la produccion sino con los músculos? ¿No puede hacerse empleando los capitales, la inteligencia y la enseñanza?

Así que, sin pretender que no haya en el mundo ciertos hombres que, olvidados de nuestra naturaleza, se abandonan á un ócio miserable é infecundo, para vivir como los brutos sin pasado y sin porvenir, es preciso reconocer que el número de estos antes degradados no es tan considerable como se ha querido suponer. Hombres hay que desde el fondo de su gabinete son mas útiles á la sociedad que quinientos jornaleros que trabajen agitando todos sus músculos. No podrá llamársele por cierto ocioso y vagamundo al que descubrió la fuerza del vapor, arrebatando á la natnraleza uno de sus mas importantes misterios, ni al que haya encontrado un medio para disminuir el número de los criminales. Podria rechazárseles con justicia á estos hombres, si reclamasen el mas distinguido lugar entre los trabajadores?

Hé aquí las nociones generales que debian preceder al exámen de las cuestiones sobre la produccion. En nuestra próxima reunion caminarémos sobre estas nociones generales para hacer algunas indicaciones acerca de las disputas que ha originado cierta distincion de Smith; hablo de la distincion entre el trabajo productivo y el improductivo, entre los productos mate-

riales é inmateriales. Entrarémos en seguida en las cuestiones que nos proponemos examinar y que dejamos indicadas hoy.

Se ha visto que la produccion comprende tres elementos, las fuerzas, el modo de aplicarlos, y su resultado; en cada uno de ellos se ha suscitado la cuestion de si la libertad, para el interés social, es ó no preferible á la regla: si para la produccion es preferible que cada uno pueda emplear en ella sus fuerzas y aplicarlas á su manera, esto es, que pueda producir el resultado que mejor le parezca; ó si es mas conveniente aumentar ó paralizar ciertas fuerzas, favoreciendo ciertos resultados y escluyendo otros. Esta cuestion domina toda la materia de la produccion, y es digna del mas severo exámen: es un problema filosófico y práctico á un mismo tiempo, que pertenece tanto á la ciencia pura como á la ciencia aplicada, y abarca en un conjunto la economía, la administracion, y la política.

LECCION DECIMATERCIA.

Del trabajo productivo é improductivo; de los productos materiales é inmateriales.

Señores:

Hemos presentado ya bajo un punto de vista general las diversas fuerzas productivas, su naturaleza, sus caractéres, y hemos deducido como primera consecuencia de nuestro exámen, que el fenómeno de la produccion encierra en sí todos los fenómenos económicos. En cuanto al método, puede distinguirse, segun lo hacemos nosotros, la produccion de la distribucion de la riqueza, ó analizar, segun lo hacen otros, la produccion, la distribucion y el consumo; puédese finalmente sustituir la circulacion al cambio y hacer de ella una de las divisiones de la ciencia. Pero, en cuanto al hecho, todos estos fenómenos particulares se hallan necesariamente incluidos en el de la produccion. Para que esta tenga lugar, es menester que haya consumo; ya sea productivo, ó lo que es lo mismo, trasformacion de cierta cantidad de materia, ya consumo propia-

mente dicho. Sin trabajo no puede haber produccion: el trabajo es la obra del hombre, y el hombre es el que consume, valiéndose para esto de la distribucion de la riqueza. Asímismo, no puede haber produccion de alguna importancia, no habiendo cambios. El salvage que armándose de una flecha trabajada por sus manos produce la caza que le sirve de alimento, y la familia de montañeses que sin comunicacion alguna con el resto de los vivientes fabrica todo lo necesario para cubrir sus necesidades, pueden ciertamente no necesitar de cambios. Pero estos hechos son insignificantes con respecto al movimiento económico de las sociedades. En todo mercado una gran parte de la venta se debe á los productores que compran ó cambian para producir nuevamente. Todos estos fenómenos están entre sí ligados, y agrupados, por decirlo así, los unos con los otros: el analisis científico puede distinguirlos y clasificarlos en secciones distintas mas ó menos numerosas. Para la claridad del método, bastan en nuestro concepto dos grandes secciones: la produccion de la riqueza, y la distribucion: de ellas puede resultar la esposicion lógica y el completo desenvolvimiento de las ideas económicas.

De la idea general de la produccion emana un segundo é importante corolario, á saber: que no deben considerarse como de gran valor para la ciencia todas esas distinciones tan encomiadas de trabajo productivo y trabajo improductivo, produccion material é inmaterial, *productos-cosas* y *productos-servicios*. Fijemos sin embargo en ellas nuestra atencion. Desde luego, observamos que todas estas distinciones nacen de un capítulo de Adam Smith; por cuya sola razon, como

opiniones atrincheradas detras de este nombre, mere-cen ser tratadas con respeto. En segundo lugar, estas distinciones han sido objeto de largas discusiones científicas entre hombres reconocidos como caudillos en la materia, especialmente entre J. B. Say y Malthus.

Dice Adam Smith en uno de los capítulos de su grande obra (lib. II, cap. 3): «Hay cierto trabajo que »aumenta el valor del objeto en el cual se ejerce; y »otro que no produce el mismo efecto. El primero, »como que produce un valor, puede llamarse *trabajo »productivo;* el segundo *trabajo no productivo.* Así pues, »el trabajo de un obrero empleado en una manufactura, »añade al valor de la materia en que trabaja, el valor »de su subsistencia y el del beneficio del que le emplea »en su taller.» Considerado este hecho material aisladamente, es irrecusable. Si el obrero trabaja, claro es que la pieza de paño será mayor por la tarde que al principio de la jornada, y que por consigniente el empresario adquirirá por la noche algo que no tenia por la mañana. «El trabajo de un sirviente por el contra»rio (dice Smith) no aumenta el valor de cosa alguna. »Es cierto que el obrero recibe su jornal, mas no por »eso es gravoso al que le paga; pues por el contrario, »el valor de los estipendios se encuentra, con cierto »beneficio ademas, en el aumento de valor del objeto »al cual se aplicó el trabajo, al paso que la subsisten»cia que el criado consume no se encuentra en parte »alguna. Un particular se enriquece, hablando en ge»neral, empleando á una multitud de obreros en su fá»brica; mientras el mantener un gran número de cria»dos le empobrece.»

Tal es el fundamento de la referida distincion. Sin

embargo, Adam Smith era demasiado perspicaz para incurrir en errores groseros; que tal lo hubiera sido creer que el trabajo de los sirvientes es trabajo sin valor. «El »trabajo de éstos, añade por lo tanto, tiene sin embargo cierto valor y es tan digno de recompensa como »el de los otros. Mas el trabajo del obrero permanece, »y se realiza en un objeto cualquiera ó en alguna cosa »venal que dura por lo menos algun tiempo, despues de »haber cesado el trabajo. Es por decirlo así, una can»tidad de trabajo de repuesto ó de reserva para cuando »llegue la ocasion de servirse de él..... El trabajo del »criado, por el contrario, no permanece ni se realiza »en objeto ninguno, en cosa ninguna que pueda ven»derse despues. Generalmente hablando, sus servicios »acaban en el instante de haberlos prestado, sin dejar »señal alguna de su valor que pueda servir para lo su»cesivo.» Y con su talento generalizador estiende su observacion á todos los trabajadores cuyo trabajo, á su modo de ver, no queda estable en parte alguna, comprendiendo en este número á todos los magistrados y á los que no trabajan materialmente en un pedazo de tela ó en un trozo de terreno. «Sus servicios (dice, ha»blando de todos los jueces civiles y militares) por mas »honrosos, útiles y necesarios que sean, no producen »cosa alguna con que poder procurarse iguales servi»cios en lo sucesivo.» Y en efecto, es indudable que no se puede ir al mercado con un pedazo de administracion de justicia para cambiarlo por un pan ó una vara de tela.

Tal es la idea de Smith; mas cuando las ideas sistemáticas é incompletas de hombres eminentes caen en manos de sus discípulos, siempre es la parte mas

flaca ó infeliz la que ellos adoptan con preferencia, haciéndola cada vez mas conspícua. Y eso es muy natural, me decia cuando era yo jóven un sabio literato; los malos pintores solo saben retratar fisonomías deformes, pues como poco acostumbrados á las buenas proporciones del arte solo aciertan á trasladar las facciones mas pronunciadas. Los errores del entendimiento son como aquellas facciones que alteran en el semblante la proporcion de la belleza. Asi es como apoderándose de la distincion de Smith se ha llegado á exagerar su pensamiento, escluyendo de la categoría de las riquezas, y de los medios productores, el trabajo que contra razon denominó aquél productivo.

Dijeron los unos: «¿Cuál es el trabajo improductivo sino el que solo dá productos inmateriales?» Y de aquí nació la famosa distincion entre productos materiales é inmateriales, siendo los primeros riqueza, y no siéndolo los segundos. De aquí tambien las definiciones arbitrarias de la riqueza; diciendo, entre otras, que la riqueza consiste en cosas materiales susceptibles de acumulacion.

Otros han dicho: «el trabajo productivo produce cosas; el improductivo solo produce servicios, porque los servicios no son cosas.»

Ahora bien, si la idea que nos hemos formado de la produccion es exacta, fácilmente reconoceremos que todas estas distinciones giran sobre un abuso de palabras. La produccion, en nuestro entender, es siempre la aplicacion de una fuerza ajustada á cierta forma, para obtener un resultado. Asi pues, siempre que el resultado sea por su naturaleza capaz de satisfacer cualquiera necesidad humana, habrá producto. Hé aquí lo

cierto. Por consiguiente, siempre que encontremos una fuerza aplicada de cierta manera, siendo para nosotros el resultado de esta aplicacion útil ó agradable, diremos que ha habido produccion, que existe un producto, y que no puede menos de existir un valor en uso y una riqueza.

¿De qué dimana, pues, esa confusion de ideas? Figurémonos á un agricultor, á un fabricante de muselilinas, á un improvisador, á un cantor, ó á un frotador de entablados (1). Cada uno de ellos emplea una fuerza; cada cual la aplica segun su método; cada cual produce un resultado que satisface una necesidad del hombre. El agricultor nos dá trigo, cáñamo y vino; el fabricante nos dá tela. ¿Qué nos dá el improvisador? ¿Hay en nosotros necesidades que pueda él satisfacer? Sí en verdad; porque en el mero hecho de acudir á oirle por un precio determinado, esperimentamos una necesidad mayor de lo que es el sacrificio del gasto. Para nada importa la naturaleza de esta necesidad. Tal vez es el amor á lo bello; tal vez la simple curiosidad; acaso pudiera ser el deseo de manifestarnos entendidos en poesía. Hay personas que acuden con un empeño estraordinario á oir á los improvisadores ó actores estrangeros, á pesar de hablar una lengua estraña, de la cual, aquel benévolo auditorio apenas pudiera descifrar algunas palabras sirviéndose de diccionario. A pesar de eso, no solo superan el obstáculo del precio, sino tambien el fastidio; que tan poderoso es en los hombres el deseo de aparentar! La economía política no trata de indagar si semejante deseo es natural ó facti-

(1) Frotteur.

cio, si es ó no vituperable. Solo se limita á decir: cuando el improvisador trabaja, el teatro se llena de gente: luego hay una necesidad moral satisfecha, luego la improvisacion pertenece al número de las producciones, ó útiles ó agradables. La improvisacion es una aplicacion de las fuerzas intelectuales, sujeta á su forma propia y peculiar, asi como la aplicacion de las fuerzas manuales del tejedor. El tejedor nos dá la tela que satisface nuestra necesidad de cubrirnos ó componernos; el improvisador nos recita cierto número de versos, cuyo efecto es igualmente la satisfaccion de nuestro amor á lo bello, de nuestra curiosidad, ó por lo menos de nuestra vanidad. ¿En qué está pues la diferencia? Ya considere á los productores ó á los consumidores, el economista, tanto en uno como en otro caso, solo vé el empleo de una fuerza para un objeto útil ó agradable, y la produccion de un resultado análogo á la fuerza empleada. Se dirá que hay diferencia en la naturaleza de la necesidad que se trata de satisfacer. Mas, para determinar lo que es riqueza y lo que no lo es, para nada importa la distincion de las necesidades en físicas, intelectuales, en materiales y morales, y otras mas ó menos conformes á la sana razon. ¿Qué le importa al economista que estas necesidades sean de diversa naturaleza? El nombre de riqueza es tan aplicable á la diadema con que ceñimos la frente de una hermosa, como á los bordados de una casaca, como al pan que nos sirve de alimento y al libro que usamos en nuestras oraciones. Todos estos objetos satisfacen necesidades de diversa naturaleza; sin embargo, á nadie se le ocurre decir que no son riqueza la diadema, los bordados y el devocionario.

Prosigamos: llamamos á un frotador para que alustre los entablados de nuéstra habitacion. No hay duda que el resultado de su trabajo no puede enviarse al mercado, ni encerrarse en un cajon para trasportarlo á las Indias; lo que tampoco puede hacerse con los gorgeos de una cantatriz ó los saltos de una bailarina. Su trabajo acaso haya dejado de existir mañana, sin dejarnos, como la música ó el baile, un tesoro de recuerdos en la memoria. Pero, ¿se dirá por eso que hacemos alustrar nuestros suelos solo para que el frotador despliegue su fuerza muscular en ellos? No por cierto; queremos satisfacer uno de nuestros deseos: el deseo de tener un apartamento bien limpio y arreglado, hermanando á un mismo tiempo las leyes de la higiene y de la elegancia. ¿Qué diferencia hay, para la ciencia, entre el que alustra un entablado y lo dispone para un sarao, y el que nos cepilla el frac, y el que teje los cortinages de nuestro estrado ó fabrica nuestros guantes? Al celebrar aquel sarao, para el cual han contribuido asì el sastre como el tapicero, el guantero y el frotador, y para el cual ajustamos y hacemos venir cantantes y músicos que toquen y canten para darnos mas importancia á los ojos de aquella reunion, la necesidad satisfecha con la produccion de todos aquellos trabajadores es evidentemente la misma, sea cual fuere por otra parte la forma y la naturaleza de sus productos. Sería injusto negar á los unos el carácter de riqueza, reservándolo esclusivamente para los otros.

Algunos hombres eminentes han incurrido sin embargo en este error; lo que puede esplicarse con tres observaciones.

Entre los compradores, unos compran productos ó

trabajo para consumirlo ellos directamente; otros solo los compran para vender los nuevos productos que obtienen por medio de aquellos y del trabajo que han adquirido. El dueño de las fábricas de Mulhouse no produce ciertamente sus cien mil anas de algodon para vestirse él, sino que lo hace para venderlas. Su idea principal, como fabricante, es el valor en cambio. Por el contrario, el que compra ciertos productos para su uso y propio consumo solamente busca su valor en uso.

Hay pues en el mercado un número considerable de compradores y vendedores, los cuales en sus operaciones solo se proponen el comercio reproductivo y el cambio; y hay otros por el contrario que solo provéen al consumo propiamente dicho, esto es, al consumo personal é inmediato. Pero la accion de los primeros que obra sobre grandes masas y domina, por decirlo así, el mercado, es la que mas particularmente fija la atencion de los economistas. Al contemplar los inmensos talleres en que ella se despliega, sus grandes fraguas y sus ricos almacenes, se han olvidado del tendero, del limpia-botas, y del portero. Por consiguiente, no es de etrañar que los hombres que no han dado á la nocion del valor en uso toda la importancia que ella merece, y que se han dejado dominar por la consideracion del valor en cambio en las transacciones económicas, hasta el punto de no ver riqueza sino en este valor, incurriesen en el error que hemos manifestado. Las preocupaciones de su mente les hicieron no tomar en cuenta mas riqueza que la que puede comprarse, para trasportarla en seguida al mercado. Habituados á mirar al productor como comprador de productos capaces de reventa, mutilaron la misma no-

cion del valor en cambio, porque fijando su atencion solamente en el que compra un servicio, perdieron de vista casi enteramente al que lo vende. Admitamos por un momento que el trabajo de un criado es improductivo para su amo; ¿será tambien improductivo para él? No son por ventura riqueza, y riqueza producida con su trabajo, el alimento, los vestidos y el salario que le dá su amo?

Ha sido tambien causa de error el no distinguir la produccion directa de la produccion indirecta: distincion fundamental, cuya importancia dejamos suficientemente demostrada en nuestra última reunion. Si Smith hubiera reflexionado en ello, no hubiera dicho que el trabajo del magistrado es improductivo, aunque honroso, útil y necesario. Porque como ya hemos dicho, ¿sería posible la produccion sin este trabajo? No es evidente que contribuye á la produccion, si no ya con un auxilio directo y material, al menos con una accion indirecta que no puede menos de tomarse en cuenta?

Hay ademas una última causa de esta confusion de ideas. No se han distinguido con bastante diligencia los tres hechos principales del fenómeno de la produccion, es decir: la fuerza ó medio productivo, la aplicacion de ella, y su resultado. Hé aquí por consiguiente cómo han razonado los economistas á que hacemos alusion:

Voy á casa de un relojero para comprar un reló. ¿Qué es lo que yo compro en él? un resultado, ó lo que es lo mismo, un producto. Nada me importa saber de qué manera se hizo, pues á pesar de que entre todos nosotros apenas habrá media docena que no tengan re-

ló, probablemente no habrá uno solo que acierte á esplicar su mecanismo. Ignoro qué trabajo se haya empleado en él, por cuantas manos ha pasado, y cuantos útiles ha sido necesario aplicarle antes de ponerlo en venta: pues el resultado es lo único que me interesa.

Asimismo, cuando necesito una levita, voy á casa del sastre y se la compro. No compro el paño, sino la levita entera; pues nada me importa saber en qué parage compró el sastre su paño y de qué fábrica ha salido.

Este y otros hechos análogos constituyen una primera categoría. Hay tambien otra de segunda especie: y sirvámonos del mismo ejemplo. Hay ciertas personas montadas á la antigua, como suele decirse, que cuando tratan de vestirse hacen llamar á un menestral y le encargan tal ó cual prenda, suministrándole el paño, los forros y todo lo necesario para la obra. En este caso ¿qué es lo que se compra? Los que acostumbran á hacerlo así, solo compran una fuerza, un medio destinado á producir cierto resultado á su cuenta y riesgo. El objeto de este contrato es la compra de una fuerza como cuando se toma un criado ó se ajusta á un mozo. Ambos, así el mozo como el criado, podrán hacer mil cosas diversas: hoy, por ejemplo, hará aquel hombre servicios importantes, y mañana casi será inútil; mi objeto no era mas que tenerlo á mis órdenes, y disponer de él como de una fuerza adquirida temporalmente para cuanto se me ofreciese. Al recibir en mi casa un criado me informaré de sus cualidades: indagaré si es listo, honrado, jóven ó viejo, robusto ó enfermizo para poder contar con sus servicios; pero los resultados de su trabajo dependerán del empleo que yo dé á aquella fuerza.

Hay finalmente una tercera categoría. En vez de comprar ó alquilar por un tiempo mas ó menos largo una fuerza de la cual, hasta cierto punto, se puede disponer libremente, se puede comprar una aplicacion determinada de aquella fuerza; entonces la idea recae sobre el hecho particular que se desea obtener. En un proceso por ejemplo, ¿qué es lo que compro del abogado que tiene el privilegio de poder hablar por mí, sino una aplicacion determinada de su fuerza ó poder intelectual, un hecho aislado? No compro aquella fuerza ni para usar de ella á mi antojo, ni para hacer con ella pedimentos, defensas, discursos ó folletos políticos; propiamente hablando, ni siquiera compro un producto, no compro el resultado que me propongo conseguir, pues ¿quién sabe si su defensa me hará ganar el pleito? Lo único que hay de cierto, por ser cosa que sucede entre el abogado y yo, es que tal ó cual dia irá á tal ó cual parage á hablar por mí, por cierta cantidad, y á hacer en interés mio una aplicacion de sus fuerzas intelectuales, sea cual fuere el resultado.

El que para dar un brillante sarao ajusta á gran precio á los mas célebres cantantes de la capital, compra asimismo una aplicacion determinada de las facultades músicas de aquellos artistas, en una palabra de su fuerza ó potencia, hablando económicamente. Tal vez su música disguste en vez de agradar; acaso el concierto solo le produzca al dueño de la casa epígramas y sinsabores, en vez de satisfacciones y alabanzas; no es el resultado lo que los cantantes le vendieron. Lo mismo sucede con los médicos. Solo se cuenta de uno que, invirtiendo el modo de proceder comun, quiso comprar á la ciencia un resultado: era un hombre estra-

vagante que hizo con su médico el pacto de darle un tanto por cada dia que se encontrase bueno, y nada el dia que se hallase indispuesto.

Vemos pues que en todo cambio se fija la idea en cualquiera de los tres hechos principales de la produccion.

Mas estas diferentes formas que suele tomar el cambio, no bastan á destruir en ciertos productos el carácter de riqueza, y la cualidad de trabajo productivo en la obra de cierta especie de productores. Evidentemente, no hay entre estas ideas vínculo ninguno que pueda legitimar semejante deduccion. ¿Dejará de ser productiva la accion de la fuerza, y dejará de ser riqueza el producto para comprar la fuerza necesaria para producirlo, en vez de emplear el resultado? Volvamos al ejemplo del sastre. Ya se vaya á su obrador y se le compre una levita hecha, ya se envíe por un oficial y se le mande hacer la prenda dándole todo lo necesario al efecto, y pagándole su jornal, ambos hechos en cuanto á los resultados son exactamente semejantes. Nadie dirá que el primero es un trabajo productivo, y trabajo improductivo el segundo; la única diferencia está en que en el segundo caso el que deseaba la levita fué empresario y comprador á la vez.

Ahora bien, ¿qué diferencia hay en cuanto á las fuerzas productivas, entre el oficial de sastre que trabaja en mi casa, y mi criado? Ninguna. Confesemos que Smith se equivocó mas de lo que á un hombre de su capacidad le era permitido equivocarse, al decir que el trabajo del sirviente no deja reliquia de ninguna especie. Nadie rehusa el título de trabajador al fabricante que dirige por sí mismo una vasta manufactura que exi-

ge todo el cuidado y la vigilancia de su dueño; y repútasele como necesario á pesar de que, adoptando las ideas de Smith sobre el magistrado, el militar y el agente de policía, pudiera decirse que aquel fabricante nada produce. Demos que este mismo fabricante, no queriendo tener á su lado trabajadores improductivos despacha á todos sus criados, y se vé en la precision de servirse á sí mismo; mas no siendo posible que un hombre se halle á un mismo tiempo en diversos lugares, y que ejecute á la vez cosas diversas, será indispensable que mientras hace la vez de sus criados abandone el cuidado de su manufactura; y ¿qué será en este caso de su trabajo productivo? ¿No es evidente que mientras tenía criados podía ocuparse con todo desembarazo en sus negocios y entregarse á un trabajo mucho mas propio de sus facultades? Por consiguiente mal se podrá decir que los sirvientes no dejan efecto alguno de su trabajo; porque lo dejan, muy considerable, en todo lo que el dueño hace mientras está convenientemente servido, cosa que no podría hacer si hubiera de atender al cuidado propio de su familia y de su casa.

Pero dícese que los que mantienen gran número de criados y lacayos se arruinan. Pues qué ¿no se arruina tambien el que para producir una vara de paño emplea un número de obreros diez veces mayor que el necesario? ¿No se arruina el agricultor que mantiene mas ganado del que ha menester? Dígase en buen hora que no deben multiplicarse inútilmente las fuerzas productivas, lo que sería aplicable á toda especie de produccion. Tener quince ó mas criados, cuando la casa puede estar bien servida con cuatro, es lo mismo que po-

ner á un carruage que puede perfectamente rodar con un par de caballos un tiro de catorce ó veinte: como emplear diez labradores en una heredad que puede cultivarse con cuatro ó seis.

No es pues la multitud de sirvientes la que empobrece, sino la desproporcion entre el número de ellos y el producto que se desea. Hay aun mas: cuando uno tiene mas criados de lo necesario, será sin duda un malgastador ó un mal administrador de su fortuna; pero ni aun en este caso podrá llamarse improductivo el trabajo de aquellos. Y en efecto, ¿á qué fin cuando voy á su casa me hace pasar por sus antesalas entre dos hileras de lacayos? ¿Es por ventura para proporcionarme á mí un placer, ó para proporcionárselo á ellos? No por cierto: lo hace solo por su gusto, para dar una prueba de ostentacion, de magnificencia, de riqueza. Por la misma razon que en el estrado encuentro á su señora cubierta de diamantes á pesar de que á los íris de su deslumbrador atavío ya no vá unido el brillo de la juventud y de la belleza. ¿Y podrá decir acaso que aquellos diamantes no son riqueza, por ser la necesidad que satisface con ellos de la misma naturaleza que la que le obliga á mantener todos aquellos lacayos que ostentan su librea?

Mas racional sería decir que aquella necesidad es puramente facticia, y que llevada mas allá de ciertos límites es absurda y vituperable. Nada diría en contrario la economía política; pero siempre será cierto que aquellos sirvientes dan su producto, y no se necesita mas prueba de esto que la soldada que reciben, pues muy mentecato se creería el que los mantuviese y pagase sin que ellos le procuráran alguna comodidad.

El cantante, dicen, nada nos deja despues que acabó su canto. Error: nos deja un recuerdo. ¿Qué queda del vino de Champagne despues de bebido? ¿Qué de los manjares mas delicados? ¿Qué de una cosa cualquiera que sea objeto de consumo inmediato? Tan producto como el pan y como el vino, en el momento de acercarlo á nuestros lábios, es el canto que sale de la garganta del músico en el momento de vibrar en nuestro oido. Un instante despues ni hay canto, ni hay vino, ni hay manjares.

Que el consumo sea ó no inmediato al hecho de la produccion, y ya se verifique mas ó menos rápidamente, los resultados económicos podrán ser diversos, mas el hecho del consumo, sea el que fuere, no puede destruír en el producto la cualidad de riqueza. Hay productos inmateriales de mucha mayor duracion que los materiales. Un palacio puede durar mucho tiempo; pero la *Iliada* es una fuente de placeres eterna.

Siempre que, al estudiar un hecho bajo el punto de vista económico, se descubra en él una fuerza, una aplicacion de ésta, y un resultado económico, es decir, un producto capaz de satisfacer cualquiera necesidad humana, se dirá que hay un trabajo productor de riqueza. Poco importa que el que produce sea agricultor, fabricante de paños, cantor, jurisconsulto, sastre ó médico. Si se citan abusos como el de tener un ejército de lacayos, diremos que los mismos abusos son posibles en todas las producciones. ¿Por qué razon en nuestros dias en que tan entendidos somos, no diré precisamente en materias económicas, pero si en asuntos de intereses propios y materiales, se arruinan tantos empresarios? Sin duda alguna porque han inver-

tido en sus especulaciones mas fuerzas de las que convenían á su objeto, porque han construido edificios y fábricas de mera ostentacion en donde han mantenido, como suele decirse, un ejército de hombres, desperdiciando y derrochando una gran parte de su capital. Han hecho lo que suele hacer el que llega á reunir de repente una renta de cien mil francos, del cual se apodera la necia manía de tener su antesala llena de lacayos.

Sin emzargo, este último satisfizo una de sus necesidades, creándose un placer de vanidad y de magnificencia, al paso que el que quiere lucir todo el capital fijo de una empresa, y en vez de hacer un techado sencillo que le hubiera costado tres mil francos, construye sin necesidad grandes almacenes y fábricas suntuosas, comete un error de cálculo, obra á la manera del que estando á oscuras tira por la ventana varios objetos creyendo arrojarlos en una pieza inmediata.

Estas distinciones arbitrarias solo sirven para inducir en falsas teorías y en discusiones de todo punto inútiles. La produccion es sin duda un hecho sumamente vario en sus manifestaciones, pero constante en sus principios.

Ahora ya podemos entrar en las cuestiones relativas á la produccion de la riqueza sin temor de que nos asalten en nuestro camino vanas dificultades. Podrémos adelantar hácia nuestro destino, sin hacer paradas para dar esplicaciones episódicas que hubieran hecho imposible, ó al menos sobrado dificil toda buena deduccion. Volvamos pues á la cuestion que dejamos en suspenso.

Esa gran cuestion que por sus ramificaciones y relaciones afecta la organizacion misma del estado, á saber, la libertad de industria, se refiere en cierto modo á cada uno de los tres instrumentos de la produccion. Particularmente en lo concerniente al capital y al trabajo pueden suscitarse los problemas siguientes: ¿Debe estar libre de toda traba el desarrollo de la fuerza productiva; ó será menester reglar por lo menos su modo de aplicacion? ¿Debe dejarse al libre juicio del productor la eleccion del resultado?

Hé aquí los puntos que nos proponemos examinar. De esta manera habremos recorrido las cuestiones fundamentales relativas al fenómeno de la produccion. Mas tarde trataremos de las concernientes á la distribucion de la riqueza.

LECCION DECIMACUARTA.

Produccion libre.—Produccion reglamentada.—Esposicion de la cuestion.

SEÑORES:

Entre todas las cuestiones de la economía política, ya pura, ya aplicada, ninguna ha llamado mas la atencion y suscitado mas largas polémicas, que la de la produccion libre. Aun se ignora si debe abandonarse al interés individual, á la libre determinacion de cada productor, la obra económica de las naciones, ó si por el contrario se la debe someter y sujetar á una regla comun y á leyes preventivas. Hé aquí la cuestion en globo: Como veremos, esta cuestion se subdivide en muchas otras particulares, todas de grande importancia. Pero lo que ha dividido á los economistas, suministrando á cada escuela su bandera, sus armas y sus anatemas, ha sido la cuestion general de la libertad de industria y de comercio.

La escuela mercantil, consecuente con sus principios, no podìa menos de proscribir la libertad de comercio y de industria. Segun sus doctrinas, la rique-

za consiste esencialmente en la moneda, y el Estado mas rico es el que tiene mas oro y plata, al paso que es mas pobre el que menos metálico posee; toda esportacion de numerario es por consiguiente una pérdida, y la única ganancia está en la importacion de la moneda. Una vez adoptadas estas doctrinas, la sujecion de la industria y del comercio era consecuencia precisa.

Asi que, era necesario impedir, segun ellos, la esportacion de las primeras materias, que deben ser trabajadas por nuestros obreros, para que los estrangeros nos las paguen con su oro ya así transformadas: y por lo mismo debía prohibirse la importacion de toda manufactura para evitar que el productor estrangero se llevase por ellas nuestra plata. Nótese sin embargo que no hago mas que recordar las opiniones de la escuela mercantil. Sin duda alguna, al sostener sus discípulos que lo que busca el productor estrangero, importando sus manufacturas, es nuestro dinero, cometen un grave error. Lo que sí trata de procurarse es aquellas cosas que necesita, ó cuyo cambio sucesivo puede serle mas útil; mas ningun caso hace de nuestra moneda. Los Suecos, por ejemplo, al traernos hierro en bruto ó ya manufacturado, preferirían llevarse en cambio, no dinero, sino trigo ó vino, ó cualquiera otra cosa que no produzca la Suecia, dado caso que pudiesen obtener estos géneros en nuestro pais con mas ventajas que en ninguna otra parte.

A la escuela mercantil sucedió la de los economistas propiamente dicha, ó con otro nombre, de los fisiócratas, que no reconocían otra fuerza verdaderamente productiva que la tierra, la naturaleza. Esta es-

cuela, al tratar la cuestion de la libertad de comercio é industria, adoptó máximas enteramente contrarias á las de sus predecesores. A los fisiócratas debemos el famoso « laissez faire, laissez passer, » que tanto se les há reprochado á los economistas, y que todavía se nos reprocha á nosotros. Pero quizá alguno me preguntará, ¿cómo partiendo estos economistas del erróneo principio de que no hay mas fuerza productiva que la tierra, han podido llegar á la absoluta libertad de la industria y del comercio? ¿Qué relacion tienen entre sí estas dos teorías? ¿Por ventura, son ellas realmente partes integrantes y constitutivas de un mismo sistema?

A mi entender sería un abuso suponer que entre estas doctrinas existe aquella relacion íntima, necesaria, que enlaza el efecto á su causa, ó que liga entre sí las consecuencias de un mismo principio.

Porque ya lo hemos dicho : los fisiócratas, por medio de una confusion que hoy se quiere reproducir y vendernos como cosa nueva, como un progreso de nuestro siglo, confundian de contínuo la política, el derecho público y la economía civil. El principio de *laissez faire, laissez passer*, se encuentra ya en las *Máximas generales (maximes generales)* de Quesnay en compañía del producto neto y de la monarquía absoluta. La libertad del comercio y de la industria entraba en el número de las mejoras que el médico de Luis XV esperaba de la potestad real ver desembarazadas de aquellas fuerzas opuestas (*contre-forces*), segun él decía, que no podian producir *sino la discordia entre los grandes y el abatimiento de los pequeños*. Hé aquí los lamentables y espantosos abusos de la fiscalía y del privilegio que debieron hacer sentir la necesidad

de destruir todas las trabas que sufrìan la industria y el comercio Bien se concibe que al contemplar los economistas los escesos del interés particular y del poder desenfrenado de los privilegios, hayan desesperado de todo gobierno misto, y mirado como sueños los felices resultados de todo sistema de lucha y de balancéo. Las ideas simples nos seducen, y una de ellas es el poder de uno solo. Estraño puede parecer á la verdad, que el *sábio pensador* del entresuelo de Versalles (1), haya mirado en la monarquía absoluta la salvaguardia del pueblo. Pero hay que considerar que el poder absoluto fué el que se opuso á la corte de Roma, y el que espulsó á los jesuitas : y si bien es verdad que vendía en Francia la seguridad personal de los ciudadanos, y entregaba el pueblo á merced de los arrendadores de rentas reales; al mismo tiempo en Berlin se daba ínfulas de ilustrado, y se hacía protector de los filósofos. Poco tiempo despues se le vió abolir la pena de muerte en Florencia, declarar la guerra á los conventos en Austria; y aun en el mismo San Petersburgo balbucía palabras de filantropía y de reforma. El esplendor con que de lejos brillaba la magestad real la engrandecía á los ojos de un mundo codicioso de novedades y de progreso : y solo el tiempo y la esperiencia pudieron mostrárnosla en sus justas proporciones.

Preciso es no olvidar que la escuela filosófica del siglo XVIII, ni andaba muy acorde entre sí, ni era homogénea: porque no hay que confundir á los discípulos de

---

(1) Quesnay.

(*N. del Trad.*)

Voltaire con los de Montesquieu y de Rousseau. Los primeros no se distinguían ciertamente por sus estudios políticos: puesto que sabían transigir muy bien con el poder absoluto, ó hablando al uso, con la monarquía administrativa. Los segundos despertaron en Francia las doctrinas de la monarquía representativa, y los terceros las republicanas. Pero fué reducido el número de los discípulos de Montesquieu y de Rousseau, de manera que no fué de entre ellos de donde salió la secta de los fisiócratas, los cuales á pesar de las burlas *del hombre de los 40 escudos* (1), salieron de entre los Volterianos, ó tal vez, discurriendo con mayor exactitud, formaron un grupo aparte.

Pero sea de ello lo que quiera, la libertad de industria y de comercio debió presentarse á la mente de los economistas como una reaccion contra los abusos, y como un medio de fraternidad entre los hombres, mas bien que como una rigurosa consecuencia del principio fisiocrático. Y aun pudiera decirse que las dos teorías, lejos de dimanar la una de la otra, eran mas bien opuestas hasta cierto punto. Porque ¿no es evidente que al prohibir de una manera absoluta la importacion de productos agrícolas, se hubiera aumentado considerablemente con la subida de los precios, *el producto neto* de las tierras francesas? Pero sería injusto esforzar demasiado el argumento: porque los economistas no tenían una idea clara de la renta territorial, cuyo análisis pertenece á nuestra época, siendo uno de

(1) Espresion burlesca de que se valía Voltaire para ridiculizar el sistema de Quesnay.

(*N. del Trad.*)

los pasos mas notables de la ciencia desde los trabajos de Smith.

Sin embargo, aunque el principio de la libertad comercial no fué una parte necesaria, integrante, del sistema de Quesnay, con todo, los economistas lo adoptaron tan solo por consideraciones morales y políticas. Fundáronlo tambien en las consideraciones económicas propiamente dichas, en el estudio de los resultados que se obtienen dejando espedito el paso al interés personal, á las luces individuales y á las relaciones de nacion á nacion; sin que por esto sea exacto decir que despreciaron absolutamente la influencia que estos resultados ejercen en la renta territorial, y en lo que llaman ellos producto neto.

Luego que la escuela industrial remplazó á la de los fisiócratas, se separó de ella especialmente en abstenerse de las cuestiones políticas propiamente dichas, sentando este principio esclusivo, á saber: *nada hay productivo sino la tierra.* Reconoció el poder productivo del trabajo, y poniéndolo en evidencia por medio de análisis admirables, dedujo las mismas consecuencias acerca de la cuestion de la libertad: adoptando igualmente el principio: *laissez faire, laissez passer.*

Asi qué, de las tres escuelas que se repartieron el dominio de la economía política, á saber: la escuela mercantil, la fisiócrata y la industrial, solo la primera, la menos científica de todas, fué la que, partiendo de aquel principio falso á todas luces, de que la riqueza consiste en la moneda, llegó á proscribir enteramente la libertad del comercio y de la industria. Las otras dos adoptaron el principio de la libertad, como principio absoluto, como máxima que escluye toda escepcion.

Sin embargo, saben muy bien todos vds. que este principio, lejos de haber penetrado en la práctica general de los negocios, tan solo ha encontrado un asilo en algun que otro estado de segundo órden. La mayor parte de los otros han adoptado un sistema mas ó menos prohibitivo, ora como en proteccion de la industria nacional, ora como recurso financiero, ora como medida de órden público.

Toda ley restrictiva produce ciertos efectos económicos, de los cuales unos han sido previstos, y otros han burlado la prevision del legislador. Prohíbase el acero estrangero, y se tendrá que fabricar en Francia, cueste lo que cueste. Grávese el azucar de caña con un enorme impuesto, y se fabricará indefectiblemente el azucar de remolacha.

Una vez establecidos y desenvueltos estos principios, créanse intereses, empéñanse los capitales y el porvenir de un considerable número de personas, establécense costumbres, cámbiase el estado económico de mas de una localidad. Manifiéstase entonces una agitacion, un movimiento que se comunica hasta la misma ciencia. Crecen y toman cuerpo los hechos, y ya no se contentan con ser tales, sino que pretenden, digámoslo así, convertirse en teorías, aspirando al estado de doctrina.

Engendraron estos intereses una cuarta escuela, que parte tambien de los principios de Smith en cuanto á reconocer en el trabajo un instrumento principal de la produccion, sin adoptar los principios de la escuela mercantil ni de la fisiócrata; pero alistándose sin embargo bajo la bandera de la escuela mercantil por lo que hace á las restricciones y reglamentos á que debe

sujetarse la industria y el comercio. Y como el entendimiento del hombre ansía traspasar todo límite, y nunca se encuentra satisfecho, sino cuando llega á generalizar las cosas, y comprenderlas bajo un solo punto de vista que lisongée su orgullo y dé pávulo á su negligencia, no faltaron hombres que, trasportando á la política la fórmula de los economistas: *laissez faire, laissez passer*, dijeron: Semejante principio, en política, no es mas que una fuente de desórden y de completa disolucion, ó lo que es lo mismo, de anarquía: porque el órden social requiere una organizacion, un poder político, leyes represivas y reglamentos preventivos: luego ese mismo principio no sería mas que una causa de dislocacion completa y de anarquía en la economía política. Asi que aplicando la fórmula á la política, para la cual no fué destinada, fué fácil probar que semejante aplicacion era absurda, y despues de tan fácil demostracion se redarguyó diciendo: El principio sería funesto en política, luego del mismo modo lo sería en economía social.

Mas este modo de proceder no puede propiamente llamarse científico: el giro podrá ser ingenioso, pero el argumento es inexacto.

Dejemos este modo de razonar para las efimeras discusiones de la polìtica el dia, que nada tienen de comun con las serias y profundas investigaciones de la ciencia.

Sabemos que las fuerzas ó medios productivos pueden reducirse á tres elementos principales: el trabajo, el capital, y la tierra.

Los agentes naturales no apropiados eluden toda ley y toda fuerza. Desde el momento en que una ley

los hiere, por decirlo así, vienen á reducirse á propiedad de cualquiera, y con derecho á disponer de ellos á su capricho; importa poco que sea un particular, una corporacion, una ciudad, ó un Estado. El uso de un rio puede ser objeto de un reglamento, porque el rio pertenece á los estados cuyo territorio baña.

Sabemos asímismo que las capacidades individuales, las facultades adquiridas, aun cuando puedan ser comprendidas en la nocion de capital, pueden tambien considerarse como una modificacion del primer instrumento productor: el trabajo.

Siendo esto así, estudiarémos ante todo la cuestion de libertad en sus relaciones con el poder del trabajo.

Y desde luego, de que el poder del trabajo, ora corporal, ora intelectual, puede aumentarse por medio de la educacion del trabajador, se deduce falsamente por consecuencia que conviene someter á los trabajadores á una disciplina, á un aprendizage forzado, para que adquieran una capacidad que probablemente no llegarán á adquirir si se tolera que el interés del momento los seduzca y los incite al trabajo sin instruccion prévia. En este último caso, dicen los que asi raciocinan, habrá anarquía, malos trabajadores, decaerán las artes del pais; sus productos serán menos buscados que los de los otros paises cuyos productores hayan recibido una educacion técnica. El Estado, y el poder público, debiendo procurar el aumento de la riqueza nacional, ya por medio de una gran produccion, ya por medio de una produccion mejor, tienen al mismo tiempo para conseguirlo la obligacion y el derecho de someter á una disciplina á todos los trabajadores, y de exi-

girles ciertas pruebas de idoneidad ó instruccion.

Ademas, la cuestion presenta dos fases diferentes: porque se la puede considerar, ya bajo el punto de vista del interés general, ya tambien en sus relaciones con el interés personal del trabajador mismo. Si de un lado los productos son mas abundantes, mejores y esmerados, y se aumenta mas la riqueza nacional; del otro, el trabajador será mas hábil, y permaneciendo por otra parte las mismas circunstancias, mayor será la retribucion que obtenga, mayor el salario que tiene derecho á esperar, y en consecuencia mayores las ventajas que saque de su industria para sí y para su familia.

A estos argumentos añaden los defensores del sistema reglamentario, como en corroboracion, el argumento de autoridad. Dicen que el principio de la libertad absoluta del trabajo jamas ha existido sino en el cerebro de algunos economistas: y que solo con la ley de la regla y de la fuerza es como ha podido desarrollarse la industria y el comercio del mundo entero. Con una ley semejante puede solamente conocerse el progreso de la riqueza pública: y éstos son hechos consumados é irrecusables. Los brillantes resultados de la libertad absoluta no son por el contrario sino conjeturas, predicciones de teóricos. ¿Y han sido por ventura lisongeros los resultados de esa libertad, cuando tales teorías han recibido una aplicacion parcial con la supresion de un número considerable de reglamentos relativos á la industria? ¿No ha ocasionado la libre competencia de los trabajadores, la anarquía de los productores, la guerra en el comercio, y los fraudes en el mercado?

Señores: antes de entrar en el fondo de la cuestion acudamos con efecto á la historia. Echemos una rápida ojeada sobre los hechos: veamos si realmente se descubre en ellos la significacion económica que se les quiere atribuir, y si tales hechos traen efectivamente su origen de un sistema mejor de produccion y distribucion de la riqueza.

Es indudable que, asi en el mundo antiguo como en el moderno, el poder del trabajo ha estado casi siempre sometido á reglamentos. Mas no hay que apresurarse á deducir consecuencia alguna: porque tambien ha habido siempre esclavos en el mundo y aun hoy los hay; y sin embargo, no podrá decirse que la esclavitud es una institucion útil y legítima. En lo antiguo, precisamente por ser la esclavitud un hecho general, se puede decir que no existia lo que hoy llamamos trabajo. Y en efecto, pregunto yo, ¿llamarémos trabajo al servicio que nos prestan nuestros caballos ó nuestros bueyes? ¿Llamarémos salario al monton de heno que se le echa á un animal? ¿Dirémos que los animales son trabajadores? No por cierto: son una porcion de nuestro capital. Del mismo modo, en el mundo antiguo los esclavos eran un capital. Se les mantenia para que trabajasen, y á fin de que pudiesen trabajar. Lejos de ser considerados como hombres que realizan un noble pensamiento que Dios les ha concedido, y que obedecen á la ley providencial del trabajo libre, espontáneo y meritorio, eran, lo repito, una parte del capital de sus amos, como los animales lo son del nuestro.

Por lo tanto eran esencialmente erróneas las ideas de los antiguos acerca del trabajo y de la produccion.

En los Estados del Asia, en los paises de las cas-

tas, la última de ellas era la de los artesanos. ¿Y sería por ventura este un hecho, un arreglo económico? De ninguna manera; y sí únicamente una obra de organizacion social y de teocracia. Al disponerlo así no pensaron sus autores, ni en la economía política, ni en la produccion; sino que les guió otro principio muy diferente.

Allí donde brillaba mas esplendente la civilizacion, en esa Grecia á quien tanto debemos, en esa Roma delante de la cual, dígase lo que se quiera, nos inclinarémos siempre respetuosos, ¿qné idea se tenia del trabajo, de qué manera era considerado el trábajador? Las profesiones industriales no eran tenidas en gran estima, ni allí, ni aun en la misma Atenas, si bien en este punto la democracia debilitó algun tanto aquella preocupacion. En la Beocia, el que tenia la desgracia de dedicarse al comercio, debia purificarse por espacio de diez años de ociosidad, si queria ser digno de aspirar al manejo de los negocios públicos. Asi pues, cuando nos burlábamos de ciertos patriciados modernos, que exigian, segun creo, tres ó cinco años de intérvalo entre la profesion de negociante ó banquero y la entrada en el senado, bien hubiéramos podido recordar que en punto á ridiculeces humanas ya nada se puede inventar debajo del sol. Aristóteles, aquel genio tan vasto y filosófico, cabeza la mejor organizada quizá que ha habido desde que hay hombre, aquel cuyos escritos aun se cuentan hoy dia entre las obras mas respetables del ingenio y del saber humano, Aristóteles tambien, miraba á los artesanos como una raza despreciable condenada al ilotismo, así como miramos nosotros algunos oficios cuyos nombres mismos son poco decentes.

Genofonte no veia en los artesanos sino gente perdida y miserable. ¿Qué valor ni qué entusiasmo se quiere que abrigue en su pecho un hombre que pasa todo el dia trabajando, en vez de pasarlo en la plaza pública en pláticas sobre política; un hombre que se ocupa en un oficio, en vez de ejercitarse en la lucha, en la gimnástica, ó en prepararse para la guerra?

Platon no los trató mejor. Y el mismo Ciceron, aquel talento eminentemente ecléctico, ¿qué hubiera dicho al que le aconsejase que dedicara á su hijo á la carrera del comercio?

Estas lamentables preocupaciones que sojuzgaban de la misma manera al necio vulgo que á las mas claras inteligencias, traian su orígen de la esclavitud; la cual habia deshonrado el trabajo. No son éstas, por cierto, meras conjeturas, ni inducciones gratuitas. Trasladémonos á las Antillas en donde aun existe la esclavitud, y veremos en qué estima se tiene allí al trabajo. En todas partes en donde éste cupo en suerte á los hombres esclavizados, oprimidos y envilecidos, el hombre libre se ha acostumbrado á mirarlo como señal de inferioridad natural. Hé aquí la llaga mas profunda que la esclavitud ha hecho á la humanidad. Seguramente ha sido un gran crímen el esplotar al hombre como si fuera una cosa, y osar llamarse su propietario; pero todavía es un mal moral mayor deshonrar de este modo la verdadera fuerza, el principio vital, así de los individuos, como de las naciones, la ley impuesta por la Providencia á la especie humana: el trabajo.

La clase de los trabajadores libres, tan reducida y tan mal considerada en la antigüedad, comenzaba á desarrollarse para la moderna Europa bajo la influencia

del cristianismo en la edad media. Mas entonces, todavía estaba, por decirlo así, en su infancia. Reconocíase débil y siempre amenazada, en medio de aquella sociedad de hierro, que parecia no reconocer mas principio que la fuerza. Representémonos á la clase de los hombres libres apareciendo en medio de las lanzas del feudalismo, como yerbas y flores débiles y tiernas que nacen entre espinos y matorrales. Tales fueron sus principíos. ¿Cómo, tan débil, y en medio de tan grandes peligros, pudo conservarse, crecer, y cubrir en fin la haz de la Europa civilizada? Por medio de la asociacion, ó para decirlo en dos palabras, con las comunidades y los gremios.

Este fué el orígen de las corporaciones. Eran estas, asociaciones defensivas, que servian al trabajo de poderoso escudo contra el poder feudal y las rapiñas de las clases elevadas. Debe pues considerárselas desde aquella época bajo su verdadero punto de vista, que no es por cierto el económico, sino el puramente político. No se trataba entonces de averiguar si los trabajadores producian mas y mejor, reunidos ó no en corporacion: tratábase solo de vida ó muerte para la industria. Tan razonable sería remontarse á aquellos hechos sociales para deducir cualquier consecuencia económica, como considerar los reglamentos de una plaza en estado de sitio, reglamentos hechos para defenderse á toda costa, como la verdadera y permanente organizacion de la ciudad. ¿Qué se puede deducir de hechos que pasaron cuando el poder público era poco menos que nulo? ¿Qué tienen ellos de comun con un Estado regular en que el poder público á nadie rehusa la proteccion social, y en el que puede cualquiera sin

temor alguno desarrollar sus fuerzas y su industria?

Las corporaciones de la edad media se fortificaban y rodeaban de privilegios, porque el privilegio era la sola forma bajo la cual podia el derecho encontrar algun abrigo. El aprendizage, en las corporaciones, era una especie de iniciacion política: y era preciso sujetarse á aquella gerarquía, porque solo así se encontraba proteccion y orden. Tan cierto es esto, que en aquellos tiempos en los paises donde no existian aquellas necesidades políticas, tampoco habia corporaciones. Citaré un antiguo estatuto de Milan, ciudad que se habia elevado por aquel tiempo al mas alto grado de esplendor, de riqueza y de poder productivo: estatuto que pudiera ser digno del mismo Adam Smith. Proclámase en él la libertad de trabajo, libertad de lugar, libertad de eleccion de oficio; libertad en el número y sexo de los trabajadores. Bajo su régimen, el trabajo de la lana llegó en Milan á un grado tal de prosperidad, que los productos se trasportaban á todos los mercados de Europa. Mas adelante se trató, sin necesidad, de imitar las corporaciones de los otros paises, y aquellas florecientes fábricas milanesas desaparecieron.

La Francia tuvo tambien sus corporaciones, sus gremios, sus veedurías y magisterios, hasta tal punto, que en el siglo XVI, al declarar Enrique III en un edicto que la facultad de conceder permiso para trabajar era un derecho real y señorial, no hizo mas que espresar sencillamente la idea de su tiempo. Y solo dos siglos mas adelante, en 1776, por un decreto de Luis XVI redactado por el ilustre Turgot, fue cuando se vió el trabajo emancipado en presencia del poder real, si no en el hecho, al menos en principio. Por

último, la asamblea constituyente abolió definitivamente los gremios y magisterios, y aquellas corporaciones de aprendizage y de hermandad.

Pero, con abolir los gremios y enseñanzas, ¿resolvió acaso el problema la asamblea constituyente? No señores. En el dia se ventila aun la cuestion en el campo de la ciencia: hombres hay de muy respetable opinion, que echan de menos hasta cierto punto aquellos establecimientos. Llenos de temor por la libre competencia de los trabajadores, creen que aun queda algo por hacer, medidas que tomar; que no ha sido completamente rebatido el sistema de reglamentos. ¿Y es esto cierto? ¿Tiene su temor algun sólido fundamento? ¿Qué podemos ya esperar de los reglamentos? En este exámen nos ocuparemos en la sesion próxima.

Bástenos por de pronto reconocer que no se puede sacar ningun argumento de analogía, ni de las corporaciones de la edad media, ni de algunas instituciones de la antigüedad tales como los *collegia opificum* de los municipios romanos. Las circunstancias son muy diversas, porque, á la verdad, de nadie sospechamos que quiera restablecer en nuestros tiempos, ni el sistema feudal de la edad media, ni mucho menos aun la esclavitud y la organizacion social del imperio romano.

LECCION DECIMAQUINTA.

Division oficial de profesiones —Aprendizage forzado.—Sistema de corporaciones.—Intervencion del gobierno.

SEÑORES:

El trabajo libre es un hecho de los tiempos modernos, un resultado de nuestra civilizacion. Servil en la antigüedad, casi servil en la edad media, en que los siervos sucedieron á los esclavos, al fin sacudió el yugo que le oprimía en una gran parte de la Europa con la emancipacion de las clases trabajadoras cuando se formaron las comunidades. Sin embargo, todavía estaba coartada la libertad del trabajo por el sistema de reglamentos y de corporacianes.

Aquellas corporaciones, producto necesario, en aquellos tiempos, de las circunstancias en que se veía colocado el trabajador ¿serían compatibles con el estado actual de la sociedad en Europa, y mas particularmente en Francia? Prescindamos desde luego de la necesidad política de que traen su orígen. Sin duda alguna, los oficios no necesitan hoy dia organizarse en

corporaciones para ser protegidos; bástales el poder público. Desde luego es evidente que la sujecion, los gastos, y las pérdidas de tiempo que acarreaban aquellas corporaciones tan solo por ser tales y por necesitar de su organizacion y administracion correspondientes, en el dia ni tendrían objeto ni compensacion. Porque ¿quién querrá encerrarse en una coraza y cubrirse con un pesado escudo, cuando en derredor de sí todo respira paz y seguridad?

Pudiera sin embargo considerarse á estas corporaciones bajo otro punto de vista político, tomado de nuestra organizacion social. Y se podría preguntar si esa porcion de trabajadores y de capitalistas, que se ha convenido en llamar *clase media*, podrá, diseminada como está en simples individualidades, sin mas ayuda que su inteligencia y sus riquezas, conservar la posicion social que ella misma se ha conquistado; si la podrá conservar á pesar de la nobleza y del sacerdocio, cuya potencia organizadora y cuyo espíritu de cuerpo nada ha podido destruir; si podrá conservarla, acosada por otro lado por la turba de trabajadores pobres y de proletarios, con la cual tiende constantemente á confundirle el comun orígen, y de la cual no la separa ninguna señal profundamente marcada. En fin, pudiera preguntarse si esta situacion no es transitoria por su naturaleza, y si ese estado que nosotros creemos fijo y definitivo es otra cosa que la preparacion de un órden nuevo, cuya forma nos es aun desconocida.

Pero suponiendo que semejantes pretestos de inquietud y de duda sean motivados, tales problemas serían demasiado estraños á la ciencia, para que nos hiciésemos un deber de resolverlos. Y aun así, ¿podría

creerse con seriedad que su resolucion estaba reservada al restablecimiento de los antiguos gremios de artes y oficios?

Por tanto, aun los que hoy dia, seducidos por una utópia retrógrada, creen útil someter á todos los trabajadores á una regla comun, fundándose en razones económicas y morales, no se descuidan en manifestar cuanto mejor pueden que la miseria del trabajador y todos los vicios que reprochan á nuestra economía social, son las consecuencias necesarias de un esceso de libertad, y para valerme de la espresion al uso, de un *individualismo* exagerado.

Examinemos desde luego el sistema de los antiguos gremios. En seguida veremos que es preciso tomar las medidas legislativas que pudieran apetecer los que, convencidos de la inoportunidad de este sistema, quisiesen sin embargo ver establecida una organizacion uniforme de trabajo.

Ahora bien, ¿cuáles eran los resultados económicos mas palpables del sistema de gremios y enseñanzas? Dos principalmente: division oficial de profesiones, y obligacion de aprendizage.

Procuremos examinar exactamente ambos resultados.

Desde el momento mismo en que para tener derecho á ejercer un oficio, se necesita pertenecer á una corporacion en calidad de aprendiz, oficial ó maestro, cada corporacion representa un oficio determinado. Cualquiera que trata de dedicarse á una profesion, debe conocer: cuál es, por decirlo así, el colegio donde debe hacer sus estudios de trabajador, y adquirir su título de capacidad. En las profesiones mas nobles, el es-

tudio de la jurisprudencia y de la medicina es bien distinto el uno del otro, aunque entre ambas ciencias haya puntos de contacto, como lo vemos en la medicina legal. Por el sistema de las corporaciones, el principio de la separacion fué aplicado á los oficios propiamente dichos. En Florencia había veintiuna corporaciones de oficios ó *arti*, de las cuales siete ocupaban el primer lugar, llamadas *arti maggiori*, y constituían la verdadera aristocracia de la república florentina. De una de estas corporaciones salieron los *Médicis*. Ya en el siglo XIII bajo el reinado de Luis IX se contaban en París cien oficios quizá, cada uno de los cuales tenía su organizacion y se gobernaba por sus estatutos particulares. El soberano concedía estos privilegios, ó los legitimaba á precio de oro, preparándose de este modo puntos de apoyo contra la aristocracia feudal.

Es fácil valuar los resultados de toda division reglamentaria de oficios.

Desde luego, ¿es posible esta division? esto es, una division buena y razonable? Así se ha creido en un tiempo, en que no se tenía una idea exacta del poder de la industria humana. Pero ¿podrémos nosotros participar de semejante pretension? Una division racional de oficios es una obra de ciencia; es el principio de la division del trabajo aplicado á la reunion de las fuerzas productivas. Dividir los oficios, fijarles sus límites, de modo que la division ni mutile ni paralice fuerza alguna, y que los límites designados no vengan á ser trabas, es uno de los mas difíciles problemas de clasificacion que ofrece la ciencia al entendimiento humano; pasar en seguida de la abstraccion á la aplicacion, de la especulativa á la práctica, sería el últi-

mo esfuerzo del arte, la corona de la tecnología.

Ademas, aun cuando se lograse hacer de la manera mas escrupulosa y cumplida un trabajo de esta especie, para una época dada, ¿quién podría lisonjearse de adivinar la espresion última de la industria humana? ¿Quién al ver los prodigios que ella efectúa diariamente, podrá imaginarse que sea dado asignarle un estado permanente, y límites que no deba traspasar? Un oficio nuevo basta para introducir el desórden en una clasificacion establecida, y para paralizar y mutilar muchos otros. Sería pues necesario hacer cada mes, cada semana, cada dia, nuevas divisiones y subdivisiones, y modificar y restaurar á cada paso una clasificacion que dejaría de estar en armonía con el estado de las cosas.

Convenimos en que esta es la mision del sabio. Obligado, so pena de perder sus derechos de tal, á seguir al entendimiento humano en su marcha, y en sus conquistas, á ser á la vez su consejero y su historiador, no hay para él ni parada definitiva, ni reposo absoluto.

Concederémos igualmente que el mérito principal del arte está en seguir los progresos y consejos de la ciencia, en cuanto es dado á la práctica realizar la teoría.

Pero ¿cuál es su primera necesidad para poder desplegar libremente todas sus fuerzas segun los dictados de la ciencia, aprovechar sus descubrimientos y auxiliarse con sus esperiencias? La libertad.

¿Y de qué libertad podrá gozar, cuando la clasificacion de los oficios, la division del trabajo, en vez de ser objeto de la ciencia y resultado de la esperiencia, se trasforma en ley positiva, en reglamento obligato-

rio, creando además, no solo intereses, mas tambien privilegios y derechos?

¿Quién será tan cándido que crea, ó tan hipócrita que sostenga que la ley positiva en vez de seguir con paso lento la marcha del entendimiento, acechará todos los progresos de la ciencia: que podrá seguirlos dia por dia, por medio de un trabajo incesante, sin abandonarse un punto á la pereza, sin prestar oidos al orgullo legislativo, la mas intratable, la mas arrogante de sus creaciones, y sobre todo permaneciendo inmóvil é impasible á las ostinadas resistencias y fieros embates de esos intereses que el legislador habrá imprudentemente trasformado en derechos y en privilegios?

Por cierto que estos temores no son quiméricos. Cuando se trató de introducir en Francia la industria del hierro barnizado, se tropezó con dificultades poco menos que insuperables. Los broncistas, los herreros, los cerrageros, todos los fabricantes de objetos metálicos alzaron el grito, diciendo; «ese privilegio es mio.» Lo mismo decían los barnizadores; y asi hubo que abandonar este género de industria.

Cuando Argand inventó su lámpara, tuvo que sostener luchas increibles, antes de conseguir el permiso de ejercer su industria. La construccion de una lámpara exigía el concurso de muchos oficios, y el empleo de sus herramientas: y hé aquí que dos ó tres corporaciones se lanzaron sobre el inventor, acusándole de usurpador de sus prerogativas.

En estos términos se querellaba á su vez el inventor del papel pintado por las vejaciones que se le habían hecho sufrir:

«Yo no contaba ni con las rencillas de la envi-

»dia ni con el despotismo de las comunidades; mas no »tardé mucho en esperimentar su animosidad y carac- »ter intolerante: muchas corporaciones pretendían suc- »cesivamente que yo invadía sus derechos, y resultaba »siempre que ya una parte de mi manufactura, ya otra, »era una usurpacion; la mas insignificante herramienta »que imaginaba ó empleaba, no era mia, sino que era »la herramienta de una manufactura; la menor idea »que ponía en ejecucion, era un robo hecho á los im- »presores, á los grabadores, á los tapiceros &. Gober- »nantes ilustrados me desembarazaban de estas trabas: »proseguí pues perfeccionando mis trabajos; y los nue- »vos y buenos resultados que obtenía, eran objetos de »un nuevo encono, de una nueva envidia. Apareció un »reglamento destructor de mi industria, que me causó »un perjuicio irreparable. Pero bien pronto se desen- »gañaron aquellos magistrados: visitaron mi fábrica, y »el reglamento fué suprimido. Y para ponerme de una »vez al abrigo de las persecuciones, obtuve para mi »establecimiento el título de fábrica real.»

Semejantes contiendas son inevitables, á menos que la autoridad superior no modifique continuamente los reglamentos de las corporaciones; y esto es una verdadera quimera. Por fácil que sea establecer leyes y ordenanzas acerca de la division oficial de las artes, ésta jamás se encontrará el nivel de los progresos industriales, ni será mas que un entorpecimiento, un obstáculo, una fuente de controversias y un medio de opresion.

Supongamos por un momento las artes divididas oficialmente; cada maestro recibe sus aprendices y forma sus discípulos; el que es aprendiz ú oficial en una

corporacion destinada á un arte determinada, no puede ejercer otro oficio, aunque exista entre ambos analogìa, so pena de pasar por usurpador. Si tal hiciera, sería repudiado de la misma manera que un médico que se presentase en los tribunales á ejercer la abogacía, ó como un abogado que se entrometiese en un hospital á hacer la operacion de la catarata.

¿Qué partido podían abrazar, bajo este sistema, los que ejercían la profesion de copiantes, despues de la invencion de la imprenta? ¿Quién no vé que á medida que la industria progresa y las necesidades varían es preciso que el trabajador pase de un oficio á otro? No es bastante desgracia para él la necesidad de restablecer, muchas veces á costa de grandes sufrimientos, el equilibrio en el número de los trabajadores entre los diversos ramos de la produccion, sino que todavía se le ha de decir: tú te has dedicado á la construccion de manucordios; si tu industria ha decaido, peor para tí; no te permitimos construir harpas, ni emprender otro oficio con que puedas subsistir.

Esta es una coordinacion artificial completamente absurda. Por este sistema un oficio presta muchas ganancias, y otros pocas. Al consumidor se le impone la ley, cuando el número de trabajadores no basta á cubrir completamente las necesidades; mientras que el trabajador se vé sacrificado á su vez, cuando los consumidores se abstienen, al menos en gran parte, de los objetos que aquel produce con su industria.

Hay otro tercer inconveniente. ¿Puede aplicarse á todos los oficios el sistema de gremios y de enseñanzas? Aún en los tiempos de su mayor auge, no se trató de aplicarlo á los agricultores. En suma, siempre se le

ha visto reducido á las poblaciones, y á ciertos oficios urbanos. Los sastres, los zapateros, los fabricantes de tejidos de lana y sedería, se han organizado, hasta cierto punto y con una especie de orgullo, en aristocracia de oficios; mas los agricultores jamás. ¿Qué ha resultado de aqui? Que cuando hay esceso de trabajadores en un oficio limitado, se despide, digámoslo asi, este sobrante de grado ó por fuerza, para que ejerzan otros oficios no organizados en gremios. Los trabajadores entonces, en vez de diseminarse segun las necesidades de la produccion, van hácia donde pueden, semejantes al agua, que no pudiendo seguir su curso natural, se abre lateralmente nuevos cauces en virtud de la fuerza que la comprime; lo que no haría entregada á su natural corriente.

Estas corporaciones fueron una carga permanente, una verdadera opresion para los habitantes del campo. Las ciudades se arrogaron toda clase de privilegios, como que estaban gobernadas por las personas mas influyentes de aquellas mismas corporaciones. Asi hemos visto aun en nuestros dias, en un pais vecino, que ningun campesino podía importar en ellas objetos que él hubiese fabricado; ni vender un par de zapatos siquiera; y para tener el alto honor de calzar á un habitante de la ciudad, era preciso ser vecino de ella. Originóse de aquí una lucha entre la ciudad y el campo; porque tarde ó temprano estalla al fin la guerra entre el privilegio y el que lo sufre: lucha que ha concluido por un rompimiento deplorable y ridículo, estéril para las ciudades y para los campos, y que ha hecho dos Estados microscópicos de lo que apenas bastaba para formar uno solo.

Pero se me dirá que el segundo efecto económico por lo menos, sería ventajoso: porque asegurado el aprendizage no habría obreros ignorantes ni trabajadores incapaces; y se evitarìan al mismo tiempo los lazos que el fraude y la mala fé, escitados por una competencia ilimitada, tienden sin cesar á la inesperiencia de los consumidores. Que en el sistema de las enseñanzas se encontraba, merced á la residencia y pruebas á que los productores debian sujetarse, la garantía de su instruccion y de su moralidad.

¡De su moralidad! Acaso las innumerables leyes y reglamentos existentes en todos los paises donde la industria estaba coartada por el sistema de gremios ó por el de castas, comenzando por las leyes de Menou y concluyendo por los reglamentos recientes de Europa; la renovacion frecuente de aquellas leyes; los minuciosos detalles á que se creía obligado á descender el legislador; y la severidad de las penas con que se castigaba á los contraventores, aseguraban por ventura la buena fé y la honradez de los productores? No está esto reservado á las leyes y reglamentos imaginados *á priori*, dictados únicamente por el deseo de legislar? Aun no le habia llegado su época á la legislacion científica. Todo aquello lleva el sello visible de los hechos que han violentado la mano del legislador, y aún despertado su cólera por el sentimiento de la inutilidad de sus esfuerzos. Cosa fácil es acusar al tiempo presente y absolver al pasado: mostrámonos sobrado sensibles á las picaduras de hoy, y olvidamos al mismo tiempo las heridas ya cicatrizadas de nuestros mayores.

Por otra parte, si en el dia se venden ciertas telas y otros géneros menos finos, de menos cuerpo, menos

sólidos, con el mismo nombre que en otro tiempo, ¿se podrá por eso decir que hay fraude, que hay engaño? Es acaso su precio igual al de antes? Desde luego á nuestra época se debe el inmenso beneficio de haber puesto al alcance del mayor número de consumidores una multitud de productos, y el haber proporcionado su valor con las facultades de todas las clases sociales. En ello han ganado tanto la industria como los consumidores: el poderoso puede todavía satisfacer su vanidad, sin envidiar al pobre su modesto ajuar ni sus decentes y cómodos vestidos.

¡La instruccion! Preciso es reconocer que para un gran número de oficios es inútil un largo aprendizage; al paso que para otros varios como el de pianista, de relojero, de maquinista etc., es el aprendizage tan absolutamente indispensable como para la profesion de la medicina ó de la abogacía. Pero en cambio hay oficios en los que el aprendizage está reducido al trabajo de algunas horas ó de algunos dias, todo lo mas. Y sin embargo se les exigía mucho tiempo; porque está en la naturaleza de todo cuerpo privilegiado el retardar cuanto es posible la admision en su seno de aquellos á quienes no puede menos de recibir. Esta era una verdadera contribucion que imponian los maestros sin causa alguna. Smith, cuya sagacidad y método nada dejan que desear, ha demostrado bien claramente lo absurdo y odioso de este impuesto. Exigíase el aprendizage á un panadero, y no se le exigía al agricultor cuyo arte es mucho mas dificil de aprender y de practicar.

Pero, en suma, ¿á qué se reducía este tan decantado aprendizage? ¿Era por ventura una escuela que el

Estado, como tutor comun, ponía al alcance de todo individuo? Era una enseñanza teórica que preparaba los talentos para una práctica entendida y progresiva? Era una instruccion encargada á hombres escogidos, que no tuviesen el menor interes en retardar los progresos de sus discípulos, en cortar las alas á los mas despiertos, y en favorecer á la medianía? Nada de eso.

El aprendizage se hacía en los talleres, con hombres la mayor parte desprovistos de conocimientos teóricos, y faltos de deseos y de tiempo para cultivar su talento y aumentar sus conocimientos.

El número de aprendices era invariable: el mismo número tenía el maestro hábil que el ignorante. Además se privaba al discípulo de la libre eleccion; asi es que se le destinaba, no al taller del maestro mas capaz, sino al del que tuviese plazas vacantes. De manera que el aprendizage no redundaba en favor de los discípulos, sino en provecho de los maestros; siendo una especie de servidumbre temporal. El maestro trataba de procurarse las mayores ventajas posibles, sin cuidarse en lo mínimo de formar en su discípulo, un competidor, un rival temible.

Por otra parte, ¿qué estímulo podría escitar á los trabajadores á esforzarse en mejorar los procedimientos de su industria? Ninguno. Asi que, dígase lo que se quiera, la historia de la industria francesa nos demuestra claramente que ha progresado mas en veinte años, desde la emancipacion de los trabajadores, que antes en dos siglos. El hombre que hubiese manifestado un talento estraordinario, hubiera sido mirado por sus maestros con tan malos ojos como lo sería por el senado veneciano el jóven patricio que anunciase una vas-

ta ambicion y una rápida marcha en la carrera política. Desde luego se sabía que á la vuelta de cierto tiempo, el que obtenía la gracia de su maestro por medio de una baja servidumbre, de fijo llegaba á ser oficial, y en seguida á maestro. El requisito esencial era la sumision, la admiracion hácia sus superiores, y el desden hácia toda novedad. Entonces no había que inquietarse por el porvenir: porque ¿qué zozobra podian tener unos hombres á quienes la falta de competencia libre aseguraba en todo caso una suficiente clientela?

En una palabra, la instruccion era imperfecta: la rutina dominaba en los talleres: las garantías que se pretendia obtener eran incompatibles con la naturaleza de las cosas. El privilegio era, ademas de inútil, odioso. Los productos, tan pronto superabundantes como insuficientes, jamás estaban en proporcion con las necesidades. Ya lo hemos dicho: en un tiempo en que tanto abundaban en Europa las veedurías y magisterios, la ciudad de Milan, que por una feliz escepcion disfrutaba de la libertad de industria, se hizo muy pronto célebre en todo el mundo por sus paños y demas manufacturas. Mas luego que se introdujo tambien allí el sistema de los gremios decayó la industria milanesa; sin que por eso se achaque aquel mal á esta sola causa.

La Inglaterra adoptó tambien el sistema de gremios y de enseñanzas, el cual existe allí todavia. ¿Y se dirá por esto que aquel pais debe á semejantes corporaciones el haber remontado su industria á tanta altura, y el haber hecho tamaños prodigios la produccion, ya en la calidad, ya en la cantidad, ya en la baja de precio de los productos?

Lo que sí se dirá con toda verdad es, que se han

obtenido semejantes resultados á pesar de las corporaciones. Los ingleses tienen un apego estraordinario á sus antiguas leyes: se complacen en proclamar su estabilidad y eternidad; pero con tal que no se apliquen, ó, en caso de aplicarlas, acomodándolas al tiempo presente por medio de una interpretacion sutil é ingeniosa. Conservan pues sus corporaciones, y el estatuto de Isabel no ha sido nunca derogado; mas á pesar de la generalidad de sus términos, los ingleses han dicho: el sistema debe conservarse, pero únicamente en los mercados del tiempo de Isabel, y para los oficios conocidos é incorporados entonces. Todos los demas son libres, y aun los mismos reglamentados lo son tambien fuera de los lugares indicados. Asi es que los nuevos descubrimientos, del mismo modo que los nuevos oficios, y aunque los antiguos en las poblaciones que entonces eran de un órden inferior, siempre se han conservado libres y nunca han estado en pugna con los estatutos y constituciones. Bastaba un nombre nuevo, una ciudad nueva, para librarse de trabas: ¿y se dirá ahora que la industria inglesa se ha desarrollado, merced á las corporaciones y á las garantías que la produccion encontraba en los gremios?

Con todo, no queremos pasar en silencio una observacion que podrá ser de algun peso para aquellos que como nosotros estén convencidos de que interesa al pais y á los trabajadores que la poblacion se desarrolle muy lentamente. Se dice que los gremios y enseñanzas servirán de freno, porque los padres de familia no tendrán una ilimitada esperanza de dedicar á sus hijos á cualquiera oficio ó profesion útil, sabiendo que esta carrera no está abierta á todo el mundo, y que no

á todo el que quiera le es lícito entrar en el inmenso taller de la industria nacional, cuyo noviciado es largo y costoso á la vez; que se evitarán muchos matrimonios imprudentes y precoces que encontrarán un obstáculo en el sistema de gremios, los cuales vendrán á ser de este modo una medida preventiva contra el esceso de la poblacion.

Aun cuando la consecuencia fuera cierta, sin embargo no creo que favoreciera nada á los gremios y enseñanzas. Porque no juzgo necesario conseguir para la sociedad por malos medios aquellos resultados que deben ser fruto de su moralidad y prevision. Pero sin entrar aquí en tan importante cuestion, económica y moral á un mismo tiempo, limitémonos á manifestar que los hechos no justifican la observacion. Para que tuviera algun valor, preciso sería que todos los oficios estuviesen reglamentados en corporaciones. Ahora bien, ya hemos visto que aun en los tiempos en que este sistema se generalizó mas, se concretó siempre á ciertos oficios y á ciertas poblaciones. Desde entonces se observó que el aumento de la poblacion estaba de parte de las profesiones y de los oficios libres; lo que era para ellos un mal de consideracion, puesto que debian soportar todo el peso rechazado, por decirlo así, de los otros. En fin, aunque fuese cierta la observacion, no convendria buscar semejante resultado con instituciones que paralizan la industria, que suponen una inamovilidad quimérica en las necesidades del mercado, y entorpecen toda division racional del trabajo.

Pero hay hombres que se lisongean de poder reproducir añejas ideas por medio de denominaciones nuevas. Ellos como nosotros rebaten los gremios y las

enseñanzas; las corporaciones no son de su gusto; los privilegios les son odiosos. Demandan tan solo leyes que impidan el descrédito que los malos obreros causan á la industria nacional, y que corten los perjuicios que se ocasionan mutuamente los trabajadores con una deplorable y escesiva competencia.

Lejos de nosotros la idea de pasar en revista todos los proyectos imaginados con el objeto de sustituir reglamentos modernos á los estatutos de las antiguas corporaciones. Estos detalles ningun interés nos ofrecerían, puesto que la libertad de los trabajadores garantida por nuestras leyes, está al mismo tiempo asegurada entre nosotros, por nuestras opiniones y por nuestras costumbres. No es en Francia donde el trabajador puede temer el restablecimiento de las trabas antiguas.

Finalmente, estos proyectos pueden reducirse á dos puntos principales. ¿Se trata de exigir para la generalidad de profesiones un aprendizage forzado y pruebas de capacidad?

O bien de distribuir los trabajadores en los diversos oficios, á voluntad del legislador, é imponer á su trabajo y á la libertad de pasar de un oficio, ó de un lugar á otro, condiciones distintas de la conveniencia de las partes interesadas?

En este caso semejantes reglamentos serían una verdadera reproduccion del sistema de enseñanzas, si ya no constituian otro aun mas pernicioso, diérasele el nombre que se quisiera.

Por el contrario, respetada la libertad de los trabajadores, todas las medidas á que pudiera sujetársela serían meros reglamentos de policía. Y entonces in-

cumbiría, mas al derecho público, que á la economía política, fijar su estension y apreciar sus consecuencias.

Ademas, nosotros no consideramos aquí la cuestion de la libertad del trabajo sino bajo el punto de vista de la produccion. Ahora bien, los intereses de la produccion hállanse garantidos desde el momento en que al trabajador se le permite ensayar sus fuerzas, y no se opone el menor obstáculo á la libre competencia del trabajo.

Pero ¿podrá decirse que nuestro deseo es escitar la imprudencia de los trabajadores, desviarlos del espíritu de asociacion, y sacrificar á la cuestion de la produccion otra mas grave, mas complicada aun, cual es la de la distribucion de la riqueza? ¿Autorizará esto á decir que para nosotros sea la libre concurrencia un principio tan absoluto que no admita, ni la menor limitacion, ni la menor escepcion por razonable que sea?

No, de ningun modo, señores: mas es imposible decirlo todo de una vez.

Al hablar de las leyes que debian regular el mercado y determinar el valor en cambio, hicimos ya observar que la libre concurrencia no era un hecho tan general como algunos economistas han querido suponer. Ya se nos presentará otra ocasion en que reproducir tan importante observacion.

Al tratar de la poblacion, y de su influencia, primero sobre la produccion y despues sobre la distribucion de la riqueza: al estudiar la accion del capital, y mas tarde, las leyes de las utilidades y de los salarios, tendremos ocasion oportuna de reconocer las reglas que los

trabajadores deberán imponerse por su propio interés; los escollos contra los cuales irán inevitablemente á estrellarse si, despreciando el poder é influencia de ciertos hechos, se dejan arrastrar de consejos imprudentes, cerrando los oidos á las lecciones que la Providencia ha puesto al alcance de todo ser racional.

Veremos al mismo tiempo que estas consideraciones no quitan la menor fuerza á los argumentos que justifican el principio de la libertad de los trabajadores. Preciso es confiar en su interés y en su reflexion. La ley con sus medidas generales y necesariamente mancas, paralizando la produccion natural, retardaría el mejoramiento de la condicion de las clases pobres.

Pero porque repudiemos completamente el sistema de gremios y enseñanzas, y cualquiera otro que le sea análogo, ¿se ha de decir que escluimos del sistema de libertad toda escepcion por legítima que sea, ó que proclamamos como principio absoluto que no es necesario tener en cuenta para nada, ni la capacidad, ni la moralidad de los trabajadores?

Una y otra consecuencia esceden á nuestro pensamiento.

Miremos las cosas mas de cerca. Lo hemos dicho muchas veces y no nos cansarémos de repetirlo: no son los intereses económicos los únicos en que debe ocuparse la sociedad. Que limite la ley, si es posible, el trabajo de los párvulos en las fábricas, que sujete á reglas determinadas el servicio de la marina mercante, la profesion de buhonero; el economista puede y debe señalar los efectos de estas medidas sobre la produccion nacional; y no podrá intentar reducir la cuestion á los estrechos límites puramente económicos.

Mas: hay ciertos trabajos, sobre todo entre los intelectuales, que pueden, por sus resultados, ejercer una influencia irreparable, ya en el individuo, ya en la sociedad.

Añádase, que hay ciertas producciones cuyos resultados es fácil apreciar, aun cuando se ignoren los procedimientos del trabajo. Yo por ejemplo, desconozco completamente las operaciones que son necesarias para la fabricacion de ciertos muebles, y sin embargo podria comprarlos sin temer demasiado la mala fé del fabricante. Pero al mismo tiempo hay otros productos que el vulgo de ninguna manera puede estimar; los del médico por ejemplo. Los magistrados, empleados públicos, abogados, escribanos, procuradores, maestros, corredores de cambio &c., pueden con sus yerros causar igualmente inmensos perjuicios al particular que sea su víctima, y difundir al mismo tiempo una funesta alarma en la sociedad. Sus servicios son en cierta manera indispensables para todo el mundo; y sin embargo, es tan especial su capacidad, que á los consumidores les es imposible calificar estos servicios.

Por otra parte, no es muy de temer la inmoralidad de un mercader ó fabricante. Puede examinarse el género antes que se verifique la compra, y entonces el daño es apreciable y limitado. El médico, el abogado, el magistrado no nos ofrecen antes de obrar una muestra de curas, de informes ó de fallos.

La cuestion pues traspasa por su naturaleza los límites de la economía política. No se trata solamente de saber si la libre competencia nos proporcionará productos mas abundantes y mejores, sino que la moral y la política intervienen en la cuestion. La proteccion

debida á la sociedad en general, y la necesidad de prevenir una multitud de crímenes y errores exigen imperiosamente ciertas medidas preventivas. Ni aunque por eso encareciesen algunos productos, ó hubieran de paralizarse algunos talentos, la moral y la política podrian autorizar la supresion de tales medidas.

En unas profesiones se exige á los candidatos que dén pruebas de su capacidad: en otras que garanticen á un mismo tiempo su capacidad y su moralidad. En otras hay un número limitado de titulares, y la eleccion está reservada á la autoridad superior. Finalmente, en algunos paises, en Francia por ejemplo, el gobierno exige una fianza mas ó menos considerable, y en caso de vacante, otorga de ordinario su *placet* al candidato designado por el propietario titular como comprador del oficio que éste piensa renunciar. No es de nuestro propósito someter aquí á un análisis crítico las diversas condiciones que se imponen á las profesiones indicadas, y á otras análogas.

Resultan sin embargo de estos hechos dos graves cuestiones que creemos no deber pasar por alto, sin hacer sobre ellas ciertas observaciones.

¿Es realmente necesaria, ó al menos útil, esta limitacion en el número de productores, en ciertas profesiones?

Y en el caso de estar por la afirmativa, ¿qué dirémos de esa práctica que permite al propietario vender su plaza al candidato de su eleccion? O en otros términos, ¿qué se debe pensar acerca de la venalidad de los oficios?

Antes de resolver en este asunto, dirán algunos descontentadizos, examinemos como cuestion prévia si

el reducir á límites determinados el número de productores no es crear un privilegio.

¡Un privilegio! No hay carrera alguna (se ha contestado) que presente una masa ilimitada de trabajo; la produccion, y por lo tanto el número de los productores, tienen que ser limitados por la naturaleza misma de las cosas. Al declarar el gobierno que en tal ó cual carrera no se admite mas que cierto número de trabajadores, no hace mas que proclamar un hecho independiente de su voluntad, y lo proclama en provecho de los trabajadores mismos, que evitan de este modo sorpresas y equivocaciones. Lejos pues de crear un privilegio, no hace otra cosa que prevenir males, mostrándose siempre solícito en estudiar el estado de la sociedad, variable por naturaleza, y no olvidándose de proporcionar el número de los trabajadores á las variaciones de la demanda.

No es en esto, hablando con propiedad, en lo que verdaderamente consiste el privilegio. El ejercicio de la tutela pública puede aparecer mas ó menos necesario, mas ó menos sujeto á errores y abusos; pero si el número de los trabajadores fuese proporcionado á las necesidades, si ellos se contentasen con sacar de sus trabajos y capitales las utilidades y salarios que, atendido el estado general de los mercados, deban suministrar las profesiones que ejerzan, el gobierno se hallaría en el mismo caso que un empresario encargado de construir un *tunnel* ó de esplotar una mina. Y ¿se dirá de él que establece un privilegio, por admitir solamente un número determinado de trabajadores? No: que solo obedece á la ley que la localidad le impone: y lo único que pudiera decirse con mas apariencia de razon

es, que en las profesiones en que el gobierno se reserva la eleccion de titulares, se hace él empresario para con el público: lo que debería tal vez, en caso de sobrevenir desgracias ó crímenes, imponer al Estado la obligacion de suplir la insuficiencia de garantías exigidas del autor del daño. Los empleados públicos son los instrumentos del poder, así como los obreros lo son del empresario; si le resulta algun mal al consumidor no tiene por qué imputárselo, porque no ha estado en su mano la eleccion.

Sea de ello lo que quiera, no es este el privilegio. Y sin embargo, existe un privilegio análogo al de las enseñanzas: que es el derecho que tienen los propietarios de conservar su plaza y de ejercer sus funciones aun cuando se presenten otros mas hábiles á reemplazarlos. El empresario no hace con sus obreros tratos vitalicios, sino que los toma, ó á jornal, ó por semana; todo lo mas por meses; y muy rara vez por años. El gobierno por el contrario, ajusta sus trabajadores para toda la vida, al menos cuando se encarga de los negocios de los particulares, porque los negocios públicos solo los encomienda á agentes temporales y revocables. Desaparecería toda señal de privilegio si, estableciendo una especie de concurso periódico, se abriese de este modo la liza á las nuevas capacidades, reservando la corona para los mas hábiles.

Convengo sin embargo en que semejante idea sería irealizable. Porque, ¡qué efectos no causaría en una infinidad de existencias! ¡qué de desaliento en muchas carreras que por un lado exigen considerables sacrificios, quedando por el otro espuestos los titulares, no ya á los azares de la libre competencia, como

los abogados y los médicos, sino á una esclusion absoluta!

He tratado únicamente de demostrar que la restriccion del número, aisladamente considerada, no debe impugnarse en nombre de la igualdad civil. ¿Quién ha podido jamás considerar como un privilegio el que sea limitado el número de prefectos, de tenientes generales, de ingenieros civiles y de cónsules? Los abogados, escribanos, corredores de cambios, procuradores &c., son igualmente trabajadores de oficio escogidos por el gobierno, atendido el interés general y el órden público; solo que, en vez de ser directamente retribuidos por el Estado, lo son por los particulares que necesitan de sus servicios, y proporcionalmente (asi debiera ser al menos) á su trabajo: se les retribuye como antiguamente se retribuía á los jueces en muchos paises.

Siendo esto asi, queda ya libre y desembarazada de ambages la cuestion principal de si la restriccion del número es necesaria, ó puede al menos ser de alguna utilidad.

¿Por qué, se dirá, no ha de quedar abierta la liza para todos, como para los médicos y abogados? ¿No corren tambien ellos los riesgos de la libre competencia? Y aun suponiendo de parte del gobierno la mejor voluntad, el estudio mas meditado de los hechos saciales, ¿le será fácil mantener una justa proporcion entre el número de los oficiales públicos y las necesidades de cada poblacion? ¿Quién ignora los obstáculos casi insuperables que le oponen los intereses existentes, el espíritu de corporacion, la posesion de los unos y las esperanzas de los otros?

Se añadirá que lo mismo sucede con las retribu-

ciones. ¿Cómo prevenir las exageraciones y abusos? El espíritu de corporacion es superior á todo interés particular; establécense costumbres abusivas; el gobierno mismo no podria desarraigarlas, porque toda corporacion reglamentada es un poder tanto mas temible, cuanto que no representa mas que una sola idea y una sola intencion. La competencia es la única que puede obviar estos inconvenientes; la única que constantemente puede mantener el número al nivel de las necesidades y proporcionarlas retribuciones á los servicios.

Estos argumentos son fuertes en realidad; mas no por eso dejan de admitir réplica. Procuraré demostrarlo en nuestra próxima reunion.

LECCION DECIMASESTA.

Libertad de industria.—Profesiones oficiales.—Venalidad de empleos.—Continuacion.

SEÑORES:

Industrias hay que, por una escepcion á la regla de la libertad del trabajo, puede ser útil someter á ciertas restricciones y medidas preventivas. Esto debe verificarse cuando el peligro de la libertad absoluta es muy considerable, y cuando los medios individuales para ponerse á cubierto de ella son insuficientes. Hé aquí el principio que rige en esta materia. Si esta doble condicion se verifica, la economía social, como la moral y la política, reclaman igualmente la intervencion de la autoridad; porque las medidas equitativas de policía son el único medio de garantir á los consumidores y de asegurarles la leal produccion de los géneros ó de los servicios que les son indispensables. Interviene entonces el gobierno con el mismo derecho que le autoriza á prohibir las armas de fuego dentro de las ciudades. Pudiera decirse en rigor que, puesto que los hombres tienen ojos, y facultad para servirse de ellos, ninguna ne-

cesidad hay de prohibir que se disparen tiros por las calles. Los que pasen por ellas se preservarán como mejor puepan de cualquier peligro ; y si sucede alguna desgracia, sus autores serán condenados al resarcimiento del daño y á una pena mas ó menos severa ; mas no por eso se dirá que se ha atacado á la libertad individual. Ahora bien ¿habrá alguno que quiera verse de este modo espuesto todos los dias al peligro inminente de que le hieran al cruzar una esquina, sin tener mas remedio que la esperanza del resarcimiento del daño que se le haya ocasionado?

Al aplicar estos principios al ejercicio de ciertas profesiones, como la de médico, farmacéutico, procurador, corredor de cambios, hicímos notar que las medidas preventivas mas generalmente adoptadas consisten en exigir préviamente ciertas pruebas de capacidad, en fijar un número determinado de titulares ó propietarios para cada profesion, y en que su nombramiento competa al gobierno.

Estas tres medidas no van siempre unidas. Asi pues, cualquiera puede llegar á ser abogado, con tal que haga las pruebas de capacidad que se requieren; por lo demás, á él le corresponde saber si el mercado (conviene mucho llamar las cosas por su nombre) basta para todos sus productores. En rigor, pudiera haber en él mas médicos que enfermos.

En cambio, no á todos es permitido, cualquiera que sea su capacidad, hacerse escribanos, procuradores, agentes de cambio. El número de titulares está coartado en mas de una profesion, y mas especialmente en aquellas que revisten á las que los ejercen del carácter de oficiales públicos al mismo tiempo que del de pro-

ductores. Esta medida ha sido siempre rebatida en nombre de la libertad de industria y del principio de la competencia. Como relator imparcial es deber mio manifestar las razones que en la apariencia la justifican.

Acabamos de decir que el escribano y el agente de cambios son á la vez productores y oficiales públicos: como productores, se considera principalmente su capacidad; como oficiales públicos, es preciso ante todo inquirir su probidad, su moralidad. El agente de cambio, mientras ejerce su oficio en el comercio, en conformidad con la ley, es en cierta manera un testigo privilegiado, hombre de quien nos dirá el gobierno: Depositad en él vuestra confianza: yo sé que la merece. Si yo presto declaracion ante dos escribanos, obtendrá mas crédito que si la hubiese prestado ante otras dos personas cualesquiera: y aunque no la haya podido firmar, basta que el documento tenga las apariencias y las formas de un instrumento público, para que no pueda sustraerme á él sin promover un juicio de falsedad.

No hay inconveniente en que la capacidad de estos agentes sea diversa. Para una causa complicada solo se busca al abogado mas instruido, si es posible: y al agente mas hábil, para una negociacion delicada. La moralidad por el contrario, preciso es notarlo, no admite mas ni menos; porque aquí hablamos de probidad, no de destreza.

Por otra parte, la ignorancia no puede estar oculta: bien pronto es conocida y descubierta; la perversidad, por el contrario, se disimula mucho tiempo; y es deplorable cosa en verdad, que busque siempre su abrigo en el talento, para ofuscar con su brillo la penetrante mirada del público.

No hay que aplicar estas observaciones únicamente á las profesiones oficiales propiamente dichas; otras hay que en rigor pudieran colocarse en la misma lìnea. El farmacéutico no es solo un químico mas ó menos hábil, un hombre cuya ligereza ó ignorancia pueda causar grandes males; sino que es tambien una especie de oficial público. ¿Cuál no sería la inquietud de las familias, la alarma de los enfermos, si al recibir cualquiera composicion ó pócima de un hombre que les es personalmente desconocido, no estuviesen ciertos de la veracidad del rótulo que lleva el medicamento? Sucede con las medicinas lo que con la moneda, que se recibe en fé de un testimonio: pero con la diferencia de que las monedas, cuando hay duda pueden comprobarse, al menos por su peso, al paso que solo uno de la misma facultad podrìa examinar los compuestos del farmacéutico.

En vista de tamaños peligros, los gobiernos se han visto obligados á acumular medidas preventivas para cada profesion; y á las pruebas de capacidad, á la fianza, á las garantías que ofrece la disciplina de las corporaciones, han añadido el nombramiento por la autoridad pública, y han determinado el número de los concurrentes. Y ¿es este un fuerte y grave golpe dado al principio de la libertad? Sigamos nuestro exámen.

Y desde luego, por verdadero é importante que sea el principio de la libertad, ¿debemos exagerar su influencia á la manera de algunos economistas? Ignoramos tal vez que este influjo no es el mismo en la produccion intelectual que en la puramente mecánica? Puede haber completa y absoluta competencia entre los fabricantes de medias y los fabricantes de azucar; pero

¿sucede lo mismo entre los abogados, médicos y artistas? Por ventura, entre el sinnúmero de médicos y cirujanos de Paris ¿habrá muchos que pueden competir con los Dupuytren y los Portal? A los productores intelectuales se les clasifica por su mérito real y por su reputacion, y las líneas de demarcacion que separan á los unos de los otros son insuperables. La república de las letras (en la que se han de comprender las bellas artes y las ciencias) es eminentemente aristocrática: tiene muy poca tendencia á la igualdad de condiciones, en ella es en donde la *plebe* es mas digna de compasion.

Pero sin que tratemos de insistir aquí en los corolarios de esta observacion, y reconociendo como reconocemos que no es indispensable el genio de Ricardo ni el talento de Dumoulin, para ser ó un buen corredor de cambio ó un procurador recomendable, no podemos menos de recordar que la moralidad humana no es por desgracia una virtud cuyos límites sea difícil encontrar, á lo menos en el mayor número. ¿Sería por lo tanto conveniente, sería cosa discreta ni moral, esponer al hombre á la necesidad, y confiarle del todo funciones importantes y peligrosas, encargarle completamente la decision de los intereses mas considerables, que depende solo de una palabra, de una omision, de una artería, de un crímen, las mas veces tan fáciles de ocultar? Sería conveniente esponer á la sociedad á tamañas alarmas é inquietudes?

Y sin embargo ¿qué sucedería si ciertas carreras ó profesiones que exigen una gran moralidad, estuviesen abiertas á un número ilimitado de aspirantes? Sucedería lo que con muchas profesiones libres. Porque ¿quién

ignora que hay muchos médicos sin enfermos, muchos abogados sin litigantes, muchos maestros sin discípupulos? Por la misma razon habria tambien muchos procuradores sin asuntos, muchos corredores de cambio sin negociaciones, muchos escribanos sin despacho, ó al menos la parte de trabajo de cada uno sería tan pequeña y reducida, que apenas puedieran proveer á sus necesidades y conservar en la sociedad el puesto correspondiente á sus respectivas profesiones.

Es una idea muy comun, pero que importa sin embargo recordar en este momento, que las necesidades individuales no son para todos las mismas. Cada uno de nosotros, gracias á nuestra educacion, á nuestras costumbres y á nuestra profesion, esperimenta ciertas necesidades indispensables que no son comunes á todos los hombres.

En muchos paises civilizados, como en Escocia por ejemplo, es muy comun en la gente del campo andar con los pies desnudos, sin esperimentar por eso el menor sufrimiento físico, ni creerse moralmente degradados, porque aquella es la usanza del pais. En otra nacion, el campesino que no tuviera zuecos por lo menos, sería mirado como mendigo. Ciertamente que si un letrado no tuviera zapatos, escitaría de fijo, aunque sin razon tal vez, cierta desconfianza en su cliente. Porque para él es una necesidad tan indispensable un calzado decente, como un vestido cualquiera para todos los demas.

Cada profesion está inevitablemente sujeta á ciertas conveniencias de un órden mas ó menos elevado, á cierto género de vida mas ó menos costoso. Conviene no perder de vista que las cosas que el hombre es ca-

paz de desear, pueden reducirse á tres puntos capitales: cosas necesarias, cosas convenientes ó útiles, y cosas de puro deleite ó de lujo. En todas las clases de la sociedad que están fuera de los tiros de la miseria, se encontrará esta tríple distincion. Y sería una especie de cinismo fantástico imaginar que todos los hombres tienen las mismas necesidades.

Ahora bien, volviendo á las profesiones que por la naturaleza de sus funciones exigen garantías positivas de moralidad, con razon se ha podido temer, que, si los hombres dedicados á una ú otra de estas profesiones se encontrasen por efecto de la libre competencia imposibilitados de obtener por su trabajo, no solo aquello que pudiese convenirles, sino aun lo absolutamente necesario, su moralidad, asi acosada por la necesidad, tendría espuestos á los consumidores á daños inevitables y sin remedio.

Hé aquí, á mi juicio, el argumento concluyente. Si los otros no son de igual fuerza, merece aquel tomarse en mayor consideracion, tanto mas cuanto la esperiencia parece haber confirmado la necesidad de esta escepcion (y no es la única) á los principios de la libre competencia.

Me concretaré á citar un solo hecho. El privilegio de los agentes de cambio, abolido en 1791, no tardó en restablecerse. Y no por la monarquía en su restauracion, sino por la convencion misma. Se esperimentó la necesidad de una policía para la Bolsa; porque habiéndose constituido en agentes de cambio una ilimitada concurrencia de personas, se originó tal desórden en las negociaciones, que fué preciso reducir su número á veinticinco: confiando su nombramiento á las *juntas* de

salud pública y de hacienda. Reorganizóse de nuevo la corporacion durante el consulado, y se exigieron fianzas. Y despues, en 1816 y 1818, acabó de completarse esta organizacion.

A demas de esto, en la práctica, la cuestion depende siempre de la medida de confianza que la ley concede á ciertas profesiones. Cuanto mas importantes y trascendentes son los actos de que se las hace capaces, tanto mayores y mas tranquilizadoras deben ser las precauciones que se tomen. El derecho de estender los actos judiciales pudiera muy bien no ser un privilegio, y serían nulos los inconvenientes que semejante libertad pudiera ofrecer, donde estos actos no tuviesen la importancia que entre nosotros, y en donde no originasen los mismos perjuicios á aquellos cuya confianza hubiese sido sorprendida. Pero si se reviste á ciertos hombres de poderes muy ámplios y peligrosos, pasa á ser secundaria la cuestion de la libertad del trabajo. Porque no se trata ya entonces de saber si el producto será mayor ó menor, mas ó menos perfecto, mas ó menos caro; sino que absorverán la materia entera los principios de la moral y del órden público.

Se insistirá tal vez; y se dirá que es posible asegurarse *á priori* no solo de la capacidad sino de la moralidad de estos agentes; que así se procede entre nosotros con respecto á los maestros de instruccion primaria, en virtud del artículo cuarto de la ley reciente, que realiza para este ramo de la instruccion pública, el principio de la libre enseñanza, establecido en la constitucion. ¿Sería acaso menos importante probar la moralidad del hombre que recibe de los padres de familia el

sagrado depósito de sus hijos, que la de un corredor ó un escribano?

El argumento es especioso, y aun á nosotros mismos nos seduce, á pesar que deseamos la aplicacion mas ámplia y estensa del principio de libertad; sin embargo creo que peque por la base; vds. lo juzgarán.

Ante todo, ¿es posible asegurarse con anticipacion de la moralidad de un hombre, por medio de pruebas directas y oficiales, como puede hacerse de su capacidad? No hay duda que nos faltan los medios para hacerlo. La moralidad no admite mas pruebas que el testimonio. ¡Pero qué testimonio! El testimonio de lo pasado, cuando se trata de asegurar el porvenir: un testimonio relativo á los primeros años de la vida, antes de las seducciones y tentaciones del mundo; y sin embargo, se quiere que este sea una garantía contra esas mismas seducciones y tentaciones; en una palabra, un testimonio que por su naturaleza no puede ser sino negativo: y ¿quién ignora que el testimonio positivo es el único que puede obrar en nuestro espìritu como prueba irrecusable?

Y si al menos pudiera obtenerse este testimonio negativo con todas las garantías necesarias, y con plena libertad de contradiccion y de debate público... Pero esto es imposible. Convenimos pues en que aquel que no quisiera encomendar el menor de sus negocios á un procurador novel, no se atrevería por eso, al menos sin hechos palpables y notorios, á rehusarle el certificado de moralidad, y á cerrarle con su propia mano una carrera que constituye su modo de vivir, el objeto de sus estudios y la esperanza de su familia. Y por otra parte, de mejor grado querría renunciar á toda prueba,

que inspirar al público una confianza que él no tenía, contentándose con pruebas insuficientes é indirectas.

Estas son suficientes para los maestros de educacion primaria. Guárdenos el cielo de hacer un mal pronóstico de nuestra escelente ley. Unicamente diremos que la comparacion no es justa. El maestro ejerce, es cierto, una especie de sacerdocio; puede causar á la sociedad un mal inmenso, un mal, digámoslo asi, aun mucho mayor que el bien que la puede reportar. Es muy fácil desfigurar insensiblemente la conciencia y pervertir la rectitud natural de la infancia. El maestro debe por lo tanto ser esperimentado, puro y generoso, de escelentes costumbres, de una conducta irreprensible á todas luces. En esto estamos de acuerdo. Pero digamos de buena fé: ¿qué interés puede tener en no serlo? Permítasenos no hacer alusion á los desvaríos abominables de ciertas imaginaciones depravadas. Fuera de estas raras infamias que no pueden estar por mucho tiempo ocultas, ¿qué mal puede ocasionar un maestro de educacion primaria? ¿Qué beneficios puede esperar de una falta de delicadeza y de probidad, de una culpable parcialidad, de una inícua complacencia? ¿Cambiará por eso de estado? ¿Podrá abandonarse á las ilusiones de una gran recompensa, á las seducciones de una promesa fascinadora? El maestro no tiene otra esperanza que su buena conducta, su celo y actividad incesantes, y su imparcial desvelo. Entonces se grangeará la estimacion y afecto de las familias, las únicas que pueden asegurarle un porvenir modesto, pero seguro y honroso. Ademas, el maestro no se halla rodeado de misterio ni trabaja en las sombras de su gabinete; está constantemente á la vista de las

familias, de sus superiores, del público. Todo cuanto dice, todo cuanto hace, lo observan cien ojos y lo repiten cien bocas.

Así que, una especie de conexion ó vínculo que pudiera llamarse providencial, hace que, en esta profesion tan importante para el porvenir de las sociedades, las garantías sean los mismos medios de ejecucion, y casi inseparables de ellos. Basta la obra para que el público sepa si la accion es ó no conforme á la ley del deber. Al hipócrita, imposible le sería conservar mucho tiempo su engañosa máscara, ni preparar á la sombra del misterio males irreparables.

Por otra parte, creer que en la instruccion pública se puede, en todo caso, conciliar el principio de la libre competencia con todas las garantías que parecen exigir los estudios mayores, es un absurdo, un imposible. Hé aquí un ejemplo patente. Abriéronse las oposiciones como medio de proveer las cátedras vacantes en las facultades de medicina y de derecho. Pero se temió al mismo tiempo que la enseñanza de los estudios mayores viniese á ser en cierto modo la propiedad de algunos hombres, capaces sí, pero de una moralidad dudosa, ó de opiniones contrarias al órden de cosas establecido. Con razon ó sin ella, horrorizó el pensar que la juventud, que un dia habia de ser llamada al manejo de los negocios públicos, pudiese, en una edad en que las impresiones son á la vez fáciles y duraderas, empaparse en aquellas cátedras de ejemplos perniciosos y de principios subversivos. ¿Cuál podrá ser, decíase, la autoridad moral de un gobierno que, juguete de sus propias leyes, organiza á gran costa y á vista de todo el mundo escuelas que han de convertirse en

vastos semilleros de descontentos y de enemigos? Al mismo tiempo se reconocía que los certificados de buena vida y costumbres no eran en semejante caso una suficiente garantía.

¿Pero qué es lo que se ha imaginado para obviar estos inconvenientes? Veámoslo en el estatuto del 10 de mayo de 1825; medida de todo punto inofensiva por irrealizable, y la mas escandalosa si fuera posible llevarla á efecto.

Despues de inscritos todos los candidatos, el ministro, ó si se quiere el consejo real, habia de tener facultad para borrar de la lista los nombres de aquellos cuya conducta, carácter ú opiniones no le ofreciesen suficientes garantìas. *Prohs Deus*! Y dependerá de un ministro, de una autoridad cualquiera, cortar de un modo tan arbitrario la carrera de un hombre, y afear su reputacion con una mancha indeleble, sin queja formal, y sin admitirle defensa, ni justificacion, ni apelacion! Abiertas las pruebas para la capacidad, no era sobre esta sobre la que recaía el fallo, sino que la reprobacion se dirigía á las opiniones, al carácter, á la conducta. La inquisicion obraba de una manera mas lógica, porque al menos interrogaba al acusado. No creo se haya recurrido jamás á semejante poder. Por fortuna, los nombres de los candidatos para los diversos concursos ú oposiciones, nunca han puesto al gobierno en la dolorosa alternativa, ó de ejercer un poder tiránico, ó de correr el riesgo de ver confiada á hombres peligrosos la enseñanza de los estudios mayores. Precisamente por haber quedado este estraño medio reducido á la esfera de las abstracciones, es por lo que no hemos tenido inconveniente en citarle como

ejemplo de las estravagancias á pue se vendría á parar si se tratára de aplicar, sin distincion, el sistema de pruebas prévias y directas á todas las profesiones que exigen, sobre todo, garantías de moralidad.

En último resultado, para ciertas profesiones, no es posible rehusar á la autoridad pública un poder de discrecion, un derecho de tutela que reclaman igualmente los intereses privados y el órden público. Una intervencion tutelar que permita al gobierno aprovecharse de cuantas noticias y datos haya podido procurarse, puede concebirse como medio de eleccion; como medio de esclusion sería insoportable. En la eleccion se manifiesta una preferencia que puede perjudicar á algunas personas, pero sin herir su reputacion; mas la esclusion encierra una verdadera ofensa.

Paso ahora á la segunda cuestion que nos propusimos examinar, la cuestion de la venalidad de los empleos.

Y desde luego, ¿de qué serviría este privilegio, que se reclama para el gobierno en nombre del interés público y particular, sino fuera suficiente para alcanzar el fin á que se dirige? Si el número fijado por la ley resulta ser una regla ciega, inflexible, que ninguna legítima consideracion puede modificar, y que en vez de ajustarse á las necesidades, las hace frente, la garantía no es mas que un absurdo y odioso privilegio. Del mismo modo, si el gobierno se vé violentado al elegir entre los candidatos que intereses personales y subalternos le han impuesto en cierto modo, la intervencion de la autoridad no es mas que una celada para los ciudadanos; y cubre con su responsabilidad moral á ciertos hombres que en realidad no son sus elegidos.

Preciso es decirlo; de temer es que este doble inconveniente sea la consecuencia precisa de la venalidad de estos empleos. No trataremos aquí la cuestion general de la venalidad de empleos. A pesar de la respetable autoridad de Montesquieu, la cuestion ha sido ya juzgada, y la venalidad de los empleos condenada sin apelacion. Señalada en las actas de los diputados de los estados generales como una de las columnas del viejo edificio político, cayó tambien á los redoblados golpes de la Francia moderna en la noche para siempre memorable del 4 de agosto. La magistratura dejó de ser el patrimonio de una casta, y el privilegio de los ricos. La Francia, cada vez mas activa y animada, ha demostrado que el ilustre presidente sostenía una paradoja cuando aplicaba á la venalidad de los empleos la máxima de que: «el medrar con la riqueza inspira y fomenta la industria:» y, al hacer una aplicacion que, nacida de otra pluma que la suya, hubiéramos tachado de estravagante, esclamaba: «¡Oh pereza de la España; en donde se dán todos los empleos!»

Mas el torrente revolucionario, á pesar de su violencia, no es siempre bastante copioso para arrancar hasta las últimas raices de las viejas costumbres. Vienen en seguida intereses personales y añejas preocupaciones á cultivar y reanimar aquellos débiles restos, y pronto aparecen de nuevo retoños vigorosos, con grande asombro de los que se imaginaron que, en política, abolir era suprimir, y que crear era fundar.

Ninguno de nosotros ignora lo que pasa en los oficios de escribano, procurador, agente de cambios, y otros. Hay un número fijo de plazas, y el gobierno elige los titulares. Asi sucede en la apariencia; veamos

la realidad. El propietario que, por un motivo cualquiera, cree que le conviene retirarse, busca uno que le compre su oficio por un precio que, en alguna ocasion, ha sido muy considerable; y obtiene de la autoridad el nombramiento del candidato que presenta. Esta costumbre, que en tiempo del imperio no fué mas que tolerada, ha sido sancionada por la ley de hacienda de 1816 (art. 91).

¿Qué importa? se dirá. El gobierno tiene en su mano rehusar su beneplácito, si el candidato no reune las cualidades necesarias; y al interés general no se le causa perjuicio alguno.

Con fundamento se respondería, que el daño de los consumidores no sería menos positivo Porque ¿en qué se funda esa propiedad facticia, vendida en dinero contante, muchas veces por sumas enormes, por trescientos, cuatrocientos, quinientos mil francos? ¿Cuál es su renta? ¿De dónde puede sacarla el comprador? ¿De dónde? Del bolsillo de los consumidores; no hay remedio: es preciso que todo salga de la tarifa de los derechos para que el goce de su oficio le reporte, ademas de la justa retribucion debida al trabajo, los intereses, y aun algo mas, para la amortizacion del capital invertido. Porque es incierto el porvenir; y no seria cuerdo ni prudente confiar ciegamente á la esperanza de recobrar, al fin de la carrera, el precio desembolsado, sin tomar ciertas precauciones y seguridades. Hé aquí en resúmen una contribucion disfrazada, impuesta por ciertos particulares en provecho propio; un derecho tan absurdo como lo sería una peticion hecha al gobierno por cualquiera persona para que le concediese una décima adicional sobre los arbitrios de París.

Ademas, la libre eleccion de la autoridad no es sino una vana apariencia. ¿Quién duda que sería desechado el candidato cuya mala reputacion ó incapacidad fuesen notorias? Mas la cuestion no es esa: la cuestion está en si la autoridad obra con toda libertad en presencia del candidato que el titular le presenta, y por los perjuicios que á aquel puede causar, negándose á confirmarlo; si tal candidato es en efecto el mas capáz, el mas digno entre los aspirantes que ella pudiera llamar; si no se vé precisada á plegarse á las circunstancias, á los empeños ya contraidos, á las pretensiones de las familias interesadas en ello; y á las influencias, tan poderosas y activas del espíritu de corporacion. Porque todos los titulares se hallan interesados en segundar los proyectos de su compañero, y cuanto mas se multiplican los precedentes, mas se asegura el privilegio. Por este sistema, puede estar segura la autoridad de no nombrar jamás, ni al mas indigno, ni al mas merecedor. Si por una parte no hay bastante descaro para presentarle al mas indigno, por otra tampoco se busca al mas digno, sino al mas osado, al mas impaciente; porque lo que se quiere, ante todo, es hacer un buen negocio; obtener una crecida suma y ventajas conocidas. Tanto mejor para el público si se encuentra, sin pensarlo, con una alta capacidad y una probidad incorruptible.

Y no se diga que el gobierno estaría menos espuesto á errar eligiendo por sí mismo; que sin esta candidatura, á la cual sin embargo vá unida de cierta especie de responsabilidad, los nombramientos estarían quizá todavía mas sujetos á oposicion; que suprimiéndola, tal vez no se conseguiría mas que sustituir á in-

fluencias sospechosas otras todavía peores. Mejor es, se dirá, que un aspirante á la profesion de notario sea presentado por un antiguo escribano que conoce todos los deberes de su profesion, y que naturalmente no querrá dejar en malas manos sus clientes y su estudio, que por un diputado, ú otro cualquier personage, que, incitado por motivos políticos, se cuide apenas de las cualidades personales del candidato.

No debemos entrar aquí en el vastísimo campo que estas observaciones nos prepararían. Grande sería sin duda alguna, é interesante, la cuestion de saber qué garantías podrían exigirse en los nombramientos oficiales, sin por eso quedase el gobierno con tales precauciones libre de toda responsabilidad, ni privado de la justa y legítima influencia que debe ejercer. Mas esta cuestion, por su generalidad, escede los límites de nuestras investigaciones; pertenece á otro órden de estudios. Bástenos haber demostrado que la venalidad de empleos no asegura á los consumidores ni el mejor servicio, ni un precio moderado, condiciones que sería *posible* obtener con la eleccion directa de la autoridad. Esta posibilidad no admite réplica formal. En cuanto á los medios y garantías necesarias para que el derecho de eleccion no sea una vana sombra, sean las que fueren nuestras ideas sobre este punto, nada diremos, por no entrometernos en el terreno de los publicistas esponiéndolas.

Concluiremos haciendo observar que la venalidad de empleos es tanto mas deplorable, cuanto que impide que el número de productores sea proporcionado á la estension de las necesidades; única condicion que puede hacer aceptar sin temores de descon-

tento esta restriccion de la libertad de industria. ¿Quién no vé, en efecto, que una vez establecida la venalidad de oficios, tan dificil le será al gobierno disminuir como acrecentar su número? Si se disminuye, destruye una propiedad particular en provecho de los demas titulares: si se acrecienta, disminuye el valor de los oficios existentes. De estas medidas la primera escita una repugnancia legítima; la segunda promueve grandes clamores. Fácil es decir en la tribuna legislativa que nada sujeta en esta atencion la libre accion del gobierno; pero es mas difícil probarlo en el gabinete y con los hechos.

Cuanto mas crece, mas se agrava el mal. El dia en que el gobierno quisiese al fin recobrar su plena libertad de accion, se verìa precisado á optar por uno de dos graves inconvenientes, ó bien por una especie de espoliacion revolucionaria, ó bien por un sacrificio enorme para el tesoro público; y esto por haber sancionado la trasformacion de un cargo personal en propiedad trasmisible, y por haber dejado revivir de este modo, á lo menos en parte y bajo una forma especial, una antigua costumbre nacida de las miserias del tesoro real bajo el reinado de Francisco I, y que debió quedar sepultada para siempre con los gremios, las sustituciones, y la servidumbre entre las ruinas del antiguo régimen. El aumento de fianzas, que tuvo lugar en 1816, no justificó aquel retroceso hácia lo pasado. Así que, aquella estraña compensacion fué, en mi sentir, mas bien el pretesto, que el motivo de aquel restablecimiento parcial de un antiguo abuso, contra el cual aun en el antiguo régimen se alzaron tantas veces imponentes.» Es una gangrena, escla-

maba el conde de San Simon hablando de la venalidad de los empleos militares, que corroe hace mucho tiempo todas las clases y condiciones del Estado, á la cual tendrá al fin que sucumbir, y por fortuna apenas es conocida en los demas paises de la Europa.»

LECCION DECIMASEPTIMA.

Para aumentar el poder del trabajo, y desarrollar las diversas disposiciones de los trabajadores, debe el Estado valerse de la instruccion general.—Los reglamentos que limitan la accion del trabajo, prescribiéndole los medios de aplicacion y los resultados que debe producir son, en axioma general, tan perjudiciales á la produccion, como los que coartan el movimiento libre de los trabajadores.

SEÑORES:

Las corporaciones y cofradías de oficios, los gremios, colegios, veedurías, ó cualquiera otra institucion análoga, no son los medios que aprueba la razon y que la esperiencia autoriza. Como tesis general, la libre competencia de los trabajadores es mas útil á la produccion que el trabajo sometido á restricciones y trabas. Bossuet se dejó llevar demasiado de su amor á la unidad y á la regla, cuando, al hablar de las castas egipcias, de aquel sistema estacionario en que todo, hasta los oficios mismos eran hereditarios, decia: «Por este medio todas las artes llegaban á su perfeccion.» Hé aquí ademas uno de los errores que pueden seducir hasta al hombre de genio, porque encierran una parte

de verdad. En efecto, una de las razones que justifican la division del trabajo y que hacen de este hecho económico uno de los resortes mas poderosos de la produccion es, que cuanta mayor costumbre hay de hacer una cosa, tanto mejor ésta se hace, ó en otros términos, la ventaja que se saca de la constante repeticion de los mismo actos por el mismo individuo. La observacion ha demostrado que en una fábrica no convenia hacer lo que la ignorancia hacia muchas veces, á saber, permitir la confusion de toda clase de trabajadores, y creer que se economízan tiempo y gastos cuando un mismo obrero desempeña funciones diversas.

No he tratado de la division del trabajo, porque este es un principio ya reconocido en la ciencía, é incuestionable. Ahora bien, lo que Bossuet decia de las castas egipcias tenia de verdad que, merced á la perpetua repeticion de unos mismos actos en una misma familia, y á aquella práctica tradicional que de este modo pasaba de padres á hijos, se habia llegado en las producciones que requieren un trabajo largo, constante y minucioso, á un grado de perfeccion y de exactitud estraordinario. Pero ¿qué son los progresos del arte y de la industria en los paises de las castas, comparados en el mundo antiguo con los de la Fenicia, de la Grecia y sus prósperas colonias, de las costas de Africa, del Asia Menor, de la Sicilia, de la Italia meridional y de la Galia; y sobre todo, comparados en el mundo moderno con los de los paises que, no contentos con haber repudiado la esclavitud como un crímen, han sabido eludir ó destrozar las trabas de las corporaciones, y la sujecion tiránica de las veedurías? Sin duda alguna, por todas partes donde la riqueza, el

poder y la ciencia son el privilegio esclusivo de una casta, con tal que no se halle embrutecida por la pereza y los placeres sensuales, posible es que en sus ocíos aristocráticos consiga levantarse á un eminente grado de desarrollo intelectual: que realice, si es dueña de un pueblo dócil y sumiso, ingeniosas y aun grandes concepciones: que asombre al mundo con monumentos como las *necropolis* y los templos de la Tebaida, del Egipto, de Elephanta, y de Mavalipuram en las Indias. Pero aun asi ¿qué son, considerados bajo el punto de vista económico, los trabajos de la India y del Egipto, comparados con los productos tan ricos, tan variados y tan multiplicados de la libertad en el mundo moderno? ¿Y cuál era, sí se quiere ensanchar la cuestion, el estado de las naciones esclavizadas de la antigüedad, aun comparado con la mas humilde condicion de nuestros libres trabajadores? Lo que el Estado debe garantir á los pueblos, lo que debe poner al alcance de todo el mundo, por medio de los fondos comunes administrados por el gobierno, y aun imponer tal vez como obligatorio, es cierto grado de instruccion y de educacion; quisiera encontrar una palabra que reuniese con vínculo indisoluble ambas ideas.

El hombre sale de las manos de la naturaleza ciego é impotente. Sus facultades instintivas, fecundas, divinas si se las desarrolla, le dejan, entregadas á sí mismas, inferior al animal. Sin querer aquí entrar en la cuestion bajo todas sus fases, y limitándonos al lado menos importante, que es, sin duda, el punto de vista económico ¿qué provecho puede esperar la sociedad de una poblacion estúpida, brutal y degradada, mas apta para destruir con su ignorancia y sus bajas pasiones,

que para producir con su inteligencia y su trabajo?

El dueño de una fábrica despide á los obreros que advierte incapaces y desarreglados: ¿puede igualmente la sociedad espulsarlos del gran taller nacional? ¿puede igualmente dejarlos tendidos y abandonados á merced del hambre y de la miseria? Ni la moral ni la política lo permitirian, y menos la economía política. El fabricante puede no atender mas que á su interés, ó si se quiere, á su derecho. La ley le protege; el ojo de la policía vela sobre él; la fuerza pública guarda su casa. Pero ¿quién proteje á la sociedad? ¿quién la guarda cuando la mayor parte de sus hijos se halla embrutecida por la ignorancia, escitada por viles pasiones, descarriada por la necesidad y el crímen? ¿Cómo podrá purificar mas y mas sus tendencias y gustos, ennoblecer sus necesidades, ampliar su campo, y multiplicar los medios de subvenir á ellas? ¿Quièn la ayudará á sostener la competencia en los mercados del mundo: á seguir los progresos incesantes de la humanidad en la carrera de la produccion, y á obtener de este modo su parte en la distribucion de la riqueza general?

La ignorancia del pueblo halla sus panegiristas. El hombre aplaude y critica todas las cosas. Es tan estravagante repartidor de la censura y del elogio, que esto solo nos prueba que el juez supremo del mérito y del demérito es otro ser muy diverso. Pero yo no sé al menos que se haya llevado el paralogismo hasta el punto de decir que cuanto mas ignorante es uno, es tanto mas rico; que la ignorancia es la habilidad. No, por el contrario; lo que se ha dicho es que el pueblo no debia recibir instruccion, porque así la moral, como la política, exigian que fuese pobre.

Para nosotros que rechazamos con todas nuestras fuerzas semejantes máximas, que quisiéramos poder llamar añejas, es pues evidente que el Estado puede imponer como deber cierto cultivo del entendimiento, á la manera que se exige el vestido y un decente continente para el cuerpo. Y el mismo derecho tiene bajo el punto de vista económico; porque cuanto mas se sustituye el poder científico, por la marcha natural de las cosas, á la fuerza puramente muscular del hombre, con tanta mas dificultad encuentra colocacion el trabajador desprovisto de toda instruccion. Resulta entonces una carga para la sociedad, la cual, por mas que se diga, ni puede, ni quiere dejarle morir de hambre. Hállale á las puertas de sus casas de beneficencia, de sus hospicios, de sus hospitales, de sus prisiones, en el atrio de sus templos, en el umbral de una casa acomodada, y la sociedad no tiene otro recurso que, ó cerrar los ojos, ó encargarse de él y ampararlo, bajo cualquier pretesto y nombre. El impuesto para la indigencia se disfraza con mil formas y penetra por todas partes donde le llaman la ignorancia, el desprecio de sí mismo, y la miseria. La dificultad consiste en darle la forma menos propia á aumentar la turba de necesitados, castigando la imprudencia y la flojedad.

Y no se diga que la educacion oficial, si es gratuíta, alivia al padre de familia de una deuda sagrada y estimula la poblacion, viniendo á constituir una especie de impuesto á los pobres. Por un lado, la educacion puede ser general y obligatoria, sin ser enteramente gratuita; y por el otro es un estimulante nada temible. ¿Habrá quién formalmente crea que los imprudentes que no temen dar la existencia á seres que no han de poder

ni mantener ni vestir, que se esponen á oir á sus hijos, llorando de hambre, pedirles un pan que forzosamente no podrán darles; han de llegar á ser cautos y prudentes padres de familia, porque el Estado no se encargue de enviar á sus hijos á la escuela?

No es nuestro propósito trazar aquí los límites de esta instruccion comun, de esta educacion inicial, primera revelacion para el hombre de su noble naturaleza, que le imprime, por decirlo así, el sello de la especie humana, y le hace comprender cuán distinto es de los demas animales. Estos límites deben, sin duda alguna, variar á medida de las condiciones morales y políticas de la sociedad. En donde los conocimientos especiales se hallan muy estendidos y en un órden muy elevado, en donde la ciencia ahorra al hombre una muy considerable porcion de trabajo puramente mecánico, y, sobre todo, donde los salarios suficientes y es espíritu de órden y de economía dejan al trabajador algun tiempo de solaz que consagrar á los goces de la inteligencia; allí deberá la educacion primera traspasar los lìmites á que está ordinariamente reducida.

Todavía añadirémos, sin temor de que se nos tache de inclinarnos al privilegio y á clasíficaciones arbitrarias, que conviene distinguir con cuidado tres órdenes de estudios comunes, á la manera que se distinguen tres especies de profesiones, á saber: mecanicas, industriales, liberales y estéticas. Ya sea labrador ó zapatero, sastre, cochero, etc.; los estudios preparatorios hombre deben ser unos mismos para todos; cada cual aprenderá despues el oficio á que se destina.

Poco importa asímismo que el individuo haya de ser empleado ó comerciante; fabricante ó constructor:

para todos los de esta clase hay igualmente estudios comunes, de un órden mas elevado que los de la primera; sin que obste que cada cual cultive en seguida el ramo á que desea dedicarse.

La distincion es todavía mas notable en las profesiones liberales. Para esta clase hay ciertos estudios comunes que es inútil exigir de los que se dedican á las profesiones mecánicas ó industriales; estos estudios constituyen por su íntima union el punto céntrico de donde parte cada uno, adelantándose hácia su objeto por medio de estudios especiales: el literato, el historiador, el sábio, el médico, el publicista, el legista, el teólogo, y así sucesivamente. La distincion de las tres especies de profesiones nada tiene de arbitraria; porque estriba en la naturaleza misma de las cosas. Cada cual, en verdad, tiene derecho á escoger su carrera, y aun á variar de rumbo si le pareciere, conformándose con las leyes. Pero sería un gasto inútil de tiempo y de dinero no proporcionar los trabajos preparatorios al abjeto que cada profesion se propone.

Y si á una buena clasificacion, y á una organizacion completa de los estudios comunes, institucion fudamental para la cual nada debe omitir el Estado, y hácia la cual, justo es confesarlo, hemos dado pasos considerables, y nos adelantamos todos los dias; si á este sistema, digo, se añaden, especialmente para la primera clase, los medios de educacion fisica, de manera que las fuerzas y la destreza corporales puedan desarrollarse como las fuerzas intelectuales; tendrémos hombres propios para todos los oficios. Entonces puede dejarse el aprendizage especial al libre convenio de cada individuo. Cuando los estudios preparatorios son

suficientes, los aprendizages especiales pierden mucho de su valor y de su importancia para un gran número de oficios. En este sistema, podrán los obreros, sin muchos inconvenientes para el público, y sin mucho trabajo por su parte, pasar, en caso de necesidad, de un oficio á otro, de un trabajo á otro. La instruccion, útil para todo el mundo, es de absoluta necesidad para el obrero, porque ella sola puede darle aquella especie de movilidad que tanto le interesa. Es imposible conseguir que la demanda de trabajo se proporcione siempre, en cada localidad, al número actual de trabajadores; siempre habrá mudanzas ó variacion en el consumo, y por consiguiente en la produccion, es decir, en los capitales y en los trabajadores. Las corporaciones, las enseñanzas, los aprendizages forzados, aumentan el inconveniente en vez de remediarlo.

No es pues necesario volver á este sistema. Fuera de ciertas profesiones enteramente escepcionales, basta proporcionar á los trabajadores una instruccion suficiente. Entonces podrán, por medio de un trabajo conveniente y fecundo, obtener mas fácilmente un salario que les permita hacer algunas economías; ahorros de gran valor, especialmente en los dias de descanso que necesariamente trae consigo el paso de uno á otro lugar, de uno á otro oficio. De este modo la instruccion comun auxilia el movimiento general de la industria, y contribuye á garantir al trabajador contra los sufrimientos á que está espuesto.

Pasemos ahora á otras cuestiones especiales comprendidas en la cuestion general de la libertad del trabajo. El espíritu reglamentario, no contento con haber hecho de la primera de las fuerzas productivas un

privilegio, y haber sometido á los trabajadores á una clasificacion arbitrária, á pruebas inútiles, á gastos y trabas de toda especie, quiso del mismo modo dirigir su accion, y prescribirles los resultados que debían producir.

Si fuera posible olvidar todo el mal que han ocasionado las estrañas manias de nuestros antepasados, causaría risa el recordarlas. La autoridad pretendía saberlo todo, y quería decidirlo todo; ella prescribia la eleccion de las primeras materias; prohibia ciertos procedimientos y el empleo de ciertos útiles; fijaba las dimensiones de los productos, la forma, los adornos, el color; por último, creyendo en mas de un oficio necesaria la luz del dia para la bondad de la obra, prohibía con severidad el trabajo ejecutado de noche.

Mostrábanse por cierto muy solícitos por el interes de los consumidores, aunque con tan minuciosa tutela no manifestasen igual respeto á la inteligencia del público.

Cosa superflua en estremo sería hoy, á lo menos en Francia, insistir estensamente en los perjuicios que semejantes trabas acarrean á la industria. Cada estado social tiene sus necesidades. El estado reglamentario domina naturalmente en las civilizaciones nacientes; si sobrevive en adelante á sus causas naturales, débelo á los intereses que ha creado, y entonces solo dura como un medio para el poder, y como manantial de rentas; pero luego que el poder de la civilizacion llega á destruirle ya no puede renacer.

En efecto, lo que para nuestros antepasados era fácil de comprenderse y digno de escusa, para nosotros todavía sería mas ridículo que odioso. Cuando no se sos-

pechaba aun cual sería el poder del trabajo libre; cuando al salir apenas de una época de violencia y de desorden, se debia ante todo temer el abuso de la libertad, y vigilar muy especialmente sobre las ideas de órden público, única garantía para el débil, fácilmente se concibe que se haya pensado aun mas en la inesperiencia del consumidor que en libertad del productor; y todavía mas en la moralidad del comercio que en el desarrollo de la industria. En los siglos del feudalismo no podia menos de ser temido todo el que tuviese á su disposicion un medio cualquiera de hacer daño; y como las medidas preventivas parecian entonces las mas sencillas y eficaces, de aquí provino el servirse de ellas como de garantía de la seguridad individual. No habìa llegado el momento de hallar el justo equilibrio entre el órden y la libertad, el punto de interseccion, por decirlo así, del derecho del cuerpo social con el derecho del individuo.

En el dia sabemos que la rivalidad de los productores y el interes de los compradores son, por lo general, una salvaguardia para el consumidor, preferible á los reglamentos mas minuciosos y severos. El productor inhábil ó de mala fé bien pronto es conocido y abandonado; sus rivales le acusan, los consumidores comparan; porque todo se dice, todo se repite, todo se propaga en nuestros dias con la rapidez del relámpago. Si la prensa por un lado dá su arrimo á ciertos charlatanes segundando sus imposturas, por otro lado sabe tambien arrancarles la máscara y afrentarlos.

Y no hay que apresurarse á juzgarnos demasiado crédulos ó candorosos; muy bien sabemos que hay productores que se permiten toda clase de artificios y en-

gaños para abusar de la inesperiencia de los consumidores; ni tratamos de disimular los clamores levantados contra algunos fabricantes inhábiles y codiciosos que, esportando á los mercados estrangeres géneros de mala calidad, no han temido comprometer los intereses y el buen nombre de la produccion nacional.

Estos hechos son graves y deplorables. Convenimos en que la ley penal, la represion, no basta para hacerlos desaparecer del todo; pero ¿qué hay en esto de particular? lo mismo sucede con todos los crímenes. ¿Serían mas eficaces las leyes preventivas? Seríanlo los reglamentos? De ninguna manera: la esperiencia lo ha demostrado: nada se adelantaria por mas que la autoridad reiterase sus órdenes, redoblase su vigilancia y multiplicase sus precauciones. Sabido es lo que estas medidas significan: mientras es obedecido, el legislador permanece tranquilo; cuando se manifiesta activo y fulmina providencias y amenazas, es porque se le desprecia. Reproducir siempre las mismas leyes, reiterar las mismas prohibiciones, es declararse impotente.

Hablando con todo el respeto debido, es preciso decir que nuestros honrados antepasados valian poco mas que nosotros.

Algunos han observado, y nosotros lo hemos dicho ya en una de nuestras últimas sesiones, que esas tan repetidas quejas contra los fraudes de la industria moderna carecen á veces de todo fundamento. «En el dia se nos venden estofas ligeras, de poca duracion, muebles frágiles, adornos superficiales; se nos quiere alucinar con una apariencia fugitiva y engañosa. Por el contrario, en tiempo de nuestros antepasados, adornos, muebles y vestidos, todo era sólido, duradero ypositivo.»

Cierto que los muebles y los vestidos pasaban entonces de generacion en generacion, como se heredaban las casas, los campos; pero, ¿cuál era el precio de aquellos objetos? A principios del reinado de Luis XIV, habiendo comprado la condesa de Fiesque un magnífico espejo, la preguntaban sus amigos cómo habia podido procurarse un mueble tan raro en aquella época. «Tenia, les respondió, una miserable heredad, que no me producia mas que trigo, y la vendí para comprar este espejo.» En el dia apenas hay casa, por modesta que sea, que no se vea adornada con preciosas lunas y otra multitud de objetos desconocidos en aquella época para el vulgo; si su solidez no es ya tan grande, en desquíte su precio es ínfimo, y, lejos de cambiarlos por una tierra, cualquier persona que posea un mediano bienestar, puede procurárselos con una parte de su renta.

El aseo, la elegancia, la higiene, no sacan menos utilidad que el trabajo y el comercio, de este rápido consumo de objetos, cuyo bajo precio los pone hoy dia al alcance de todas las fortunas. El ingenio de los productores adquiere cada dia nueva actividad y brilla con nuevas invenciones; el arte despliega todas sus fuerzas y ayuda á la civilizacion á penetrar hasta los últimos rincones de la sociedad. Mas que todas las leyes y enseñanzas, contribuye acaso el uso del lienzo, del calzado, de cualquier modesto adorno, para desarrollar rápidamente en las clases inferiores de la sociedad aquella especie de sentimiento de dignidad personal, que es el resorte poderoso, sin el cual el hombre se entrega á las mas viles costumbres, y sucumbe sin pena y sin rubor bajo el peso de la miseria y bajo el yugo de la tiranía.

Los reglamentos paralizan la produccion, porque encadenan el arte y acostumbran al entendimiento humano á la pereza y á la rutina. Ni ¿cómo podría suceder otra cosa? ¿Podría por ventura el legislador, con su marcha siempre lenta y mesurada, seguir al genio de la invencion en su vuelo atrevido y un tanto aventurado; hacerse en tiempo oportuno júez imparcial, apreciador ilustrado de todo nuevo descubrimiento, de todo nuevo perfeccionamiento, para acordarles sin demora una especie de ciudadanía y convenientes reglamentos?

Aun cuando el gobierno delegase este poder á la misma Academia de ciencias, no podría ésta menos de originar al progreso de la industria trabas y retrasos igualmente funestos á los productores y á los consumidores: tan grande es el poder de los intereses existentes, y tan hábil su política. La libertad, señores, es una garantía que con nada puede reemplazarse: ella sola abre á los productores una vasta y noble carrera: ella sola procura á los consumidores la abundancia y el buen género: y añádase á esto lo mucho que ella favorece el cumplimiento de las leyes morales. Si los temerarios, los perezosos, y los incapaces sucumben bajo el régimen de la libertad, en cambio se asegura al trabajo, á la capacidad, y á la prudencia una justa recompensa.

¿Queréis, se dirá, abolir de una sola plumada todos los reglamentos que existen, aun entre nosotros, al menos para ciertas producciones, y permitir á los arquitectos, á los farmacéuticos, á los fabricantes de productos químicos, á los empresarios de trasportes por agua y tierra, por medio de caballos ó del vapor, ya surquen el Oceano, ya atraviesen los Alpes, que ha-

gan y ejecuten cuanto bueno les parezca, á riesgo de comprometer la vida de sus semejantes, y de menoscabar, con ciertas industrias, la seguridad de una ciudad entera?

Señores, no serán vds. los que lo digan. Harto lo hemos repetido; que la economía politica no es la única dueña de la sociedad. Solo un fanático podrá abrigar la ridícula pretension de resolver todas las cuestiones sociales por un solo principio. Lo que dijimos de la libertad de los trabajadores con respecto á su aprendizaje y á su colocacion, tiene igual aplicacion en este lugar. La libertad es la regla; pero admite escepciones que lejos de destruirla la confirman. Los principios reguladores son los mismos; la escepcion es legítima, cuando el peligro de la libertad es tan estraordinario, que el daño sería irreparable, y los medios de evitarle insuficientes. Lo es tambien, cuando la absoluta libertad pudiera perjudicar á los derechos adquiridos: de aquí provino la legislacion de los privilegios de invencion, y las leyes protectoras de la propiedad literaria. No hay que confundir nunca la libertad con la espoliacion.

La aplicacion de estos principios puede ofrecer en muchos casos graves dificultades. Lejos de mí sostener que todas estén resueltas ni aun en el pais en que se proclama la libertad como regla. Pero estas cuestiones demasiado especiales nos ocuparian mucho tiempo, y por otra parte, mas bien pertenecen á la filosofía del derecho administrativo que á la economía política.

Por lo demas, las prácticas que hemos designado pertenecen á épocas mas ó menos remotas; el mundo moderno ha podido muy bien conservar algunas de es-

tas costumbres, pero su general tendencia solo es favorable á la libertad de la industria y del trabajo, y á la independencia del trabajador.

Verdad es que aun en nuestros dias han aparecido sistemas é instituciones que parecian referirse al asunto que acabamos de tratar: á la cuestion de si el trabajo debe ser completamente libre, y el trabajador del todo independiente.

Pero debo apresurarme á declarar, desde luego, que no es el objeto directo de estos diversos sistemas, y de la viva solicitud de sus autores, el que la produccion sea mas ó menos activa, mas ó menos poderosa. Lo que ellos proponian ante todo era una distribucion, en su concepto mas equitativa, de la riqueza nacional; el bienestar, el ennoblecimiento de la clase trabajadora, por medio de la asociacion y de la industria. Sería por lo tanto una injusticia no considerar estos sistemas sino bajo el punto de vista de la produccion: sería una injusticia dividir de este modo lo que en la mente de sus inventores, y segun su opinion y escuela, debe formar un todo, un conjunto; de lo cual tendremos ocasion de hablar, cuando tratemos de la distribucion de la riqueza.

Grave es la última cuestion que en este momento reclama nuestro exámen. El problema del poder y de la libertad del trabajo está íntimamente ligado al de la poblacion. Este importante estudio completará el curso de nuestras investigaciones en este primer semestre.

LECCION DECIMAOCTAVA.

De la poblacion considerada principalmente en sus relaciones con el poder del trabajo y la produccion de la riqueza.— Doctrina de Malthus.

Bajo el imperio de la libertad, los trabajadores acuden adonde el trabajo les produce mayor utilidad; y en donde el trabajo es para ellos mas útil, debe esperarse que lo sea asimismo para la sociedad entera. Entonces el trabajo y el capital se reunen y se confunden; la produccion se anima y se fortifica con sus esfuerzos combinados.

Solo cuando hay verdadera demanda de trabajo se proporciona la produccion al número de trabajadores. Absurdo sería pensar que el poder productivo de una nacion aumenta como la cantidad de trabajo disponible, sean por otra parte las que fueren las oscilaciones del capital; absurdo por lo tanto sería creer que si mil trabajadores producen un millon, dos mil trabajadores producirán dos millones; porque el poder productivo de un Estado no se duplica siempre con una doble poblacion.

Sin embargo, así lo creian los que imaginaban es-

timular la poblacion, á fin de que se acrecentase rápidamente, y con ella el número de los trabajadores, y con el número de los trabajadores el poder y los resultados del trabajo social. Ni uno solo habrá entre nosotros que, leyendo las historias, recorriendo los códigos y los escritos de filosofía política, no haya encontrado leyes dirigidas á favorecer el crecimiento de la poblacion, bellos discursos en favor de estas medidas, declamaciones acaloradas, y fulminantes anatemas contra las doctrinas y las instituciones que pareciesen contrarias á este principio. No solamente era preciso no oponer obstáculos al libre desarrollo de la poblacion, sino que se decia que era incumbencia de todo buen gobierno, y oficio de todo legislador ilustrado, hacer cuanto estuviese de su parte para aumentarla. Porque era un aforismo que donde está la poblacion, allí está la fuerza.

Sabido es que la edad generalmente adoptada para poder contraer matrimonio era la de la pubertad, es decir, la de doce años para las mugeres, y la de catorce para los varones. No se trataba de saber si, independientemente de la pubertad física, debia exigirse al mismo tiempo para el matrimonio una pubertad, por decirlo asi, intelectual y moral. Si tenia la hembra doce años y el varon catorce, ya eran hábiles para establecer una familia. Y así, en muchas partes de Europa, el matrimonio entre dos niños era válido y legítimo, aun sin el consentimiento de sus padres.

¡Cuántas leyes no proclamaban una exencion completa ó parcial de contribuciones, no para alivio del padre de familia, cuerdo y previsor, que al contraer matrimonio no habia olvidado que aquel lazo sagrado le

imponia la obligacion, no de aumentar la poblacion del Estado, pero de ofrecerle hombres útiles, despues de desarrolladas completamente sus fuerzas físicas y morales; síno como premio concedido á aquel cuya muger fuese mas fecunda: al que tuviese mas hijos! Que fueran robustos ó enfermizos, bien ó mal educados, que el padre al contraer matrimonio tuviese ó no fundadas esperanzas de poder atender á las necesidades de su familia, al legislador nada le importaba. Segun él, todo el que tenia diez hijos merecia bien de la patria, y era digno de recompensa.

Fácil sería demostrar que nuestras mismas leyes actuales tuvieron su orígen bajo la impresion de semejantes ideas. Aun en el dia, oimos decir á algunas personas de autoridad: El legislador ha querido favorecer los matrimonios, estimular la poblacion. Y dicen una verdad; mas su error está en creer que esa es una buena razon, un motivo que justifica la ley.

Hechos hay sin embargo que debieron haber llamado con tiempo la atencion de los hombres de Estado, y de cuantos se ocupan en las cuestiones sociales; y son estos.

La capacidad para reproducirse comienza en el hombre á la edad de la pubertad, y cesa ordinariamente cuando se acerca á la vejez. No hagamos caso, para mayor seguridad, de estos dos términos estremos; considerémos como un hecho escepcional la pubertad, en el hombre, antes de los quince ó diez y seis años, y la facultad de concebir, en la muger, despues de los cuarenta y cinco; reduzcamos todavía mas, si se quiere, los dos límites; y hallarémos siempre lo menos veinte años, en la vida del hombre, durante los cuales

es apto para la reproduccion de su especie. Hagamos todavía una nueva deduccion por el tiempo que se emplea en criar, por el que roban las enfermedades, y todos los accidentes posibles; y aunque no convengamos entonces con ciertos calculadores en que cada matrimonio podria añadir á la poblacion diez individuos, reconoceremos al menos que, por término medio, podria añadir cinco ó seis. De donde resulta, que, en el caso de no oponerse obstáculo alguno á este desarrollo, llegaría á duplicarse la poblacion en muy corto tiempo, fácil de calcular. ¿Pero á qué hacer cálculos hipotéticos? El término de veinticinco años es el número que ofrece la esperiencia mas justificada. La America del Norte ha visto mas de una vez duplicada su poblacion en la cuarta parte de un siglo. Es pues un hecho incontestable que una poblacion puede, y conviene observar que digo *puede*, duplicarse en veinticinco años.

Realizándose esta posibilidad en Francia, dentro de veinticinco años seríamos sesenta y seis millones; dentro de cincuenta años, ciento treinta y dos; veinticinco años despues, doscientos sesenta y cuatro millones: al cabo del siglo, contaría la Francia quinientos veinte y ocho millones de habitantes; y mas de un millar, despues de un nuevo periodo de veinticinco años. Bien pronto la haz de la tierra no bastaria para contener la poblacion de la Francia, aun cuando los hombres consintiesen en pasar su vida en pie, y al lado los unos de los otros.

Ciertamente estos hechos no se han realizado, gracias á Dios, en el tiempo pasado, ni es de temer que se realicen en el porvenir. ¿Y por qué? Cuestion era esta digna de tratarse y resolverse.

La providencia ha dado á la union de los sexos el atractivo del placer. Los dolores del parto desaparecen ante los puros deleites de la maternidad. A duras penas se esfuerzan la religion, la moral, la autoridad paterna, el poder de la ley, por contener el impetuoso arrojo que arrastra á los dos sexos á la union y á la propagacion de nuestra especie. ¿Por qué razon no se ha visto universalmente realizada, en todos tiempos y lugares, esa ley segun la cual la poblacion se duplica cada veinticinco años? ¿Qué obstáculo lo ha impedido; obstáculo mas poderoso que la tendencia natural de los dos sexos, mas enérgica que el placer? ¿Quién ha podido rehusar á tantos millones de seres humanos su lugar en la tierra?

Fácil era reconocer que la cuestion admitia dos respuestas. «Esos niños no han llegado á ver la luz del dia, porque, á pesar del atractivo del placer, el hombre, libre y responsable, no ha querido, por un motivo cualquiera, poblar con ellos la tierra;» ó bien: «Esos niños, es verdad que abrieron sus ojos á la luz del dia, pero fué para cerrarlos bien pronto, y pasar rápidamente y en tropel, desde la cuna al sepulcro.»

¿Cuál de estas dos respuestas es la verdaderamente histórica, la justificada por un número mayor de hechos?

Esto merecia examinarse: independientemente de los resultados económicos, en ambas respuestas están implicados el bien y el mal moral. La primera puede ser conforme á la moral y á la dignidad del hombre; la segunda nos presenta á la especie humana obedeciendo ciegamente á sus instintos físicos, y colocándose al par de los vegetales y de las alimañas.

Verdad es que un gran número de individuos mueren así que nacen; que así en el reino vegetal como en el animal hay un gran desperdicio de fuerzas reproductivas. Si así no fuera, el universo pronto se hubiera visto cubierto de ciertas plantas, ó invadido por algunas especies de animales, mas prolíficos que los demás. Pero la falta de alimentos y de todas las otras condiciones indispensables para el desarrollo y para la vida, detienen todos estos embriones y gérmenes al comienzo de su existencia.

Si se hubiera intentado resolver un problema que parecia presentarse por sí mismo al entendimiento; si se hubiera ensayado con el hombre lo que los naturalistas han hecho con los animales y con las plantas, bien pronto se hubiera llegado al completo desarrollo de la teoría de la poblacion. En vez de inquirir si convenia, en todo caso, al Estado que se aumentase indefinidamente el número de nacidos, debiera averiguarse si podia convenirle adquirir niños destinados á morir de dos, cuatro, ó seis años. Si fuera lícito, al pensar en un hecho tan doloroso, reconcentrar las ideas sobre la cuestion económica, ¿no apareceria evidente que el Estado sufre una pérdida que ningun provecho le compensa?

¿Carecen estas observaciones de todo fundamento: son estas por ventura hipótesis forjadas por un ingenio triste y sombrío? no, señores. Basta mirar en torno de sí, para reconocer que, al menos en ciertas localidades y en ciertas circunstancias, se realiza semejante órden de cosas. ¿Qué es lo que sucede en ciertos paises de la América del Sud? ¿Qué vemos en ciertas partes de la Europa misma? Dejamos por eso de hallar en todas

ellas habitantes? no: lo que hallamos es una poblacion mas ó menos considerable. Pero, ¿hay allí muchos hombres que hayan llegado al colmo de la edad viril? De esos viejos todavía lozanos, que han conservado todas sus fuerzas intelectuales, de esos ancianos que son el honor y la sabiduría viva de un país. Aquellas son poblaciones que parecen nacer para morir; reclutas que caen en la primera batalla; ejércitos sin veteranos. En la diócesi de Nijni-Nowogorod, de cada mil niños varones que nacen, mueren seiscientos sesenta y uno antes de los diez y seis años!

Trasportémonos en cambio á ciertos departamentos de la Francia, á muchos cantones de la Suiza, á algunos condados de la Inglaterra, y se nos ofrecerá á la vista un espectáculo enteramente opuesto. El número de nacimientos es proporcionalmente muy inferior al de los paises de que acabamos de hablar; mas cuán diversa es su poblacion, cuanto mas consolador el término medio de la vida, cuantas mas familias dotadas de una feliz longevidad! En estos paises, cuando la sociedad exige de sus miembros ó su fidelidad, ó sus fuerzas, ó sus talentos, no siempre encuentra en sus filas hombres nuevos, casi tan impotentes como los que ya bajaron al sepulcro. Los mismos individuos acuden al llamamiento, que les hace la patria, no una, sino dos y tres veces, cualquiera que sea la naturaleza del sacrificio exigido; consagran á la sociedad en que nacieron, no ya una vida ruin y estenuada, un entendimiento sin madurez y sin vigor, sino un cuerpo sano, una inteligencia desarrollada, la esperiencia de una larga vida, la prudencia propia del juicio y de la edad. El anciano ayuda al hombre maduro con sus consejos, así como

este sostiene con su inteligencia y sus fuerzas al que acaba de lanzarse en la carrera de la vida.

Estos hechos no son recientes: estos contrastes existian, de una manera mas palpable todavía, cuando se declamaba tanto en favor de la poblacion, cuando se dictaban tantas leyes dirigidas á fomentar su desarrollo. Estos hechos, estas observaciones estaban al alcance de todo el mundo; pero el hombre se deja dominar fácilmente por las opiniones que adopta y que no examina. De la observacion de estos hechos á la investigacion de su causa, no habia mas que un paso, y esta investigacion conducía directamente al principio de la poblacion; porque conducía al descubrimiento y apreciacion justa de la relacion íntima que une el desarrollo de la poblacion al desarrollo de los medios de subsistencia, relacion que algunas inteligencias superiores habian sin duda entrevisto, pero que no fué jamas completamente entendida, ni presentada en todo su relieve. Y sin embargo, ¡cuantos hechos históricos de la mas alta importancia pueden esplicarse por esta relacion! Concedemos que algunos escritores manifestasen que estas cuestiones habian absorbido hasta cierto punto su atencion. Esto sucede con todas las cosas en la esfera de la ciencia: no hay hombre que despues de haberla enriquecido con una nueva rama, que despues de haber reunido una suma considerable de hechos, y de haber deducido de este conjunto los principios y las consecuencias que constituyen la verdadera elaboracion científica de una materia, no oiga decir que, en último resultado, no merece se le tributen los honores debidos á la verdadera creacion, porque en tal siglo, en tal libro, se encuentra una palabra, una frase, un pasage que ha-

ce, mas ó menos directamente, alusion al mismo objeto.

Esto es cabalmente lo que le sucedió á un hombre ilustre, tan respetable por sus trabajos científicos como por la nobleza de su carácter; hablo de Malthus, á quien la muerte acaba de arrebatar á la ciencia. No solo se han impugnado sus doctrinas con una cólera, con un furor dignos del tiempo de Abelardo, sino que hasta se ha pretendido rehusarle la gloria de haber abierto un nuevo campo á nuestras investigaciones. Pero el público, con su simple sentido racional, es mas justo que los historiadores y bibliógrafos con sus doctas citas y sutiles conjeturas. El nombre de Malthus va íntimamente unido á la teoría de la poblacion, como el de Galileo al movimiento de la tierra, y el de Harvey á la circulacion de la sangre. Es sabido sin embargo, que algunos eruditos no han dejado de probar, que estos descubrimientos no eran sino antiguallas reproducidas de los griegos. Sea de esto lo que quiera, Malthus, escitada su atencion por ciertos desórdenes de nuestras sociedades civiles, y tambien quizá por las consecuencias revolucionarias, subversivas, deducidas con sobrada ligereza por algunos talentos mas atrevidos, que exactos y rigurosos, se entregó al mas detenido y escrupuloso estudio de cuantos hechos podian ayudarle á resolver las graves é intrincadas cuestiones que el movimiento social de 1789 acababa de suscitar.

Cualquiera que conozca su grande obra sobre la poblacion, sea la que fuere, por otra parte, la opinion que haya formado de su doctrina, reconocerá que ese trabajo está fundado en una multitud de hechos, recogidos con el mayor cuidado en todos los paises recorridos

é investigados por su autor. Si se le pueden reprochar algunas inexactitudes ó aserciones poco justificadas, tambien hay que tener presente que á un simple particular le es imposible evitar todo error, en una averiguacion que apenas podria llevar á cabo un gobierno con la aparatosa ostentacion de todos sus medios y recursos oficiales.

Ayudado de sus largas y laboriosas investigaciones, Malthus, cuyo talento reunía á una gran sagacidad esa tendencia á generalizar que suele producir los sistemas, creyó poder fijar, para lo sucesivo, las dos proposiciones que le parecían capitales en la materia.

La primera de ellas, cuya sustancia hemos ya espuesto, puede enunciarse de este modo. Si la poblacion no hallase el menor obstáculo, se desarrollaría incesantemente siguiendo una progresion geométrica, y sin que se la pudiesen asignar límites.

La demostracion era sencilla. Si cada producto tuviese siempre una fuerza reproductiva igual á la del productor, necesariamente se obtendría una progresion mas ó menos rápida. De modo que, si uno produce dos, y estos nuevos productos tienen cada uno la misma fuerza productiva que la primera unidad, dos producirán cuatro: cuatro producirán ocho: y así sucesivamente. Así pues, abstractamente hablando, Malthus asentó un principio incontestable, y tan verdadero con respecto al hombre, como á los animales y á las plantas. No teniendo en cuenta los obstáculos, es evidente que, á la vuelta de algunos años, la tierra se cubriría de hombres, así como es cierto que el suelo se cubriría de trigo, y que el Océano se llenaría de peces, si nada contrariase la fuerza reproductiva de cada grano de trigo y de cada pez.

Hé aquí la famosa progresion geométrica que tantos clamores ha suscitado. Sin embargo, no olvidemos que Malthus no *la* ha presentado como la espresion de hechos consumados, sino solamente como la espresion de una tendencia.

Independientemente de los obstáculos materiales, no ignoraba Malthus que, habiendo de tratarse de hombres, y no ya solamente de granos de trigo, la libertad humana introducía en la cuestion un nuevo elemento, que no podía menospreciarse.

La segunda proposicion es esta: Si, por un lado, cesando todo obstáculo, y no oponiéndose á ello la libertad humana, la poblacion se desarrollase siguiendo la progresion geométrica, los medios de subsistencia, por otra parte, no podrían desarrollarse sino en progresion aritmética. Así que mientras la poblacion seguía la progresion de 1, 2, 4, 8, 16 etc., las subsistencias seguirían forzosamente la de 1, 2, 3, 4, 5, etc. Y siendo uno mismo el punto de partida, desde el tercer término resultarìa una diferencia, que bien pronto serìa casi incomensurable.

¿Cuál es el fundamento de esta segunda proposicion? Ya hé dicho que hablando en abstracto, con una cosecha de trigo pudiera muy pronto cubrirse de mieses el globo entero; lo que equivale á suponer que la fuerza reproductiva es siempre, y en todas partes igual y constante. Pero tomando las cosas como ellas son en sí, nadie ignora que, para producir una cosecha, se necesita cierta cantidad de trabajo, y cierta cantidad de capital. Y ¿es creible que, aun cuando fuera posible doblar, cuadruplicar, no solo el trabajo sino el capital, se podrìa obtener siempre un resultado dos veces, cuatro

veces mayor? Si es fácil que esto suceda en algunos casos particulares, en general es imposible: porque sería necesario invertir este trabajo y este capital, ya en las mismas tierras, ya en otras cada vez mas inferiores, con que para cada porcion de capital y de trabajo empleado, iría el producto en diminucion. La razon es muy sencilla. Hablando del hombre, de los animales, y aun de las plantas, hecha abstraccion del suelo, puede suponerse sin gran riesgo de errar, la misma fuerza generatriz en cada individuo. Los casos de esterilidad están compensados con los de fecundidad escepcional. Pero ¿se podría, sin cerrar los ojos á la evidencia de los hechos, aplicar la misma hipótesis á la tierra? Por grande que sea el número de divisiones y subdivisiones de terreno que el pensamiento pueda concebir, si se toman por tierras de primera calidad las mas fértiles, por ejemplo, las que dán á lo menos veinte semillas por una, hallaremos que el número de éstas es reducido; y que al mismo tiempo es tan considerable el de las que son de todo punto estériles, que la compensacion es imposible.

Ademas, el poder productivo de la tierra se apura rápidamente. Y no ya á la vuelta de veinte años, sino á la de cuatro ó cinco, llegaria á ser del todo improductiva la tierra, si los asolamientos, los abonos, y en último recurso los barbechos no la diesen nuevas fuerzas. Pero no solo los asolamientos y abonos hacen productiva la tierra, que concurre ademas el capital; y en el caso de barbecho hay interrupcion de productos.

Por último, es evidente que, al paso que la fuerza de la tierra sin la ayuda del capital llega á apurarse, ó

por decirlo así, envejece falta de recursos, la especie humana no envejece jamás; porque á los individuos fatigados é impotentes suceden otros, jóvenes y robustos: á los que arrebata la muerte, reemplazan otros en mayor número, y en la flor de la edad.

El desarrollo de estos dos elementos de la cuestion, la poblacion y las subsistencias, no es el mismo. El uno tiende á acelerar siempre su marcha, y el otro á retardarla y separarse mas y mas de la rapidez del primero.

Tales son las dos proposiciones fundamentales de la doctrina de Malthus: es decir, en otros términos, que se observa una constante tendencia en la poblacion á estenderse mas allá de los medios de subsistencia. Hasta ahora no he sido sino un mero relator; y para probar que lo hé sido fiel, repetiré las palabras del mismo Malthus. «Pocos paises hay cuyas poblaciones no »tengan una tendencia á multiplicarse traspasando los »medios de subsistencia. Tendencia tan constante no »puede menos de engendrar la miseria de las clases in»feriores, é impedir todo mejoramiento durable en »su condicion. En el estado actual de la sociedad, pa»rece que estos efectos se dán á conocer del modo si»guiente. Supongamos que en cada pais los medios de »subsistencia sean lo exactamente suficientes para que »puedan vivir sus habitantes; el principio de la pobla»cion, que domina hasta en las sociedades peor cons»tituidas, acrecentará el número de individuos, antes »que se verifique el menor aumento en los medios de »subsistencia. Los alimentos, que bastaban antes para »once millones de individuos, deberán ahora distribuir»se entre once millones y medio; por consiguiente, los

»pobres tendrán que vivir peor que antes, y muchos »de ellos se verán reducidos á la última miseria. Ade»mas de esto, no estando el número de trabajadores en »proporcion con la obra, los salarios deberán disminuir»se, mientras que el precio de las subsistencias debe »tender á elevarse. El obrero por lo tanto, se vé preci»sado á trabajar mas que antes para ganar el mismo sa»lario. Durante esta época, el desaliento infundido en »los matrimonios, y la dificultad de criar y educar una »familia, son tales, que el acrecentamiento de la pobla»cion esperimenta gran retraso, etc.»

Mas cualquier lector, por superficial que sea, podía decirle: Yo no trato de examinar tus proposiciones; pero me atengo á un hecho, y es, que cada dia que pasa se vive mejor en el mundo, aun cuando la poblacion de muchos paises aumente de una manera sensible. ¿Cómo pues conciliar estos hechos con esas proposiciones? Segun tu sistema, debería el globo estar cubierto de hombres, despedazándose y devorándose los unos á los otros. Pero nada de esto sucede; por el contrario, paises hay cuya despoblacion es deplorable, y en que las subsistencias esceden, evidentemente con mucho al número de consumidores, por cuya razon se esportan los cereales; la proposicion es por consiguiente falsa: los hechos rebaten ese principio.

Malthus responde á estas objeciones con su teoría de los obstáculos que se oponen al desarrollo de la poblacion.

El principio de la poblacion, dice, es incontestable en sí mismo: la tendencia es positiva, constante; mas los obstáculos son muchos, y muy diversos. Con efecto, el total de la poblacion resulta de los dos he-

chos combinados de nacimientos y defunciones. Cuantos mas hombres nacen y menos mueren, tanto mas aumenta la poblacion; pero si nacen menos y mueren mas, menos tiende la poblacion á aumentarse. Hay pues que estudiar en esto dos hechos.

El principio de la poblacion se halla contrarrestado en su accion por las causas que aumentan la mortandad, y sofocan, por decirlo así, los nacimientos.

Malthus llama obstáculos preventivos á los que impiden los nacimientos; y obstáculos positivos á los que sin oponerse al nacimiento del hombre, le hacen morir con el tiempo. La eleccion de la segunda de estas palabras no es feliz; la palabra *represivo* en vez de la de *positivo*, sería mas exacta; pero al fin, lo esencial es entenderse.

Ahora bien, ¿cuáles son los obstáculos preventivos, y cuáles los positivos?

Los obstáculos positivos se resumen en el mal físico; los preventivos son el mal moral, la violencia voluntaria ó la prudencia humana.

Al desenvolver la teoría de los obstáculos, Malthus ha recogido una gran copia de hechos; esta es la parte mas notable de su libro. Preciso es decirlo; él ha enseñado á mas de un historiador á leer la historia, á ver en los hechos lo que ellos efectivamente encierran, en vez de recurrir para su esplicacion á los sueños de una imaginacion puramente poética. Los hechos económicos han ejercido una poderosa influencia en el desarrollo de la especie humana, y en la formacion de los Estados. La historia del cruzamiento de las razas, la historia de las emigraciones y la de las Colonias, sería muchas veces cosa incomprensible sin el conocimien-

to de los hechos económicos y del principio de la poblacion. En el mundo antiguo como en el moderno, y sobre todo entre las razas poco civilizadas, la falta de subsistencias ha sido uno de los resortes principales de los sucesos y de las modificaciones que se han verificado en el asiento de los pueblos. Algunas veces, ciertos hechos inesplicables al parecer, solo son el resultado de una gran carestía seguida de una hambre, y de una peste causadora de tales estragos, cuales no podemos hoy dia imaginarnos los habitantes de los pueblos civilizados. La guerra misma, causada muchas veces por la falta de subsistencias, se hacía en otro tiempo, como por fortuna ningun pueblo civilizado ha pensado hacerla. Digo ningun pueblo civilizado, porque aun hoy dia se renuevan entre las colonias bárbaras del Africa, aquellas mortíferas luchas, aquellas guerras de esterminio en que desaparecen los vencidos hasta de la memoria de los hombres.

Son pues obstáculos positivos todas las calamidades que hacen perecer al hombre antes del término ordinario. Asi son un obstáculo positivo esos pantanos pestilentes, junto á los cuales se ven asentadas como al borde del sepulcro poblaciones macilentas y enfermizas; hay obstáculo positivo en los funestos hábitos de desaseo que reinan en muchas partes, en el uso habitual de alimentos nocivos, en el abuso de licores fuertes, y demas hechos semejantes; pero el principal de estos obstáculos, es el hambre que arrastra en pos de sí terribles enfermedades mortíferas, emigraciones y guerras de Caníbales.

Supongamos que los treinta y tres millones de habitantes de que se compone la poblacion de la Francia

no tuviesen mas que lo justo para vivir, y que los países circunvecinos se hallasen en el mismo estado. Supongamos ademas que no se destinase para las bestias ni para los consumos de lujo porcion alguna de cereales, ni de otra materia propia para el alimento del hombre. Por último, supongamos que nos viésemos reducidos á lo estrictamente necesario en punto á comestibles, semejantes á una guarnicion que sin llegar á ser víctima de la absoluta carestía, no recibe sin embargo mas que una racion indispensable. Si llegase un año en que esta poblacion no recolectase mas que las dos terceras partes de la cosecha de los años ordinarios, y si por desgracia, lo que no es inaudito en los anales de la agricultura, á éste año de carestía sucediese otro igual ¿qué seria de nosotros? La respuesta es muy sencilla. La muerte nos diezmaria cruelmente, los ancianos, los niños, los enfermos, en una palabra, los mas débiles sucumbirían los primeros; los hombres robustos, á pesar de un alimento nocivo y escaso, resistirian por mas tiempo, pero al fin no podrian menos de sucumbir; muchos de los que hubiesen podido escapar del hambre, perecerían mas tarde, como sucede en una plaza sitiada; todos se creen salvos una vez levantando el sitio; pero los gérmenes de enfermedad que ha depositado en los cuerpos un alimento insuficiente y malsano, se desarollan luego que cesa la exaltacion del sufrimiento, y producen á veces mas estragos que los que causó la misma carestía.

Tales son los obstáculos que Malthus llama positivos, obstáculos cuya terrible influencia parece atestiguada por una multitud de hechos dignos de estudiarse, ya en su libro, ya en los documentos publicados por los

estadistas mas célebres. Ellos prueban que las oscilaciones de la poblacion han seguido, con una coincidencia que á veces causa confusion, las oscilaciones notables de los medios de subsistencia. Veremos algunas poblaciones cruelmente diezmadas por la desgracia, y cuyos vacíos sin embargo, á la vuelta de algunos años de abundancia, vuelven á poblarse. De niños, es verdad, pero ello es que numéricamente quedan poblados, tal es y tan rápida la tendencia de la poblacion á buscar su nivel.

Los obstáculos preventivos pueden, segun Malthus, reducirse á dos, cuya naturaleza es muy distinta. Uno es la incontinencia, la promiscuidad de los sexos, la licencia de costumbres. Con respecto á la poblacion, al número de nacimientos, la *Venus Vulgivaga* no parece tener efecto apreciable mas que en los paises de esclavos, donde la sierva se ve á un mismo tiempo abandonada á los torpes deseos de sus compañeros de infortunio y á los caprichos de su señor: y en algunas grandes ciudades en que las pasiones brutales agotan su violencia en las sentinas de la prostitucion.

Falta otro obstáculo preventivo, la abstinencia; es decir, la violencia que el hombre se impone asimismo, ya por motivos ímprobos, y guiado únicamente por su interés personal, ya tambien por causas las mas justas y en provecho de aquellos que constituyen ó deben un dia constituir su familia. El celibato es entonces deliberado: la cohabitacion de ambos sexos se haya retardado hasta el momento en que el futuro padre de familia encuentra razones para persuadirse de que podrá educar los hijos que de semejante union provinieren, y educarlos de tal modo que conserven por lo me-

nos el puesto que su padre ocupa en la sociedad, ya que no puedan elevarse mas.

Asi que, segun Malthus, si la ley de la progresion geométrica para la poblacion, y la de la progresion aritmética para las subsistencias, no se desarrollan con toda su energía, ó por mejor decir, si sus efectos no son constantes y uniformes, las causas de ello son, por un lado la barrera insuperable que el mal físico, opone á la imprevision de las pasiones, y por el otro, el freno que la libertad humana se impone á sí misma. De donde concluye, que se debe recomendar ante todo á las poblaciones la violencia voluntaria, la prevision del buen padre de familia; que todo fomento, toda usanza, todo establecimiento propio para encubrir á los hombres los resultados de su imprudencia, es un hecho deplorable, porque la poblacion halla demasiados estímulos en las naturales inclinaciones de ambos sexos.

De aqui, señores, provinieron las violentas acusaciones suscitadas, ya contra el ilustre economista, hombre escelente y digno de todos nuestros respetos, ya contra su doctrina, que se ha calificado de inhumana é inmoral, diciendo que trataba de violentar al hombre, persuadiéndole á abstenerse del matrimonio ó á retardarlo hasta la edad en que viese amortiguado el fuego de la juventud por habitudes perniciosas que limitando el número de hombres, solo acrecentarian el de los vicios conduciéndonos á aquellos tiempos de corrupcion en que todas las leyes imperiales se estrellaban contra el egoismo y la depravacion de los célibes romanos. Fácil es concebir cuantas exageraciones é injurias, y cuan pocos hechos y observaciones se han acumulado en esta materia contra la doctrina y contra el autor mismo.

La ciencia, como todos saben, no debe descender á ocuparse en semejantes ataques y sutiles declamaciones. Pero existen, de un lado, hombres que han opuesto á la teoría de Malthus graves y fundadas objeciones; y de otro, economistas no menos respetables que, en mi sentir, han llevado esta teoría aun mas allá que el mismo Malthus. Nosotros nos situamos entre los que convierten el principio de Malthus en un principio absoluto, fatal, y los que niegan el principio mismo de las diferentes progresiones; considerando la teoría como esencialmente errónea.

¿Dónde se halla la verdad? Esto es lo que procuraremos investigar en la próxima leccion.

LECCION DECIMANOVENA.

Exámen del principio de Malthus y de las doctrinas contrarias.

Señores:

Del conjunto de los hechos qne sirven de fundamento á la doctrina de Malthus, resultan dos proposiciones incontestables, y aun pudiera decirse incontestadas, reduciéndolas á los límites que hemos indicado al enunciarlas: 1.° el poder productivo del hombre es mayor para la multiplicacion de su especie, que para la multiplicacion de los medios de subsistencia: 2.° si ambas reproducciones se desarrollasen, sin obstáculos, con toda la energía de su principio, la poblacion tendería continuamente á traspasar el último límite de las subsistencias, y solo el mal físico, la muerte, podria mantener ó restablecer el nivel entre ambos elementos.

Digo que las dos proposiciones no han sido formalmente contestadas; porque á nadie le ha ocurrido decir que el hombre, aun cuando se entregue sin obstáculo, ni embarazo alguno, á su poder generador, podria vivir siempre seguro de encontrar medios de sub·

sistencia: tal seria sin embargo la proposicion inversa. Las que si admiten contestacion son, las dos progresiones establecidas por Malthus. Es preciso reconocer que en estas materias es imposible llegar á una demostracion rigurosa; que es imposible probar, como hecho general y constante, que la una de estas fuerzas obraria segun cierta progresion geométrica, al paso que la otra obra solamente segun tal ó cual progresion puramente aritmética. Aun cuando la teoría sea sustancialmente verdadera, no es preciso venir á parar á una evaluacion matemática de las dos fuerzas; basta que pueda la una obrar mas rápidamente que la otra: asi que, tendrá aquella siempre una tendencia á sobrepujar á ésta, tendencia mayor ó menor segun que la energía de la una esceda poco ó mucho á la energía de la otra.

¿Qué importa para la teoría que tarde la poblacion en duplicarse cincuenta ó cien años en vez de veinticinco? Con esto solo se conseguiría dar treguas mas ó menos largas al momento crítico y fatal; pero en el fondo la dificultad permanecería la misma. La diferencia seria solo sensible para las aplicaciones prácticas: mas tiempo hay para rechazar un inconveniente que solo aparecerá dentro de cincuenta años, que para otro que sobrevenga dentro de veinticinco. Mejor querrá el médico tener que curar una enfermedad cuyos parasismos se sucedan de tres en tres dias, que otra en que se sucedan de hora en hora.

Una vez establecido este punto, podremos ya apreciar con mas facilidad y exactitud las diversas opiniones y sistemas á que han dado orígen las doctrinas de Malthus.

Los unos, exagerando á mi entender el pensamiento

del mismo Malthus, parecian mirar el desbordamiento de la poblacion que traspasa el último límite de las subsistencias, y todos los males que á este hecho acompañan, como una ley fatal, como una necesidad imprescindible: tratábase al parecer de sostener que la especie humana está en cierto modo predestinada á reducirse constantemente al nivel de las subsistencias por medio del crímen, de la desgracia, del sufrimiento, de la muerte, y á sufrir de este modo una suerte mas cruel que la de los séres irracionales.

Seguramente esta es una manera demasiado material de considerar la cuestion; es desconocer el elemento principal, esto es, el hombre el cual dotado de inteligencia y de libertad, puede prever y evitar los penosos resultados de estas dos progresiones. Inútil seria insistir mas sobre esta observacion, que ya hemos desenvuelto.

La escuela opuesta rechaza el principio de las dos progresiones, geométrica y aritmética; y sin negar positivamente que la poblacion no pueda, hablando en abstracto, traspasar mas ó menos el nivel de las subsistencias, mira todo temor sobre este punto como quimérico, y tacha de inhumanos é inmorales todos los medios para prevenir el escesivo número de nacimientos.

Los unos nos dicen que el mundo es grande, y que aun ofrece al trabajo y á la produccion enormes espacios que la emigracion puede llenar y cubrir.

Para los otros, los sufrimientos del pobre, los estragos de la miseria no son debidos á otra causa que á la mala distribucion de la riqueza. Por tanto, la produccion de las subsistencias puede, en su concepto, contrabalancear el crecimiento de la poblacion. Si los

sufrimientos y la muerte diezman algunas poblaciones, es porque los ricos, los poderosos, los ociosos roban con sus consumos desmedidos su alimento al pobre, y arrojan á sus sirvientes y á sus perros el pan del trabajador. Por consiguiente, la que se debe cambiar es la distribucion de la riqueza, no la marcha natural y providencial de la poblacion; preciso es poner un freno á las locas dilapidaciones de las clases opulentas, en vez de afrentar inhumanamente á las clases pacientes con consejos que, una vez seguidos, les robarian todo consuelo, todo placer honesto, añadiendo la desesperacion y la disipacion á su miseria.

La emigracion, señores, es á no dudarlo uno de los paliativos que mas fascinan á ciertos hombres que, demasiado ilustrados para desconocer el principio de la poblacion, quisieran sin embargo, por un sentimiento bueno y noble en sí, sustraerse á reconocer por legítimas sus consecuencias.

Me limitaré á hacer tan solo dos observaciones sobre este punto. La primera es que la emigracion, aun dado caso que fuera la cosa mas facil y sencilla, no haria mas que retardar la dificultad. Luego que hasta los lugares mas recónditos y desiertos de la Francia y de la Europa, se poblasen de millones de hombres; luego que pasase un considerable número de habitantes á establecerse á la Nueva Gales y á la Nueva Zelanda, á los llanuras del Orinoco y de las Pampas con la misma facilidad con que un habitante de Bruselas se trasporta á Malinas; en una palabra, luego que el globo se cubriese de tantos hombres como puede alimentar y contener, la cuestion práctica por fin no podria menos de presentarse en toda su fuerza. Pero la ciencia no aguar-

da á que se cumplan todos sus pronósticos, para reconocer la verdad de sus principios. Si se demostrase con la misma certidumbre que se prevee un eclipse, que de aqui á dos mil años un enorme planeta habia de venir á chocar contra la tierra; ¿qué pensarian los sábios del que viendo que el plazo era tan largo, se burlase de los principios de la ciencia y de los pronósticos de la astronomía?

Hé aqui la respuesta teórica. La práctica es de grave trascendencia para la humanidad. Hay filantrópicos que gritan á los pueblos: No escucheis los consejos de los economistas, fundad familias sin escrúpulo, porque la emigracion vendrá en vuestra ayuda: lejos de aqui disfrutareis dias venturosos en las chozas de Baucis y Filemon. Nosotros á nuestra vez, cogeremos por la mano á los imprudentes, y les llevaremos á los puertos donde se embarcan los que emigran; verán sus muelles cubiertos de pobres, de mendigos, que se desprenden de lo poco que poseen para pagar su trasporte, y emprender un viage largo y penoso apiñados como negros en el fondo de una sentina, dejando en pos de sí los recuerdos de la infancia, los consuelos del pais natal, sin que se presenten á sus ojos mas que peligros y sufrimientos, y un porvenir sombrío y amenazador: sin otra prenda de seguridad que promesas imprudentes ó engañosas, los sueños de un filantropo, ó las mentiras de un especulador. Los conduciremos despues á las playas á que han sido arrojados aquellos infelices emigrados que sobrevivieron al pasage. Despues de consumido su pequeño capital, llegan pobres, desconocidos, desprovistos de todo á esa tierra americana llamada por escelencia la tierra de la libertad, á pesar de no ser alli

permitido pronunciar una sola palabra contra la esclavitud. ¿Y qué será allí de ellos? Se les dijo en Heidelberg, en Glaris, que encontrarian la tierra prometida, que sus trabajos serian recompensados con crecidos salarios, y se encuentran en presencia de empresarios que, merced al desarrollo de la poblacion, no necesitan ya de su industria, ni de sus brazos. Se ven pues en la dura necesidad de venderse á un precio vil, porque en cierto modo es venderse obligarse por un número de años á un trabajo mal retribuido, lejos de su patria, de aquellos cuyas solas miradas serian para ellos un consuelo, en medio de un pueblo desconocido, en donde tal vez se habla un idioma que no se entiende, y se profesa una religion diferente de la que se ama. ¡Y esto se llama *remediar* el esceso de poblacion! No hay duda que el nivel se restablece de esa manera, mas ¿en que se diferencia este medio del otro, mas sencillo, esto es, de la muerte dentro del propio pais y de la patria siempre querida, sino en la lentitud del suplicio y en el aumento de angustias? Algunos filantropos se parecen mucho á ciertos médicos que, para desembarazarse de sus enfermos, los envian á morir á climas remotos.

Mi segunda observacion es, que el remedio es del todo insuficiente. Supongamos un pais en que haya solo un esceso de dos ó tres millones de hombres. ¿De qué servirá la emigracion, si pasó ya el tiempo de las grandes emigraciones? Este medio era concebible en aquellos tiempos en que poblaciones enteras se alzaban en masa, y marchaban á conquistar paises deshabitados ó bastante fértiles para alimentar á los conquistadores, y á aquellos de sus indígenas que compraban su vida á precio de la libertad, ó haciéndose tributarios: pero

hoy la emigracion no es otra cosa que un destierro voluntario de algunos millares de individuos á lo mas. El número de emigrados á los Estados-Unidos nos parece sin duda alguna considerable, cuando nos representamos aquella masa de hombres, en marcha hácia el Nuevo Mundo, atravesando el Océano; pero sin embargo, ¡qué es esta móvil poblacion comparada con la poblacion que queda, y de la que formaba parte!

Por último, es igualmente cierto que las emigraciones son muy costosas. La Inglaterra ha gastado sumas enormes en favorecer la emigracion de un reducido número de familias. Si por el contrario se quiere abandonar á los emigrados á sí mismos, ó socorrerlos al menos con escesiva economía, irán aquellos desgraciados á perecer de miseria á una playa estranjera.

Toda emigracion racional, humana, supone ciertas condiciones que rara vez pueden realizarse: clima sano, tierras fértiles y en disposicion de recibir á los emigrados, y capitales para trabajarlas con éxito, y para satisfacer á las primeras necesidades del nuevo establecimiento. Y aun despues de aseguradas estas condiciones, quedan siempre los efectos demasiado desastrosos de la repentina mudanza de patria, de clima, de costumbres, de alimentos. En general, la historia de las emigraciones no ofrece ventajas tales que los amigos de la humanidad deban proponerla á los padres de familia como ejemplo y como estímulo.

Asi que, no es la emigracion la que recomiendan otros que se oponen á las doctrinas de Malthus. ¿A qué buscar lejos de nosotros un remedio que tenemos á la mano? De lo que se trata, segun ellos, es de organizar una distribucion mas perfecta de la riqueza, que des-

cierre á un mismo tiempo de la sociedad la opulencia y la miseria. Y sobre este punto, los unos no hacen mas que repetir generalidades insignificantes y vulgaridades demasiado rebatidas; los otros, mas prácticos, mas atrevidos, mas diestros, han producido sistemas, y aunque débilmente, han ensayado su ejecucion.

De los primeros, nada tenemos que decir: los segundos merecen fijar nuestra atencion; mas como dijimos al terminar nuestros estudios sobre la cuestion de la libertad de industria, no podremos examinar con provecho estos sistemas, sino en la segunda parte de nuestro trabajo, despues de haber tratado á fondo la materia de los salarios y jornales, de los beneficios, y de la renta.

Sin embargo, debo advertir desde luego, que cualquiera otra distribucion de riqueza nacional, por justa y posible que fuese, no produciría por sí misma, respecto de la poblacion, mas que efectos temporales análogos á los que produce la emigracion: es decir, que no haría mas que retardar la dificultad sin resolverla. Supongamos que se hubiese de repartir mañana toda la riqueza de la Francia, atendiendo solo al número de cabezas, entre los siete ú ocho millones de familías que forman nuestra nacion: y supongamos que, con esta reparticion no quedase ni un solo pobre en todo el reino. ¿Querrá esto decir que semejante hecho impediría *por su propia virtud* que el principio de la poblacion se desarrollase con toda su energía y escediese los límites de las subsistencias? De ninguna manera. En la primera generacion nadie moriria de hambre; pero los sufrimientos y la muerte reservarían sus estragos para la segunda ó la tercera generacion, á lo sumo.

Nada hay en esto que pueda destruir el principio establecido por Malthus; nada que pueda alejar completamente sus consecuencias; y que por consiguiente deje de ser un mero paliativo á los ojos de la ciencia.

Pero aun hay mas: si la escesiva desigualdad de bienes revela un hecho deplorable, una distribucion artificial de la riqueza llevada hasta la igualdad, podria tambien producir en la poblacion los efectos mas inesperados y funestos.

Por una parte, poniendo todas las familias al abrigo de la necesidad, al menos por cierto tiempo, favorecería su acrecentamiento con tanta mayor fuerza, cuanto que destruiría todas las necesidades que nacen de la desigualdad de condiciones. Se ha calculado que si los Montmorency se hubiesen multiplicado segun la ley de la reproducion por la cual la poblacion se duplica en el espacio de veinticinco años, seria tan grande en el dia su número, que apenas bastaria para ellos solos el suelo de la Europa entera. Y en vez de ser esto asi, yo no sé que exista ni un solo descendiente en línea recta del primer baron cristiano; tan poderoso era en las familias nobles el temor de decaer empobreciéndose, temor que ha dado origen á instituciones y costumbres que la riqueza tratará siempre de imitar, aun á despecho de la ley.

Por otra parte, suprimido desde luego todo gasto necesario por lo módico de las fortunas y por el acrecentamiento de la poblacion, el pais se veria falto para las subsistencias de aquel fondo de reserva que en todas partes se hace de las materias nutritivas destinada en tiempos ordinarios al alimento de los animales ó á los consumos de lujo. Entonces, la menor carestía fue-

ra una calamidad terrible, pues no teniendo ninguna clase sobrante ó ahorro de ninguna especie con que socorrer las necesidades de las otras, se verian todas igualmente desprovistas de una parte de lo necesario. Ni habria sòcorro ni piedad, y sí solo una gran miseria comun, y un cruel egoismo. Seria entonces el pais de la igualdad de fortunas semejante á un navío lleno de tripulacion completamente desprovisto, detenido por una calma inexorable en medio de las inmensas soledades del Océano: sobre todo si, como muchas veces ha sucedido, á una carestía se sucediese otra..... entonces la miseria y el crímen, seguidos de ese olvido de toda dignidad humana, de esa indiferencia por el porvenir, de esa desesperada resignacion que suelen ser las mas veces sus consecuencias, se apoderarian de la sociedad, y la condenarian á aquel abatimiento, á aquella degradacion moral, cuyo término no es lícito entrever.

Lo que mas ha perjudicado á los adversarios de Malthus, son las consecuencias que se han deducido de su doctrina relativamente á los establecimientos de caridad. Sentado el principio de que la poblacion no necesita de estímulo ninguno, algunos demasiado absolutos en sus opiniones han mirado dichos establecimientos como dignos de la mas inexorable reprobacion. Y hombres ha habido que hubieran querido hacer desaparecer de un golpe los asilos de la ancianidad y otras piadosas fundaciones de que la humanidad tanto se honra. No consideraron que no todos esos establecimientos han producido efectos igualmente funestos, bajo el respecto de la poblacion, y que por importante que éste sea, no es el único que se debe considerar

al apreciar las ventajas é inconvenientes de semejantes instituciones; por último no examinaron con la precisa detencion, si antes de soñar en secar las fuentes de la caridad y en fomentar nuestras inclinaciones al egoismo, se habian encontrado los medios suficientes para conciliar los ciegos aunque nobles impulsos de la caridad con las sábias previsiones de la economía pública.

Porque estoy muy lejos de decir que nuestra caridad sea siempre afortunada, bien entendida y previsora. La caridad legal como la caridad privada no tienen las mas veces otra guia que una preocupacion; ya sea por ignorancia, ya sea por pereza, ambas obran sin reflexion y á ciegas; ambas acarrean mayores males con una mano, que bienes con la otra. Mas, porque en esta como en todas las cosas sea necesario el discernimiento y la firmeza, ¿se ha de decir que debemos aceptar como necesaria consecuencia de la teoría de la poblacion la destruccion inmediata, absoluta, de todos los establecimientos de beneficencia? Por último, yo no he querido mas que señalar un hecho, que se esplica por sí mismo: las antipatías que ha suscitado la teoría de Malthus. De lo cual trataremos en una próxima reunion.

Pasemos ahora á otra opinion que nos conducirá á la verdadera solucion del problema. Economistas hay que sin rechazar absolutamente el principio de Malthus, han observado sin embargo, que efectivamente las poblaciones se desarrollan y progresan gradualmente en el órden político y moral. Despues de haber dado estas los primeros pasos en la carrera social, crecen visiblemente en riqueza, en inteligencia, en prosperidad, y

digan lo que quieran los *laudators tempories acti*, con el número de los hombres y su bienestar material se estiende igualmente y se desarrolla la moralidad pública. Este hecho es irrecusable, dicen; tal es la historia de la civilizacion. Si este hecho no existiera, no se encontraria en parte alguna ni un solo hombre civilizado; la civilizacion seria cosa imposible. Si fuese cierto que teniendo cuatro familias su alimento necesario, habian de aumentarse y reproducirse en otras muchas, la poblacion se veria constantemente acosada por la falta de subsistencias, á la manera de una guarnicion sitiada despues de un largo bloqueo. Ahora bien, el hecho contrario es irrecusable; y fácil, segun ellos, su esplicacion.

Es verdad que el principio de la poblacion, tal como Malthus lo ha asentado, se funda en una tendencia natural, en un deseo del hombre, mas el hombre no se halla dominado por un solo deseo. Entre sus tendencias, entre sus necesidades existe tambien el deseo del bienestar personal y del acrecentamiento de las comodidades.

Ademas de esto, el hombre, en el estado social, por imperfecto que por otra parte sea este estado, esperimenta en sí otros deseos muy poderosos. No hay sociedad en que no exista, al menos de hecho, alguna distincion de clases. La tendencia aristocrática está en la naturaleza del hombre; por todas partes la encontraremos, bajo la choza de las tribus errantes, como en nuestras ciudades; asi en nuestros espléndidos salones como en la modesta habitacion del artesano; en la aldea como en la ciudad; en las sociedades mas morigeradas como en las mas depravadas y corrompidas:

la aristocrácia aparece por todas partes, lo que no puede esplicarse sino por una tendencia natural del hombre. De donde resulta que todo el que ocupa cierta posicion social, lejos de querer descender, aspira por el contrario á elevarse mas. Y esta necesidad, ademas de esperimentarla en sí mismo, se estiende á todos los suyos. En el modo de manifestarse y en sus efectos, puede ella variar segun las formas sociales, las ideas, las costumbres de los diferentes pueblos; mas el principio es siempre el mismo, y el hecho, á pesar de sus variaciones, no es menos general y constante.

Asi que, dicen ellos, en todo padre de familia hay siempre un temor que le hace previsor y le contiene: el temor de decaer de su posicion ó de no poder elevarse y medrar. Hay pues en él dos principios, dos fuerzas igualmente naturales y constantes que no se paralizan, pero que se atemperan la una á la otra.

Y aquí se desenvuelve, para mejor esplicar esta teoría, la distincion que ya dejamos indicada, entre las cosas necesarias, las útiles ó convenientes, y las de lujo. Toda poblacion está dividida en tres clases, de las cuales la una no cuenta mas que con lo estrictamente necesario, al paso que las otras poseen al mismo tiempo, la primera bastante riqueza para obtener y conservar cierta calidad social, y la segunda para subvenir ademas á los dispendios de mero lujo. Si bien es cierto que el temor de no poder en lo venidero atender á los gastos de lujo, no ejerce, como medio preventivo, gran influjo en la marcha de la poblacion, no puede decirse otro tanto del temor de verse falto de las cosas útiles hasta el punto de tener que menguar y descender del puesto social que se ocupa. Su accion pre-

ventiva es tan grande como irrecusable. Y en cuanto al temor de carecer de lo necesario, ¿quién podrá jamas dudar de su eficacia preventiva? ¿Quién podrá imaginar que, á pesar del atractivo del placer, el hombre no retrocederia ante el temor de los sufrimientos y de la muerte; ante la imágen de una familia que pide al padre un pedazo de pan que él mismo no tiene para sí?

Por lo tanto, dicen ellos, existe un principio preventivo que modera y contrabalancea el principio progresivo de la poblacion; no se puede decir de una manera general que el poder reproductivo de esta tiene mas energía que el poder reproductivo de la riqueza: porque es preciso considerar al hombre con todos los elementos de su naturaleza, de los cuales es cierto que unos le incitan á la reproduccion inconsiderada de su especie, mas en cambio, otros reprimen este deseo. El principio de Malthus no es pues la completa espresion de la verdad, sino que peca, como la mayor parte de los sistemas, por demasiado esclusivo y reducido; supone una tendencia única, fatal en cierto modo, mientras que esta tendencia se halla siempre mas ó menos modificada por otras inclinaciones, por necesidades, cuya influencia es de todo punto opuesta, y que viene á ser cada vez mas imperiosa, á medida que el estado social se perfecciona.

En confirmacion de esta teoría, alegan los hechos que ya he indicado. ¿Cómo es, dicen, que en la antigüedad ha habido pueblos que tanto han progresado en la civilizacion? ¿Quién ha dudado jamas de la prosperidad y cultura de la Grecia, de Roma, de Tiro, de Cartago, de la magna Grecia, en las épocas florecien-

tes de sus historias? Sin embargo, si la teoría de Malthus fuese cierta, estos hechos jamás hubieran podido realizarse. Es pues necesario reconocer que mientras no haya obstáculo en la decadencia política ó malas instituciones, la especia humana, en virtud de la armonía natural establecida entre sus diversas inclinaciones, lejos de esceder al límite de las subsistencias, las tendrá por el contrario sobrantes, hasta el punto de hacer posibles el mejoramiento gradual del estado social, y el desarrollo de una bella y grandiosa civilizacion.

Tal es, en sustancia la doctrina contraria á la de Malthus, y que en efecto merece la mas séria consideracion. No son estas vanas declamaciones, ni puros sentimientos de filantropía, dignos sin duda del mayor respeto, pero poco á propósito para fundar una teoría; este es un ataque contra la base misma, adoptada por Malthus: al hecho natural en que él se funda, se le opone otro igualmente eficaz y del mismo modo natural al hombre.

Pero, ¿qué hay de cierto en esta doctrina? ¿Acaso Malthus, como suele suceder al autor de un descubrimiento, se ha dejado arrastrar con demasiada impetuosidad de las verdades que acababa de reconocer, sin tener en cuenta suficientemente los hechos que podian modificar su accion ó atenuar su influencia; ó bien reina cierta confusion de ideas, cierta ambigüedad en la teoría que se le opone, y en la apreciacion de los hechos que parecen justificarla? Esto es lo que nos resta examinar para completar nuestros estudios sobre el principio de la poblacion.

LECCION VIGESIMA.

Principio de la poblacion.—Continuacion.

Señores:

Hemos confrontado dos opiniones que, apoyadas una y otra en la autoridad de hombres eminentes, parecen fundarse igualmente sobre la observacion de los hechos internos de nuestra naturaleza, y sobre los testimonios de la historia. Ahora estamos en el caso de examinar y de elegir.

Y desde luego, ¿deberá reconocerse, como hecho general, que las tendencias aristocráticas y la prevision que ellas inspiran, son realmente suficientes para contener en el hombre la inclinacion á la reproduccion de su especie? Digo realmente suficientes, porque no tratamos de negar que el hombre pueda, si se empeña, dirigir sus inclinaciones en conformidad con su razon, y poner un freno á sus mas fogosas pasiones. Es preciso convenir en que, en algunas poblaciones, no solo un número considerable de individuos, pero la gran mayoría, parece haber comprendido cuanto importa al bienestar, á la dignidad, á la moralidad de las familias, no dejarse arrastrar por el apetito de la reproduccion con la imprevision del bruto. Los mas acalorados discípulos de Malthus no niegan esta posibilidad, ni es-

tos hechos. Si los negasen, absurdas serian sus recomendaciones, sus consejos carecerian de sentido, no menos que los del físico que, á pesar de reconocer como hechos necesarios la consuncion de nuestras fuerzas, y la viva sensibilidad de nuestros órganos, nos recomienda sin embargo no sentir ni el calor ni el frio, y no ceder jamas ni á la sed ni al hambre.

Pero si el desenfreno y la continencia tienen, uno y otra, por principio nuestras inclinaciones naturales; estas tendencias sin embargo, ni son igualmente activas, ni igualmente favorecidas por las circunstancias que rodean á la generalidad de los hombres.

La una de estas inclinaciones se desarrolla rápidamente, y con fuerza, á la edad de la pubertad; la otra no es un móvil poderoso y contínuo sino para el hombre de una edad madura. La primera incita á los jóvenes al matrimonio; la segunda determina á sus parientes á la resistencia. Estos combates suelen ser frecuentes en el seno de las familias; mas, ¿á cuál de los dos partidos se inclina mas frecuentemente la victoria? ¿Acaso al de la prevision y de la razon?

A la una favorecen y estimulan, no solo el poder de los sentidos, el atractivo del placer físico, mas tambien los mas vivos é impetuosos sentimientos del corazon; á la otra la fria razon, con sus temores, sus previsiones, y sus cálculos.

La una no pide mas que tolerancia y abandono, la otra exige reflesion, resistencia, combate.

Ahora bien, esta lucha, estos esfuerzos, ¿pueden sostenerlos razonablemente los que yacen aun sumidos en la ignorancia? la multitud que obedece ciega á todos sus instintos, ¿no es temible, por el contrario,

que se deje arrastrar por el impulso mas poderoso? Mas ella se detendrá despavorida, dicen ellos, se contendrá, volverá el paso atrás, si encuentra en su marcha al crímen, alzándose á su vista con todo su horror: la religion y la ley acuden entonces á corroborar sus naturales repugnancias. Y si por el contrario, en vez del crímen se le aparece el error, si en vez de las penas eternas en la otra vida y de los rigores de la justicia humana en esta, no entrevé mas que los sufrimientos que han de recaer, aun mas sobre los míseros engendros, todavía desconocidos y cuyo nacimiento es incierto, que sobre los autores mismos del mal, ¿cómo se ha de poder entonces creer sériamente que la prevision y la reflexion suministrarán á los naturales tendencias aristocráticas la influencia preponderante que evidentemente no ejercen sobre el hombre que se abandona á la energía de sus instintos? Preciso es confesarlo, si el crímen, el legal por lo menos, es siempre un hecho escepcional, aun entre los hombres desprovistos de toda instruccion, muy comunes son en ellos el error, la imprudencia, las preocupaciones, las esperanzas quiméricas, los movimientos instintivos y apasionados. Mientras la facultad de reflexionar no adquiere cierto vigor con el ejercicio y la instruccion, el hombre, reducido puramente á la vida animal, sucumbe al imperio de la sensacion: verdad muy rebatida ciertamente, pero que aun hoy dia parecen ignorar los que vanamente se esfuerzan en poner en duda la utilidad, la necesidad de una ámplia instruccion popular.

Asimismo, ¿pueden acaso nacer en el seno de la miseria, y de la indiferencia estúpida que muchas ve-

ces es su consecuencia; esas sábias previsiones, esos cálculos sobre el porvenir, que deben moderar en el hombre el imperio de los sentidos, y contener la marcha de la poblacion? Ah! no, señores; mil veces no. Quien nada tiene que temer ni que esperar, nada calcula, nada reflexiona. El hombre que vive de privaciones, se apresura á aprovecharse de toda escitacion física que pueda hacerle olvidar un momento su miseria. El salvaje vende su muger y sus hijos por un vaso de aguardiente: y, ¡oh dolor! tal vez haría lo mismo en Europa el padre, si pudiera, pero no pudiendo, los entrega á un fabricante de algodon, que los obliga á debilitarse, enfermarse y destruirse, haciéndoles trabajar diez y seis horas al dia en una atmósfera sufocante y nauseabunda.

Tambien hay mucho egoismo en las clases pacientes, pero diferente del egoismo del rico, del poderoso. El rico lo sacrifica todo, sacrifica sus hijos, y hasta á sí mismo si es necesario, al poder de su familia, al lustre y esplendor de su linaje; este es el egoismo de la vanidad y del orgullo; es la exageracion, reprensible sin duda, y que con razon han tratado de reprimir nuestras leyes, y de un sentimiento justo y noble en sí, de un sentimiento que, aun en su esceso, no es jamás del todo personal. Aquella madre desapiadada, que, con un pié en la sepultura, en el fondo de su castillo, permanecía inflexible á las lágrimas y súplicas de sus hijas é hijos segundos, que en vano se resistían á la vida monástica y rechazaban la órden de Malta; ¿pensaba por ventura en sí misma, en su persona, en sus placeres personales? No; que al sacrificar sus propios hijos á un porvenir, y á unos séres que le eran

deconocidos, obedecía al imperio tiránico de una idea que sojuzgaba á su siglo entero.

El egoismo de la miseria es enteramente personal. Aunque mas disculpable que el del rico, es tal vez mas acerbo todavia, mas absoluto. El rico puede encontrar en el temor de la opinion pública, en la ostentacion, en el deseo de evitarse recriminaciones y quejas, ciertas reglas de conducta, que por cierto no le inspirarían ni la sensibilidad, ni el sentimiento del deber. Si por su degracia cierra los oidos á los preceptos de la moral, los abre á los consejos del interés bien entendido. Pero el que nada posée, y desespera de un porvenir mas venturoso, el que se cree abandonado de todo el mundo, y en guerra abierta con el género humano, nada tiene que prever ni que calcular. Solo piensa en sí mismo y en el momento presente. ¿Puede acaso dar al mundo séres mas desdichados que él? Por otra parte, ¿quién tendrá derecho para quejarse? El ha vivido bien en la necesidad, sin cuidarse mas que del dia presente, y sin otro apoyo que la Providencia; ella por lo tanto, tampoco faltará á sus hijos. Si mueren todos ó jóvenes, ó al nacer, Dios asi lo dispuso: tanto mejor para ellos. En cuanto á los padres, quédales todavia una familia demasiado numerosa. Asi demuestra la esperiencia que, si la pérdida de un hijo es para ciertas familias causa de un dolor profundo, no produce las mas veces sino una débil y fugitiva emocion en el asilo de la indigencia.

Mas no se dé una torcida interpretacion á nuestras palabras. No desconocemos por fortuna, las virtudes que se abrigan en la cabaña del pobre, y aun debajo de los harapos de la miseria. Virtudes nobles, tiernas,

sinceras, cuando triunfando del halago del interés supieron ofrecer al culto de la generosidad y del sacrificio corazones desgarrados, entendimientos incultos, séres á quienes no cesan de incitar al mal las mas imperiosas y crueles necesidades. Mueve nuestra sensibilidad de cualquier modo que á nuestros ojos se ofrezca, la ternura, la solicitud de una madre por sus hijos: pero si esta ternura, esta solicitud es la de una infeliz muger que, desprovista de todo lo necesario, roba á su hambrienta boca el pedazo de pan que ella misma distribuye entre sus hijos, y devora en sus entrañas su propio sufrimiento, por no contristarlos con su dolor, nuestro corazon se deshace en lágrimas: aquello es mas que un sentimiento; es una virtud.

¿Pero es menos cierto, menos demostrado por hechos innumerables que la necesidad y la miseria hacen de continuo á los padres de familia indiferentes, insensibles, y que la union de sexos despojada de toda idea de moralidad y de porvenir, no es mas para ellos que un medio de suspender momentáneamente el curso de sus sufrimientos?

Asi que, donde mas reina la miseria mas pululan los párvulos, sin que la muerte, con sus tremendos y numerosos anuncios, pueda hacer comprender á los padres cuan repugnante é inmoral es dar la existencia á tantos séres humanos que solo vienen al mundo para pasar algunos dias penando, y despues morir.

Y lo que es mas doloroso, aunque no menos cierto es, que mas de una vez el pobre es impulsado á seguir este camino por el mismo que principalmente debia desviarle de él; por el sacerdote, inducido él mismo en error por el deseo, loable en sí, de prevenir, acon-

sejando á los jóvenes que abracen el matrimonio, los descarrios del celibato. Pero, entre dos males, ¿no se debe escoger el menor? ¿la moral, la religion pueden, en esta necesidad, separarse de la regla que sigue la política? Examínese si vale mas tolerar á algunos jóvenes de costumbres desarregladas, ó destinar por medio de imprudentes enlaces muchas familias á que sean diezmadas por la miseria, al paso que, bajo otro aspecto, la vejez prematura de las mugeres trae consigo todos los desórdenes de la disipacion imperiosa y violenta de sus maridos, siendo una y otra orígen de tantos crímenes afrentosos, de tantos delitos vergonzosos como resuenan en los tribunales. La eleccion parece tanto menos dudosa cuanto es mas posible prevenir, ó al menos atenuar los desarreglos de la juventud, procurándola una educacion religiosa, una instruccion suficiente, un trabajo contínuado, y sometiéndola á cierta disciplina que permite su edad, y que no seria posible imponer á hombres casados. Pero si escitamos á los jóvenes á contraer matrimonios precoces, si en vez de llamarlos á la reflexion y á la prevision, segundamos los inclinaciones físicas propias de su edad: si por consiguiente los vemos prematuramente cargados de hijos, y condenados á soportar todos los gastos que ellos acarrean, y los desvelos que exigen, antes de tener una mediana colocacion, y de haberse procurado algunas economías, ¿qué hemos de pronosticar del bienestar, de la moralidad, del porvenir de estas familias?

Señores, forzoso es reconocer que las dos tendencias del hombre, la inclinacion á la reproduccion, y el deseo de mejorar su condicion personal y mantener el

puesto que ocupa en la sociedad, si bien son igualmente naturales, no son sin embargo igualmente activas ni igualmente eficaces. Abandonadas á sí mismas, prevalecen en él la primera sobre la segunda: la poblacion se acrecienta con mucho esceso, y gravitando entonces sobre la especie humana las calamidades señaladas por Malthus, solo el crímen, los sufrimientos y la muerte pueden reducir de nuevo á la poblacion al nivel de las subsistencias.

Pero se dice que la historía desmiente formalmente esta conclusion. Naciones hay que han hecho grandes progresos en bienestar y en moralidad. ¿Quién osará negar las conquistas y prodigios de la civilizacion? Adolece pues de un vicio esta observacion de los hechos de nuestra naturaleza, en que se funda el sistema contrario.

Es imposible disimularlo, señores, hay por ambas partes una especie de ambigüedad, involuntaria si se quiere, pero real. Ambas escuelas consideran á las naciones como verdaderas unidades, como cuerpos perfectamente homogéneos; lo que es cierto de una parte se cree poderlo afirmar de todas las otras; y de este modo se viene á parar, relativamente al conjunto, á deducciones opuestas, que en su generalidad y segun el punto de vista en que se las coloca, son todas ó igualmente verdaderas ó igualmente falsas.

La necesidad, el hambre, consecuencias naturales de un esceso en el número de nacimientos, han diezmado mas de una poblacion; ¿quién podrá negarlo sin negar los hechos mas justificados? Al mismo tiempo, es un hecho igualmente irrecusable que, aun las naciones que mas de una vez han esperimentado los es-

tragos de la carestía, se han elevado sin embargo á un alto grado de civilizacion y de prosperidad material.

¿Qué deberemos pues deducir de aquí, sino que estos dos hechos, tan opuestos al parecer, no se han verificado en la misma clase de hombres, y en el seno de unas mismas familias, aun cuando todas ellas formasen parte de una misma nacion? Es preciso pues convenir en que los unos tenian con que atender á sus necesidades y hacer ahorros, al paso que los otros sucumbian bajo el peso de su miseria. Cuando los caballos vencedores en la liza tocan la meta, erguida la cabeza, ufanos con su victoria y con los aplausos de la muchedumbre; ¿olvidaremos á aquellos que, sucumbiendo á su esfuerzo, no pudieron concluir su carrera, y solo escitaron entre la multitud una desdeñosa compasion? Y cuando los gritos de alegría, el clamor popular y el sonido de los clarines nos anuncian la vuelta de un ejército victorioso, ¿lo hallaremos por ventura tan numeroso como á su partida? ¿No consagraremos ni un recuerdo, ni un suspiro, á la memoria de aquellos cuyos cadáveres cubren el campo de batalla, ó cuyos cuerpos mutilados llenan nuestros hospitales? ¿O persistirémos en que, asi en la arena como en el campo de batalla, no hay mas que vencedores?

Estadistas esclarecidos, y entre otros me lisongeo de citar á los señores Villermé, Benoistou de Chateauneuf y Quételet, han hecho ver de cuanta importancia es distinguir en las estadísticas de la poblacion los hechos relativos á las clases y profesiones diversas.

En Francia, la mortalidad de los ricos y de los pobres, desde la edad de 40 á 50 años estaba en estos últimos tiempos en razon de 0,85 y 1,87.

En las posesiones inglesas moría anualmente un esclavo negro por cada 5 ó 6, mientras que de los africanos libres que servian en la armada solo moría uno por cada 33 ó 35.

Fáfil sería multiplicar estos datos, pero se grabarán mejor en la memoria estos detalles y se tendrá un conocimiento mas acabado de ellos, deduciéndolos de sus propias fuentes, á las cuales Vds. mismos pueden acudir.

Limitémonos aqui á ciertas observaciones generales que nos esplicarán mas convenientemente el orígen y la marcha de estos hechos sociales.

Supongamos un caso, el mas sencillo; haciendo abstraccion de cuanto pudiera complicarlo, como una conquista, un mal gobierno, la diversidad de razas, las castas, y la esclavitud.

Una colonia laboriosa ocupa un terreno vasto, fértil, y de fácil comunicacion con los focos de consumo. Supóngase ademas, si se quiere, que cada familia consta de un mismo número de brazos, y posee igual capital. Despues de algunos esfuerzos, los productos abundan, los salarios se aumentan del mismo modo que los beneficios, la poblacion se acrecienta, y á todos sonríe la esperanza en aquella tierra de promision, en aquel siglo de oro. Los que se deleitan en los juegos de la fantasia podrian, en efecto, sostener con buen éxito que la antigua fábula de las cuatro edades encierra una profunda leccion económica.

Pero, pasado algun tiempo, dos hechos vienen á turbar este general contentamiento; una poblacion demasiado considerable, y la desigualdad de condiciones. De los tiempos prósperos nace la costubmre, por otra

parte tan conforme con nuestras naturales inclinaciones, de los casamientos numerosos y del establecimiento de las familias patriarcales. La poblacion se acrecienta siempre, con tal rapidez, que ya es preciso trasportar el arado, de las primeras y fértiles tierras, á otras mas rebeldes, cuya labranza solo puede hacer posible la elevacion sucesiva del precio de los cereales. Crece la renta territorial, al paso que disminuyen tal vez los beneficios y se reducen los salarios ó jornales. De este sencillo desarrollo de hechos económicos resulta un número no pequeño de pobres, y aun de indigentes; sin que sea necesario, para aplicar este gérmen de proletarismo recurrir ni á la esclavitud, ni á las confiscaciones, ni á las arbitrariedades é injusticias de un poder inicuo ni á ningun otro acto de opresion y de violencia. No es decir que estos hechos no hayan agravado cruelmente las funestas consecuencias de la humana imprevision, é impreso mas de una mancha sangrienta en la historia de las naciones; pero sin tratar de justificar, ni menos escusar crímen alguno, importa convencerse plenamente de que los proletarios y los indigentes *pueden* en todo pais, multiplicarse en poco tiempo, independientemente de toda causa política, y solo á consecuencia de hábitos inconsiderados, ó cálculos fallidos.

Mientras que en el seno mismo de la abundancia, el error y la ligereza conducian de este modo á muchas familias á la pobreza y á la indigencia, entre estos trabajadores se encuentran hombres mas inteligentes, mas activos, mas afortunados si se quiere que los demas. Sus empresas fueron mas meditadas, sus enlaces mas prudentes, su trabajo ha sido mas productivo; su eco-

nomía mas severa; en una palabra, á diferencia del mayor número, han podido y han querido hacer ahorros. Por poco que estos hábitos y esta actividad se perpetúen, estas familias forman, bien pronto la clase pudiente del pais; sus ahorros irán en aumento, aun cuando sus necesidades sean mas variadas y sus gastos mas considerables.

De este modo, partiendo todos de un punto comun los unos corren á precipitarse á la profunda sima de la miseria, al paso que los otros se dirigen aceleradamente hácia la prosperidad y la civilizacion. Miembros todos de un mismo estado, su condicion es sin embargo muy diversa, y aunque forman una sola nacion, estan muy lejos de formar un todo homogéneo. Y si bajo ciertos respectos, tales como el político, y las relaciones internacionales, se puede considerar este pueblo como una unidad, ¿se le podrá mirar del mismo modo bajo el punto de vista moral, bajo el punto de vista económico? No por cierto, asi como bajo el punto de vista religioso no podemos considerar como una la Francia, y todavía menos la Inglaterra.

Volviendo pues á la cuestion de la poblacion ¿qué sucederá, bajo este aspecto, en los paises que nos hemos imaginado?

Los unos, si persisten en sus imprudentes hábitos, cada dia que pase serán mas desgraciados; sus cuerpos estenuados, sus espíritus embrutecidos, viles y groseras sus costumbres, las mugeres sucumbiendo á tamañas penas, desfiguradas y prostituidas, marchita y sin lozanía la flor de su hermosura, sus hijos muriendo de miseria, envueltos entre los andrajos de la choza paterna, ó bien abandonados en los caminos públi-

cos á la intemperie de los elementos, á la voracidad de cualquier animal dañino, á la fría piedad de los pasageros; ó bien, en los paises jactanciosos de su civilizacion, orgullosos de su caridad, los hijos legítimos é ilegítimos arrojados en tropel á las puertas de una inclusa, á los brazos de una nodriza mercenaria para que mueran olvidados, pocos dias despues, veinticinco, cincuenta, sesenta de cada ciento, ó mas aun, segun el lugar y la época, sin que cueste su muerte una sola lágrima á sus madres, ni á sus padres el mas vago remordimiento: he aqui los hechos que una buena y sincera y fiel historia tendrá que recoger, y el cuadro que nos presentará de la condicion de aquellos hombres.

Y al mismo tiempo ¿cómo nos representará á los afortunados descendientes de prudentes, activos, y previsores antepasados? Apenas encontrará colores bastante vivos para pintarnos la felicidad de estas familias, la variedad de sus goces, el brillo de sus grandezas; ella nos hablará de la civilizacion de esos hombres, de la belleza de sus formas, de la elegancia de su idioma, de su delicado gusto, de la cultura de su entendimiento, tal vez de las producciones de su genio. Ciceron componía sus discursos, escribia sus cartas, mientras una multitud de proletarios instigados por el vicio y la necesidad iban en turbas á engrosar las hordas de Catilina.

No nos cansaremos de repetirlo; sea cual fuere la generosidad de las personas ricas, de las familias opulentas, mientras la multitud persista en sus funestos hábitos, mientras no comprenda que el campo del trabajo y la estension del capital tienen sus límites, la caridad podrá, no hay duda, endulzar la suerte de los desgraciados, aliviar á los menesterosos; mas será im-

potente para detener el curso de las cosas, y aun en ciertos casos podrá estimular su impetuosidad y su violencia.

¿No es esta la historia del mundo, asi antiguo como moderno? Verdad es qne se camina hácia la civilizacion: sí, pero como se marcha hácia el enemigo, como se asalta una fortaleza abriéndose paso entre los heridos, hollando cadáveres!

Es por desgracia tan general este hecho que no es de maravillar el ver que muchos esclarecidos entendimientos le han considerado como una ley de la humanidad, y el oirles hablar del proletario y del indigente de las sociedades modernas como los antiguos hablaban de sus esclavos. Es evidente, decia el preceptor de Alejandro hablando de los hombres, que los unos son naturalmente libres, y los otros naturalmente esclavos, y que, para estos últimos, la esclavitud es tan útil como justa. Es evidente, dirian de buena gana los Aristóteles de nuestros dias, que de las familias de que se compone el género humano, las unas están predestinadas á la riqueza, y las otras á la miseria, y que estas deben resignarse con su suerte, como el Lapon con sus hielos, y el Beduino con su mortífero viento del desierto.

Es por lo tanto cierto que así como no se debe afirmar que los adversarios de Malthus erraron de todo punto aun se apartaria mas de la verdad el que dijese que Malthus no tuvo razon en su sistema. Ni en el seno de nuestras brillantes y cultas sociedades deja de obrar sus estragos la causa que él indicó, y Dios quiera que la imprevision humana no la estienda un dia á paises que por afortunadas circunstancias han podido

eludirla hasta ahora: hablo de los Estados-Unidos.

La verdad exacta se encuentra en la doctrina de Malthus, moderada sobre todo en su esposicion, y forma, por la observacion de hechos mas felices y cuya generalidad, si está lejos de realizarse, no por eso es imposible.

En otros términos: solo alcanzarán la verdad integra y completa, aquellos que no se dejen ofuscar por el colorido consolador, ó siniestro, de los hechos de una localidad, ó de una época especial.

Malthus, alarmado por los gritos del pauperísmo, por las amenazas de la demagogia, por la espantosa progresion del impuesto por los pobres, compulsa la historia, registra los archivos, no economiza ni gastos, ni viages, ni trabajos para remontarse á la fuente del mal, y encontrar los medios de alejarlo de su pais. De aquí tomó orígen su doctrina, sus ensayos, dictados por un amor entendido, síncero, de la humanidad, pero escritos es verdad, bajo la impresion del terror y de los mas aciagos presentimientos. Mas adelante Malthus esplicó mejor su pensamiento, concretándose á decir que es siempre de temer en la multitud, que las inconsideradas inclinaciones que la arrastran, no prevalezcan sobre aquellas tendencias de la humana naturaleza que para desplegar toda su actividad han menester del temple de la esperiencia y de las luces de la reflexion.

En América á nadie faltaban medios de subsistencia, beneficios considerables, salarios suficientes, por causas que todos conocemos. Su poblacion que tomó tan rápidas creces, aquel vasto continente ocupado en muy poco tiempo, cultivado, cubierto de mieses, de ciudades y canales, constituían la fuerza y la grandeza

de los Estados-Unidos que, guarecidos detrás de la inmensa barrera del Océano, veían aproximarse á pasos gigantescos el dia glorioso en que los colonos de Penn y los voluntarios de Washington pudiesen dirigir á las potencias del viejo mundo la voz desembarazada y robusta de una nacion de primer órden. En este estado de cosas ¿ qué influjo podian egercer las observaciones de Malthus en el ánimo de los economistas americanos? Hombres y brazos, constituian para ellos la riqueza: trabajadores y productos eran ideas asimiladas en su entendimiento. Que las subsistencias crecen con la poblacion, debia ser el aforismo de la economía social de la América: á la manera que los jóvenes piensan que la fuerza y lozanía de la juventud han de ser eternas, sin parar nunca sus miradas en los cuidados de la edad madura, ni en los achaques de la vejez.

Disipóse por fin la crisis inglesa que tanto alarmó á Malthus, y á la cual quizá somos deudores de las profundas investigaciones de este verdadero filántropo. Aun los pobres alcanzaron dias mas venturosos en Inglaterra, y si la llaga del *pauperismo* no está del todo cicatrizada, ha cesado al menos de manar sangre, y de amagar á la vida del cuerpo social. Los economistas á su vez se consolaron; hablo de aquellos que son dignos de este nombre, y cuyas opiniones merecen examinarse. Por lo que toca á los otros cuya ciencia se reduce toda á vanas declamaciones, bien se les puede aplicar aquel verso de Dante:

«*Non ragioniam di lor, ma guarda e passa*»

Unos hechos fueron contestados por otros, se con-

frontaron y opusieron unas á otras las varias tendencias del hombre: se trabó el combate, pero las armas eran nobles, no sucumbió ninguno; sola la verdad salió victoriosa: porque ya hemos visto que ambas doctrinas no son en realidad sino el complemento la una de la otra. Los hechos en que estriba el principio de Malthus han sido por desgracia los mas constantes y los mas generales. El hecho contrario, el hecho tranquilizador, tan solo se ha realizado parcialmente, y nunca en nna vasta sociedad entera. Pero por incompleto que haya sido hasta aqui, es sin embargo real y positivo, y nada se opone á que pueda estenderse mas y mas cada dia. Esto basta para que se le deba tener en consideracion, y para no fundar una teoría exclusivamente en el hecho contrario: lo que equivaldria á abandonar la ciencia por el sistema.

LECCION VIGESIMAPRIMA.

Principio de la poblacion.—Conclusion.

Señores:

La historia de las sociedades humanas nos enseña que esas dos tendencias, cuya estension y efectos hemos tratado de averiguar, casi nunca se atemperan la una á la otra hasta el punto de poner á un pueblo entero al abrigo de la miseria, y de conducirle, como á un solo individuo, por los senderos de la civilizacion. Así que, la desigualdad de condiciones, que contenida en cierta medida contribuye al progreso de la humanidad, ha traspasado todos los límites, y esparcido por todo el mundo la opinion de que á la parte selecta de las sociedades le es imposible marchar hácia un porvenir de felicidad y perfeccion sin que la multitud, con su abatimiento y su miseria le allane el camino.

Déjase ya entrever la cuestion importante, vital en esta materia. No curemos de saber si la humanidad considerada en general, obedece á una sola ó á muchas tendencias, ni qué efectos produce cada una de

estas tendencias, ni aun en qué estado social son estos efectos mas palpables y mas fáciles de comprender. Todo disentimiento sobre cualquiera de estos diversos puntos nos parecería fuera de tiempo.

La cuestion se reduce á saber, si es lícito, sin incurrir en vanas utopías, esperar que el instinto de la reproduccion y el espíritu de prevision se concilien en toda sociedad civil de modo que prevengan para todas las clases esos escesos periódicos de poblacion que, sin interrumpir la marcha de los mas hábiles ó de los mas fuertes, detienen la de los demas, formando de los miembros de un mismo Estado como dos naciones, por decirlo así, tan profundamente diversas, que es una especie de ironía el hablar de esta union incoherente como de una unidad social y política.

No tememos proclamar las verdades que la observacion y el raciocinio revelan á toda mente imparcial y serena.

Imposible es establecer jamas el justo equilibrio entre las diversas inclinaciones de nuestra naturaleza en las sociedades bárbaras ó semi-bárbaras, en toda asociacion política grosera é inculta todavia. La razon ya la hemos dado: la inclinacion conservadora exige, para desplegar todas sus fuerzas, la ayuda de la reflexion, que por cierto no se manifiesta, asi en las naciones como en los individuos, en la época de la adolescencia. Esta edad es la del instinto y de la imaginacion. Cualesquiera que sean las circunstancias en que estas naciones se encuentren, cualquiera que sea la naturaleza de sus creencias y de sus instituciones, el azote de la miseria no dejará de herir, en épocas mas ó menos cercanas, sus chozas ó sus tiendas. Preciso es reconocer-

lo: para estos pueblos el principio de Malthus es una ley inevitable, fatal, como para el individuo los estravíos é imprudencias de la juventud. Este fue uno de los principales móviles de aquellas hordas tan temibles que mas de una vez amagaron acabar con la civilizacion del mundo, inundando con el torrente de su barbarie aquellos paises á donde fueron á establecerse y á buscar el sustento. De aqui tambien tuvieron origen en la antigüedad aquellos inestinguibles rencores de los pueblos civilizados contra los bárbaros, y sobre todo contra las tribus errantes. En aquellos rencores manifestábase la pugna de la propiedad y de la economía contra la vida bagamunda y el pillage; ese mismo sentimiento de desconfianza y antipatía que aun hoy dura entre ricos y proletarios, aunque enconado entonces por la inmensidad del peligro.

Desde el momento mismo en que un pueblo pasa del estado de barbárie al de nacion civilizada, comienza para él la *posibilidad* de establecer, para todas las clases, un equilibrio permanente entre la poblacion y los medios de subsistencia. La observacion y el espíritu de reflexion van poco á poco amortiguando la impetuosidad de los movimientos instintivos, y los progresos del estado social, produciendo nuevas necesidades despiertan y desarrollan aquellos pensamientos sobre el porvenir, aquellos temores, que apenas rara vez penetran en el alma de un reducido número de individuos entre los pueblos bárbaros.

¿Por qué no sucederá con las preocupaciones y hábitos imprudentes, en materia de poblacion, lo que con otras muchas ideas y costumbres erróneas y perniciosas que poco á poco van desapareciendo, merced á

las lecciones de la esperiencia, y á la difusion cada dia mas general de las luces?

Por ejemplo, ya todos convienen en que vale mas observar la cuarentena y respetar todas las leyes de sanidad, que esponer un pais á los estragos de la peste oriental.

Ya los eclipses no nos causan espanto, ni cuando la tempestad se acerca corremos ya y nos amontonamos bajo las bóvedas de las iglesias, echando á vuelo todas las campanas de la ciudad.

Asimismo se ha llegado á conocer, aunque lentamente, que los asolamientos son preferibles al barbecho, que la vacuna es un preservativo precioso contra la viruela, que un cirujano y un comisario de polícia son mas á propósito que un hechicero para curar una herida y para descubrir un ladron.

Tambien comienza á comprenderse cuán absurdo es para los trabajadores destrozar las máquinas, cuán absurdo creer que los barcos de vapor aniquilan la industria de los carruageros, posaderos y fondistas de los lugares intermedios, cuán absurdo imaginar que los caminos de hierro inutilizan los ganados de tiro.

Asi es como lenta y sucesivamente va educándose la multitud. Las preocupaciones van retirándose paso á paso, oponiendo siempre viva resistencia, de las primeras clases de la sociedad, á las clases inferiores; y todavía han de pasar siglos antes que la instruccion pública, marchando de conquista en conquista, consiga ahuyentarlas de sus últimos atrincheramientos. En un pais vecino, en donde la civilizacion ha progresado mucho, y en donde son muy raros los que no saben leer y escribir, encontré yo todavía, hace pocos años, per-

sonas que creian en las brujas, y que se resistian hasta con una especie de horror á los beneficios de la vacuna.

No es de esperar que puedan estenderse mas rápidamente las sanas ideas en materia de poblacion; por el contrario, aun en los paises que de mas tiempo atrás se cuentan en el número de las naciones civilizadas, vemos reunirse muchas causas en apoyo de las preocupaciones contrarias.

¿Tendremos que recordar, entre otras, las falsas doctrinas, la pueril solicitud de aquellos hombres, escritores, magistrados, y legisladores, que parecian temer el fin premáturo del mundo por poco que se tratase de coartar la imprevision y ligereza entonces habitual en la fundacion y desarrollo de la familia? Tales hombres son conocidos en la historia de todos tiempos, bajo diversos nombres. Ellos son los que condenaron á muerte á Sócrates; que desterraron de Roma á los filósofos griegos; que persiguieron á Galileo y justificaron el tormento; que proscribieron el emético y anatematizaron la vacuna, que prohibieron la diseccion de los cadáveres y sostuvieron las aduanas interiores: raza retrógrada, aunque dotada de cierta instruccion, que se servia de la lógica para inculcar el error, como los déspotas conviérten la civilizacion en instrumento de tiranía: raza que sin duda alguna va menguando todos los dias, pero que no desaparecerá jamás completamente. Hoy ya, no atreviéndose á justificar la esclavitud, han osado disculparla: encómian los beneficios del libre comercio interior para apropiarse el derecho de decir absurdos tratándose del esterior, y á las pomposas declamaciones de sus mayores tratan de sustituir los procedimientos y las fórmulas de la ciencia moderna.

Probemos á descender al fondo de las cosas. Las naciones, al salir del estado de barbarie, no entran de repente en el goce de una civilizacion ámplia y completa: y entiéndase que llamo así á la que realiza estos dos grandes principios orgánicos: la equidad en la familia, y la igualdad civil en el Estado. La civilizacion es, por de pronto, incompleta y parcial; para penetrar en el cuerpo social necesita el apoyo y las formas del privilegio: revestida de este modo, comienza modificando las clases mas elevadas, y con los reflejos que de estas emanan sobre la comun masa, va ejerciendo sobre todas las clases en general un influjo, lento sí, pero seguro.

Las clases elevadas, corrigiendo y moderando sus costumbres, pierden su opresiva energía, se hacen cada dia mas sensibles á los goces del espíritu, y se ven obligadas á reconocer la fraternidad de todas las inteligencias cultas. Poco á poco van penetrando en esta masa privilegiada las ideas de justicia y de igualdad que destruyen en ella la primera condicion de su triunfo y duracion, la confianza en su derecho.

Por un movimiento simultáneo, las clases inferiores se instruyen y se ennoblecen. Acórtanse las distancias, las barreras desaparecen, y el problema social será resuelto, no el dia en que todo el mundo quede bajo un mismo nivel como muchos han soñado, sino el dia en que dominando en la sociedad el derecho y la sana libertad, quede abierto al mérito donde quiera que se encuentre, el paso de una á otra clase. El dia en que todos los esfuerzos legítimos puedan esperar una recompensa, en que la civilizacion distribuya en justa proporcion sus luces y sus beneficios, asi en el

soberbio palacio del poderoso como en el humilde tugurio del pobre, respetando los derechos de todos, sin arrebatar á nadie ni el ánimo ni la esperanza.

Seria tan contrario á todos los datos históricos pretender que una nacion no comienza á ser civilizada sino desde el dia en que el privilegio cede definitivamente el puesto á la igualdad civil, como suponer civilizadas aquellas sociedades en que el privilegio domina como un hecho comun á todas las clases del Estado.

¿Quién se atreverá á poner en duda la civilízacion griega y romana? ¿Quién podrá desconocer la enorme distancia que separaba á los Escitas de los Griegos del tiempo de Pericles y de Alejandro, y á los conciudadanos de Ciceron de los pueblos de la Germania?

Pero por otra parte; ¿era acaso la civilizacion ateniense comun á los Clarotas de Creta, á los Penestes de la Tesalia, á los Elotas de los Espartanos, y á los esclavos propiamente dichos? ¿Y estendia la de Roma sus luces, prodigaba por ventura sus beneficios á todos los habitantes del imperio? ¿á los hombres libres como á los siervos, á los ciudadanos romanos como á los *peregrinos*? á los habitantes de la capital como á los de las provincias africanas y asiáticas que no conocian de Roma mas que los estragos de sus legiones, y la cruel é insaciable codicia de sus procónsules?

La misma cuestion puede suscitarse con respecto á la civilizacion renaciente, en la edad media. No eran ciertamente bárbaros, para la Italia y los Paises-Bajos, los tiempos en que florecian aquellas fuertes repúblicas y aquellas poderosas ciudades comerciales. Pero ¡cuán desigualmente no se veia repartida aquella nueva y radiosa luz! ¡Cuánta ignorancia, cuánta rusticidad, cuán-

la miseria, al lado de una industría tan activa, de un comercio tan atrevido, de una literatura tan original y tan bella! Cuando al estudiar el siglo XIV, en vez de dejarnos deslumbrar por el brillo de ciertos hechos notables y grandiosos, procuramos penetrar en los abismos de aquella sociedad, y adivinar por entre las reticencias de una historia convencional, la vida de las generaciones sepultadas en el olvido, recordamos involuntariamente aquellos cuadros ejecutados por una mano poco diestra, que no ha sabido variar y atemperar los colores, ni armonizarlos, mezclando á gruesas pinceladas el encarnado y el negro, el verde y el azul, sin union y sin degradacion alguna!

La civilizacion general data de ayer; y aun en los paises donde su existencia es mas incontestable se puede decir que está en su cuna. Asi pues, ¿quién podrá maravillarse de los obstáculos con que tropieza á cada paso la propagacion de las verdades mas útiles á la especie humana? Mas, por otra parte, ¿habrémos de desesperar que llegue un dia en que todas estas verdades sean universalmente conocidas y puestas en práctica?

Los progresos de la civilizacion traen consigo la destruccion ó por lo menos, una modificacion profunda de los gobiernos de privilegio: y solo entonces es de esperar que la educacion nacional se estienda hasta el punto de hacer patentes á todo el mundo los verdaderos principios de la asociacion civil, y de inspirar en todas las clases un vivo sentimiento de dignidad personal, y la sana inteligencia de los deberes del padre de familia. De entonces, ya no será la marcha de la poblacion el resultado imprevisto de ciegas inclinaciones, ni la sociedad un estúpido tropel sin conocimien-

to alguno de sus acrecentamientos y de sus pérdidas.

La poblacion forma, por decirlo así, la sustancia en la cual se juntan, se realizan, y se desarrollan todos los fenómenos de la economía social. En el mundo económico todo se mueve y se cumple por ella, y para ella. Siendo el instrumento principal de la produccion, para ella solamente se verifica la distribucion de la riqueza nacional: de manera que es á la vez objeto y medio. La ciencia económica pudiera pues muy bien resumirse en la ciencia de la poblacion, que es á la vez su principio y su término.

Tal vez se pudiera tambien, profundizando este pensamiento, venir á parar á una distribucion mas sábia de las materias económicas, y á un método mas riguroso que el adoptado generalmente.

Pero sea de ello lo que quiera, es evidente, por la naturaleza de las cosas, que solo de los gobiernos fundados sobre el principio de la igualdad civil se puede esperar una educacion estensa, pero robusta, franca y general: el respeto de todos los derechos, y sólidas garantías, necesarias para todo el que se proponga como fin de sus esfuerzos, antes el bien de su familia que el de su persona. Mas donde esto no suceda, las clases inferiores, pobres las mas veces, sin instruccion, sin libertad para el presente, sin seguridad para el porvenir, no podrán elevarse á las previsiones del hombre ilustrado, ni á los cálculos de la prudencia. El poder está interesado en que estas clases permanezcan sumidas en la miseria y aquejadas por las deplorables consecuencias de una escesiva poblacion.

Y aunque se nos aleguen hechos contrarios, y se nos muestren algunas poblaciones bastante ilustradas y

materialmente dichosas aun bajo un gobierno de privilegio, diremos que tambien el egoismo puede engañarse ó descuidarse, y obrar con flojedad ó ciegamente. Sin esto, el oprimido, el ignorante, el débil rara vez hubieran podído esperar dias mas venturosos. En resúmen, todo nos conduce por caminos mas ó menos estraviados hácia la verdad y la justicia. Una gran opresion es capaz de sublevar las almas mas postradas y amollecidas, y comunicar fuerzas á los brazos menos vigorosos. Las clases privilegíadas se corrompen, se enervan, se debilitan en la molicie y en los escesos del poder absoluto. Por último, si un despotismo casi-liberal deja penetrar en alguna parte un rayo de luz, ¿quién duda que una vez acostumbrada la vista verá con él tan claramente como al sol de mediodia? Por otra parte, la imaginacion del hombre es un adivino poderoso, que solo el esceso engaña.

Es mucho mas fácil estraviarse por la senda del mal que en el camino que al bien conduce. De aqui los errores de los poderes egoistas, los cuales, en último resultado, cualesquiera que sean sus efectos inmediatos son provechosos á la razon general y á la causa de la humanidad. La creencia en el progreso es tanto mas fundada, por cuanto le vemos indirectamente favorecido por la ciega impetuosidad de las malas pasiones, casi tanto como por la influencia de pensamientos nobles y de elevados sentimientos.

Sea de ello lo que fuere, es innegable que en todo pais bien regido por un gobierno nacional é ilustrado, y felizmente podemos espresar mejor y mas claramente nuestro pensamiento diciendo, en todo pais que reuna las condiciones sociales y políticas de la Francia,

es posible imprimir en la multitud la cabal comprension de los principios fundamentales de la economía social, y enfrenar, no á costa de sufrimientos y de la muerte misma, sino con la ayuda de la razon y de la prudencia, la poblacion entera dentro de los límites que no pudiera traspasar sin esponerse á calamidades sin cuento.

Este importante objeto puede conseguirse por medios directos y por medios indirectos.

El mas activo de los directos es una educacion nacional acomodada á este fin. No concebimos facilmente por qué en la instruccion del pueblo no han de comprenderse algunas nociones de economía política. Deplorable cosa es que los descendientes de poderosas y distinguidas familias estén tan desprovistos de conocimientos económicos, y que muchos de entre ellos egerzan la abogacía, desempeñen cargos públicos, y sean llamados á dictar leyes, sin conocer ni aun el valor de los términos de la ciencia, y llena la cabeza de vulgares y rancias preocupaciones. Mas esto es sin embargo menos funesto en sus efectos que la crasa ignorancia de los trabajadores en cuanto concierne á la produccion de la riqueza, á la accion del trabajo y del capital, á la fuente de los salarios y de los beneficios, á la influencia y á la marcha de la poblacion. Estos conocimientos en una medida suficiente para la instruccion elemental, ni son difíciles de comunicar, ni desagradan á la juventud; es fácil hacerlos, por decirlo asi, palpables, amenizándolos con ejemplos y aplicaciones, sacadas de los objetos mas familiares, y de los hechos mas conocidos.

Hay una multitud de nociones de que en el dia es-

tán sobrecargados los primeros estudios de las clases acomodadas, que en nuestro entender son un peligro para el entendimiento, y un peso para la memoria, ó porque la reflexion no está todavía madura para sacar partido de ellas, ó porque sus aplicaciones no están al alcance del escolar. ¿Qué ventajas pueden resultar á un niño de doce ó catorce años, de ciertas nociones necesariamente superficiales de anatomía, de mineralógia, de botánica, mezcladas con el estudio del griego y del latin, de la geografía y de la historia, de las lenguas vivas y del cálculo, y qué se yo que mas? Olvidarlas al cabo de algunos dias: y no sería esto lo peor; puesto que llegado á la edad de la reflexion, le bastarán tres meses para volverlas á aprender exactas y completas, evitando al mismo tiempo la fatuidad de una falsa ciencia.

Por el contrario, suministrándole algunas nociones económicas, llegaría el jóven trabajador á comprender los fenómenos de todos los dias, de todos los instantes: fenómenos que están á su alcance y *quorum pars magna est*. Lejos de ver en ellas el aspecto severo de la ciencia, las recibiría como consejos de una aplica cion inmediata, como una especie de guia destinada á dirigir con fidelidad su inteligencia y buen juicio.

Esto es lo que las clases ricas é instruidas deben, ante todo, prestar al pueblo. En vez de corromperle con vergonzosas adulaciones, ó de envilecerle con una desdeñosa limosna, debemos trabajar con todas nuestras fuerzas en hacerle conocer sus verdaderos intereses, en cultivar aquellos tesoros de recto juicio y de equidad natural que la humanidad, por mas que se diga, encierra en su seno. El obrero es un niño robusto, pero ignorante, que cuanto mas infeliz su posicion sea, mas ha me-

nester de direccion y de buenos consejos. Ignora el jornalero, las mas veces, el modo de gastar con fruto, y hacer ahorros. Fácil le es al rico comprar á justo precio, ahorrar con discernimiento y sacar provecho de sus economías. Pero el pobre suele pagar con usura los géneros que compra; ni economiza dinero alguno, tan solo porque ó no conoce el poder acumulativo de pequeñas cantidades ó miserablemente las desperdicia, llevado de una ciega confianza, ó de las seductoras esperanzas de grandes lucros en lo futuro. No es fácil calcular á donde podrian llegar los ahorros del pobre, ni todo el provecho que de ellos podría sacar, si estuviese mejor instruido en el arte de saber gastar, y en el mas dificil todavía, de asegurar y hacer productivos los pequeños capitales. Bajo este último punto de vista, la institucion de las cajas de ahorros, si se esceptúan los establecimientos consagrados á la educacion del pueblo, deja en pos de sí, y á gran distancia, todas las instituciones de utilidad pública. Lo hemos dicho ya y ahora lo repetimos: solo las salas de asilo, y las cajas de ahorros, pueden cambiar la faz de la sociedad entera.

El obrero no debe, ni exigir un estipendio que no permite la baja de los precios; ni abandonarse á goces inmoderados, cuando se le aumenta aquel. Estas máximas son muy justas: pero ¿qué poder tienen, en el primer caso la resignacion, y la moderacion y cordura en el segundo, sobre unos hombres avezados á una lucha contìnua con las necesidades, y que desconocen el origen de los salarios y de la naturaleza del contrato, casi siempre aleatorio, que interviene entre los obreros y el empresario?

Esta misma ignorancia les hace creer que los hijos que tengan encontrarán como ellos un empresario, trabajo, y salario. ¿ Será pues de estrañar la diferencia que se advierte entre las poblaciones dedicadas únicamente al trabajo de las manufacturas, y las que se componen principalmente de pequeños hacendados, como los que abundan en Francia, Suiza y Toscana? Las primeras se multiplican, las mas veces de una manera espantosa, porque, al contraer los matrimonios, llevan con su ignorancia ese espíritu aventurero, esa indiferencia por el porvenir, esas mentidas esperanzas que no engendran mas que violentas oscilaciones en la industria y en el comercio. Los pequeños propietarios, por el contrario, participan de la dignidad personal y del espiritu reflexivo y previsor que infunde la propiedad: si alguna vez necesitan de un obrero, saben, cuando tienen que trabajar para otro, lo que es pagar un salario, en vez de recibirle. El simple obrero puede hacerse ilusiones sobre la demanda y la retribucion del trabajo en lo venidero: mas los pequeños propietarios no pueden desconocer las consecuencias de la reparticion de su pequeña hacienda entre un gran número de hijos. Asi es que no tardan en imponerse en la cuestion de la poblacion; que si no conocen su teoría, la practican al menos, y esto basta para el bienestar y para la moralidad de las familias, para el aumento progresivo y regular de la riqueza general. Ellos ejercen sobre sí mismos, al menos, en donde sensibles influencias no los estravían, esa coaccion moral que Malthus recomienda, y que es uno de los rasgos que mas caracterizan al hombre civilizado.

Reconozcamos, señores, que en nuestras socieda-

des cultas, para las cuales la educacion del pueblo es ya un asunto de la mayor importancia y un deber imperioso, ha llegado el momento de difundir por todas las clases trabajadoras el conocimiento de estas primeras nociones económicas. Tiempo es ya de hacerles comprender que de nada sirve el trabajo sin un capital proporcionado; que el valor en cambio del trabajo, como el de otra cualquiera cosa, disminuye inevitablemente cuando la oferta sobrepuja á la demanda; y que los matrimonios prematuros son funestos para el pobre, ya porque amontonan trabajadores en el mercado, ya porque le sobrecargan sin ventaja alguna y con grave perjuicio, de hijos enfermizos que en breve han de dejar de existir. Aun en las escuelas primarias se enseñan cosas mas difíciles de esplicar. No seria por cierto el mas abstracto de los catecismos un manual de economía política que contuviese estos primeros rudimentos de la ciencia.

Dijimos que la educacion es el medio mas activo y eficaz; y ahora añadimos que es el mas moral, el mas conforme con la dignidad del hombre. Nuestra conviccion es en este punto tan completa, que no nos inclinaríamos á aconsejar el empleo de ningun otro medio directo. Sin duda alguna sería un absurdo pensar que dos adultos, uno de quince y otro de diez y ocho años son capaces de fundar una familia, al menos si en este hecho no consideramos solo la union física de los dos sexos. Pero ¿qué importa que la ley haya adoptado como regla lo que no debe ser mas que una rara escepcion, si, por otro lado, una bien dirigida educacion viene á ser una sólida garantía contra los matrimonios prematuros é imprudentes, que el mismo legislador pro-

mueve, exigiendo solo el consentimiento paterno y la reunon de ciertas formalidades para su celebracion?

Recordemos sin embargo que hemos hablado de la educacion; no de la mera instruccion: porque la educacion no es realmente sino el resultado de todas las circunstancias que pueden influir en el desarrollo moral del hombre.

O para valerme de otros términos; la enseñanza perdería la mayor parte de su utilidad si fuese contrariada por el legislador en sus leyes, por los ministros del culto, por los empresarios y directores de manufacturas, en una palabra, por todas aquellas personas que por sus relaciones, por su roce con las clases trabajadoras, egercen sobre ellas cualquiera especie de influjo.

Sería supérfluo insistir sobre esto; limitêmonos, pues, á deducir algunas consecuencias. Indicaremos por lo tanto algunos de los medios indirectos que deben cooperar con la voluntad ilustrada de los trabajadores á contener la poblacion dentro de sus justos límites.

Y desde luego, nadie que esté dotado de un entendimiento reflexivo puede menos de convenir en que el legislador debe abstenerse absolutamente de fomentar la poblacion. Esas medidas, inútiles si el pueblo es ilustrado, son perjudiciales cuando no lo es. La naturaleza en este punto nada ha dejado que hacer á las leyes del hombre: hace mucho tiempo que se ha dicho que allí donde los medios de subsistir abunden, jamás dejará de haber frecuentes matrimonios. Que aunque se citen algunas épocas de decadencia y de corrupcion en que los hombres han llegado á aborrecer este lazo sagrado como una calamidad para entregarse á un in-

fame y estéril desenfreno de costumbres, fácil sería responder que, admitiendo estos hechos sin quitar punto de su gravedad, la misma esperiencia demostraria tambien la impotencia de la ley positiva para contener los males de un órden profundamente viciado. Añadiriamos que por otra parte, estas depravaciones temporales son el triste privilegio de las clases elevadas y estragadas por los refinamientos de una falsa civilizacion. Si el órden económico de la sociedad romana no se hubiese visto alterado hasta en sus cimientos por la esclavitud y otras plagas que no es posible enumerar aquí, la poblacion del imperio no hubiera cesado de acrecentarse, á pesar del libertinaje y del egoismo de algunos centenares de senadores y caballeros romanos.

Restan los estímulos indirectos, bajo cuya denominacion deben comprenderse todas las medidas, todos los establecimientos que contribuyan á hacer creer á los esposos que podrán evitar las funestas consecuencias de un matrimonio imprudente, y á promover uniones que no hubiesen tenido efecto, si semejantes medidas é instituciones no existiesen. Asi es que en el dia ya nadie pone en duda las tristes consecuencias del impuesto para los pobres en Inglaterra.

¿Pero es cierto que todo establecimiento de beneficencia, toda caridad pública y privada, no es en el fondo otra cosa que un impuesto para los pobres, mal disfrazado, y digno á los ojos del economista de igual vituperio, de igual reprobacion?

Ya hemos manifestado que seria una exageracion colocar en la misma línea todos los establecimientos de beneficencia, y considerar con igual prevencion todo acto de caridad.

Asi que, nada mas funesto que la limosna legal, que esos subsidios semanales, regulares, proporcionados al número de cabezas que la Inglaterra distribuia á sus pobres, aunque en ciertas ocasiones no fuese este impuesto mas que un complemento de salario que pagaba una clase en provecho de algunos productores. Pero de todos modos, los pobres se consideraban como pensionistas del Estado, el cual no hacia mas que pagar una deuda que debia ir siempre en aumento con el número y las necesidades de los acreedores. Y nótese de paso que la idea del estado, para los entendimientos incultos tan vaga é indefinida, es tan incapaz de suscitar en el pensamiento ideas de reflexion y prudencia, como de inspirar al corazon el agradecimiento.

El impuesto para los pobres, tal como existia en Inglaterra antes de la importante y saludable reforma de 1834, reunia, ya como caridad legal, ya como socorro seguro, abundante é inmediato, todos los caracteres de las instituciones que desgraciadamente influyen en el desarrollo de la poblacion: ella es el tipo con el que deben confrontarse los demas establecimientos, para reconocer si merecen ó no ser repudiados en nombre del principio de la poblacion.

No podemos menos de entrar en el exámen detenido de una materia tan importante, que ha sido ya tratada con el mas escrupuloso cuidado, y con un profundo conocimiento de las sanas doctrinas económicas por hombres tan distinguidos por su gran caudal de ciencia, como por su bien entendido amor á la humanidad. Preciso es que seamos breves, porque nos quedan ya pocos instantes. Algunos ejemplos bastan para manifestar con toda claridad nuestro pensamiento.

¿Qué juicio deberemos formar de las inclusas consideradas bajo el punto de vista que nos ocupa? Preciso es confesar que adolecen de los mismos inconvenientes que el impuesto para los pobres: caridad legal, socorro cierto, inmediato, ilimitado, deuda del Estado. ¿Qué puede decirse en su defensa? que el amor maternal no consentirá jamás que un cálculo infame venga á ser un hecho general: que seria inhumano hacer recaer sobre criaturas inocentes las faltas ó la imprudencia de sus padres; que este es el único medio de prevenir un considerable número de infanticidios ó de mortales abandonos.

¡Débiles respuestas! porque el número de espósitos no es tan considerable, ni las inclusas alimentan solo hijos ilegítimos. Muchos robos pudieran prevenirse si se distribuyera dinero á todos los que no lo tienen, y el adulterio quedaria suprimido aboliendo el matrimonio. Mas ¿podria seriamente abrazarse este partido? ¿aplicarse á prevenir el crímen, halagando todas las debilidades é inclinaciones que son su causa principal?

¡Ojalá que abriendo á esos desventurados niños un asilo, se les abriesen realmente las puertas de la vida! mas ay! que al ojear los registros de esas casas el corazon se parte de dolor; porque allí reina mas la muerte que la vida. (1) ¡El Estado con las mejores intenciones, y á costa de enormes gastos, se hace en cierto modo cómplice del infanticidio!

¿Votaremos pues por la supresion de estos asilos? de ninguna manera: porque sabemos que las medidas violentas é instantáneas, rara vez producen buenos

---

(1) Vease la pág. XI del prólogo. (N. del Trad.)

efectos; pero manifestaremos nuestro reconocimiento á aquellos que poco á poco, gradualmente y con prudencia, trabajen por coartar este fomento de la disipacion y del desarreglo de las costumbres, este premio de la holgazaneria ó de la imprudencia: esta blanda complacencia hácia el olvido de los mas sagrados sentimientos y de los mas imperiosos deberes.

Pero, al lado de esas inclusas cuya supresion ó subsistencia, á decir verdad, no nos atrevemos ni á aconsejar ni á desear, paremos nuestra atencion en esas casas que abren un asilo á la honrada y desvalida ancianidad, ó que ofrecen á pobres incurables un trato que imposible ó ruinoso en el seno de sus familias, puede sin embargo aligerar sus dolencias, y prolongar su vida. Semejantes establecimientos ¿son propios para favorecer el aumento de la poblacion, para escitar al matrimonio, para secundar la imprudencia? De ningun modo. El genio vivo y ligero de la juventud no se cura de estos hechos escepcionales, de estos socorros dudosos, lejanos, y de que le han de hacer digno, ya una gran desgracia, ya una vida irreprensible. Repitámoslo: si se trata de apreciar la influencia que puede ejercer sobre la poblacion un establecimiento de caridad, no basta considerar que las clases pobres encontrarian en él socorros gratuitos é independientes de su trabajo; esto seria cortar la cuestion de un modo brusco; seria usar de una lógica llena de egoismo y dureza, y falta de justicia.

Del mismo modo, ¿qué temor puede causar todo establecimiento gratuito de educacion, en que la enseñanza sea acomodada al porvenir probable de los discípulos, aumentada y robustecida por la religion, y empapada en los principios de una moral firme é ilustra-

da? Difúndase, señores, la educacion cuanto sea posible, y todos participen de ella. Aun dado caso que estos establecimientos favorezcan desde luego algunos matrimonios imprudentes, el mal será casi insignificante, si por su medio se contribuyó eficazmente á preparar una generacion instruida, laboriosa y profundamente penetrada del sentimiento de sus deberes y de su dignidad; aun dado caso que la caridad sea por de pronto, mal comprendida, hará un inmenso bien á la sociedad, aun bajo el punto de vista económico, si contribuye á formar hombres decididos á no aceptar para sí mismos los socorros que ella les destine, y á contar para su porvenir con solo su trabajo y su prudencia.

Tenemos un profundo convencimiento de la posibilidad de inculcar de este modo, por medio de una educacion sólida y digna, en todas las clases de la sociedad, el sentimiento del deber, el respeto de sí mismo, el conocimiento de la propia condicion. Sin condenar ninguna tentativa bienhechora, esperamos muy poco de los esfuerzos de esos hombres caritativos que quisieran sujetar y acostumbrar al orden el genio desarreglado y endurecido de los adultos. Mas la blanda cera de la infancia se presta á cuantas formas se la quieran dar; que si es cierto que el mal se imprime en ella fácilmente y como por sí mismo, tambien lo es que el bien, ayudado por la instruccion, por la religion y por el ejemplo le imprime huellas muy profundas y duraderas. Los favorables resultados que han obtenido ciertos hombres generosos en muchos paises, á pesar de la diversidad de clima, de situacion, de gobierno, de religion, prueban lo mucho que con razon debiera esperarse, si estos esfuerzos viniesen á ser la práctica general y cons-

tante; si todos, los hombres capaces, las personas pudientes y acomodadas, los poderes públicos, cooperasen con la mas eficaz perseverancia en la educacion de las clases trabajadoras.

Es cierto que la caridad legal no es por lo general sino un paliativo funesto; mas no por eso concluyamos con sobrada precipitacion que es preciso cegar su orígen. Antes de desechar estas aguas mortíferas y deletéreas, manifestemos á los sedientos que pueden de otro modo apagar su sed, con mayor placer y seguridad; antes de repudiar la caridad, preciso es que los hombres honrados, laboriosos y prudentes no se hallen nunca en el caso de demandarla. Pero ni el trabajo, ni un salario, bastan para conseguir el objeto, si no les acompaña la prudencia, el amor al orden y á la economía: cualidades que solo una educacion sólida puede formar en los trabajadores.

Instituciones pudiera citar que son á la vez medios de educacion y de socorro: hablo de los estímulos y de las recompensas que se conceden á los trabajadores diligentes, económicos, ora facilitándoles la imposicion de sus ahorros, ora añadiendo á su naciente peculio el socorro de la beneficencia; ora tambien haciéndoles comprender, y ayudándoles á procurarse las ventajas de depositar en comun ciertos intereses, ciertas economías, de tomarse ciertos cuidados, destinados á aliviar las desgracias imprevistas, y proveer á las necesidades de las enfermedades y de la vejez. Hay otros mil medios de esta especie, y la caridad bien entendida ha ensayado ya el modo de socorrer al pobre, sin quitarle ni toda precaucion para el porvenir, ni el amor al trabajo, ni el sentimiento de sus deberes.

En resúmen, no consideramos como perjudiciales al desarrollo regular de la poblacion ni los socorros prestados á los que se ven acometidos por desgracias imprevistas, á los enfermos, y á los inválidos, que despues de una vida honrosa y laboriosa se encuentran, por causas independientes de su voluntad, sin medios de subsistencia; ni los establecimientos de educacion; ni todo cuanto pueda contribuir á que los trabajadores aprendan á no malgastar, á ahorrar, y á estimularles á ponerse al abrigo de los males de un porvenir incierto, ya por medio de asociaciones parciales, ó de otro modo cualquiera.

Convengamos en que hay otros estímulos indirectos para el crecimiento de la poblacion, mucho mas perniciosos para los trabajadores mismos, y para la sociedad entera, que las instituciones de beneficencia.

Una ley de aduanas, una medida prohibitiva, que cambie la distribucion natural del trabajo y del capital, puede alterar al mismo tiempo la de la poblacion, porque puede quitar á una localidad cualquiera sus medios de produccion y de subsistencia, para acumularlos en otra de una manera facticia, y como la emigracion es siempre lenta y difícil, puede una poblacion llegar de este modo á un estado completo de pobreza, mientras que la de los lugares favorecidos se desarrollan con una rapidez espantosa, agolpándose al borde de un abismo. Verdad es que los promovedores de semejantes medidas artificiales despliegan el mayor celo en combatir el mal que ellos ocasionaron, valiéndose de los resultados mismos que él ha producido; semejantes á los defensores de una plaza mal fortificada que se atrincheran con los cuerpos de los heridos y de los mo-

ribundos. ¿Quién, sin embargo, tendrá por seguro que la razon pública y el interés general no pondrán coto algun dia á estas medidas ficticias, á estos privilegios otorgados á ciertos productores á espensas de otros productores y de la masa general de consumidores?

Entre tanto, las fronteras se resienten de una manera funesta. Alli tambien se acumula una poblacion artificiosa y audaz hasta el estremo, cuyos hijos crecen en el desprecio de la ley y en el ódio á la fuerza pública, cuyos padres hacen del fraude y del crímen su profesion habitual, cuyas mugeres mismas participan de la vida errante, aventurera, criminal de sus maridos y de sus vagamundos progenitores.

Aqui la poblacion se halla estimulada por una industria privilegiada, allí por una industria culpable: en la una zona como en la otra, nada hay que garantice un equilibrio permanente entre la poblacion y los medios legítimos y regulares de subsistencia.

Este equilibrio es el objeto que debe esforzarse en conseguir, y que jamás debe perder de vista el legislador. Todo lo que en las leyes é instituciones tiende á alejarse de él, es tan contrario á los intereses de la política y á los dogmas de la moral, como á los rectos principios de la economía social.

No llega nuestra utopía hasta el punto de imaginar que llegará un dia en que toda familia tenga su propiedad y viva de sus rentas; pero creo que no hay sociedad regular y sólidamente establecida, donde cada familia no puede racionalmente, al menos en tiempos ordinarios, contar con los réditos de su trabajo, no solo para no morirse de hambre, mas tambien para mejorar lentamente su condicion por medio del orden y de la economía.

Ahora bien ¿cuáles son, en resumen, las causas que en muchos paises alejan de este objeto, aun en el dia, á un número mas ó menos considerable de familias?

Pueden reducirse á tres: falta absoluta de subsistencias, que se esperimenta cuando la poblacion no guarda proporcion con las fuerzas productivas del pais: carestía dimanada únicamente de la desidia de los trabajadores y de la ignorancia de los capitalistas; y últimamente carencia relativa, producida por instituciones y leyes que impiden que el trabajo reciba la retribucion que podría obtener, siguiendo las cosas su curso natural. O en otros términos; falta de tierra y de capital suficiente; falta de trabajo productivo; desvío arbitrario de los instrumentos productores ó de los productos en provecho de algunos privilegiados.

En el primer caso, que es el previsto por Malthus, y que principalmente tomamos en consideracion, no es posible restablecer el equilibrio sino por medio de la emigracion y la muerte, ni mantenerlo sino con el temor moral.

En el segundo caso, no es la poblacion la que necesita estímulos, pero sí el trabajo. Antes de aumentar el número de trabajadores, conviene despertar en los que existen el deseo de producir y proporcionarles los medios de conseguirlo. A las poblaciones ignorantes y perezosas cumple inspirar sobre todo buenos hábitos é ideas. A medida que vayan produciendo mas riquezas, la civilizacion tomará en ellas su asiento, y habrá mas probabilidades de que la poblacion se regularice, proporcionándose su acrecentamiento con los medios de subsistencia.

Por último, en el tercer caso, importa reformar las

instituciones sociales y políticas. Estimular la poblacion sería una grande iniquidad; sería hacer con la especie humana lo que á nadie se le ocurriría hacer jamás con los animales de su propiedad; ¿quién habia de estimular la propagacion de aquellos que por lo menos no le sirviesen de alimento, no teniendo medios ni intencion de nutrirlos de una manera conveniente?

Asi que, todo confirma la regla de que jamás conviene estimular la poblacion, ya se trate de la distribucion de los productos y del bienestar de las familias, ya de la produccion de la riqueza, como lo hacemos en este momento.

No nos detendremos en los cálculos de los que no ven en el escesivo concurso de trabajadores y en la baja de salarios mas que la ventaja de la baratura de los géneros, de aquellos por lo menos, que no son producto de monopolio. Entonces, dicen los que tal piensan, se anima el consumo, se estiende la produccion nacional, y puede ésta, sin temor á la competencia, poner sus géneros en todos los mercados del mundo.

Si el argumento fuese concluyente, vendriamos á parar en establecer de nuevo la esclavitud como el mejor medio para reducir á los trabajadores á media racion. Me engaño; que los dueños de esclavos, no pudiendo reemplazarlos sino á fuerza de dinero, se mirarian mucho antes de dejarlos perecer de miseria. El argumento pues sería injurioso hasta para un colono; preferible era la lógica de su interés.

Y aun prescindiendo de toda consideracion de humanidad, para que el cálculo fuese exacto, seria necesario poder demostrar que el esceso de poblacion proporcionaria al trabajo un gran número de hombres ro-

bustos, sóbrios, que produjesen mucho, y temiesen á Dios y á la justicia en razon directa de su miseria.

Esto es un sueño, señores. En toda poblacion escesiva se forma un círculo vicioso. Si á un gran número de matrimonios sucede un gran número de nacimientos, estos acarrean despues de aquellos, sobre todo en la juventud, una mortandad espantosa, la cual á su vez produce muchos matrimonios, y asi sucesivamente. Las casas se llenan de niños que mueren antes de llegar á la edad de poder trabajar. Se ha hecho el cálculo de una sociedad constituida de este modo. El coste de un niño, desde que nace hasta la edad de doce ó diez y seis años, no baja de 1000 francos, incluidos en esta cantidad, no solo los gastos positivos, mas tambien los cuidados que en cierta época reclama y el tiempo que es preciso consagrarle. Asi qué, una nacion en que naciese cada año un millon de niños, y de ellos muriese la mitad antes de los quince años, en los nacimientos de cada año se prepararia una pérdida de quinientos millones de francos.

Ahora bien, al hablar de la riqueza nacional ¿es preciso tomar en consideracion los intereses particulares de tales ó cuales productores, con preferencia al interés general, y á los beneficios y cargas del Estado?

Y no se diga que los matrimonios son tanto menos productivos cuanto mas numerosos. ¿Qué importa al acrecentamiento general de la poblacion que se disuelvan muchos matrimonios por la muerte de uno de los cónyuges, si de este hecho resulta el aumento del número de segundas y terceras nupcias? La estadística podrá en este caso presentarnos como muy moderada la fecundidad de los matrimonios en un término medio, y

á pesar de eso la fecundidad general de la poblacion será escesiva.

Y si por un lado parece probado que los matrimonios precoces no suelen ser fecundos, tambien es igualmente cierto que los hijos que procrean, son por lo general endebles y mal constituidos, siendo muy pocos los que llegan á la edad de la pubertad: lo que viene á ser, para el Estado, una carga sin compensacion.

Insistimos en que seria un cálculo tan falso como inhumano promover la reproduccion de las familias indijentes, y estimular por este lado la poblacion. Los socorros que la caridad pública ó privada no podrá jamas dispensarse de suministrar, bajo una forma ó nombre cualquiera; las pérdidas que ocasiona el nacimiento de un considerable número de niños que apenas llegan á la pubertad; los crímenes y desórdenes que acarrea la miseria, el coste de los medios de inspeccion y represion, la inquietud y los peligros inseparables de esta situacion irregular y amenazadora de la sociedad, ¿podrán jamas ser compensadas con las economías que los productores se procuren en el pago de los salarios propiamente dichos?

Ademas, señores, no nos dejemos alucinar por engañosas apariencias. Si tendemos la vista sobre una poblacion, y en ella vemos gran número de niños enfermizos, de mugeres ajadas antes de tiempo, de hombres caducos en su juventud, y muy pocos ó ningun anciano, diremos que el estado de aquella poblacion, sean cualesquiera las causas, es triste y calamitoso; y si existen en ella estadísticas algun tanto exactas, hallaremos que la vida probable y la vida media de aquellos habitantes, son de una brevedad espantosa. Llamamos vida

probable la edad en que dejan de existir la mitad de los niños nacidos en una misma época; y vida media la edad que resulta dividiendo por el número de muertos la suma de años que han vivido.

Mas si por el contrario, paramos nuestra atencion en una poblacion sana y robusta, en que los párvulos y los viejos son en número proporcionado, por mas que se nos diga, no hay que dar fácilmente crédito á los lamentos que sin duda oiremos en torno de nosotros sobre la miseria de este pais, y los padecimientos de las clases menesterosas. Tal vez solo de un modo irregular y con trabajo podrán proporcionarse los medios de subsistencia, pero no pueden faltarles. En Inglaterra, antes de reformarse la administracion del impuesto para los pobres, habia grandes quejas sobre el esceso de la poblacion, y la insuficiencia de los salarios; y sin embargo la poblacion prosperaba visiblemente y bajo condiciones higiénicas verdaderamente envidiables; y luego que estuvo en vigor el nuevo sistema, se vió en mas de una localidad desaparecer, con un trabajo regular y constante, toda la poblacion indigente. De modo que mas aun que esceso de poblacion, habia mal empleo de la caridad pública, y perniciosas habitudes.

El número de la mortandad, la duracion de la vida probable y de la vida media, no solo con respecto á las clases pudientes, ni aun con respecto á la poblacion considerada en masa, sino en las clases trabajadoras, son, señores, los datos que cumple especialmente adquirir para formarse una idea exacta de las relaciones que existen entre la poblacion y el estado económico de un pais.

Para terminar estos estudios, muy incompletos to-

davía, sobre una cuestion tan importante, tengo la dicha de poder añadir que el incremento de la poblacion francesa, merced á los progresos de la general prosperidad y á la influencia de nuestras instituciones sociales y públicas, es cada dia mas venturosa, mas regular. Hoy, en mas de un departamento, especialmente en los de la Normandìa, la poblacion no se acrecienta sino con mucha y muy prudente lentitud, y la poblacion de la Francia entera no podría duplicarse, siguiendo su movimiento actual, sino á la vuelta de ciento treinta años: plazo sin duda alguna muy distante de los veinticinco años de la América del Norte. Por otra parte, señores, el número de nacimientos y defunciones vá sensiblemente mejorándose: en el dia no muere en Francia mas que un solo habitante por cuarenta; y hace treinta años la proporcion era de uno á treinta y cinco. (1)

Réstale solo á la Francia perseverar en esta senda afortunada, estender á todas las partes de su territorio los beneficios de que gozan ya en el dia las poblaciones laboriosas y prudentes de los departamentos que caminan al frente de la civilizacion francesa.

(1) En la *estadística de la Francia* (*territorio y poblacion*) publicada en 1837 por el ministro del comercio, se hallan á la página 85 los guarismos siguientes que corresponden á 1836.

Poblacion.....	33.540,910	
Nacidos.......	1 por	33—75 cent.
Muertos.......	1 por	41--08
Matrimonios.	1 por	121--74

En 1801 los guarismos eran:

Poblacion.....	27.349,005--	
Nacidos.......	1 por	29--77 cent.
Muertos.......	1 por	35--42
Matrimonios.	1 por	134--78

FIN.

INDICE

de las lecciones contenidas en esta

PRIMERA PARTE.

PAGINAS.